

UNIVERSITY OF TORONTO

ADAM

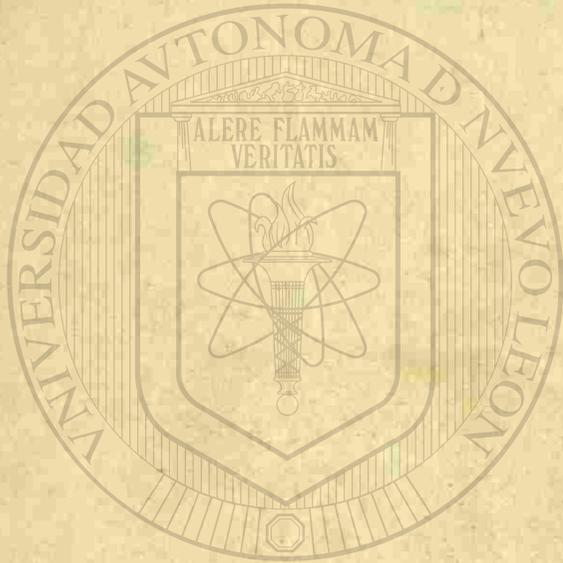
C

LOS  
ESTERIOS  
MARSELLA

PC2509  
M8  
1900



1020026918



U A N L



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

FONDO  
RICARDO COVARRUBIAS

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



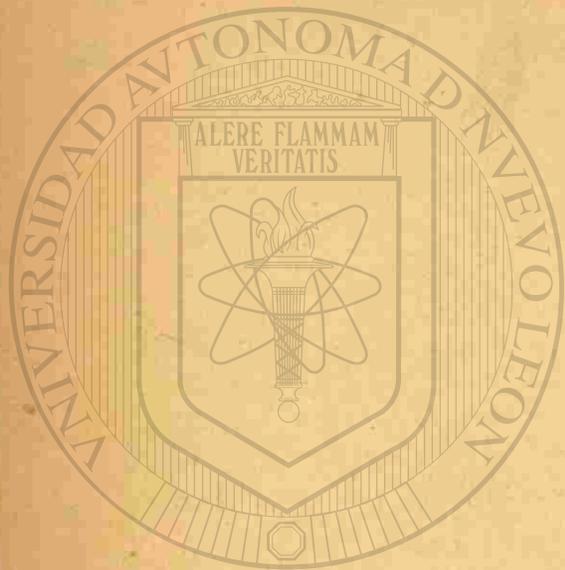
LOS MISTERIOS DE MARSELLA

Núm. Clas. 286m  
Núm. Autor \_\_\_\_\_  
Núm. Adq. 30791  
Procedencia -8-  
Precio \_\_\_\_\_  
Fecha \_\_\_\_\_  
Clasificó CS9  
Catalogó \_\_\_\_\_

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

FONDO  
RICHARDO COVARRUBIAS



# Los misterios de Marsella

POR

EMILIO ZOLA

VERSIÓN ESPAÑOLA

DE

E. TROISI

101151

TERCERA EDICIÓN

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

BARCELONA

Casa Editorial Maucci  
Calle Mallorca, 166

BUENOS AIRES

Maucci Hermanos  
Calle Cuyo, 1070

1906

30791

843  
Z.

PA 2509

m 8

1900



BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"

FONDO RICARDO COVARRUBIAS  
CAPILLA ALFONSO REYES

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

U. A. N. L.

Tipografía de la Casa Editorial Maucci.—Barcelona



## Los misterios de Marsella

### PRIMERA PARTE

#### I

#### Como Blanca de Cazalis huye con Felipe Gayol

Hacia fines del mes de Mayo, de 184., un hombre que podía tener unos treinta años, avanzaba rápidamente por un sendero del barrio de San José, cerca de las Aygaldes. Había dado á guardar su caballo á un campesino, y dirigiese á una gran casa cuadrada, sólidamente construída, que recordaba uno de esos castillos que tanto abundan en los ribazos de Provenza.

El hombre dió vuelta al castillo y fué á sentarse en un bosque de pinos, que se extendía detrás del edificio. Allí, separando las ramas, inquieto, calenturiento, examinó los senderos, como el que espera con impaciencia á alguna persona. Levantábase de vez en cuando, daba algunos pasos y luego volvía á sentarse estremeciéndose.

Era alto, tenía algo extraño en su aspecto, y llevaba largas patillas negras. Su rostro alargado, y surcado de rasgos enérgicos, tenía una especie de hermosura violenta y arrebatada. Pero de pronto dulcificóse su mirada y sus gruesos labios sonrieron con ternura. Una joven acababa de salir del castillo, é inclinándose como para ocultarse, corría hacia el pinar.

Jadeante, ruborizada, llegó bajo los árboles. Apenas contaba dieciséis años. Orlado por las cintas azules de su sombrero de paja, su rostro joven sonreía con expresión alegre y asustada. Los rubios cabellos caían sobre sus hombros; sus manecitas, apretando el pecho, procuraban sosegar las palpitaciones del corazón.

—¿Cómo se hace usted esperar, Blanca!—dijo el joven.—Ya había perdido la esperanza de verla.

Y la obligó á sentarse á su lado, sobre el musgo.

—Dispéñeme, usted, Felipe,—respondió la joven.—Mi tío fué á Aix para comprar una finca; pero me costó mucho trabajo librarme de mi institutriz.

Diciendo así, abandonóse entre los brazos de su galán; los dos amantes empezaron uno de esos discreteos tan necios y al propio tiempo tan dulces. Blanca era una niña grande que jugaba con su amante como podría jugar con una muñeca; Felipe, ardiente y mudo, la miraba con todos los arrebatos de la ambición y del deseo.

Y estando así, olvidados del mundo, descubrieron, al levantar la cabeza, á unos campesinos que pasaban por el sendero próximo y que miraban riendo. Blanca, sobreco-gida, separóse de su amante.

—¡Estoy perdida!—exclamó palideciendo.—Esos hombres irán á avisar á mi tío. ¡Felipe! ¡por compasión, sálveme usted!

Al oír este grito, el joven se levantó con un movimiento brusco.

—Si quiere usted que la salve,—repuso con vehemencia,—es preciso que me siga. Venga usted, huyamos juntos. Mañana su tío autorizará nuestro casamiento... Satisfaremos eternamente nuestras ternuras...

—¡Huir, huir!—repetía la niña;—¡ah! no tengo bastante valor. Soy muy débil, muy tímida...

—Yo te alentaré, Blanca... Viviremos en una vida de amor.

Blanca, sin comprender, sin responder, dejó caer su cabeza sobre el hombro de Felipe.

—Tengo miedo, tengo miedo al convento,—repetía en voz baja.—¿Te casarás conmigo, me amarás siempre?

—Te amo... Mira, estoy de rodillas.

Entonces, cerrando los ojos, abandonándose, Blanca descendió del ribazo á largos pasos, cogida del brazo de Fel-

pe. Alejándose, miró por última vez la casa que abandonaba, y una emoción punzante la hizo llorar.

Huísa como una colegiala, sin reflexionar en las terribles consecuencias de la fuga. Llevábala Felipe lleno de gozo.

Lo primero que se le ocurrió, fué ir á Marsella para buscar un carruaje; pero temió dejarla sola en el camino, y prefirió irse á pie con ella á la quinta de su madre, que distaba una legua larga, en el barrio de San Justo.

Felipe abandonó su caballo, y los dos amantes empezaron á andar.

Atravesaron praderas, tierras labradas, pinares. Era cerca de las cuatro. Al pasar, los campesinos, levantaban la cabeza y les miraban con asombro.

Ni una hora emplearon en llegar á la finca.

Blanca, rendida, sentóse en un banco de piedra, colocado cerca de la puerta, y el joven fué á alejar á los importunos.

Volvió luego, y la hizo subir á su cuarto. Había rogado á Ayasse, un jardinero, que trabajaba para su madre, que fuese á Marsella en busca de un coche.

Los dos permanecieron esperando, mudos, ansiosos.

Felipe reflexionaba y dijo por fin:

—No puedes ir con este traje ligero. ¿Quieres vestirme de hombre?

Blanca sonrió. Experimentaba una alegría de niño pensando que iba á disfrazarse.

—Mi hermano es pequeño,—prosiguió Felipe.—Te pondrás sus ropas.

Aquello fué una fiesta. Efectuóse el cambio, y lo que más costó á Blanca fué encerrar sus abundosos cabellos en el sombrero.

Volvió Ayasse conduciendo el carruaje. Consintió en recoger á los fugitivos en su domicilio, que se encontraba en San Bernabé.

Felipe recogió su dinero, y los tres subieron al coche, del cual, se apearon en el puente del «Farret», para seguir á pie hasta la morada del jardinero.

Ya empezaba á anochecer. Unas transparentes sombras iban cubriendo todos los objetos.

Apoderóse de Blanca un vago temor. Encontrándose so-

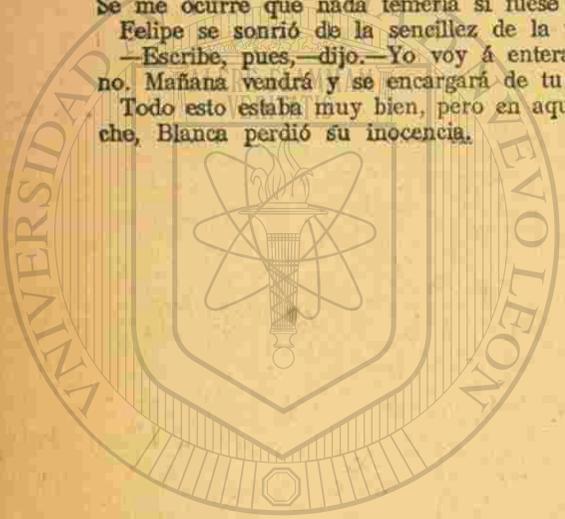
la con su novio, su recato de doncella se despertó. Quería ganar tiempo.

—Escucha, dijo á Felipe.—Voy á escribir al padre Chastanier, mi confesor... hablará con mi tío para alcanzar el perdón y el consentimiento de nuestro matrimonio. Se me ocurre que nada temería si fuese tu mujer.

Felipe se sonrió de la sencillez de la niña.

—Escribe, pues, dijo.—Yo voy á enterar á mi hermano. Mañana vendrá y se encargará de tu carta.

Todo esto estaba muy bien, pero en aquella funesta noche, Blanca perdió su inocencia.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN  
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
CALLE SAN JUAN DE LOS RÍOS  
APDO. 66300 SAN ANTONIO DE VALCABRILLO, COAHUILA

### En el cual el lector conocerá al héroe Mario Cayol

Mario Cayol, hermano de Felipe, tenía veintiocho años. Era pequeño de talla, delgado, de aspecto mezquino.

Su rostro amarillento, de ojos negros, iluminábase de vez en cuando con una dulce sonrisa de bondad y resignación.

Andaba algún tanto inclinado, con vacilaciones de niño. Cuando el odio del mal, el amor á lo justo, lo hacía enderezar, casi llegaba á ser hermoso.

Habíase encargado en la familia, de la tarea más pesada, dejando á su hermano seguir sus instintos ambiciosos y apasionados. Empequeñecíase al lado de él, solía decir que era feo y que con serlo se conformaba; añadía que debía perdonar á Felipe el deseo de ostentar su alta estatura y la enérgica hermosura de su rostro.

En ocasiones, sin embargo, mostrábase severo con aquel niño arrebatado, aunque fuese mayor que él, tratándole con ternura de padre; dirigiéndole, como si lo fuera, oportunas reconvenciones.

Su madre, viuda, carecía de bienes. Con trabajo iba tirando con los restos de su dote, comprometida en el comercio por su marido. Aquel dinero, colocado en un banco, le producía unas cortas rentas, bastantes para criar á sus hijos. Cuando llegaron á ser hombres, les enseñó sus manos vacías, haciéndoles fijarse en las dificultades de la vida.

Los dos hermanos, arrojados así á las luchas de la exis-

tencia, impelidos por sus diferentes temperamentos, tomaron dos opuestos caminos.

Felipe, que codiciaba riquezas y libertad, no pudo doblegarse al trabajo. Quería llegar de golpe á la fortuna y meditó un rico matrimonio.

Según su modo de ver, era un rápido medio para tener rentas y una mujer bonita. Entonces tornóse enamorado y algún tanto vividor.

Gozaba infinitamente viéndose bien vestido, ostentando por Marsella su elegancia, sus trajes de corte original, sus miradas y sus palabras de amor.

Su madre y su hermano, que le mimaban, trataban de proveer á sus caprichos.

Por lo demás, Felipe caminaba de buena fe: adoraba á las mujeres, parecía una cosa muy natural ser amado y robado cualquier día por una joven noble, rica y hermosa.

Mario, mientras su hermano ostentaba su arrogante presencia, había entrado de dependiente en casa del señor Martelly, un armador, el cual, vivía en la calle de la Dársena. Encontrábase á gusto á la sombra de su despacho; toda su ambición limitábase á procurarse un modesto pasar, vivir ignorado y pacífico.

Experimentaba una íntima alegría cuando socorría á su madre y á su hermano. Disfrutaba ganando dinero porque podía darlo, proporcionar una dicha y gozar los deleites del desprendimiento.

En la vida había tomado el camino recto, el penoso sendero que lleva á la paz, á la felicidad, á la dignidad.

Iba á su despacho en el momento en que le entregaron la carta en que su hermano le anunciaba su fuga con la señorita de Cazalis.

Acometióle un doloroso asombro, midió en un instante el abismo, en cuyo fondo acababan de arrojarse los dos amantes.

Fué á toda prisa á San Bernabé.

La casa del jardinero Ayasse, tenía ante la puerta, un emparrado, que formaban un cenador; dos gruesos maderos, cortados en sombrilla, alargaban sus frondosas ramas, sombreando el dintel de la puerta.

Mario encontró á Felipe bajo el emparrado, mirando amorosamente á Blanca, sentada á su lado,

La joven, cansada, estaba sumergida en el sordo remordimiento del acto que había cometido.

Aquellos primeros momentos fueron penosos, llenos de angustia y vergüenza.

Felipe se había levantado.

—¿Desapruebas mi acción?—preguntó alargando la mano á su hermano.

—Sí, la desapruexo,—respondió Mario con energía.—Has cometido una mala acción. El orgullo, la pasión, te han arrastrado y perdido. No has reflexionado en las desgracias que vas á atraer sobre ti mismo y sobre los tuyos.

Felipe se sintió rebelar.

—Tienes miedo,—dijo con amargura:—yo no he hecho cálculos. Amaba á Blanca, Blanca me amaba. La he dicho; ¿Quieres venir conmigo? Y ella vino. He aquí toda la historia. Ni uno ni otro somos culpables.

—¿Por qué mientes?—preguntó Mario con mayor severidad.—Ya no eres un niño. Bien sabes que tu deber era defender á esta joven contra sí misma; debías detenerla, impedir la siquiera. No me hables de pasión. Yo no conozco más que la justicia y el deber.

Felipe sonreía á desdén. Acercó á Blanca contra su pecho.

—Pobre Mario,—dijo;—eres un buen muchacho, pero nunca has amado, ignoras la fiebre amorosa. He aquí mi defensa.

Blanca amparábase en él, pues comprendía la pobre niña que ya no tenía otra esperanza que aquel hombre. Habíase entregado, le pertenecía. Ahora le amaba como una esclava, tímida y desesperada. Mario, despechado, se convenció de que nada ganaría hablando de prudencia con los dos amantes. Resolvió obrar por sí mismo, quiso enterarse de los pormenores. Felipe contestó con docilidad:

—Hace cosa de ocho meses que conozco á Blanca,—dijo.—Por primera vez la ví en una fiesta pública. Desde entonces la amé, buscando las ocasiones de acercarme á ella, de hablarla.

—¿La has escrito?

—Sí, varias veces.

—¿Dónde están esas cartas?

—Las ha quemado. Compraba un ramo á Josefina, la

ramillettera de la calle San Luis, y deslizaba la carta entre las flores. Margarita, la lechera, llevaba el ramo á Blanca.

—¿Y tus cartas quedaban sin respuesta?

—En un principio, Blanca rehusó las flores, después las aceptó, y luego acabó por contestarme. Yo estaba loco de amor. Pensaba casarme con ella, amarla siempre.

Mario se encogió de hombros. Arrastró á Felipe á algunos pasos, y prosiguió el diálogo con mayor dureza en la voz.

—Eres un imbécil ó un embustero,—dijo.—Sabes que el señor de Cazalis, diputado, millonario, dueño absoluto de Marsella, nunca daría á su sobrina á Felipe Cayol, pobre, sin títulos y republicano, lo que no puede ser más vulgar. Confiesa que has previsto el escándalo de vuestra fuga para obligar al tío de Blanca.

—¡Y aunque así fuera! Blanca me ama: yo no he violentado su voluntad: me ha escogido libremente por esposo.

—Ya sé, y sé también lo que tengo que creer sobre esta punto. Pero no has pensado en la cólera del señor de Cazalis, que recaerá terriblemente sobre ti y tu familia.

Yo conozco á ese hombre; esta noche habrá pregonado por toda Marsella su orgullo ultrajado. Lo mejor sería acompañar á la niña á San José.

—No; ni quiero ni puedo... Blanca nunca se atrevería á volver á su casa. Hacía apenas una semana que estaba en el campo; la veía dos veces cada día, en un bosquecillo de pinos. Su tío lo ignora todo y muy rudo debió ser el golpe para él... No podemos presentarnos en estos momentos.

—¡Bueno! dame la carta para el padre Chastanier. Yo voy á ese sacerdote; iré con él, si es preciso, á casa del señor de Cazalis. Ahogemos el escándalo. Mi tarea será rescatar tu falta. Júrame que no abandonarás esta casa, que aquí esperarás mis órdenes.

—Lo prometo, si ningún peligro me amenaza.

Mario había cogido la mano de Felipe, y lo miraba lealmente.

—Ama á esa niña,—dijo con voz profunda;—nunca podrás remediar la injuria que la has hecho.

Iba á alejarse, cuando se adelantó la señorita de Cazalis

Juntaba las manos, en ademán suplicante, ahogando sus lágrimas.

—Señor,—le dijo,—si veis á mi tío, decidle que le amo mucho... No sé explicarme á mí misma lo que ha pasado... Quisiera volver siendo esposa de Felipe y en su compañía.

Mario inclinó la cabeza, y dijo:

—Esperad.

Se fué, conmovido, turbado, pues conocía que era una locura esperar.

### III Hay criados en la iglesia

Mario llegando á Marsella, dirigióse hacia la iglesia de San Víctor, para buscar al padre Chastanier.

San Víctor es una de las iglesias más antiguas de Marsella: sus negras murallas, altas, almenadas, le dan mucho parecido con una fortaleza. El rudo pueblo del puerto le tiene particular veneración.

Encontró el joven al sacerdote en la sacristía. Era un anciano alto, de cara larga y descarnada, pálido como la cera; sus tristes ojos tenían la fijeza del sufrimiento y la miseria. Volvía de un entierro y quitábase la sobrepelliz con lentitud.

Corta y dolorosa era su historia. Hijo de campesinos, de carácter dulce y sencillo, se había ordenado impelido por los piadosos deseos de su madre.

Llegando á ser sacerdote, había querido hacer un acto de humildad, de desprendimiento absoluto. Creía que un ministro del Señor debe encerrarse en el infinito del amor divino, renunciar á las ambiciones é intrigas de este mundo, vivir en el santuario, perdonando los pecados y haciendo limosnas.

¡Pobre padre! Pronto le enseñaron que las almas sencillas no sirven más que para sufrir y quedar en la sombra. Supo que la ambición anida también en los pechos sacerdotales, y que los sacerdotes jóvenes con frecuencia aman á Dios por los favores mundanos que reparte su Iglesia. Vió dominar la discordia entre sus compañeros de seminario, pero no tomó parte en sus luchas.

No trataba de ganar la voluntad de las señoras, nada pedía, y su modestia hacíale parecer de cortos alcances: por tales causas le arrojaron á un miserable curato del mismo modo que á un perro se arroja un hueso.

Así permaneció cuarenta años en una pequeña aldea, entre Aubagne y Cassis. Su iglesia parecía una granja, blanqueada con cal, de glacial desnudez; en invierno, cuando el viento rompía una vidriera, como el buen cura no tenía los pocos cuartos que costaba poner un vidrio nuevo, pasaban semanas enteras sin que se remediara el desperfecto.

Nunca se quejaba, vivió en paz en la miseria y la soledad. Gozaba en sufrir, considerándose hermano de los mendigos de su parroquia.

Tenía sesenta años, cuando una de sus hermanas, obrera en Marsella, enfermó. Escribióle, suplicándole fuese á su lado. El viejo sacerdote, generosamente pidió á su obispo un rinconcito en una iglesia de la ciudad.

Varios meses pasaron en espera, y por fin le llamaron á San Víctor.

Allí las más pesadas tareas eran para él; tareas sin brillo y poco provechosas. Rezaba sobre los ataúdes de los pobres y les acompañaba al cementerio; en ocasiones servía de sacristán.

Entonces empezó á sufrir realmente. Mientras moró en su desierto, pudo ser sencillo, pobre y anciano sin molestias; ahora comprendía que le reprochaban su pobreza, sus muchos años, su dulzura y su sencillez. Desgarrósele el corazón viendo que en la iglesia pueda haber criados. Vió que le miraban con mofa y lástima, pero él, más inclinaba la cabeza, más se humillaba, llorando porque se entibiaba su fe á la vista de los actos y las palabras de los sacerdotes mundanos que le rodeaban.

Afortunadamente, por la noche, tenía horas mejores. Cuidaba á su hermana; y consolábase á su manera sacrificándose. Rodeaba á la pobre enferma de mil pequeñas satisfacciones. Luego tenía otro gozo: el señor de Cazalis, que desconfiaba de los sacerdotes jóvenes, habíale elegido para director espiritual de la sobrina.

El anciano sacerdote no confesaba casi nunca: conmovióse profundamente al oír la proposición del diputado, interrogó á Blanca y la amó como á una hija.

Mario le entregó la carta y estuvo espiando en su rostro las emociones que iba á provocar. Vió pintarse en él un dolor punzante.

Por lo demás, el sacerdote no pareció experimentar el estupor que causa una noticia inesperada, y Mario supuso que Blanca había revelado en confesión las relaciones que se establecían entre ella y Felipe.

—Habéis hecho bien contando conmigo,—dijo el sacerdote á Mario.—Pero poca fuerza y poca habilidad tengo. Debía mostrar mayor energía. A vuestra disposición estoy... ¿Qué podría hacer para ayudar á esa desgraciada niña?

—Señor,—replicó Mario,—soy hermano del joven que ha huido con la señorita de Cazalis, y he jurado remediar la falta, ahogar el escándalo.

Juntémonos para este objeto. El honor de la niña está perdido, si su tío ha delatado el asunto á la justicia.

Id á verle, calmad su cólera, decidle que su sobrina le será devuelta sin tardar.

—¿Por qué no habéis traído á la niña? Yo conozco el carácter violento del señor de Cazalis. Querrá la certeza.

—Esa misma violencia cohibe á mi hermano... Además, ahora no podemos discurrir: nos agobian los hechos. Creed que experimento vuestro mismo enojo; veo cuán mala acción cometió mi hermano... Pero, por favor, apresurémonos.

—Está bien. Iré.

Llegaron los dos á la avenida Bonaparte, delante de la casa del diputado, que había vuelto á Marsella el día siguiente de la fuga de Blanca, presa de una cólera, de una desesperación terribles.

El sacerdote dijo á Mario:

—No subáis, tal vez vuestra visita parezca un insulto. Dejadme á mí y aguardadme.

Mario estuvo esperando una hora larga, lleno de angustia.

Bajó por fin el padre Chastanier, el cual había llorado, y dijo con temblorosa voz:

—El señor Cazalis no atiende á razones. El enojo le ciega. Fué á ver al procurador del rey.

El buen sacerdote no lo decía todo. Cazalis le había

abrumado de reproches, llegando á acusarle de haber dado malos consejos á Blanca.

—¡Decídmelo todo!—exclamó Mario desesperado.

—Parece que el aldeano, en cuya casa vuestro hermano dejó el caballo, guió al señor Cazalis en sus pesquisas. Ya por la mañana había sido presentada una queja, fueron registradas vuestra casa en la calle Santa y la finca de vuestra madre en el barrio de San Justo.

—¡Cielos!

—El señor Cazalis jura que aplastará á vuestra familia, habló de prender á vuestra madre.

—¿Mi madre? ¿Y por qué?

—Pretende que es cómplice.

—¿Y cómo probar que todo eso es falso?

—¡Valor, valor, hijo mío!

—Tenéis razón: valor es menester. He sido cobarde esta mañana: debía arrancar á la niña de los brazos de Felipe; pero me hablaron de amor, de matrimonio... ¡Venid conmigo, señor; entre los dos, podremos separarles!

—Consiento en ello.

Sin pensar siquiera en tomar un coche, empezaron á andar aprisa. Llegaron á la Cannebière. Una voz fresca llamó á Mario: era Josefina, la ramilleteira.

—Señor Mario,—dijo,—¿es cierto lo que van repitiendo desde esta mañana? ¿Vuestro hermano huyó con una señorita?

—¿Quién dice eso?—preguntó el joven.

—Pues... todos. Ya me habían dicho que el señor Felipe es un calavera. Veo que lo sentís; si me necesitáis, estoy á vuestra disposición.

—Sois una buena muchacha; tal vez aproveche vuestro ofrecimiento.

Luego, dirigiéndose al sacerdote, que quedó algún tanto distanciado, dijo:

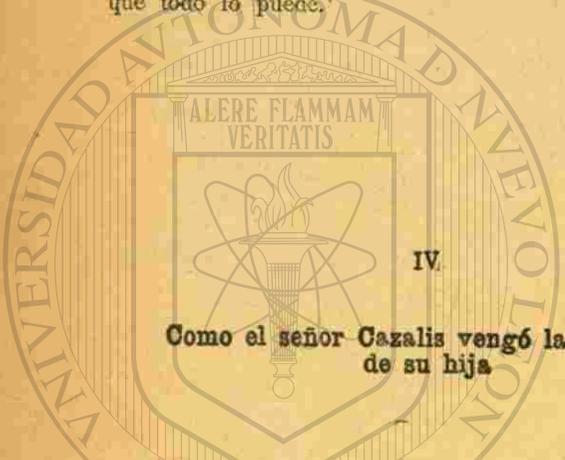
—No hay que perder tiempo. Ya cunde el lance por Marsella. Tomemos un carruaje.

Anochece cuando llegaron á San Bernabé. Encontraron á la esposa del jardinero en la sala baja. Les refirió tranquilamente que el caballero y la señorita habían tenido miedo y se habían marchado en dirección á Aix, y que su hijo les acompañaba para guiarles entre las colinas.

*Misterios de Marsella.*—2

La última esperanza había desaparecido. Mario, casi sin escuchar los consuelos del padre Chastanier, volvió á Marsella acobardado.

—Hijo mío,—dijo el sacerdote,—yo no soy más que un pobre hombre, pero disponed de mí. Voy á implorar al que todo lo puede.



Como el señor Cazalis vengó la deshonra de su hija.

Los amantes habían huído un miércoles. El viernes todo Marsella estaba enterada; enojábase la nobleza, la clase media gozaba.

La gente cuerda adivinaba fácilmente la causa de la cólera de Cazalis. Era diputado de la oposición; fué nombrado en Marsella por una mayoría compuesta de algunos liberales, sacerdotes y nobles.

Adicto á la causa de la legitimidad, llevando uno de los más antiguos nombres de Provenza, sumiso á la Iglesia, había experimentado gran repugnancia en lisonjear á los liberales y aceptar sus votos. Para él eran plebeyos, criados, que debieran azotar en la plaza pública. Su indomable orgullo sufría rebajándose á su nivel.

Ahora justamente Felipe Cayol, un jefe del partido liberal, caía entre sus manos. Al fin podía saciar su odio en uno de los plebeyos que le habían, regateado la elección. Aquel pagaría por todos; su familia quedaría arruinada, desesperada; á él le encerrarían en un calabozo.

¡Cómo! ¡un simple ciudadano osar á la sobrina de un Cazalis! Habíasele llevado, y ahora los dos corrían por esos caminos de Dios. Era un escándalo que debía ser público. Un hombre de la clase media, hubiera tal vez preferido ahogar las murmuraciones, ocultar en lo posible el triste lance; pero un Cazalis, un diputado, un millonario, poseía bastante influencia y orgullo para pregonar sin vergüenza la deshonra de los suyos.

Poco importaba que todos estuviesen enterados de que Blanca había sido la querida de Felipe Cayol, con tal que nadie pudiera decir que se había rebajado casándose con un pobre diablo.

El orgullo exigía que la niña quedase deshonrada y que su deshonra fuera publicada por las esquinas.

Cazalis prometió una recompensa de 10.000 francos al que le entregase amarrados á su sobrina y al seductor. Como si pregonase un perro de casta.

Mayormente cundía el escándalo entre las clases elevadas.

Como tutor de Blanca, cuya hacienda administraba, activaba las pesquisas de la justicia, preparaba la causa criminal.

Una de las primeras medidas que tomó fué hacer prender á la madre de Felipe.

Cuando el procurador del rey se personó en su casa, la pobre señora respondió á todas sus preguntas, diciendo que ignoraba lo que había sido de su hijo.

Su turbación, sus maternos temores, fueron considerados como pruebas de complicidad.

La encarcelaron, esperando que su hijo se presentaría para devolverle la libertad.

Mario, entonces estuvo á punto de volverse loco.

Sabía que su madre estaba delicada; con terror se la imaginaba en una celda glacial; allí moriría, atormentada por sufrimientos físicos y morales. Sufría él también alguna molestia, pero sus firmes contestaciones y la fianza ofrecida por el armador Martelly, le preservaron del encarcelamiento.

Mario se había podido cerciorar de que Blanca seguía á Felipe voluntariamente, y enojábase al oír acusar de raptó á su hermano: le llamaban bellaco, canalla, y las palabras groseras llovían también sobre su buena madre. Llegó á

tal punto de indignación, que defendía á los culpables contra la misma justicia. Los clamores de Cazalis le irritaban, pues decía que el verdadero dolor es silencioso, y que no debe llevarse á la plaza pública la deshonra de una niña imprudente.

Penetraba la intención perversa de Cazalis, que no aspiraba á herir al seductor, sino más bien al republicano.

Ya que la justicia se encargaba de castigar al ambicioso Felipe, Mario juró que tarde ó temprano castigaría al otro culpable, que amotinaba á Marsella, y mientras tanto pondría trabas á sus proyectos, equilibrando sus influencias de hombre rico y titulado.

Dos días después de la fuga, Mario recibió una carta de Felipe, el cual le suplicaba le remitiera mil francos para los gastos del viaje. La carta procedía de Lambesc.

Allí, el señor Grouse, antiguo amigo de su familia, le había dado hospitalidad durante algunos días.

Mario quedó anonadado por la petición de Felipe, pues no poseía siquiera 600 francos.

Buscó por todos lados el resto de la cantidad pedida, y el día que se desesperaba por no haberla podido conseguir, vió entrar en su casa á Josefina.

La víspera le había confiado su apuro, pues le salía al paso la joven continuamente desde la fuga de Felipe. Siempre pedíale noticias de su hermano, y preguntaba con interés si la señorita seguía con él. Josefina depositó en la mesa 500 francos.

—Me devolveréis este dinero cuando os venga bien,— dijo ruborizándose.

Mario rehusaba.

—Me hacéis perder el tiempo,— dijo con encantadora impaciencia.—Vuelvo en seguida á mis ramilletes. Permídmeme tan sólo que venga todas las mañanas á pedir noticias.

Y salió corriendo.

Envío Mario los 1.000 francos, y pasaron quince días sin noticia alguna.

Sabía únicamente que perseguían á Felipe con encarnizamiento.

Luego supo que en Tolón su hermano estuvo á punto de ser arrestado.

Una mañana, Josefina acudió llorando á su casa, y le dijo entre sollozos:

—El señor Felipe ha sido arrestado! Le han encontrado, con la señorita, á una legua de Aix.

Mientras Mario, turbado, bajaba con rapidez, para cerciorarse de si aquella triste noticia era cierta, Josefina dijo en voz baja:

—A lo menos, la señorita no está ya con él.

### En que Blanca recorre seis leguas á pie y ve pasar una procesión

Blanca y Felipe abandonaron la casa del jardinero Aya-se al anoecer, hacia las siete y media. Durante el día, habían visto unos gendarmes en el camino; les aseguraban que les prenderían aquella noche, y el miedo les hizo abandonar su primer refugio.

Felipe se vistió con blusa de aldeano; Blanca unas ropas de mujer del pueblo, falda encarnada con ramos, delantal negro, pañuelo amarillo á cuadros y ancho sombrero de paja ordinario.

Víctor, muchacho de quince años, hijo del jardinero, les acompañaba.

Andaban aprisa, cabizbajos, sin cambiar siquiera una palabra. Llevaban prisa de encontrarse en el desierto de las colinas.

Atravesando el rastro de Marsella, encontraron algunos transeúntes, á los que miraban con desconfianza. Luego ensanchóse á su vista la campiña, donde no vieron más que, de vez en cuando, á orilla de los senderos, á unos zagales, inmóviles y graves, en medio de sus rebaños.

Cerca de Marsella, los caminos son fáciles, pero, penetrando en el interior de las tierras, encuéntranse colinas y peñas, que cortan todo el centro de la Provenza en valles estrechos y estériles.

Víctor precedía á los fugitivos silbando una canción del país, y saltaba sobre las peñas con agilidad de gamuza, pues se había criado en aquel desierto.

Blanca y Felipe le seguían con trabajo.

Ya habían pasado Septême, y la joven, agotadas las fuerzas, echóse al suelo. La claridad de la luna, que subía entonces lentamente, iluminó su cara pálida, inundada de lágrimas.

Felipe exclamó:

—¡Lloras, pobre niña! ¿No es cierto que hice mal llevándote conmigo?

—¡No digas eso!—respondió Blanca.—Lloro porque ya no puedo andar. Más valía arrodillarnos á los pies de mi tío y suplicarle que nos perdonara.

Hizo un esfuerzo sin embargo, y siguieron andando. Casi cinco horas emplearon en la trabajosa marcha.

Por fin, se decidieron á bajar á la carretera de Aix, y allí andaban más libremente, pero el polvo les cegaba.

Estando ya en lo alto de la subida del Arco, despidieron á Víctor.

Blanca sentóse en un banco de piedra, á la puerta de la ciudad, y declaró que ya no podía andar.

Felipe buscó un vehículo cualquiera, pues temía que le arrestasen si permanecía en Aix; encontró á una mujer, que conducía un carro, que consistió en dejarle subir con Blanca y llevarles á Lambesc, á donde ella misma se dirigía.

Blanca, á pesar de los vaivenes, durmióse profundamente y no despertó hasta llegar á Lambesc.

Aquel sueño habíala vigorizado y calmado.

Apearónse los dos amantes. El día apuntaba, y su claridad les infundió esperanza, disipando las pesadillas nocturnas.

Como no encontraron al señor Girousse, al cual Felipe había resuelto pedir hospitalidad, entraron en una posada. Allí disfrutaron de un día de paz completa.

El día siguiente, Felipe fué á casa del señor Girousse, y le refirió el lance.

—¡Diablo!—exclamó el anciano hidalgo.—El caso es grave. Hace un siglo, el señor de Cazalis os habría hecho colgar por haberos atrevido con su sobrina; hoy os hará encerrar. Creedme, no tardará en hacerlo así.

—¿Y ahora, qué tengo que hacer?

—¿Lo que tenéis que hacer? Devolver la niña á su tío y pasar la frontera sin deteneros.

—Sabed que eso no lo haré.

—Entonces, esperad sosegadamente á que os prendan... No tengo otro consejo que daros.

Ya se alejaba Felipe, confundido por la sequedad de aquella acogida, pero el anciano le llamó y dijo, cogiéndole de la mano:

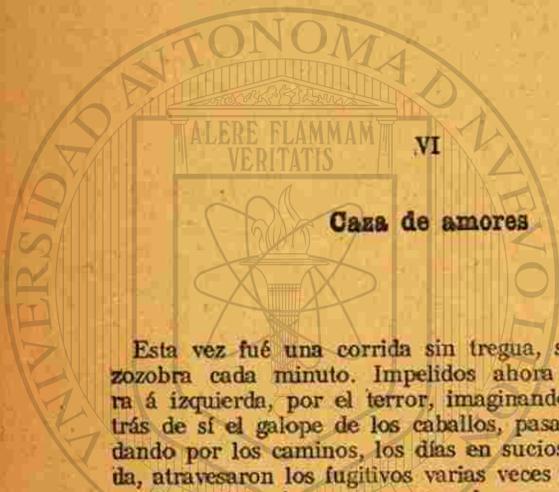
—Mi deber sería haceros prender, pero... Por el otro lado de Lambesc hay una casita deshabitada, cuya llave os entregaré. Allí podéis ocultaros, pero no me lo digáis. Sino, os envío á los gendarmes.

Así los amantes permanecieron ocho días en Lambesc. Los pasaron con sosiego, si se exceptúa el temor natural.

Ya había recibido Felipe los mil francos de Mario; Blanca mostrábase muy buena ama de su casa; económica, hacendosa, y Felipe comía con delicia los manjares que ella cuidábase de preparar.

Una tarde, en que Blanca asomóse á la ventana, vió pasar una procesión. Arrodillóse y juntó las manos. Recordó su niñez, cuando andaba, vestida de blanco, entre las jóvenes vírgenes, que cantaban las letanías, y sintió desgarrársela el corazón.

Al anoecer, Felipe recibió un anónimo. Le avisaban que al día siguiente debían arrestarle. Parecióle reconocer la letra del señor de Girousse. Volvieron á emprender la fuga.



### Caza de amores

Esta vez fué una corrida sin tregua, sin descanso, una zozobra cada minuto. Impelidos ahora á derecha, ahora á izquierda, por el terror, imaginando siempre oír detrás de sí el galope de los caballos, pasando la noche andando por los caminos, los días en sucios cuartos de posada, atravesaron los fugitivos varias veces toda la Provenza, yendo y viniendo, no encontrando un retiro desconocido, perdido en algún desierto.

Felipe conocía á un boticario en Tolón, y esperaba que pudiese facilitarle la fuga.

El farmacéutico, muchacho grueso y alegre, les recibió muy bien. Ocultóles en su habitación, y les dijo que iba al punto á proporcionarles un pasaporte.

Gourdán, el boticario, había salido, y se presentaron dos gendarmes.

Blanca estuvo á punto de desmayarse. Pálida, sentada en un rincón, refrenaba sus sollozos. Felipe, con voz ahogada, preguntó á los gendarmes qué querían.

—¿Sois el señor Gourdán?—preguntó uno de ellos con una rudeza de mal agüero.

—No,—respondió el joven.—El señor Gourdán ha salido, y no tardará en volver.

—Está bien,—replicó el gendarme con sequedad.

Y se sentó. Los dos pobres enamorados no se atrevían á mirarse. Aquel suplicio duró más de media hora.

Volvió por fin Gourdán y palideció, contestando á sus preguntas muy turbado.

—Véngase con nosotros,—le dijo uno de aquellos hombres.

—¿Pero, por qué? ¿Qué he hecho yo?

—Os acusan de haber estafado en el juego ayer noche en un círculo. Os explicaréis con el juez de instrucción.

Gourdán se estremeció. Pareció herido por un rayo, y siguió sin replicar á los gendarmes, los cuales se retiraron sin notar el espanto de Felipe y Blanca.

Mucho se habló del asunto Gourdán en aquella época; pero nadie enteróse de lo que pasó en su casa el día en que fué arrestado.

Comprendió Felipe que era muy débil para escapar á la policía que iba persiguiéndole. Además, ya no podía esperar que alcanzaría un pasaporte, y por consiguiente era imposible pasar la frontera. Vea que Blanca empezaba á cansarse. Resolvió pues aproximarse á Marsella y esperar, en los alrededores, á que se calmara algún tanto la cólera de Cazalis. Como aquellos á quienes falta toda fundada esperanza, lisonjeábase con quimeras de perdón y felicidad.

En Aix tenía Felipe un pariente que se llamaba Isnard, el cual tenía una tienda de mercería. Como los fugitivos ya no sabían á cual puerta llamar, volvieron á Aix.

Perseguales la fatalidad: no encontraron al mercero en su casa, y viéronse obligados á ocultarse en una casa vieja de la calle Sextio, en la morada de una prima del cortijero del señor Girousse. La mujer resistíase á recibirles, temiendo que la acusaran algún día por haberles hospedado; cedió tan sólo á las promesas de Felipe, el cual le juró librar á su hijo del servicio militar. Sin duda en aquel momento tenía alguna esperanza; figurábase ser ya sobrino de un diputado, y emplear con largueza el poder de su tío.

Por la noche llegó Isnard y remitió á los amantes la llave de un barracón que tenía en la llanura de Puyricard. Dos más poseía, uno en el Tholonet, otro en el barrio de Trois-bons-Dieux. Las llaves de éstos estaban ocultas bajo ciertas gruesas piedras, que les indicó.

Aconsejóles no dormir dos noches seguidas bajo el mis-

mo techo, y les prometió hacer los mayores esfuerzos para despistar á la policía.

Partieron los amantes, siguiendo el camino que pasa á lo largo del hospital.

El barracón de Isnard estaba á la derecha de Puyricard, entre la aldea y el camino de Venelles. Era un feísimo edificio, compuesto de piedras secas y cal, cubierto con tejas rojas; era una habitación única, especie de cuadra sucia; en el suelo restos de paja y del techo colgaban telas de araña.

Por fortuna, los amantes tenían una manta. Reunieron la paja en un rincón y encima extendieron la manta.

Allí se acostaron, en medio de los acres vapores de la humedad.

Pasaron la noche siguiente en el barracón, cerca del Tholonet, que era infinitamente más cómodo, pero la zozobra era siempre igual. Así cambiando siempre de domicilio, pasaron unos días.

Un día, al anochecer, Felipe dijo á Blanca:

—Tú estás cansada, niña mía.

—Mucho, mucho.

—Vámonos otra vez al barracón en el barrio Trois-bons-Dieux: allí estaremos hasta que tu tío perdona ó me haga prender.

—Mi tío perdonará.

—No me atrevo á creerlo. De todos modos, ya no quiero huir, pues tú necesitas descansar. Ven, andaremos despacio.

Llegaron á los Infernets, dejando á la derecha el castillo del señor Marcos, que veían en una altura.

En una hora llegaron.

Tenía intenciones Felipe de ir el día siguiente á Aix é informarse acerca de los propósitos del señor de Cazalis. No se le ocultaba que ya era imposible seguir escondiéndose. Acostóse casi tranquilo por las consoladoras palabras de Blanca, la cual juzgaba los acontecimientos con su inexperiencia de niña.

Veinte días siguieron huyendo los fugitivos. Los gendarmes les perseguían sin descanso, pero hasta entonces no habían logrado cogerles. La cólera de Cazalis, lejos de enfriarse, aumentábase por la espera; irritábase su orgullo á cada nuevo obstáculo.

Acababa el diputado por acusar á la policía de ineptitud.

Afirmáronle por fin que los amantes estaban en los alrededores de Aix, y que serían detenidos.

Pué á Aix, quiso presenciar las pesquisas.

La mujer de la calle Sextio, que les había hospedado durante pocas horas, se aterró. Para que no la acusaran de complicidad, lo refirió todo, y dijo que debían estar ocultos en uno de los barracones de Isnard. Isnard, interrogado, negó sin inmutarse. Declaró que hacía varios meses no había visto á su pariente.

Esto sucedía á la misma hora que Felipe y Blanca entraban en el barracón, y no pudo el mercero avisarles.

Al día siguiente, á las cinco de la madrugada, un comisario de policía llamaba á su puerta, anunciándole que iba á efectuarse un registro en su morada y en los tres barracones de su propiedad. Cazalis quedó en Aix, declarando que temía matar al seductor de su sobrina si con él se encontraba.

Los agentes que se habían encargado de visitar el barracón de Puyricard, encontraron el nido vacío.

Isnard ofreció galantemente llevar á dos gendarmes á su finca de Tholonet, convencido de que daría un paseo inútil. El comisario, igualmente acompañado por dos gendarmes, dirigióse á Trois-bons-Dieux. Había llevado consigo á un cerrajero, pues Isnard había respondido con vaguedad que la llave de la casa estaba escondida debajo de una piedra, á derecha de la tienda.

Eran cerca de las seis cuando llegó el comisario. Todas las aberturas estaban cerradas, ningún ruido procedía del interior. Adelantóse y, en alta voz, golpeando la puerta con el puño cerrado, gritó:

—¡Abrid, en nombre de la ley!

Únicamente el eco respondió.

Pasaron algunos minutos, y entonces el comisario mandó al cerrajero:

—¡Forzad la puerta!

El cerrajero puso mano á la obra. Oyóse en el silencio rechinar el hierro.

Abrióse con violencia un postigo, y apareció Felipe Cayol, desdeñoso é irritado.

—¿Qué queréis?—preguntó.

—Abrid la puerta primero. Después os diremos lo que deseamos.

Bajó Felipe y abrió.

—¿Sois el señor Felipe Cayol?—preguntó el comisario.

—Sí,—respondió el joven con energía.

—Entonces os arresto como reo de rapto. Habéis robado á una joven menor de dieciseis años, que debe de estar escondida con vos.

Felipe sonrió y dijo:

—La misma señorita Blanca de Cazalis podrá declarar si hubo violencia por mi parte. No sé lo que queréis decir hablando de rapto. Hoy mismo debía ir á arrojarne á los pies del señor Cazalis pidiéndole la mano de su sobrina.

Blanca, pálida, temblorosa, se presentó.

—Señorita,—dijole el comisario,—tengo orden de llevaros al lado de vuestro tío que os espera en Aix. Está llorando.

—Siento infinito haber causado un pesar y un disgusto á mi tío,—respondió Blanca con alguna firmeza.—Pero no hay que acusar al señor Cayol, pues le seguí por mi libre y espontánea voluntad.

Luego, dirigiéndose á Felipe, le dijo:

—Esperad. Os amo, y suplicaré á mi tío que sea bueno para nosotros. Nuestra separación no puede ser larga.

Felipe la miraba tristemente, moviendo la cabeza.

—Sois una niña débil y medrosa, pero no se os olvide que me pertenecéis. Amadme como os amo.

Blanca lloraba.

El comisario la hizo entrar en un coche, que había enviado á buscar, y la acompañó á Aix, mientras dos agentes, llevaban á Felipe á la cárcel de la ciudad.

## VII

## En que Blanca hace lo que hizo San Pedro

La noticia del arresto llegó á Marsella al día siguiente y fué un verdadero acontecimiento.

Por la tarde, habían visto á Cazalis pasar en coche con su sobrina por la Cannebière. Los comentarios iban al galope; todos hablaban de la actitud triunfante del diputado, de la confusión, del rubor de Blanca.

El señor Cazalis era muy capaz de hacer pasear á la joven por Marsella, para que se enterasen todos de cómo había vuelto á su poder y que su raza no se rebajaba contrayendo enlaces plebeyos.

Mario, á quien Josefina había avisado, corrió todo el día por la ciudad. Confirmóle la triste noticia la voz pública. Por todas partes oía referir el hecho con variados pormenores. Cansado, aburrido, fuese á su oficina sin saber qué resolución tomar.

Por desgracia, el señor Martelly debía permanecer ausente hasta la noche del día siguiente. Mario quería, necesitaba obrar; hubiese deseado hacer algo en seguida en favor de su hermano. Sus temores del primer momento se habían calmado algún tanto. Reflexionó que no podía acusarse de rapto á Felipe y que Blanca le defendería. Llegó á creer en su sencillez, que debía ir á casa del señor Cazalis, pidiéndole la mano de Blanca en nombre del detenido.

—Abrid la puerta primero. Después os diremos lo que deseamos.

Bajó Felipe y abrió.

—¿Sois el señor Felipe Cayol?—preguntó el comisario.

—Sí,—respondió el joven con energía.

—Entonces os arresto como reo de rapto. Habéis robado á una joven menor de dieciseis años, que debe de estar escondida con vos.

Felipe sonrió y dijo:

—La misma señorita Blanca de Cazalis podrá declarar si hubo violencia por mi parte. No sé lo que queréis decir hablando de rapto. Hoy mismo debía ir á arrojarne á los pies del señor Cazalis pidiéndole la mano de su sobrina.

Blanca, pálida, temblorosa, se presentó.

—Señorita,—dijole el comisario,—tengo orden de llevaros al lado de vuestro tío que os espera en Aix. Está llorando.

—Siento infinito haber causado un pesar y un disgusto á mi tío,—respondió Blanca con alguna firmeza.—Pero no hay que acusar al señor Cayol, pues le seguí por mi libre y espontánea voluntad.

Luego, dirigiéndose á Felipe, le dijo:

—Esperad. Os amo, y suplicaré á mi tío que sea bueno para nosotros. Nuestra separación no puede ser larga.

Felipe la miraba tristemente, moviendo la cabeza.

—Sois una niña débil y medrosa, pero no se os olvide que me pertenecéis. Amadme como os amo.

Blanca lloraba.

El comisario la hizo entrar en un coche, que había enviado á buscar, y la acompañó á Aix, mientras dos agentes, llevaban á Felipe á la cárcel de la ciudad.

## VII

## En que Blanca hace lo que hizo San Pedro

La noticia del arresto llegó á Marsella al día siguiente y fué un verdadero acontecimiento.

Por la tarde, habían visto á Cazalis pasar en coche con su sobrina por la Cannebière. Los comentarios iban al galope; todos hablaban de la actitud triunfante del diputado, de la confusión, del rubor de Blanca.

El señor Cazalis era muy capaz de hacer pasear á la joven por Marsella, para que se enterasen todos de cómo había vuelto á su poder y que su raza no se rebajaba contrayendo enlaces plebeyos.

Mario, á quien Josefina había avisado, corrió todo el día por la ciudad. Confirmóle la triste noticia la voz pública. Por todas partes oía referir el hecho con variados pormenores. Cansado, aburrido, fuese á su oficina sin saber qué resolución tomar.

Por desgracia, el señor Martelly debía permanecer ausente hasta la noche del día siguiente. Mario quería, necesitaba obrar; hubiese deseado hacer algo en seguida en favor de su hermano. Sus temores del primer momento se habían calmado algún tanto. Reflexionó que no podía acusarse de rapto á Felipe y que Blanca le defendería. Llegó á creer en su sencillez, que debía ir á casa del señor Cazalis, pidiéndole la mano de Blanca en nombre del detenido.

Al día siguiente, por la mañana, bajaba cuando vino á su encuentro Josefina. Palideció la pobre, cuando Mario le comunicó el objeto de su salida.

—¿Me permitís acompañaros?—preguntó.—Esperaré á la respuesta de la señorita y de su tío.

Ya se había calmado la cólera de Cazalis, pues tenía en sus manos la venganza. Iba á probar su poder, aplastando á uno de esos republicanos que aborrecía.

Le anunciaron á Mario, y mandó introducirle.

Le recibió en pie y con aire altivo. Mario adelantóse políticamente, y con voz tranquila dijo:

—Señor: en nombre de mi hermano Felipe Cayol, tengo el honor de pedir la mano de la señorita Blanca de Cazalis, vuestra sobrina.

El diputado creyó ver visiones. Retrocedió, miró al joven con desdén y respondió riendo:

—Estáis loco, señor mío. Sé que sois trabajador y honrado, y por esto no mando á mis criados echaros á la calle. Vuestro hermano es un canalla, que será castigado como merece.

—Señor, he venido para ofreceros la única reparación posible: el matrimonio. La injuria quedará borrada.

—Nosotros estamos por encima de la injuria. No es vergonzoso para un Cazalis haber sido la querida de un Felipe Cayol: lo vergonzoso sería un enlace con gente de vuestra clase.

—Otras creencias tenemos nosotros en puntos de honra... Yo no insisto: cumplí con mi deber. Permitidme añadir tan sólo, que la señorita no rechazaría el ofrecimiento si á ella pudiese dirigirme.

—¿Lo creéis así?

Cazalis tiró del cordón de una campanilla, y mandó al criado que hiciese bajar inmediatamente á su sobrina.

Blanca apareció pálida, con señales de haber llorado. Al ver á Mario se estremeció.

—Señorita,—dijo su tío,—he aquí este caballero que pide vuestra mano para el infame, al cual no quiero nombrar en vuestra presencia... Decidle lo que me dijisteis ayer.

Blanca no se atrevía á mirar á Mario. Con los ojos fijos en su tío, respondió con voz débil y temblorosa:

—Os decía, señor, que fui robada con violencia, y que

haré todos los esfuerzos para que se castigue el odioso atentado del cual he sido víctima.

Pronunció estas palabras como el que repite una lección aprendida de memoria.

Cazalis no se había descuidado: era preciso que su sobrina mintiese y lo logró.

Mario quedó estupefacto, espantado.

—¿Señorita!—exclamó,—no hablabais así el día en que me suplicásteis pedir el perdón y el consentimiento de vuestro tío para casaros con Felipe. ¿Habéis considerado que vuestra mentira causará la pérdida del hombre que tal vez amáis y que es vuestro esposo?

—No sé lo que queréis decir,—replicó vacilando.—Yo no miento... he cedido á la fuerza... Aquel hombre me ha ultrajado, y mi tío vengará el honor de nuestra familia.

—Y estoy en la casa de los Cazalis,—dijo Mario, con indignación,—de la ilustre familia, honra de la Provenza. Ignoraba que aquí tuviesen cabida la mentira, la calumnia, la cobardía. Señor diputado, esa niña es inocente, la perdono su debilidad; pero vos sabéis muy bien el alcance de vuestros actos. Si ahora me ofrecieseis la mano de la señorita Blanca para mi hermano, yo la rehusaría, pues nunca he mentado ni cometido una mala acción, y me avergonzaría de aliarme con vuestra familia.

Cazalis ya había llamado á un colosal lacayo, que estaba en la puerta, esperando órdenes.

Mario, sin turbarse, se dirigió á la puerta con paso lento y tranquilo, y su aspecto resuelto intimidó al criado, que iba á ponerle la mano encima.

Encontró á Josefina en la acera.

—¿Y qué?—preguntó ansiosa.

—Nada. Son unos miserables calumniadores, unos locos orgullosos.

Josefina respiró, y dijo:

—¿Pues no se casa el señor Felipe con la señorita?

—La señorita afirma que Felipe es un infame, que la robó con violencia. Mi hermano está perdido.

—Nada de eso: yo le salvaré: los dos juntos le salvaremos.

VIII  
ALERE FLAMMAM  
VERITATIS

### La olla de barro y la olla de hierro

Por la noche, Mario refirió al señor Martelly lo que había pasado: el armador sacudió la cabeza.

—Amigo, no sé qué consejo daros. Siento decirlo, pero quedaréis vencido. Vuestro deber es empeñar la lucha, y os secundaré con todas mis fuerzas. Para entre nosotros sea dicho, somos débiles y estamos desarmados, tenemos un adversario, que se apoya en el clero y la nobleza. Ni Marsella, ni Aix, aman la monarquía de Julio, y son adictos á un diputado de la oposición, el cual hace una terrible guerra á Thiers. Ayudarán á Cazalis en su venganza; hablo de las personas encopetadas: el pueblo nos serviría, si pudiera servir á alguien.

—Lo mejor sería ganar para nuestra causa á un miembro influyente del clero.

—¿No conocéis á algún sacerdote influyente cerca del obispo?

—Conozco al padre Chastanier, que es muy bueno, pero no tendrá poder alguno.

—No importa, id á verle. La clase media no puede sernos útil; la nobleza nos echaría con desdén si fuéramos á mendigar recomendaciones. Queda la Iglesia: á ella conviene acudir. Trabajad, yo también trabajaré por mi parte.

Mario fué á ver al padre Chastanier, que le acogió con algún miedo. Desde las primeras palabras del joven, exclamó:

—¡Nada me pidáis! Han sabido que me ocupaba de este asunto, y he recibido graves reconvenções.

No puedo hacer más que rezar, invocar la ayuda de Dios. Pero escuchad: hay por aquí un hombre que pudiera seros útil, el padre Donadéi: dicen que Monseñor le quiere mucho. Es extranjero, italiano, me parece, y en pocos meses ganó la voluntad de todos. ¿Queréis que os acompañe á su casa? Vive aquí cerca, en el boulevard de la Conderie.

Los dos se pusieron en marcha; y minutos después se detuvieron delante de una casita de un solo piso.

—Aquí vive,—dijo Chastanier.

Una criada anciana les recibió y les hizo entrar en un reducido gabinete, tapizado de colores sombríos.

El padre Donadéi les recibió con agrado. Su rostro pálido, en el cual traslucíase la astucia, no expresó asombro alguno.

Llevaba un traje talar muy largo, sin cintura. Sus manos delicadas y blancas salían de las anchas mangas, su tez era fresca. Podía tener unos treinta años.

Ya sentado, escuchó con gravedad sonriente las palabras de Mario, y le hizo repetir algunos pormenores de la fuga.

Parecía dispuesto á ayudar á Mario en su obra: éste le confesó que sólo el clero podía salvar á su hermano, y le suplicó que intercediese cerca de Monseñor.

Levantóse entonces el sacerdote, y dijo:

—Señor, mi sagrado carácter me impide mezclarme en este deplorable y escandaloso lance. Los enemigos de la Iglesia acusan con mucha frecuencia á los sacerdotes, diciendo que se salen de sus sacristías. No puedo más que pedir á Dios el perdón de vuestro hermano.

Mario, consternado, habíase levantado también.

—Os doy las gracias,—dijo.—Las plegarias son una dulce limosna para los desgraciados. Pedid á Dios que los hombres nos hagan justicia.

Se retiró con Chastanier, al que Donadéi había afectado no mirar siquiera.

En la puerta, el sacerdote detuvo un instante á Mario, preguntando con su habitual cortesía:

—¿Estáis colocado en las oficinas del señor Martelly?

*Misterios de Marsella.—3*

—Sí, señor,—respondió el joven sorprendido.

—Es un hombre muy honrado. Sé que no es nuestro amigo, pero le tengo en gran estimación. Su hermana, que yo tengo el honor de dirigir, es una de mis mejores hijas de confesión.

Mario le miraba, sin saber qué decir. El sacerdote, ruborizándose levemente, añadió:

—Es una persona sumamente amable, de ejemplar piedad.

Saludó con mucha finura y cerró la puerta.

Chastanier y Mario, ya en la acera, se miraron. El anciano, dijo:

—Amigo, Dios no tiene la culpa si sus ministros no son siempre como deberían ser.

Alejábanse los dos cuando un carruaje se paró delante la casita. Mario vió apearse á Cazalis y entrar en seguida.

—Mirad, padre mío!—exclamó el joven.—Estoy seguro de que el sagrado carácter de ese cura no le estorbará para trabajar en favor de Cazalis.

Tentaciones tuvo de volver á entrar en aquella casa, pero se calmó, dió las gracias al padre Chastanier y alejóse con el triste convencimiento de que la última puerta de salvación se había cerrado.

Al día siguiente, el señor Martelly le dió cuenta de una tentativa que había hecho cerca el primer escribano de Marsella, el señor Donglas, hombre religioso, que en menos de ocho años había llegado á ser una verdadera potencia por su rica clientela y sus generosas limosnas. El nombre de aquel escribano era amado y respetado.

Como de él se había valido Martelly para colocar algunos capitales, fué á verle y solicitó su ayuda. Donglas, que parecía muy preocupado, dió una respuesta evasiva, dijo que tenía sobradas ocupaciones, que no podía luchar contra Cazalis.

—Yo no insistí,—dijo Martelly,—pues creí entender que vuestro adversario os había tomado la delantera. Mucho me sorprende que un hombre tan honrado se haya dejado atar las manos... ¡Ay, amigo mío! creo que no habrá remedio.

Durante un mes, Mario corrió por todas partes para solicitar el favor de algunos hombres influyentes.

En todas partes fué recibido friamente, con política burlesca.

Lo mismo le pasó al señor Martelly. La nobleza y el clero favorecían al diputado, la clase media le temía, y el pueblo no pudiendo favorecer de otro modo á Felipe, cantaba coplillas satíricas contra Cazalis y su sobrina.

Pasaban los días, la instrucción del sumario adelantaba rápidamente.

Una mañana, supo Mario que el jardinero Ayasse había sido preso también como Felipe; éste por raptó, el otro por complicidad en el mismo delito. La señora Cayol fué puesta en libertad por falta de pruebas.

Mario corrió á abrazar á su madre. Tanto había sufrido durante su encarcelamiento, que pocos días después murió en los brazos de Mario, el cual juró vengarla.

Una multitud inmensa de gente del pueblo acompañó el cadáver al cementerio, las mujeres acusaban en alta voz á Cazalis, y poco faltó para que fuesen á romper los cristales de las ventanas de su palacio.

Como la causa debía tener su desenvolvimiento en Aix, Mario quería estar allí para seguir el curso de la causa y aprovechar los incidentes que se presentasen. Pidió un permiso de un mes al efecto, que le fué otorgado en seguida.

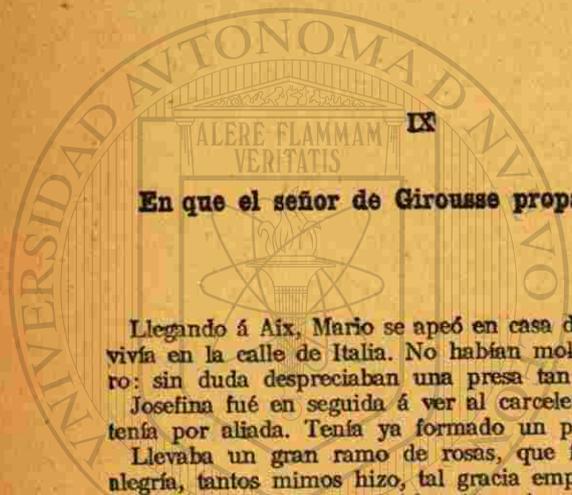
El día de la marcha, encontró á Josefina en la diligencia.

—Me voy con usted,—dijo tranquilamente la joven.

—¡Es una locura!—exclamó él.—No sois rica... ¿Quién venderá vuestras flores?

—Una amiga mía; una joven que vive en el mismo piso en la plaza de los Huevos. He pensado: puedo serles útil; me puse el mejor vestido y aquí me tenéis.

—Pues os doy las gracias,—respondió sencillamente Mario con voz conmovida.



### En que el señor de Girousse propala chismes

Llegando á Aix, Mario se apeó en casa de Isnard, el cual vivía en la calle de Italia. No habían molestado al mercero: sin duda despreciaban una presa tan mezquina.

Josefina fué en seguida á ver al carcelero, cuya sobrina tenía por aliada. Tenía ya formado un plan.

Llevaba un gran ramo de rosas, que fué recibido con alegría, tantos mimos hizo, tal gracia empleó, alegre, cariñosa, que en dos horas fué la niña mimada de su tío. Era viudo y tenía dos niñas de corta edad, cuya mamita fué Josefina desde luego.

La vista de la causa debía empezar en los primeros días de la próxima semana.

Paseando una tarde por el boulevard, encontró al señor Girousse, el cual había ido desde Lambesc para presenciar el juicio de Felipe. Tomóle el brazo el anciano hidalgo y le llevó á su fonda. Luego, encerrándose con él en una sala, le dijo:

—Ahora estamos solos, amigo. ¿Por qué no me pedís defensores contra Cazalis? Escuchad: en esta ciudad somos unos cincuenta como yo, que vivimos apartados, enclaustrados en un pasado que nunca ha de volver. ¡Necedad incomprendible! Pudiéramos trabajar por la prosperidad del país, y no hacemos nada.

Luego el anciano señor, sacó un periódico, en el cual se leían los nombres de los jurados que debían juzgar á Felipe.

—He aquí,—dijo,—una reunión de ricos, que tienen interés en servir la causa de Cazalis. Humbert, hermano de un comerciante de Marsella, mercader de aceite. Hace veinte años, su padre era dependiente de un almacén: hoy sus hijos son millonarios, debido á sus especulaciones.

Un año, vende por adelantado, al precio corriente, una enorme cantidad de aceite. A las pocas semanas, el frío mata los olivares, la cosecha está perdida, está arruinado sino engaña á sus clientes. Prefiere esto á ser pobre. Mientras sus colegas venden perdiendo buena mercancía, él compra todos los aceites averiados que puede encontrar, y entrega las cantidades prometidas.

Quéjense, enfádanse los clientes. El especulador responde friamente que cumple con puntualidad, que nada más tienen que pedirle. ¿Comprendéis? Gautier... otro comerciante de Marsella. Tiene un sobrino, Pablo Bertrand, el cual ha estafado en grande. Dutailly, comerciante de trigo. Hace tiempo sucedió á su yerno una desgracia, cuyo escándalo se apresuraron á ahogar sus amigos. Jorge Fouque, el yerno, hacía de modo que siempre se encontraban averías en los cargamentos que le traían los barcos. Por el dictámen de un perito, las sociedades de seguros pagaban, pero aburridas al fin, encargan examinar las mercancías á un honrado panadero que no tardó en recibir la visita de Fouque, el cual, hablando de cosas indiferentes, le desliza en la mano algunas monedas de oro. El panadero las deja caer y las lanza en medio de la sala... Allí había gente que lo presencié, pero Fouque no perdió el crédito por eso. Delorme... otro tipo por el estilo. Fairse... su madre caióse en segundas nupcias con un tal Chabran, armador y descontador. Bajo pretexto de especulaciones desgraciadas, Chabran escribe un día á sus numerosos acreedores que se ve obligado á suspender sus pagos. Algunos le dan tiempo, la mayoría quieren perseguirle por justicia. Entonces Chabran toma, como empleados á dos jóvenes á los que intruye durante ocho días. Luego, por ellos acompañado, visita, uno tras otro, á sus acreedores, quéjase de su miseria, implora compasión para sus dos hijos desarrapados y falto de alimento... La comedia tiene éxito completo. Los acreedores rompen sus títulos. Al día siguiente, Chabran estaba en Bolsa, tranquilo é insolente más que nunca. Un corredor que ignoraba el negocio, le propuso

encontrar tres valores firmados por los comerciantes que, la víspera le habían perdonado la deuda.

—Yo no hago nada,—dijo,—con tales gentecillas.

Gerominot, un usurero de la peor especie. Hasta ahora ganó un millón. Casó á su hija con un tal Pertigny, pero después de la quiebra, la cual le permitió comprar una casa. Dió el diez por ciento á los acreedores. Hace apenas quince años, otra quiebra le hizo ganar trescientos mil francos, y él ofreció el cinco por ciento. Rehusaron los acreedores, y él probó que sus bienes eran propiedad de su esposa, y no dió ni siquiera un céntimo.

Mario se sentía mareado al oír tales y tantas infamias.

El viejo hidalgo, interrumpiéndose, se le puso delante y dijo ásperamente:

—¿Tenéis la bobería de creer que esos millonarios, que han subido como la espuma, esos poderosos que hoy os aplastan, fueran unos santitos, unos justos, unas personas honradas y sin mancha?

Ostentan, sobre todo en Marsella, su vanidad, su insolencia; son devotos y engañan á los buenos cristianos. Forman una aristocracia. Este, vendió á su amigo; aquél, vendió esclavas blancas; un tercero vendió á su esposa y á su hija; otro, especulando sobre la miseria de sus acreedores, rescató á vil precio, las acciones que había des- acreditado diestramente, de una sociedad, cuyo gerente era él mismo; otro se enriqueció echando á pique un barco cargado de piedras, á manera de mercancías, haciéndose pagar por la sociedad de seguros; otro ganó millones vendiendo por vino agua de campeche y sangre de buey; otro pegando fuego á su fábrica ó á sus barcos, asegurados por una cantidad mucho mayor de lo que valían...

Por fin faltóle la respiración á Girusse. Guardó un largo silencio, dejando que se calmara su cólera.

Dijo luego con mayor dulzura:

—Yo soy un misántropo. El ocio al cual me condena mi título, me permitió estudiar las vergüenzas de este país.

Sin embargo, hay también gente honrada entre nosotros; lo malo es que temen á los pillos.

Mario se despidió muy turbado por lo que había dicho Girusse. Preveía la condena de su hermano. El día siguiente empezaba la vista de la causa.

### Un proceso escandaloso

La ciudad estaba emocionada. Estalla con extraña energía el escándalo en las ciudades provincianas, pacíficas, donde la curiosidad de los ociosos no tiene cada día nuevo alimento. Todos hablaban de Felipe y Blanca; en la calle referíanse las aventuras de los dos amantes; decían en alta voz que ya de antemano estaba condenado el acusado, que Cazalis, ó en persona, ó por sus amigos, había pedido la condena á cada jurado particularmente.

El clero de Aix, en parte, apoyaba al diputado pero algunos de aquellos sacerdotes no consentían aprobar una injusticia.

Toda la nobleza le apoyaba.

Felipe también tenía amigos y defensores; el pueblo. Era sabido que Blanca, delante del juez de instrucción, había renegado de su amor, y las muchachas del pueblo, desprendidas y valerosas, hablaban de ella con el mayor desprecio. La llamaban «la renegada».

Cazalis la había arrastrado á Aix, y la obligaba á pasear por el boulevard, pero no le fué posible continuar. La multitud se enfureció, insultó á Blanca y mostróse dispuesta á apedrear al tío y á la sobrina.

Un día declaró terminantemente que no saldría más á la calle, pues estaba próxima á ser madre.

La mañana del día en el cual debían empezar las sesiones, las puertas del Palacio de Justicia fueron sitiadas; unos grupos se formaron en el centro de la plaza de los

Predicadores, gesticulando, hablando en alta voz. Comenzaban á gritos acerca del probable éxito del proceso, la culpabilidad de Felipe, la actitud de Cazalis y de Blanca.

La sala iba llenándose. Habían añadido varias hileras de sillas para las personas provistas de tarjetas; y tantas fueron, que casi todas permanecieron de pie.

Allí estaban la flor y nata de la nobleza, abogados, altos funcionarios, todas las personas más notables de Aix. Ningún acusado tuvo un público semejante.

Cuando se abrieron las puertas para dejar entrar las clases menos privilegiadas, apenas pudieron caber algunos curiosos. Los demás se vieron obligados á estacionarse en los pasillos y en las gradas del edificio.

De vez en cuando oíanse murmullos, voces de reprobación, que penetraban en la sala.

Las damas ya habían invadido la tribuna. Formaban una masa compacta de rostros ansiosos y risueños. Las que ocupaban la delantera, se abanicaban, se inclinaban; parecían estar en un teatro.

Cuando fué introducido Felipe Cayol, reinó un profundo silencio. Las damas le devoraban con la vista, y algunas se armaron de gemelos para examinarle mejor. A muchas agradó su aspecto varonil y enérgico. Digna y tranquila fué la actitud del acusado, el cual, llevaba un traje completamente negro. Parecía ignorar la presencia de los dos gendarmes que estaban á su lado. A veces echaba una mirada á la multitud, pero sin descaro.

Leyeron el acta de acusación.

Era terrible para el acusado. Los hechos, según las declaraciones de Cazalis y su sobrina, estaban maliciosamente interpretados. Allí decía que Felipe había seducido á Blanca con la lectura de novelas inmorales, y no eran los tales libros más que dos inocentes novelitas de la condesa de Genlis, en un todo pueriles. Decía que Blanca fué robada con violencia, que se había agarrado á un árbol, y que durante la fuga, el seductor debió valerse de la intimidación para hacerse seguir por su víctima. Había otra cosa muy grave: la señorita Blanca afirmaba que nunca había escrito á Felipe, y que las dos cartas presentadas por el acusado, se las había hecho escribir en Lambesc con fecha distinta.

Concluida la lectura del acta de acusación, la sala lle-

nóse con el murmullo de las conversaciones particulares. Todos tenían ya su opinión formada anteriormente y discutían, comentando el relato oficial.

Fuera prorrumpían en verdaderos gritos.

El presidente amenazó con hacer desocupar la sala, y el silencio se fué restableciendo poco á poco.

Entonces empezó el interrogatorio de Felipe.

Después de las preguntas de rúbrica, repetidas por el presidente acerca de los motivos de la acusación, Felipe dijo con voz clara y sonora:

—Me acusan de haber sido robado por una señorita.

Estas palabras hicieron sonreír á todos. Las señoras se ocultaban el rostro detrás del abanico para reír. La palabra de Felipe, por absurda y loca que pareciera, expresaba, sin embargo, la verdad. El presidente observó justamente, que nunca se había visto á un hombre de treinta años, robado por una niña de dieciséis.

—Tampoco,—respondió tranquilamente Felipe,—se ha visto á una joven de dieciséis años, recorriendo las carreteras, atravesando ciudades, encontrando centenares de personas, sin llamar al primer transeunte que se le presentara para que la librase de su seductor, de su carcelero.

Y siguió demostrando la material imposibilidad de la violencia y la intimidación de que era acusado. A cada hora del día Blanca podía abandonarle, pedir ayuda y socorro; si le seguía, era que le amaba, que había consentido en fugarse. Además, Felipe demostró la mayor ternura por la niña, la mayor deferencia hacia el señor de Cazalis. Reconoció que había obrado mal; pidió únicamente que no hicieran de él un seductor indigno.

La sesión fué suspendida hasta el día siguiente, en que serían oídos los testigos. Por la noche, la ciudad estaba revuelta; las señoras hablaban de Felipe con enojo afectado; los hombres graves le trataban más ó menos severamente, el pueblo defendíale con energía.

Hubo, al día siguiente, más apretada y ruidosa multitud en las puertas del Palacio de Justicia. Casi todos los testigos eran de cargo. No fué citado el señor de Grousse; tenía su franqueza, y á más de eso, hubiese debido ser juzgado como cómplice. Mario mismo fué á suplicarle que no se comprometiera en aquel negocio; tenía alguna salida del viejo conde que lo echase todo á rodar.

3079.1

Una sola declaración fué favorable, la del posadero de Lambesc, el cual, declaró que Blanca llamaba esposo al acusado, pero esta declaración quedó desvanecida por la de los demás testigos.

Margarita, la lechera, dijo que no recordaba haber traído al acusado las cartas de la señorita Cazalis. Así todos los testigos, ó por temor ó por necedad, ó por falta de memoria, sirvieron los intereses del diputado.

Fué necesaria otra sesión para audiencia de los letrados. El abogado de Felipe le defendió con sencillez y dignidad. No trató de excusar la parte culpable de su conducta; dijo que la ambición y el amor le habían extraviado, pero probó que no podía acusársele de rapto, y que no había lugar en aquel negocio á violencia é intimidación.

El discurso del procurador del rey fué terrible, y tuvo éxito funesto.

El jurado emitió veredicto afirmativo. Felipe Cayol fué condenado á cinco años de reclusión y á exposición pública en una plaza de Marsella. El jardinero Ayasse fué castigado á unos meses de cárcel.

Oyéronse rumores vagos en la sala. Fuera, el pueblo rugía alborotado.

## XI

### En que Blanca y Josefina se encuentran frente á frente

Blanca, escondida en una tribuna, lo había presenciado todo. Allí estaba por mandato de su tío, el cual, quería acabar de destruir su ternura, mostrándole á su amante entre gendarmes, como un ladrón. Una anciana parienta la acompañaba.

Mientras las dos señoras esperaban el coche, en las gradas del Palacio de la plaza de los Predicadores, fué reconocida por las verduleras, silbada, insultada.

—¡Es ella, es ella!—gritaban.—¡La renegada, la renegada!

La joven no sabía por dónde escapar, medio muerta de vergüenza y de miedo, cuando una muchacha separó vigorosamente el grupo que la rodeaba y se puso á su lado. Era Josefina.

Había acudido llena de cólera, con ánimo de ultrajar á la joven dama, pero al verla acobardada, temblorosa y débil, se compadeció.

Rechazó con violencia á las mujeres, que enseñaban sus puños cerrados á la señorita, y gritó:

—¡Bueno! ¿y qué? ¿no tenéis vergüenza?... está sola, y sois más de ciento. Sin vuestros gritos, Dios la castigará. ¡Dejadme pasar!

Había cogido la mano de Blanca, y esperaba con semblante irritado á que las abriesen paso. Mirando á la jo-

ven, comprendió que su parto era inminente. Entonces, gritó:

—¿No veis cómo está? ¡Vais á matar á su hijo! Callaron compadecidas.

Entonces pudieron alejarse las dos jóvenes.

Blanca, avergonzada, estrechábase á su compañera y apretaba el paso.

La ramilitera, por las calles menos frecuentadas, llevó á la dama á su palacio, cuya puerta estaba abierta.

Por el camino no profirió ni una sola palabra.

Obligóla Blanca á entrar en el vestíbulo, y entornando la puerta, dijo muy conmovida:

—¡Señorita, os doy rendidas gracias por vuestra tan oportuna intervención! Aquellas malas hembras iban á matarme.

—No las insultéis, ¡las mismas razones tenía yo!

—¡Vos!

—Sí, os aborrezco. Más valía que hubieseis muerto en la cuna. Sois hermosa, sois rica: ¿por qué me habéis robado á mi querido, si habéis luego de enviarle á un vergonzoso encierro?

—No comprendo,—replicó Blanca.

—¿No comprendéis? Yo amaba á Felipe. Cuando supe que había huído con vos, lloré mucho, pero me resigné pensando que le haríais feliz. ¡Así fué efectivamente! por vos está deshonrado, por vos permanecerá cinco años en presidio.

—¡No me acuséis! ¡si supieseis lo que estoy sufriendo! Obedezco á una voluntad de hierro. Es verdad, soy cobarde, no tengo valor. Con eso y todo, sigo amando á Felipe. El me lo ha dicho: «Tu castigo será amarme siempre». ¡Ay! cuando oí que lo condenaban, creí que me saltaba el corazón del pecho.

—¿Y qué será de la criatura?

—No sé, no sé. Me la quitará mi tío.

—¿Queréis que yo sea su madre?

Blanca abrazó á la joven con ternura, y la dijo:

—Llegaos á mi casa cuando esté en Marsella. Llegando la hora, en vos confiaré.

En aquel instante entró la señora que acompañaba á Blanca, después de haber buscado á la joven entre la multitud, sin poderla encontrar.

Josefina se fué aprisa. Llegando á la plaza de las Carmelitas, vió desde lejos á Mario, que hablaba con el abogado de Felipe.

Estaba desesperado: lo que más le dolía era la exposición pública. Llegó á su lado Josefina, la cual, le dijo en voz baja:

—Seguidme. Vuestro hermano está salvado.

## XII

### En el cual se prueba cómo el corazón de un carcelero no es siempre de piedra

Mientras Mario, antes de la vista de la causa, recorría inútilmente la ciudad, Josefina, por su parte, trabajaba en la obra de su liberación. Emprendía una campaña en regla contra la conciencia de su tío, el carcelero Revertégat.

Habíase instalado en su casa y pasaba los días en el edificio de la cárcel. Desde la mañana hasta la noche, cuidábase de las faenas domésticas y de las dos niñas, que la adoraban, pues de ella no recibían más que mimos dulces, juguetes y trapitos para las muñecas.

El padre, enternecido, se lo agradecía todo con efusión.

A pesar suyo, cedía á la influencia de la joven, y refunfuñaba cuando ella le hablaba de marcharse.

Parecía que la ramilitera hubiese llevado consigo el perfume de sus flores y la alegría. Revertégat decía, riendo, que en su domicilio moraba la primavera.

Con muchísima maña, Josefina, poco á poco, infundía al carcelero sentimientos de piedad, de dulzura.

Delante de él, se compadeció de Felipe, y obligóle á confesar que era una injusticia tenerle encarcelado.

Cuando creyó poder hacerlo sin imprudencia, preguntó si podía visitar al pobre joven. El tío no tuvo valor de rehusar, la acompañó él mismo y se quedó en la puerta para evitar sorpresas.

Josefina quedóse confusa delante del prisionero.

Mirábale ruborizada, olvidando lo que debía decirle,

Felipe la dijo con cariño:

—¡Aquí venís, querida! ¡Cuánto os lo agradezco! Dejad que os bese la mano.

—Estáis loco, señor Felipe,—respondió Josefina.—Ahora tenéis esposa... Hablemos de lo que importa.

—Hablemos de lo que queráis.

—El carcelero es mi tío,—dijo en voz baja.—Hace ocho días que trabajo para vuestra liberación. No os olvidan los amigos. Esperad.

—Dadme la mano como amigo, como camarada.

—Muy pronto espero conseguir vuestra libertad. ¿En qué día queréis fugaros?

—¿Fugarme? ¿para qué? Yo seré absuelto.

—De todos modos, bueno es estar preparados.

El tío llamó, avisándola para que saliera.

—Repito,—dijo,—que es necesario prepararse. Si os condenan, yo y vuestro hermano prepararemos la fuga. Esperad.

Se retiró.

Siguió en su tarea libertadora. El tío le cobraba cada día más cariño. Hasta sus primitas conspiraban con ella.

Una noche, después de muchos mimos y muchos preámbulos, acabó por pedirle sin más rodeos la libertad de Felipe.

—Si de mí dependiera,—respondió,—en seguida estaría en la calle.

—Tío, de vos únicamente depende.

—¿Tú lo crees así? Al día siguiente, me despedirán, y me moriría de hambre con mis hijitas.

—¿Y si yo os diese dinero?

—¡Tú!

Miró á su sobrina para cerciorarse de si aquello era una broma. Viéndola muy seria y formal, dijo:

—¡Bueno! Allá veremos.

Josefina le abrazó y mudó de conversación. Volvió varias veces á la carga, habituando á su pariente á la idea de dejar en libertad al prisionero. Acabó por ofrecer 15,000 francos, y el ofrecimiento deslumbró al carcelero. Por eso dijo á Mario:

—Vuestro hermano está salvado.

Llevó al joven á la cárcel.

Todo se lo explicó por el camino. Mario no encontraba expresiones bastantes para mostrar su agradecimiento. Ella apenas escuchaba, pensando sólo en el logro de su deseo.

Por la noche vieron á Revertégat, el cual dijo á Mario:

—He aquí mis dos pequeñitas: son mi pesadilla. Si no fuera por ellas, ni un cuarto aceptarían.

Todo se hizo en pocos minutos. Mario prometió marchar á Marsella al día siguiente por la mañana, y traer los 15,000 francos prometidos por Josefina.

Esperaba tomarlos en casa de su banquero: su madre había dejado 50,000 francos, colocados en el banco del señor Bérard, uno de los más ricos y afamados banqueros de la ciudad. La ramilletera quedaba en Aix esperando la vuelta del joven.

Partió, lleno de esperanza, viendo ya libre á su hermano.

Mientras apeábase de la diligencia, en Marsella, llegó su conocimiento una terrible noticia que le aterró.

El banquero Bérard acababa de declararse en quiebra.

UNIVERSIDAD DE GUAYMAS  
BIBLIOTECA  
ALFONSO V. PÉREZ  
Apto. 1625 MONTERREY, MEXICO

XIII

### Una quiebra como se ven muchas

Mario corrió á casa del banquero. No podía creer en la siniestra noticia: tenía la fe de los corazones honrados. Por el camino, pensaba que tal vez eran aquellas voces calumniosas, esperaba locamente. En aquel momento, la pérdida de su capital era la pérdida de su hermano. Figurábase que no sería tan cruel la casualidad: engañábase tal vez el público, Bérard iba á entregarle su dinero.

Entrando en la casa del banquero, la angustia apretó el corazón. Vió la desoladora realidad. Desocupados estaban los despachos; aquellas grandes oficinas desiertas y tranquilas, con las rejillas cerradas, las mesas escritorios solitarias, le confirmaban el triste presagio.

Una riqueza que se desmorona deja en pos de sí un rastro de desconsuelo. Desprendíase de los cartones, de los papeles, de la caja, no sé qué olor de ruina. Los sellos cerraban todos los muebles.

Mario atravesó tres piezas sin encontrar á nadie. Por fin descubrió á un dependiente, el cual había ido á buscar algunos objetos que le pertenecían. Le dijo bruscamente que el señor Bérard estaba en su gabinete.

Entró el joven estremeciéndose, olvidando cerrar la puerta. Vió al banquero ocupándose pacíficamente en escribir cartas, arreglar papeles, sacar cuentas. Joven aun, alto, guapo, iba vestido con esmero, llevaba sortijas en los dedos, tenía traza galante y rica. Parecía que se hubiese

arreglado para recibir á sus clientes y explicarles el desastre.

Su actitud era valerosa. Aquel hombre era una víctima de las circunstancias ó un pillo audaz.

Al ver entrar á Mario, le miró cara á cara, y su rostro expresó una leal tristeza.

—Os esperaba,—dijo con voz conmovida.—Estoy esperando á todos los que he arruinado. Tendré valor hasta el fin: quiero que cada cual pueda asegurarse que no tengo por qué ruborizarme.

Cogió un registro y lo abrió con cierta afectación.  
—Aquí están mis cuentas,—dijo.—Pasivo, un millón; activo, un millón y medio. El tribunal liquidará, y creo que nadie perderá. Yo soy el más perjudicado: he perdido la hacienda y el crédito, me he dejado robar indignamente por deudores insolventes.

Mario ni una palabra había pronunciado; ante la calma abatida de Bérard, ante aquella muestra de austero dolor, no encontraba en sí fuerza para lanzar una palabra de enojo. Casi se compadecía de aquel hombre, que desafiaba la tempestad.

—Señor,—dijo por fin;—¿por qué no me habéis avisado cuando habéis visto que vuestros negocios se embrollaban é iban mal? Mi madre era amiga de la vuestra. Recordando nuestras antiguas relaciones, debíais hacerme retirar el dinero que iba á ser comprometido... Hoy vuestra ruina todo me lo quita y me arroja en la desesperación.

Bérard cogió ambas manos de Mario.

—¡No digáis eso!—exclamó.—Ignoráis los crueles pesares que me desgarran. Al ver el abismo, quise sostenerme agarrándome á las ramas, luché hasta el último instante; esperé salvar los depósitos... no sabéis las terribles eventualidades á que están sujetos los que manejan dinero.

Mario no sabía qué responder. Apresuróse á salir para no molestar al desgraciado banquero.

Atravesando nuevamente las habitaciones, se encontró otra vez con el mismo dependiente, que había hecho su paquete y tomaba el sombrero. Reía entre dientes, se encogía de hombros y miraba á Mario de extraña manera. Llegando á la calle los dos, le dijo de pronto:

*Misterios de Marsella.—A*

—¿Qué pensáis del señor Bérard? ¡Qué buen cómico! La puerta quedó abierta, y me divertía ver las manifestaciones de su desconsuelo. Iba á llorar. Permittedme deciros que acabáis de dejaros engañar del modo más cortés.

—No comprendo,—respondió Mario.

—Más vale así; eso prueba que sois un hombre honrado. Yo me voy satisfecho; hace tiempo que preveía el golpe, el desenlace de la clásica comedia del robo. Tengo especial olfato para saber esas cosas.

—Explicáos.

—Muy sencillo. Hace diez años Bérard abrió una casa de banca; hoy no dudo de que, desde el principio, haya preparado la quiebra. He aquí como discurrió. Quiero ser rico porque tengo grandes apetitos, quiero serlo pronto, pues padezco por no satisfacerlos. El camino recto es largo y difícil; más vale el torcido. En diez años poseeré un millón. Seré banquero para coger los fondos del público con cebo seductor. Cada año birlaré una bonita cantidad, y me detendré con los bolsillos llenos. Entonces suspenderé los pagos; devolveré generosamente dos ó trescientos mil francos de dos millones que me habrán sido confiados. Lo demás me permitirá vivir como un duque, entregado á la pereza y á la voluptuosidad. ¿Comprendéis, mi buen señor?

—Pero esto es imposible. Bérard acaba de decirme que su pasivo es de un millón, y millón y medio su activo. Todos quedaremos pues satisfechos.

—¡Ay qué sencillez! ¿Creéis verdaderamente en este activo de millón y medio? Primero será apartado el dote de la señora Bérard. La señora llevó 50,000 francos, pero su esposo, en el contrato de matrimonio, los transformó en 500,000: es un pequeño robo de 450,000 francos. Queda un millón, representado casi en su totalidad por créditos fallidos... ¡vaya! un procedimiento muy fácil. En Marsella hay muchos que venden su firma por cinco francos, hasta viven de este oficio fácil y lucrativo. Bérard se hizo firmar montones de pagarés por tales hombres de paja; y guardó en sus bolsillos el dinero, que pretende haber prestado á deudores insolventes. Feliz puede estimarse quien reciba el diez por ciento. Y esto dentro de dieciocho meses ó dos años, cuando el síndico de la quiebra haya concluido su tarea.

—Ese Bérard es un canalla. Será perseguido con rigor.

La sociedad debe ser purgada de esos pillos, que se enriquecen con la ruina ajena. El presidio los espera.

—Bérard será castigado tal vez con quince días de cárcel, y he aquí todo. ¿Tampoco comprendéis esto? Escuchad, pues.

Los dos jóvenes estaban parados en la acera: codeábanles los transeúntes. Volvieron á entrar en el vestíbulo de la casa del banquero.

—Decís que el presidio espera á Bérard; el presidio espera á los torpes solamente. En diez años que está preparando la quiebra, ha tomado sus precauciones; esa infamia es una obra de arte. Las cuentas están en regla: la ley lo ampara. Conoce de antemano sus insignificantes riesgos. ¿Qué le vituperará el tribunal? A lo más, sus gastos personales algo considerables; el haber lanzado á la circulación muchas letras, medio ruinoso de proporcionarse dinero. Son faltas leves y merecen leve castigo. Ya lo he dicho; quince días de cárcel, á lo sumo, un mes.

—¿Y no se puede pregonar en público el crimen de ese hombre, probarlo y hacerlo condenar?

—No, señor: faltan las pruebas. Luego, Bérard no ha perdido el tiempo, todo lo ha previsto; ha adquirido, en Marsella, amigos poderosos, adivinando que tal vez algún día necesitaría su influencia. Ahora es casi inviolable, lo más, repito, que podrá suceder, será que esté encerrado unas semanas. Al salir, encontrará un millón, fácilmente adquirirá nueva estimación. Oid por último un consejo de amigo: no digáis una palabra de cuanto os refiero, renunciad á vuestro dinero y nada más. Pensadlo bien: veréis como tengo razón. Adiós.

Mario estaba fuera de sí: ganas tenía de subir otra vez y abofetear al banquero.

Todo lo dicho por el dependiente se verificó. Bérard fué condenado á un mes de cárcel. Un año después, con buen semblante y andar resuelto, paseaba por Marsella su alegre humor de rico. Frecuentaba los círculos, los «restaurants», los teatros, iba á todas partes donde había que comprar placeres. Por el camino encontraba siempre á complacientes ó á necios, que le saludaban respetuosamente.

ALERE FLAMMAM  
VERITATIS

XIV

**En que se prueba que se pierden anualmente  
30.000 francos, y no se ganan más que 1.800**

Mario dirigíase maquinalmente al puerto. Andaba sin saber adonde. Estaba anonadado. Un solo pensamiento ocupaba su mente: necesitaba 15,000 francos en seguida. Echaba en su derredor la vaga mirada de las gentes desesperadas como si esperase encontrar entre dos adoquines la cantidad que necesitaba.

En el puerto, acometieronle deseos de ser rico. Las mercancías amontonadas á lo largo de los muelles, los barcos cargados de riquezas, el estrépito, el movimiento de la multitud que ganaba dinero, le irritaban. Nunca había sentido tanto ser pobre. Tuvo un momento de envidia y rebelión. Preguntóse por qué era miserable y otros eran ricos.

¡Siempre la misma ideal 15,000 francos. No podía volver con las manos vacías: su hermano le esperaba. Ya faltaban pocas horas para salvarle de la infamia. Nada encontraba, estaba angustiado, desesperado.

Nunca se hubiera atrevido á pedir 15,000 francos al señor Martelly. Pocos eran sus honorarios para garantizar tan crecida cantidad. Conocía además los rígidos principios del armador, y temía sus reconvenciones, si le confesaba que quería comprar una conciencia, Martelly habría rehusado darle el dinero.

Se le ocurrió de pronto una idea. No quiso discutirla, y corrió á la calle Santa.

Allí vivía en su mismo piso, un joven empleado, llamado Carlos Blétry, recaudador de la fábrica de jabón de los señores Gaste y Degans. Reinaba alguna intimidad entre los dos jóvenes. Mario quería á Carlos por su carácter dulce, su ejemplar conducta y su fama de gran probidad.

Hacía dos años, sin embargo, que gastaba bastante.

Dominaba un verdadero lujo en su pequeño cuarto, compraba alfombras, tapices, espejos, hermosos muebles.

Volvía á horas avanzadas, vivía con la mayor largueza, pero siempre era dulce, político, tranquilo y piadoso.

Todo esto sorprendió en un principio á su vecino, pero Carlos le dijo que había heredado y no tardaría en dejar su colocación para vivir como particular. Hasta se le había ofrecido, si acaso necesitaba dinero, Mario había rehusado.

Acordóse de aquel ofrecimiento. Iba á llamar á la puerta del joven y pedirle que salvase á su hermano. Tal vez aquel empréstito no le molestaría, pues no le escaseaba el dinero, que reembolsaría poco á poco, persuadido de que le otorgaría el tiempo necesario.

No le encontró en la calle Santa, y como tenía prisa, dirigióse á la jabonería, situada en el boulevard de las Damas.

Cuando llegó y preguntó por Carlos, parecióle que los obreros le miraban de una manera extraña. Le respondieron que podía preguntar al señor Daste, el cual estaba en su gabinete.

Mario, sorprendido por tal acogida, penetró donde le indicaron. Daste conferenciaba con tres caballeros, los cuales callaron cuando apareció Mario.

—Señor,—dijo dirigiéndose á Daste,—¿puedo preguntaros si Carlos Blétry está en la fábrica?

El interrogado cambió una rápida mirada con uno de los tres citados, hombre grueso, marchito, de aspecto severo.

—Pronto volverá,—dijo.—Esperadle, si os place. ¿Sois amigo suyo?

—Sí, señor. Vive en mi mismo piso. Haré unos tres años que lo conozco.

Hubo un instante de silencio. El joven, imaginando que su presencia molestaba á aquellos caballeros, añadió:

—Os doy las gracias... esperaré fuera...

Entonces el caballero grueso se inclinó y dijo algunas palabras en voz baja al fabricante. Daste detuvo á Mario diciendo:

—Quedaos, os lo ruego. Vuestra presencia tal vez no sea útil... Debéis conocer las costumbres de Blétry y podríais informarnos.

Mario, como no comprendía, hizo un ademán de vacilación.

—Dispensad,—dijo Daste políticamente,—veo que mis palabras os sorprenden.

Indicó al caballero gordo y continuó:

—El señor es el comisario de policía del barrio, y acabo de mandarle llamar para que proceda al arresto de Carlos Blétry, el cual, en dos años, nos ha robado 60,000 francos.

Mario lo comprendió todo.

Sentóse, esperando el desenlace del drama, ya que no podía hacer otra cosa.

Reinó un triste silencio, que duró media hora. Daste se había puesto á escribir.

Abrióse por fin la puerta.

—Aquí está,—dijo el fabricante.

Carlos, que nada sospechaba, entró sin ver siquiera á las personas que allí estaban.

—¿Me habéis hecho llamar, señor?—preguntó á Daste. Este le miraba fijamente, volvióse el joven y vió al comisario al que conocía de vista.

Palideció horrorosamente, comprendiendo que estaba perdido.

—Sí, os he hecho llamar,—exclamó Daste,—y sabéis muy bien por qué. ¡Canalla! ya no me robaréis más.

—No sé lo que queréis decir,—respondió Blétry con voz insegura.—Nada he robado... ¿De qué me acusáis?

El comisario se había sentado delante de la mesa escritorio para redactar la declaración. Los dos agentes guardaban la puerta.

—Señor,—dijo el comisario á Daste,—dígame en qué

circunstancias habéis notado los abusos cometidos, según afirmáis, por el señor Blétry en vuestro perjuicio.

Daste refirió entonces la historia del robo. Dijo que el recaudador tardaba en efectuar ciertos cobros, pero que, como tenía completa confianza en él, atribuía la morosidad á los deudores. Las primeras operaciones de esta clase debían tener fecha de dieciocho meses por lo menos. En fin, uno de sus clientes, habiendo quebrado la víspera, había ido él mismo para cobrar cinco mil francos que le debía, y supo que Blétry los había cobrado desde hacía varias semanas. Desolado había vuelto apresuradamente á la fábrica y se había convencido, recorriendo los libros de caja, que le faltaban cerca de sesenta mil francos.

Luego el comisario interrogó á Blétry. Este inventó una historia ridícula.

—Un día,—dijo,—perdí una cartera, en la cual había cuarenta mil francos. No me atreví á confesarlo. Resolví valirme entonces de algunos fondos para jugar á la Bolsa, con la esperanza de ganar y reembolsar á la casa.

El comisario pidió pormenores, y Blétry, turbado, acabó por contradecirse. Ensayó otra mentira.

—Tenéis razón, no he perdido la cartera. La verdad es que me han robado á mí mismo. Había hospedado á un joven falto de recursos. Una noche se marchó llevándose el dinero por mí recaudado: era una cantidad importante.

—No empeore su situación mintiendo,—dijo el comisario.

Luego prosiguió, dirigiéndose á Mario:

—He rogado al señor Daste que os detuviera un rato para ayudarnos en nuestra tarea... Habéis dicho que el acusado es vuestro vecino. ¿No sabéis nada acerca de su conducta? ¿no podríais suplicarle, con nosotros, que dijera la verdad?

Mario no sabía qué decir; Blétry le daba lástima, pero su conciencia le mandaba decir cuanto sabía. Dirigióse al mismo Blétry diciendo:

—Carlos, yo ignoro si sois culpable: siempre os he conocido bueno y correcto. Sé que socorréis á vuestra madre y que os aman todos los que os conocen. Si habéis cometido una locura, confesad vuestra ceguedad: menos sufrirán los que os estiman y quieren, si vos mismo confesáis la verdad francamente, mostrando sincero arrepentimiento.

Mario hablaba con tono dulce y persuasivo. Las duras palabras del comisario habían irritado y hecho enmudecer á Blétry, que cedió ante la indulgencia de su amigo.

Pensó en su madre, y púsose á llorar desconsoladamente.

—¡Es cierto!—gritó en medio de sus sollozos,—he robado, soy un ladrón: estaba loco. Empecé por algunos centenares de francos, luego necesité mil, dos mil, cinco mil, diez mil.

Una fuerza infernal me impelía... crecían mis necesidades, mis apetitos.

—¿Y qué habéis hecho con tanto dinero?—preguntó el comisario.

—No sé... lo he dado, me lo he comido, lo he perdido en el juego... Tranquilo estaba en mi miseria, en nada malo pensaba, vivía honradamente... he saboreado el lujo, el vicio: he tenido queridas, compré muebles elegantes y ricos... estaba loco.

—¿Podéis citar los nombres de las muchachas con quienes os habéis comido parte de ese dinero?

—No lo sé. En todas partes las hallaba, en las calles, en los bailes públicos. Me acompañaban cuando yo tenía los bolsillos llenos, se marchaban cuando estaban vacíos. Mucho he perdido jugando. ¿Queréis saber por qué llegué á ser ladrón? porque veía ciertos hijos de familia tirar el dinero, revolcarse en el ocio y la riqueza.

Yo también quise tener mujeres, placeres ruidosos, noches de juego y orgía. Necesitaba 30,000 francos anuales, y tenía sólo 1,800... por eso he robado.

Mario aproximóse al señor Daste, suplicándole fuera indulgente, y se retiró en seguida.

Blétry fué condenado á cinco años de cárcel.

Una hora solamente era el tiempo que quedaba á Mario para encontrar los 15,000 francos que debían salvar á su hermano,

### En el que Felipe rehusa salvarse

Mario confesóse á sí mismo su impotencia. Ya no sabía á qué puerta llamar. Un triste dependiente no logra que le presten 15,000 francos en una hora.

Bajó lentamente por la calle de Aix, cansada la inteligencia, no encontrando nada en su imaginación.

Terribles son los apuros de dinero; más valdría luchar con un asesino que contra el fantasma de la miseria. Nadie inventó hasta la fecha una pieza de cinco francos.

Llegando el joven al cours Belzance, desesperado, vencido, decidióse volver á Aix con las manos vacías. La diligencia iba á marchar, quedaba un solo puesto en la imperial. Tomólo con alegría: prefería quedar al aire libre, pues la angustia le ahogaba, y esperaba que los dilatados horizontes de la campiña calmarían su calentura.

Triste viaje fué aquel.

Llegó á Aix y se dirigió lentamente á la cárcel.

Pensaba que siempre sería demasiado pronto para llevar una mala noticia.

Cuando entró eran las nueve de la noche. Revertégat y Josefina jugaban á los naipes en un ángulo de la mesa.

Levantóse alegremente la ramillettera y corrió al encuentro del joven.

—¿Qué hay?—preguntó.

Mario no se atrevía á responder: sentóse desolado.

—¡Hablad, hombre!—gritó la muchacha.—¿Tenéis el dinero?

—No lo tengo, no,—respondió.  
Luego lo refirió todo y concluyó diciendo:  
—Ahora no soy más que un pobre diablo: mi hermano seguirá en la cárcel.

Dolorosa fué la sorpresa de la ramilletera, que decía:  
—¡Pobres, pobres de nosotros!  
Miraba á su tío, como si quisiera obligarle á hablar. Revertégat contemplaba á los dos jóvenes con lástima. Trabábase una lucha en su pecho. Por fin dijo:

—Escuche, señor, mi oficio no me ha endurecido hasta el punto de ser indiferente al dolor de la gente honrada... Ya os dije por qué admitía el dinero.

Si desgraciadas circunstancias os impiden ahora ampararme contra la miseria, lo mismo abriré las puertas al señor Felipe. Después me socorreréis, me daréis los 15.000 francos poco á poco, como podáis.

Josefina, fuera de sí, púsose á palmotear. Saltó al cuello de su tío y le abrazó con transportes de alegría.

Mario se puso grave y dijo:

—No puedo admitir tal sacrificio. Ya me reconvengo á mí mismo, pues os hago faltar á vuestro deber, y me niego á agravar mi responsabilidad privándoos del indispensable sustento.

La muchacha, casi encolerizada, se dirigió á Mario diciendo:

—¡Callad, vos! Es preciso salvar al señor Felipe; yo lo quiero así.

Además, no os necesitamos para abrirle las puertas. ¡Venid, tío! si el señor Felipe consiente, ¿qué reparos tendrá su hermano?

Los tres se dirigieron á la celda del prisionero, provistos de un farol de ronda, andando de puntillas.

Entraron juntos y cerraron la puerta tras de sí. Felipe dormía.

Revertégat, enternecido por las lágrimas de su sobrina, endulzaba en lo posible para el joven el severo régimen de la cárcel; le llevaba el almuerzo y la comida, que preparaba Josefina, le facilitaba libros y le había dado una manta suplementaria. No se fastidiaba demasiado Felipe, y sabía que trabajaban para libertarle.

Se despertó y alargó sus manos con cariño á Josefina y á su hermano.

—¿Venís á buscarme?—preguntó sonriendo.

—Sí,—respondió la muchacha.—Vestíos aprisa.

Mario callaba: su corazón latía desordenadamente. Recelaba que el deseo de la libertad hiciera aceptar á su hermano lo que él creyó deber rehusar.

—Pues,—dijo Felipe,—todo está arreglado. Puedo fugarme sin temor, sin remodrimientos. ¿Habéis dado el dinero prometido? Mario, tú no contestas.

Josefina intervino.

—Os he dicho que debéis vestiros en seguida: ¿en qué os metéis ahora?

Había cogido las prendas del joven y se las arrojaba diciendo que aguardaría en el pasillo.

Mario le detuvo y dijo:

—No puedo dejar á mi hermano ignorando nuestras desgracias.

Lo refirió todo, pero no dió consejo alguno á Felipe.

—Entonces,—dijo Felipe,—no has dado el dinero al carcelero... estamos sin un cuarto.

—No importa,—dijo éste acercándose,—más adelante me ayudaréis.

El prisionero enmudeció. No pensaba siquiera en la fuga: pensaba en la miseria, en la triste miseria, en el aspecto que él tendría por los paseos de Marsella. No más rajes elegantes, no más andar holgazaneando, no más amores. Tenía sentimientos de poeta, de caballero, que le privaban aprovechar el desprendimiento de Revertégat.

Volvió á acostarse, y dijo con voz tranquila:

—Me quedo.

Mario estaba radiante, Josefina aterrada.

Quiso probar la necesidad de la fuga, habló de la exposición pública. Se animaba, y crecía su hermosura con la cólera. Felipe la miraba con admiración.

—Bella niña,—dijo,—tal vez me haríais ceder, si en esta celda no hubiese llegado á ser ciego y testarudo. Pero... la verdad, bastantes cobardías he cometido... no cargaré más mi conciencia... Suceda lo que el cielo quiera... además, todo no está perdido. Mario me libertará; encontrará el dinero, ya veréis. Vendréis á buscarme cuando hayáis pagado mi rescate. Nos escaparemos juntos.

Hablaba casi de un modo festivo. Mario le cogió la mano y dijo:

—Gracias. Ten confianza.

Salieron Josefina y Revertégat; solos quedaron Felipe y Mario algunos minutos; hablaron de Blanca y del niño.

Reunidos luego los tres, la ramilletera, desesperada, preguntó á Mario qué iba á hacer.

—Voy á ponerme nuevamente en campaña,—respondió.

—Lo malo es que tenemos prisa y no sé á quién solicitar.

—Puedo daros un consejo,—dijo Revertégat.—Hay en la ciudad, á pocos pasos de aquí, un banquero, el señor Rostand, que tal vez consienta en prestaros la cantidad que se necesita... Pero os prevengo que el tal Rostand tiene reputación de usurero.

Mario no podía pararse en la elección de los medios.

—Os doy las gracias,—dijo.—Mañana por la mañana iré á ver á ese hombre.

### Los señores usureros

El señor Rostand tenía mucha habilidad. Muy tranquilo hacía su vergonzoso comercio. Para poner un título honroso á su industria, abrió una casa de banca; pagaba patente, estaba legalmente establecido. En ocasiones, sabía ser un poco honrado, prestaba dinero al mismo interés de sus cofrades, los banqueros de la ciudad. Pero, en sus oficinas, había, por decirlo así, una trastienda donde con cariño elaboraba sus canalladas.

Seis meses después que se abrió esta casa, llegó á ser gerente de una sociedad de usureros, banda negra que le confió sus capitales. La combinación se hizo con patriarcal sencillez. Los que tenían la natural inclinación á la usura y no se atrevían á traficar por su propia cuenta, le traían su capital rogándole lo hiciese valer. Tuvo así entre sus manos un considerable giro de fondos, y pudo explotar ampliamente las necesidades de los que acudían por préstamos. Quedaban en la sombra los que proporcionaban el dinero. Habíase solamente empeñado en prestar con intereses fabulosos, al cincuenta, al sesenta, hasta al ochenta por ciento. Cada mes reuníanse en su casa los que daban los fondos, él presentaba las cuentas, y repartían la ganancia. Pero se arreglaba del modo que le cupiese la parte mejor, robando á los ladrones. Era aficionado al comercio menudo. Cuando un mercader, en vísperas de algún vencimiento, iba á verle, imponíale condiciones exor-

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
CALLE 1625 MONTERREY, MEXICO

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN  
DIRECCIÓN GENERAL

bitantes. El mercader siempre aceptaba; y así había causado más de cincuenta quiebras en diez años.

No había negocio que no le conviniera; lo mismo prestaba cinco francos á una verdulera, como mñ á un tratante de bueyes; no perdía ninguna ocasión de prestar diez francos para que el día siguiente le devolviesen doce. Acechaba á los hijos de familia, á los vividores, que tiran el dinero por la ventana, les llenaba las manos de monedas de oro, para que pudiesen tirar más, y quedaba bajo las mismas ventanas para recoger lo que caía. Luego hacía excursiones por el campo, tentaba á los labradores, y cuando la cosecha había sido mala, arrancábales poco á poco, por trozos, sus granjas y sus tierras.

Su casa, pues, había llegado á ser una verdadera trampa en la cual desaparecían haciendas enteras. Citábanse las personas, las familias que había arruinado. Nadie ignoraba los secretos resortes de su oficio, pero faltaban pruebas, y su patente lo amparaba.

Una sola vez estuvo en peligro. Una señora, la cual pertenecía á una familia rica, le pidió prestada una cantidad crecida; era muy piadosa, y había derrochado su hacienda dando á derecha é izquierda, haciendo cuantiosas limosnas. El no ignoraba que ya nada poseía, y exigió que firmase letras con el nombre de su hermano: con aquellos falsos papeles en la mano, estaba seguro que su hermano pagaría, pues tenía interés en evitar el escándalo.

La pobre señora firmó. Háblala arruinado la caridad, su debilidad de carácter la hizo sucumbir.

Había acertado: las primeras letras fueron pagadas; pero, presentándose siempre otras, cansóse el hermano y quiso verlo más claro. Fue á la casa de Rostand, y le amenazó con perseguirlo; declaró que prefería deshonrar á su hermano, á dejarse robar impunemente por un pillo semejante. El usurero, aterrado, devolvió las letras, que aun estaban en su poder. Pero como había prestado al ciento por ciento, nada perdió.

Extremóse desde aquel día la prudencia de Rostand. Administró los capitales de la banda negra, con tales mafias, que le valieron la admiración y confianza de los señores usureros. Mientras los que le proporcionaban los fondos se paseaban al sol, como hombres honrados que eran, él es-

taba encerrado en un gran gabinete sombrío: allí fructificaban las monedas de oro de la sociedad.

Algunos de la banda empleaban sus ganancias en satisfacer sus pasiones, sus apetitos de lujo y libertinaje; la alegría de Rostand era hacer una ingeniosa operación.

El día siguiente Mario llamó á la puerta de Rostand sobre las ocho. Era una casa pesada, cuadrada. Las persianas estaban cerradas, lo que daba á la fachada un aspecto desnudo y frío, un no sé qué de misterio y desconfianza. Una criada vieja, que llevaba, á manera de falda, un sucio harapo de algodón, entreabrió la puerta.

—¿El señor Rostand?—preguntó Mario.

—Está, pero muy ocupado.

Y siempre dejaba la puerta á medio abrir.

El joven se impacientó, empujó la hoja y entró en el vestíbulo.

—¡Bueno! esperaré,—dijo.

La criada, sorprendida, vacilando, comprendió que no podía despedir á aquel mozo. Hizolo subir arriba, al primer piso, donde lo dejó solo en una mal llamada antecámara.

La pieza era reducida, oscura, tapizada de un papel verdoso. El único mueble era una silla de paja, que Mario ocupó.

Frente á él, una puerta abierta le dejaba ver un despacho, donde un escribiente hacía crujir de un modo irritante una pluma de ganso en el papel. Otra puerta, á la izquierda, debía conducir al gabinete del banquero.

Mucho rato esperó Mario. Acres olores de papel viejo flotaban en la atmósfera. El cuarto era muy sucio, y le daba lúgubre aspecto la desnudez de las paredes. Amonotonábase el polvo en los rincones, el techo estaba lleno de telas de araña.

Impacientábase el joven, nervioso por el ruidoso crujir de la pluma de ganso.

Oyó hablar en la próxima habitación, y como las palabras se oían con claridad, iba á alejarse por discreción, cuando algunas frases lo clavaron en su sitio. Hay conversaciones que no se pueden oír, no está hecha la delicadeza para amparar la intimidad de ciertos hombres.

—Señores, aquí estamos todos, hablemos de lo que in

porta. Voy á daros cuenta fiel de las operaciones de este mes, y luego repartiremos la ganancia.

Hubo un leve tumulto, conversaciones particulares, que fueron apagándose.

Volvió á hablar la voz seca:

—Antes de entrar en pormenores, es preciso que os confiese que los resultados de este mes son inferiores á los del mes pasado que tuvimos el 60 por 100; hoy tenemos el 55. Oyéronse exclamaciones de descontento.

—Señores,—continuó Rostand,—he hecho lo que he podido, y deberíais darme las gracias... Cada día el oficio se pone más dificultoso. Y además, aquí están mis cuentas. Brevemente os haré conocer algunos de los negocios que he tratado...

Reinó silencio, y después se oyó el roce de las hojas de un registro. Mario escuchaba.

—He prestado,—dijo Rostand,—diez mil francos al joven conde de Salry, el cual será mayor de edad de aquí á nueve meses. Había perdido en el juego, y parece que su querida le exigió una crecida cantidad. Ha firmado letras por 18,000 francos, que vencen á noventa días. La fecha es desde el día de su mayor edad, por supuesto. Los Salry tienen grandes propiedades... es un excelente negocio.

Estas palabras fueron acogidas con un murmullo de aprobación.

—Al día siguiente,—continuó,—recibí la visita de la querida del conde, la cual estaba furiosa, pues su amante le había dado solamente dos ó tres billetes de á mil francos. Juróme que me traería á Salry, atado, para contraer otro préstamo. Esta vez pediré la cesión de una finca... nueve meses tenemos para esquililar al joven loco, á quien su madre deja sin dinero.

Otro silencio, y luego Rostand prosiguió:

—Jourdiere, comerciante de pañería, el cual, cada mes, necesita unos centenares de francos para sus vencimientos. Hoy su capital es casi enteramente nuestro. Otros quinientos francos le presté á 60 por 100. El próximo mes, si me pide un cuarto, le hago quebrar, y sus mercancías son nuestras. Mariana, una verdulera. Por la mañana necesita diez francos y me devuelve quince por la noche. Creo que tiene el vicio de la bebida. Negocio pequeño, pero ganancia

segura; renta de cinco francos diarios. Lorenzo, labrador del barrio Roguefavour. Me ha cedido, poco á poco, una tierra, que posee cerca de Arc. Vale cinco mil francos; la habremos pagado con dos mil. Tuve que expulsarle de su propiedad; su mujer y sus hijos han venido aquí pidiendo compasión... ¿Supongo que me tomaréis en cuenta estos fastidios? Andrés, un molinero, nos debía 800 francos. Le amenacé con el embargo. Aquí vino suplicándome no perderle mostrando á todos su insolvencia. Consentí en embargar por mí mismo, sin el concurso judicial, y me entregó unos mil doscientos francos en muebles y ropa blanca. Cuatrocientos francos ganados por ser humano.

Aquella gente encontró chistoso el lance y se echaron á reír.

Volvió á hablar Rostand:

—A Simón, mercader, 3,000 francos al 40 por 100; mil quinientos al 50 por 100 al tratante en bueyes Charancon; 2,000 al 80 por 100 al marqués de Chantarel; cien al 35 por 100 al hijo del escribano Tingrey...

Así continuó un cuarto de hora. Cuando hubo concluido, una voz ronca, dijo:

—¿Qué decíais, amigo? Muy bien habéis trabajado este mes; las ganancias, en verdad, no han de ser 55 por 100: os habéis equivocado.

—Nunca me equivoco,—replicó Rostand.

Pero Mario creyó notar alguna vacilación en la voz del miserable.

—Todavía no lo he dicho todo,—prosiguió.—Hace ocho días hemos perdido 12,000 francos.

Hubo exclamaciones coléricas. Mario creyó, un instante, que aquellos pillos iban á pegarse.

—¡Diablo!—dijo el banquero entre el tumulto.—Escuchad. Creo que bastante dinero os hago ganar para perdonarme haberos hecho perder una vez, por casualidad. No es culpa mía, además: me han robado. Monier, tratante en trigos, sobre el cual he tenido excelentes informes, me pidió 12,000 francos. Le dije que el amigo que los prestaba quería 5,000 francos de interés por seis meses. Aceptó. Mientras iba á buscar los fondos, se sentó delante de mi escritorio y suscribió diecisiete letras de 1,000 francos cada una. Las examiné y las coloqué en el atril. Luego ha-

Dió algunos minutos con Monier, el cual se había levantado y después de guardarse el dinero, se marchó. Ya estaba lejos cuando quise recoger las letras, las tomé y, en lugar de ellas, me encontré con un paquete igual de pagarés, sin firma, á la orden de no sé quien... Me había robado. Creí que me daba un ataque. Corrí sin embargo tras el ladrón que paseaba tranquilamente al sol, en el Cours. A la primera palabra que le dirigí, me trató de usurero, amenazando llevarme al comisario de policía. El tal Monier tiene reputación de hombre íntegro y leal... y preferí callar.

La voz ronca replicó:

—Rostand, confesad que os faltó energía. ¡Paciencia! no ganaremos más que el 55 por 100... Otra vez velaréis mejor por nuestros intereses. Ahora, á partir.

Mario, á pesar de su angustia, de su indignación, no pudo menos de sonreír, pues el robo de Monier le pareció pertenecer á la alta comedia, y casi aplaudía al pillo, que había engañado á otro pillo.

Ya sabía cual era el oficio de Rostand.

Tuvo un acceso de risa amarga pensando que allí había ido para que le prestaran 15,000 francos.

Pensando que allí, tan cerca de sí, encontrábase una reunión de canallas, que explotaban las miserias, las vergüenzas de una ciudad, levantóse de pronto y... abrió la puerta. Permaneció silencioso algunos instantes en el umbral.

Extraño era el espectáculo que se ofrecía á su vista. Rostand estaba de pie delante del escritorio; tenía detrás una caja de caudales abierta, de la que sacaba el oro á puñados.

En derredor, formando círculo, estaban sentados los miembros de la banda negra, unos esperando el dinero que les correspondía, otros guardando en sus bolsillos el que habían recibido. A cada minuto, el banquero consultaba su libro de cuentas, y luego entregaba á cada uno la cantidad respectiva. Sus asociados no apartaban la vista de sus manos.

Al ruido que hizo la puerta abriéndose, todos se volvieron aterrados.

Mario les reconoció por haberles encontrado en otras ocasiones con la frente alta, el semblante digno: á vari-

había saludado. Todos eran ricos, estimados, influyentes, bien habrían podido salvar á su hermano.

—¿Qué queréis?—gritó por fin Rostand.—No es lícito penetrar así en las casas.

—Quiero 15,000 francos,—respondió Mario.

—No tengo dinero.

—Os prevengo que desde hace una hora estoy detrás de esa puerta, y he asistido á toda la sesión.

Un rayo que hubiese estallado entre ellos no les hubiera impresionado tanto como esta declaración. Todavía aquellos hombres tenían pudor: algunos se cubrieron el rostro con las manos.

Rostand no tenía reputación que perder. Acercóse á Mario y gritó:

—¿Quién sois? ¿Con qué derecho escucháis detrás de las puertas? Si nada tenéis que pedirme, ¿por qué penetráis hasta mi gabinete?

—¿Quién soy? un hombre honrado. ¿Con qué derecho os escuché? con el que asiste á los buenos para desenmascarar á los pillos. ¿Por qué he penetrado hasta aquí? sencillamente, para deciros que sois un bellaco.

Rostand temblaba de cólera. Iba á gritar, á lanzarse sobre Mario, pero él le contuvo con un ademán enérgico.

—¡Callad!—le dijo.—Yo me voy, porque aquí me estoy ahogando. Pero no quise retirarme sin haberme desahogado algún tanto... Tenéis un apetito feroz, señores míos: os hartáis de desgracias, de robos y estafas. Me complazco en haber podido turbar vuestra digestión y haceros estremecer de inquietud. Los salteadores de caminos tienen á lo menos valor y arriesgan la vida, pero vosotros robáis á mansalva y en la sombra. ¡Y decir que no os obliga la necesidad! todos sois ricos. Cometéis pillerías, ¡Dios me perdone! por el gusto de cometerlas.

Algunos se levantaron con aire amenazador.

—¿No habéis visto nunca la cólera de un hombre honrado?—añadió Mario con tono de mofa.—Os irrita, os espanta la verdad. Estáis acostumbrados á que os traten con los miramientos debidos á las personas leales, y como os habéis arreglado para ocultar vuestras infamias y vivir en la estimación de todos, habéis acabado por creer en el respeto que conceden á vuestra hipocresía. ¡Bueno! Yo he

querido que una vez en vuestra vida fueseis insultados como merecéis, y he aquí por qué he entrado.

Vió el joven que iban á matarle á porrazos, si continuaba.

Retiróse sin apresurarse, hacia la puerta, dominando á los usureros con la mirada. Allí detúvose otra vez.

—Sé muy bien, señores,—dijo,—que no puedo arrastraros delante de la humana justicia. Os hacen inviolable vuestra riqueza, vuestra influencia, vuestra habilidad. Si tuviera la sencillez de emprender tal lucha, quedaría aplastado... Pero no tendré el remordimiento de haberme encontrado al lado de hombres de vuestra especie sin haberles lanzado mi desprecio á la cara. Quisiera que fuesen mis palabras un hierro candente que os señalará con el sello de la infamia. Os seguiría la multitud con aullidos, y tal vez entonces aprovecharíais la lección... Partid vuestro oro: si en vosotros queda huella de probidad, os quemará las manos.

Mario cerró la puerta y se fué. Ya en la calle, tuvo una sonrisa de tristeza. Vefía delante de sí la vida extenderse con todas sus vergüenzas, sus miserias, y defcáse que representaba en la existencia el papel noble y ridículo de un don Quijote de la justicia y del honor.

## XVII

## Dos perfiles vergonzosos

Luego que Mario hubo referido su calaverada al carcelero, y á la ramilletera, ésta exclamó:

—¡Mucho hemos adelantado! ¿Por qué os habéis enfadado? Tal vez aquel hombre os hubiese prestado dinero.

Las mujeres tienen empeños que hacen callar su conciencia; así Josefina, por más leal que fuera, se habría hecho la sorda en casa de Rostand, y hasta, ofreciéndose la ocasión, se habría valido de los secretos que le descubriera la casualidad.

Revertégat quedó algo confuso por haber aconsejado á Mario que fuese á casa del banquero.

—Os había avisado, señor,—le dijo,—no ignoraba las voces que corren acerca de ese joven, pero creía hubiese parte de maledicencia. Si yo hubiese sabido toda la verdad, nunca os habría dado el consejo de ir á su casa.

Mario y Josefina pasaron la tarde construyendo planes extravagantes, buscando en vano en su cabeza un medio para improvisar los quince mil francos necesarios para salvar á Felipe.

—¡Cómo!—exclamaba la joven,—¿no encontraremos en esta ciudad un buen corazón que nos saque del apuro?

¿No hay por aquí gente rica, que preste su dinero á una tasa razonable? Vamos á ver, tío: buscad con nosotros.

Nombradme á una buena persona para que vaya á echarme á sus plantas.

Revertégat sacudía la cabeza.

—Sí,—dijo,—hay almas buenas, gente rica, que tal vez os ayudarían, pero no tenéis título alguno á su bondad, no podéis de golpe pedirles dinero. Es preciso dirigirse á prestamistas, y como no ofrecéis ninguna garantía sólida, estáis obligados á llamar á la puerta de los usureros. Yo conozco á viejos avaros, canallas que gozarían en teneros en sus garras, ú os echarían á la calle como á mendigos peligrosos.

Josefina escuchaba á su tío. Todas esas cuestiones de dinero se confundían en su cabeza. Su alma era tan franca que le parecía cosa fácil, natural, pedir y alcanzar una importante cantidad en dos horas. ¡Millonarios hay, que sin molestia pueden disponer de miles de francos! Insistió.

—Vamos, buscad bien,—dijo al carcelero.—¿No véis á nadie con quien se pueda ensayar?

Revertégat miraba emocionado su cara ansiosa. No hubiera querido revelar á aquella niña las repugnantes verdades de la vida.

—No,—dijo,—á nadie veo. Os hablé de viejos pillos, los cuales ganaron vergonzosamente grandes riquezas. Aquellos, como Rostand, prestan ciento para cobrar ciento cincuenta al cabo de tres meses. Hija mía, los usureros se parecen todos. Yo conozco á un anciano avaro, roñoso, que posee más de un millón y vive solo, en una casa abandonada. Sepúltase Guillermo en su mal oliente caverna. La humedad agrieta las murallas de aquella tumba; el piso tampoco está enladrillado, ándase sobre una capa asquerosa de estiércol y destrozos; cuelgan del techo las telas de araña, el polvo cubre todos los objetos, una luz mortecina y lúgubre penetra por los vidrios sucios y grasientos. Los avaros duermen en la suciedad, como las arañas en sus telas. Presentándose una presa, cogida en sus redes, la atraen y le chupan la sangre... Ese hombre no come otra cosa que legumbres cocidas en agua, y nunca acaba de saciar su hambre. Vístese de harapos, lleva una vida de mendigo leproso.

Todo esto para guardar el dinero que ha amontonado, para aumentarlo aún... presta á ciento por ciento.

Josefina se ponía pálida.

—Además, Guillermo tiene amigos que ensalzan su religiosidad. No cree en Dios ni en el diablo, vendería á Cris-

to por segunda vez, si pudiera; pero tuvo la habilidad de fingir gran devoción, y tal comedia le valió la estimación de ciertas personas de cortos alcances. Frecuenta las iglesias, arrodillase ante todos los confesonarios, se inunda de agua bendita... Interrogad á la ciudad, preguntad qué buena acción hizo aquel hombre. Adora á Dios, dicen: pero roba á sus semejantes. Imposible citar á una persona que él haya socorrido. Moriríase de hambre un desgraciado delante de su puerta sin que él le diera un pedazo de pan, ni un vaso de agua. Si goza de consideración, la ha robado como todo lo demás...

Detúvose Revertégat, mirando á su sobrina, vacilando si debía continuar.

—¿Y tendríais la sencillez de ir á casa de un hombre semejante?—dijo por fin.—Todo no lo puedo decir, no puedo hablar de los vicios de Guillermo. Aquel viejo tiene pasiones innobles; á veces olvida su avaricia, y sacia sus apetitos lujuriosos. Refiere en voz baja mercados ignominiosos, seducciones repugnantes...

—¡Basta!—gritó Mario con energía.

Josefina, ruborizada, consternada, bajaba la cabeza, faltándole el valor y la esperanza.

—Veo que el dinero es demasiado caro,—dijo el joven,—y que es preciso venderse para comprarlo. ¡Ay! ¡si tuviera tiempo para ganar con mi trabajo la cantidad que necesitamos!

Los tres permanecieron silenciosos, no pudiendo encontrar un medio de salvación.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
 BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
 "ALFONSO REYES"  
 Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO  
 VERITATIS  
 XVIII

### En que respandece un rayo de esperanza

En la mañana siguiente, Mario, impelido por la necesidad, decidióse á llamar á la puerta del señor Girousse. Desde que buscaba dinero, pensaba dirigirse al viejo conde, pero siempre había prescindido de tal pensamiento; temía las originales salidas del hidalgo, no se atrevía á confesarle su miseria, avergonzándose de dar á conocer el empleo de los 15,000 francos que solicitaba. Nada más doloroso había para él, que poner á una tercera persona en el secreto de la evasión de su hermano, y temía al señor Girousse más que á cualquier otro.

Cuando el joven se presentó, el conde estaba ausente: había marchado á Lambesc. Casi se alegró de no encontrar á nadie, tanto le costaba dar semejante paso. Permaneció en la calle vacilando, sin valor para ir á Lambesc desesperado de verse reducido á la inacción.

Subiendo por una avenida, acobardado, mirando sin ver, tropezó con Josefina. Eran las siete de la mañana. La ramillettera, muy elegante, con un pequeño saco de viaje en la mano, le pareció muy resuelta y muy risueña.

—¿Dónde váis?—le preguntó con sorpresa,

—A Marsella,—respondió.

Mario la miró como interrogándola.

—No puedo deciros nada,—prosiguió.—Tengo un proyecto, pero temo que no salga bien. Volveré esta noche. Vamos, no os desesperéis,

Mario acompañó á Josefina hasta la diligencia. Cuando el pesado coche se puso en marcha, le siguió mucho tiempo con la vista; llevaba su última esperanza é iba á traerle la angustia ó la alegría.

Por la noche, rondó alrededor de las diligencias que llegaban: una sola faltaba y Josefina no parecía. El joven, inquieto, iba y venía con paso febril, temblaba que la ramillettera no volviese hasta el día siguiente. En la incertidumbre en que se encontraba, no adivinando cuál podía ser aquella última tentativa, no se sentía con valor para pasar una noche entera de ansiedad. Paseaba por la calle estrecheciéndose, presa de una especie de pesadilla.

Por fin, distinguió la diligencia, en medio de la plaza de la Rotonda. Cuando oyó el ruido de las ruedas, tuvo violentas palpitations. Apoyóse contra un árbol, mirando á los viajeros, que se apeaban con lentitud irritante.

De pronto, quedó como clavado en el suelo. Acababa de ver al padre Chastanier. Ya en la acera, ayudó á una joven á apearse. Era Blanca de Cazalis.

Detrás, Josefina saltó al suelo con ligereza. Estaba radiante. Los dos viajeros, guiados por la ramillettera, se dirigieron á la fonda de los Príncipes. Mario, que había quedado en la sombra, les seguía maquinalmente, sin comprender, como alelado.

Josefina permaneció á lo más una hora en la fonda. Al salir vió al joven, y corrió á su encuentro, loca de alegría.

—Los he traído,—dijo palmoteando;—ahora, espero firmemente que lograrán lo que yo deseo... Mañana lo sabremos todo.

Tomó el brazo de Mario y le refirió lo que le había pasado.

La víspera, una palabra del joven le había llamado la atención. Dijo que sentía no tener tiempo bastante para ganar trabajando la cantidad que se necesitaba. Lo que había contado su tío, había probado que era cosa punto menos que imposible encontrar un prestamista razonable. Reducíase, pues, la cuestión á ganar tiempo, á evitar la exposición infamante de Felipe, que era lo que más les aterraba.

Quedó desde entonces formando el plan de la joven, plan atrevido, que tendría tal vez éxito favorable á causa de su mismo atrevimiento. Quería ir directamente á casa del se-

fior de Cazalis, penetrar en las habitaciones de su sobrina y pintarle el cuadro de la exposición de Felipe, considerando la parte que tal espectáculo tendría de insultante para ella misma. La decidiría á ayudarla, y las dos suplicarían al diputado que interviniese. Si no consentía en pedir gracia, tal vez no se negase en solicitar un aplazamiento.

Pero Josefina no discurría con bastante acierto. Mentira le parecía que el tío de Blanca se resistiera á sus lágrimas: tenía fe en su propio desprendimiento.

Sonaba despierta, pensando que Cazalis se aplacaría á última hora. Aquel hombre altivo y testarudo había querido la infamia de Felipe, y nada del mundo habría podido poner coto al cumplimiento de su venganza. Chocando con él, habría fracasado, nada le hubiera valido rogar, llorar.

Afortunadamente le favorecieron las circunstancias. Cuando se presentó en el palacio del diputado, le dijeron que el señor Cazalis acababa de ser llamado á París por ciertas exigencias de su situación política. Preguntó por la señorita: le respondieron que estaba ausente, que viajaba.

La ramilleteira, muy apurada, volvió á salir; ya en la calle, se puso á reflexionar. Sus planes quedaban inutilizados sin la presencia del tío y de la sobrina, sin un amigo para sostenerla. No quería, sin embargo, renunciar á toda esperanza y volver como había venido.

Entonces se le ocurrió ver al padre Chastanier, del cual Mario le había hablado. Conocía su bondad, su abnegación. Tal vez le daría consejos preciosos. Encontróle en casa de su hermana enferma, le abrió su corazón y le explicó el objeto de su viaje á Marsella. El sacerdote la escuchó muy conmovido.

—El cielo,—dijo,—os trae aquí. En tal circunstancia, creo poder revelar el secreto que me fué confiado. Blanca no está de viaje. Su tío, queriendo ocultar su estado y no pudiendo llevársela á París, alquiló para ella una casita en la aldea de San Enrique. Allí vive con una aya. El señor de Cazalis, que me ha devuelto su amistad, rogóme que la visitara con frecuencia y me dió sobre ella poderes bastante amplios. ¿Queréis venir conmigo á ver á la pobre joven, que encontraréis muy desmejorada y abatida?

Josefina aceptó con alegría.

Blanca, viendo á la ramilleteira, palideció y se puso á llorar á lágrima viva.

Un ligero círculo amoratado rodeaba sus ojos; estaban descoloridos sus labios, sus mejillas parecían de cera.

Josefina, con voz dulce y tiernas caricias, le hizo comprender que tal vez podía evitar á Felipe, una suprema humillación. Levantóse entonces y exclamó:

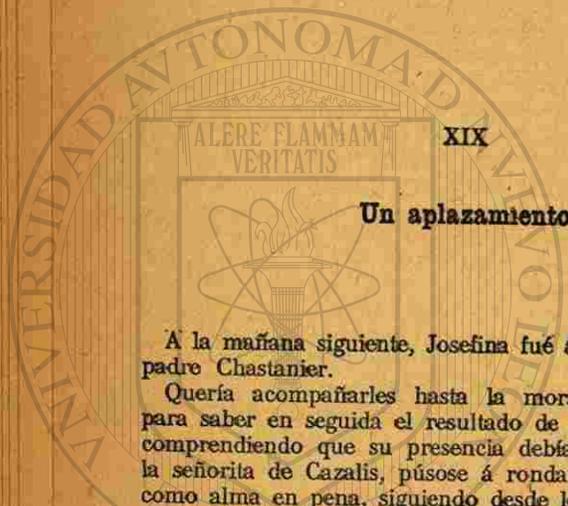
—Pronta estoy... Disponed de mí... Llevo á su hijo en las entrañas, que no cesa de recordarme á su padre. Quisiera calmar la cólera de este sér, que todavía no ha nacido.

—¡Bueno!—dijo Josefina.—Ayudadnos en nuestra obra de liberación... Segura estoy que lograréis á lo menos un aplazamiento.

—Pero,—agregó el padre Chastanier;—la señorita no puede ir sola á Aix: yo la acompañaré. Sé que el señor de Cazalis, si llega á saberlo, me llenará de reconvenções; sin embargo, acepto la responsabilidad de semejante acto, pues creo obrar como un hombre honrado.

Tan pronto como la ramilleteira obtuvo el consentimiento, apenas dejó al sacerdote y á Blanca el tiempo de prepararse. Volvió con ellos á Marsella, les hizo subir en la diligencia, y así les llevó en triunfo á Aix. Al día siguiente, iría la señorita á ver al presidente que había pronunciado la sentencia de Felipe.

Mario, cuando Josefina hubo concluído su relato, la abrazó entusiasmado, lo que hizo ruborizar á la excelente muchacha.



### Un aplazamiento

A la mañana siguiente, Josefina fué á ver á Blanca y al padre Chastanier.

Quería acompañarles hasta la morada del presidente, para saber en seguida el resultado de su solicitud. Mario, comprendiendo que su presencia debía ser dolorosa para la señorita de Cazalis, púsose á rondar por el boulevard, como alma en pena, siguiendo desde lejos á las dos jóvenes y al sacerdote.

Después que hubieron subido los solicitantes, la ramilleteira vió al joven y le hizo una seña para que fuera á reunirse con ella. Los dos esperaron, sin cambiar una palabra, agitados, ansiosos.

El presidente recibió á Blanca con gran conmiseración. Comprendía que para ella había sido el más terrible golpe descargado en aquel desgraciado asunto. La infeliz no podía siquiera hablar; desde las primeras palabras se puso á sollozar, y su aspecto suplicante inspiraba compasión más de lo que hubieran hecho sus ruegos. Chastanier tuvo que explicar su presencia y presentar la petición.

—Señor,—dijo al presidente,—aquí venimos suplicando. La señorita de Cazalis ya está anonadada por las desgracias que sobre ella han caído. Os ruego encarecidamente que le ahorréis una nueva humillación.

—¿Qué deseáis?—preguntó el presidente con voz conmovida,

—Deseamos que, si es posible, evitéis un nuevo escándalo... El señor Felipe Cayol ha sido condenado á la pública exposición, ha de sufrir tal castigo en estos días. Pero la infamia no alcanzará á él solamente; alcanzará también á una pobre joven que sufre y os pide compasión. ¿Comprendéis lo que quiero decir? los gritos de la multitud, las injurias, recaerán sobre la señorita de Cazalis; su nombre será arrastrado por el lodo, resonará alrededor del innoble poste, con risas de desprecio, acompañado de sucias expresiones.

El presidente parecía dolorosamente emocionado. Guardó silencio un instante. Luego, como acometido por una súbita idea, dijo:

—¿Es por ventura el señor de Cazalis quien os envía? ¿Tiene conocimiento del paso que dáis?

—No,—respondió el sacerdote con franca dignidad:—el señor de Cazalis ignora que estamos aquí... Los hombres tienen intereses, pasiones que les obcecán, y á veces les impiden juzgar con claridad su situación. Tal vez obramos contra el deseo del tío de la señorita Blanca, solicitando... Pero, por encima de las pasiones y de los intereses de los hombres, están la bondad y la justicia. Yo no he creído comprometer mi sagrado carácter, permitiéndome pedirlos ser bueno y justo.

—Tenéis razón,—dijo el presidente.—Comprendo los motivos que os han traído, y, ya lo véis, vuestras palabras me han conmovido vivamente. Por desgracia, no puedo detener el castigo, no está en mis facultades modificar una sentencia del tribunal.

Blanca juntó las manos.

—Señor,—balbuceó,—no sé lo que podéis hacer en mi favor; pero os ruego tengáis compasión; considerad que yo soy la condenada; tratad de aliviar mis sufrimientos.

—Hija mía, todo lo comprendo. Penoso ha sido mi papel en este asunto... Hoy siento profundamente no poderos decir: Nada temáis, tengo facultad para derribar el poste de su infamia; no tendréis que sufrir tan dura prueba.

—Entonces,—dijo el sacerdote muy affigido,—la exposición tendrá lugar próximamente... ¿Tampoco podéis aplazar tan deplorable espectáculo?

Habíase levantado el presidente y dijo:

—Por petición del regio procurador, el Ministro de Justicia puede aplazar la época. ¿Queréis que la exposición no tenga lugar hasta fines de Diciembre? Mucho me complacerá probaros mi compasión, mi buena voluntad.

—Sí, sí—exclamó Blanca con ardor.—Alejad en lo posible ese terrible momento... Tal vez seré entonces más fuerte.

El padre Chastanier, que conocía los proyectos de Mario, pensó que debían retirarse sin insistir más. Con Blanca aceptó el ofrecimiento del presidente.

—Convenido, pues,—dijo éste acompañándoles.—Hasta dentro de cuatro meses no tendrá lugar la exposición. Hasta entonces, señorita, vivid en paz. Esperad entretanto, tal vez el cielo os envíe algún alivio en vuestros sufrimientos.

Bajaron los dos solicitantes.

Josefina acudió á su encuentro tan pronto como les vió.

—¿Y qué?—preguntó anhelante.

—No fué posible alcanzar más que un aplazamiento,—dijo el sacerdote;—tenéis cuatro meses para trabajar en vuestra empresa.

Mario, á pesar suyo, se había acercado. Oyendo las palabras del padre Chastanier, se adelantó de pronto y le estrechó las manos con efusión.

—Padre mío,—dijo,—me devolvéis la esperanza y la fe. ¿De qué manera probaros mi agradecimiento? Siéntome ahora animado de invencible valor, y estoy seguro de que salvaré á mi hermano.

Blanca, viendo á Mario, bajó la cabeza. Un vivo rubor coloreó sus mejillas. Estaba allí, confusa, cortada, sufriendo cruelmente por la presencia de aquel joven, el cual conocía su perjurio, al cual ella y su tío habían sumergido en la desesperación. Calmada un poco la alegría de Mario, sintió haberse aproximado. La actitud de la señorita de Cazalis le daba lástima.

—Mi hermano,—dijo,—os ha hecho un agravio muy grande. Perdonadle como yo os perdono.

Hubiese querido interrogarla acerca del niño, reclamarlo en nombre de Felipe, pero no se atrevió.

Josefina adivinó su pensamiento y dijo á Blanca, en voz baja, mientras los dos hombres se separaron algunos pasos:

—Acordáos, os ofrecí ser la madre del niño. Os amo, veo que no tenéis mal corazón. Avisadme, y acudiré en vuestra ayuda. Además, yo velaré: no quiero que el pobre pequeñito tenga que sufrir por la locura de sus padres.

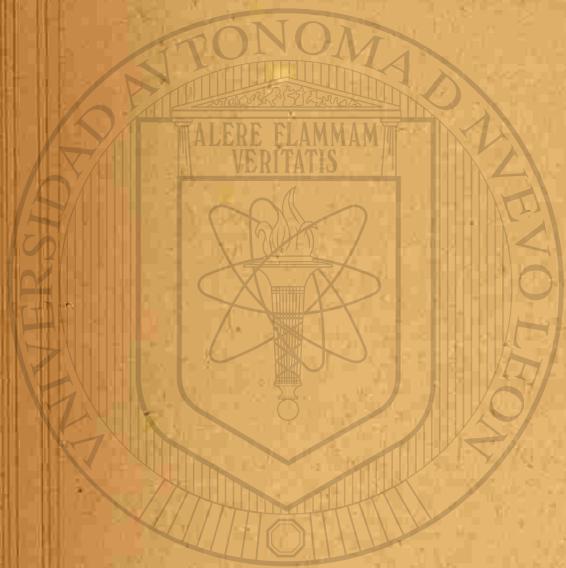
Blanca estrechó la mano de la ramillera.

La señorita de Cazalis y el sacerdote volvieron á Marsella. Josefina y Mario corrieron á la cárcel. Dijeron á Revertégat que tenía cuatro meses para preparar la evasión, y el carcelero juró cumplir su palabra, en cualquier día, en cualquier hora, que se la recordasen.

Antes de marchar, quisieron los dos jóvenes ver á Felipe para informarle de los acontecimientos y decirle que esperase. A las once de la noche, Revertégat les llevó á la celda del prisionero. Felipe no les pareció demasiado abatido.

—Con tal,—dijo,—que me evitéis la ignominia de la pública exposición, con todo me conformo. Preferiría romper la cabeza contra los muros de la cárcel á ser atado al poste infame.

Al día siguiente, Mario y Josefina volvieron á Marsella. Iban, en más amplio teatro, á continuar la lucha á la cual les impulsaba el corazón; iban á registrar en el fondo de las humanas miserias y ver descubiertas las llagas de una gran ciudad, entregada á todas las manifestaciones de la industria moderna.



## SEGUNDA PARTE

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

### El señor Sauvaire, maeze Ganapán

El patrón de Cadet Cougourdan, el maestro Ganapán ó mozo de cordel Sauvaire, era un hombre vivo, muy moreno, de miembros robustos y vigorosos. Su gran nariz encarnada, sus labios delgados, su cara larga, expresaban la confianza vanidosa, la jactancia astuta, que son rasgos distintivos de ciertos tipos del Mediodía.

Criado en el puerto, obrero durante su juventud, había aborradado, en diez años, parte de lo que ganaba. Levantaba fardos enormes, tenía fuerza muscular sorprendente. Solía decir que no tenía miedo á los hombres más altos y gruesos. Era verdad que aquel enano habría sido capaz de derribar á un gigante. Sin embargo, mostrábase cuerdo y prudente en el empleo de su vigor, evitando pendencias; sabiendo que la tensión de sus músculos valía dinero y que un puñetazo no produce otra cosa que molestias.

Vivía con sobriedad, entregado al trabajo y á la avaricia, presuroso de llegar al objeto que apetecía.

Llegó un día por fin en que fué dueño de los pocos mi-

les de francos necesarios para realizar su proyecto. De la noche á la mañana llegó á ser patrón, tomó bajo sus órdenes á algunos hombres y, con los brazos cruzados, les vió correr y trabajar, sudando la gota gorda. En el fondo, Sauvairé era perezoso; había trabajado por tesón, prefiriendo hacer de una sola vez el trabajo de toda la vida y descansar luego, en las dulzuras del ocio de hombre rico. Ahora que unos pobres diablos ganaban para él, se paseaba, con las manos metidas en los bolsillos, amontonaba dinero, esperando á tener una cantidad bastante para entregarse á sus instintos de vida libre y bulliciosa.

Poco á poco, el avaro obrero se transformó en pródigo enriquecido. Sauvairé tenía ardientes apetitos de riqueza y placeres: quería tener mucho dinero para divertirse mucho, y quería divertirse mucho, para que todos vieran que poseía mucho dinero. Una vanidad de pobre llegado á rico le impelía á armar mucho ruido alrededor de sus alegrías. Cuando reía, exigía que toda Marsella oyera su carcajada.

Llevaba prendas de paño fino, bajo las cuales siempre adivinábase el cuerpo tieso del antiguo obrero.

Resplandecía encima de su chaleco una ancha cadena de oro, que tenía un dedo de grueso y sostenía unos macizos dijes, que podían matar un buey. En la mano izquierda, llevaba una sortija de oro.

Su calzado era de charol, el sombrero de fieltro blando.

Todo el día iba recorriendo la Cannabiére y el puerto, fumando en una soberbia pipa de espuma, guarnecida de plata. Andando, hacía saltar sus dijes, y miraba á la gente con alegría maliciosa. Gozaba...

Poco á poco Sauvairé había confiado la dirección de su casa á Cadet Cougourdan, cuya vivacidad le agradaba: éste, mozo de veinte años, poseía una inteligencia recta y despierta, que le daba verdadera superioridad sobre los demás ganapanes. Satisfecho quedó el patrón por tener á semejante obrero; nombróle capataz de los hombres que para él trabajaban, y desde entonces pudo entregarse más libremente á sus apetitos vanidosos. Por la mañana hacía sus cuentas y poníase en el bolsillo el dinero ganado.

La soñada y deseada existencia, empezó. Sauvairé hizo admitir en un círculo. Jugó, pero con prudencia, encon-

trando que los goces del juego no valen el dinero que en él se pierde; quería divertirse con su dinero, buscando placeres sólidos y duraderos. Comió en los mejores «restaurants», tuvo queridas, que llevó consigo en público. Muy grande era la satisfacción de su vanidad cuando podía echarse en los almohadones de un carruaje al lado de una amplia falda de seda. Nada era la mujer, el traje de seda era todo. Lo arrastraba en gabinetes particulares, y abría de par en par las ventanas para que los transeuntes pudiesen ver que tenía una cita con una señora bien vestida y que comía manjares muy caros.

Cualquier otro habría bajado las persianas, cerrado la puerta; él quería abrazar á sus queridas en una casa de vidrio, para que la multitud se enterase de que era bastante rico para amar á mujeres bonitas. Entendía el amor á su manera.

Hacía un mes que vivía soñando felizmente.

Había trabado conocimiento con una joven, que lisonjaba su amor propio. Era la querida de un conde, y la citaban como una reina entre las cortesanas de alto coquete.

Llamábase Teresa-Armanda, pero la llamaban habitualmente Armanda, á secas.

Cuando por primera vez puso su manecita enguantada en la robusta mano de Sauvairé, el patrón estuvo á punto de desmayarse de alegría.

Aquel apretón cambiábase en las avenidas del Meilhan, delante de la puerta de la morada de Armanda, y los transeuntes se volvían para mirar á aquel hombre y á aquella joven, que se dirigían sonrisas haciendo cortesías.

Sauvairé se fué, hinchado de orgullo, entusiasmado por la elegancia y los finos modales de Armanda.

Ya no tuvo más que un pensamiento: tener por querida á aquella mujer; suplantarla á un conde, llevar del brazo encajes y terciopelos.

Acechó á Armanda, se puso á su paso. Enamorábase de los lujosos trapos que llevaba y de los perfumes que se desprendían de aquellas prendas. Enorgullecíase cuando ella le saludaba como á un amigo, y le habría agradado pasar por uno de sus amantes.

Una noche subió á su casa y no salió hasta el día

siguiente. Creyó que era una victoria conseguida por sus atractivos. Durante ocho días su vanidad llegó á ser inaguantable, miraba á los transeúntes con aire de lástima burlesca.

Si llevaba á Armanda del brazo, por la acera, no le parecía la calle bastante ancha. El balanceo, el crujido de las faldas de su querida, le sumergían en éxtasis.

Era extraordinariamente aficionado á los mirifinaques, que ocupan mucho sitio y molestan á los transeúntes.

A todos contaba su aventura. Cadet fué uno de sus primeros confidentes.

—¡Si supieses!—le dijo.—¡Qué encantadora es y cuánto me ama!... En su casa hay de todo, alfombras, cortinas, espejos. Parece vivir en la alta sociedad... Y con eso y todo, nada de orgullo, una buena muchacha... He almorzado en su saloncito; luego hemos tomado un coche abierto y hemos ido al Prado. Con aquella mujer hay que morir de pura satisfacción; todos nos miraban.

Cadet sonreía. Soñaba con el amor de una moza robusta, y Armanda le parecía una muñeca mecánica, un fragil juguete, que se habría roto entre sus manos. Pero no quería contradecir á su patrón, y ponía por las nubes las gracias de las cortesanas. Por la noche refería á Josefina las locuras de Sauvaire.

Volvió la ramillettera á ocupar su puesto en el kiosco del boulevard de San Luis. Vendía sus flores, acechando las ocasiones de ayudar á Mario.

No perdía de vista el préstamo de 15,000 francos, y cada día forjaba un nuevo plan.

—¿Crees tú,—dijo un día á su hermano,—que el señor Sauvaire sería capaz de prestar dinero?

—Según,—respondió.—Daría mil francos á un pobre diablo en la plaza pública, habiendo mucha gente, para ostar su buen corazón.

Echóse á reír la ramillettera.

—No se trata de limosna,—dijo.—Sería preciso además que la mano izquierda del prestamista ignorase lo que hiciese la derecha.

—¡Diablo! muy difícil lo veo. Pero, habría que ver... Josefina concibió un proyecto. Creía á Sauvaire muy compasivo y no le parecía mal hombre. Tal vez, valiéndose

de la influencia de Armanda, fuera posible arreglar algo.

Lo primero era decidir á Mario para que fuera á ver á la cortesana. Por cierto que rehusaría con decir que nada podía haber de común entre él y la tal mujer.

Un día, como sin pensar, pronunció el nombre de Armanda, y quedó asombrada al ver á Mario sonreír como si la conociese.

—¿Conocéis á esa señora?—preguntó.

—Una vez fuí á su casa,—respondió.—Felipe me llevó consigo. Esa señora, como decís, recibía una vez cada semana, y mi hermano acudía á menudo á sus reuniones... Por cierto que fuí muy bien recibido, y en ella reconocí á una verdadera ama de su casa, distinguida y elegante. Parece ser que algo cambió en su casa de un año á esta parte. Dicen que está en apuros de dinero. Además, tiene fama de ser astuta, intrigante; si tropieza con algún imbecil, saldrá adelante.

—Ya lo ha encontrado. ¿Conocéis á Sauvaire, al patrón de Cadet?

—Algo. Un día le encontré en el puerto calzando chinelas.

—¡Bueno! Es el amante de Armanda hace algunos meses. Dicen que ha gastado bastante dinero con ella. ¿Por qué no volvéis á casa de Armanda? Encontrarías allí gente rica, que pudiera ayudaros en el asunto que sabéis... El señor Sauvaire tal vez estaría dispuesto á prestaros un servicio.

Mario se puso grave y guardó un instante de silencio. Consultaba consigo mismo.

—Razón tenéis,—dijo por fin;—no debo retroceder ante ninguna tentativa... Mañana iré á ver á esa mujer. Explicaré mi visita, hablándola de mi hermano.

La ramillettera miraba fijamente al joven.

—Sobre todo,—dijo con risa forzada,—no os quedéis á los pies de esa encantadora. Muchas veces oí hablar de sus elegantes y ricos trajes, de su gracia, del extraño poder que tiene sobre los hombres.

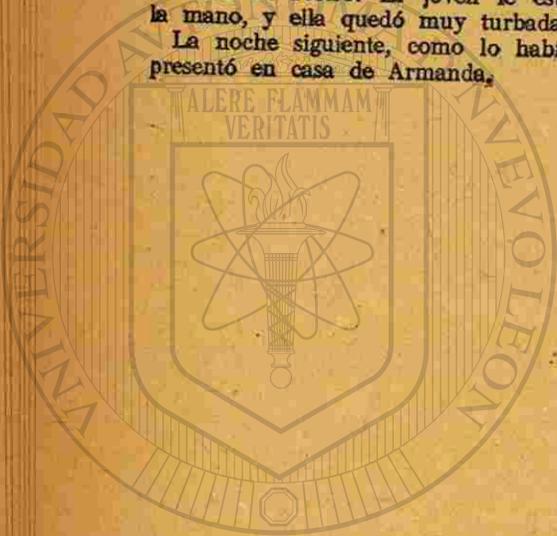
Mario, sorprendido por la emoción de su amiga, la tomó la mano y la miró con ojos penetrantes.

—¿Qué tenéis?—preguntó.—Diríase que soy un pecador

que va á ver al diablo... ¡Pobre Josefina! muy lejos estoy de pensar en tales tonterías; tengo una sagrada tarea que cumplir... Y luego, miradme bien; ¿qué mujer buscaría á un mono como yo?

Miróle la joven, y no le encontró tan feo; lo que la sorprendió. Parecíale que una nueva luz iluminase y transformase su rostro. El joven le estrechó amistosamente la mano, y ella quedó muy turbada.

La noche siguiente, como lo había resuelto, Mario se presentó en casa de Armanda.



## II

## Una cortesana marsellesa

Armanda tenía un origen muy misterioso: pretendía haber nacido en las Indias, de una mujer indígena y un oficial inglés. Era este el punto de partida de una novela, que contaba al que quería escucharla, novela cuya heroína era ella misma. Atribuía su primera falta á un rico protector, que la había tomado en su casa, al morir su padre, y que la había criado con delicadeza para hacer luego de ella su querida, como suele engordarse un ave para encontrarla más tierna. Complaciase en este cuento erótico y novelesco.

Debido á sus mentiras, nunca fué conocida su verdadera historia. Un día había caído sobre Marsella, como uno de esos pajarracos que huelen desde lejos un país rico en presas de toda clase.

Estableciéndose en una ciudad industrial, dió prueba de rara inteligencia. Tan pronto como llegó, sus ataques se dirigieron al comercio, á esos mercaderes jóvenes, que manejan el oro á paletadas.

Comprendió que aquellos muchachos, metidos todo el día en un despacho, desean con ansia divertirse por la noche y derrochar parte del oro que han ganado.

Tendió sus lazos con arte. Amuebló una casa en grande y le dió cierta apariencia aristocrática. Fácil fué para ella vencer á las rivales que encontró instaladas en la ciudad.

Aquellas pobres muchachas decadidas, eran absolutamente ignorantes; no sabían vestir, apenas sabían hablar, desplegaban un lujo mezquino é innoble, entregándose tontamente. Armanda las aplastó con su elegancia, con su lenguaje fino y espiritual, adquirido rozándose con personas bien criadas. En pocos meses llegó á ser una especie de celebridad mundana.

En su casa, como decía Sauvairé, dábase aires de duquesa. Un gusto exquisito habla presidido al ajuar de aquella morada.

Abrió su salón, atrajo á los jóvenes ricos por el ruido que producía en su derredor y les retuvo por su amabilidad y la nobleza de sus modales. Apenas transparentábase la mujer entretenida bajo la dueña de su casa. Tenía queridos, hasta los enseñaba de buen grado: pero en público, en sus veladas, guardaba una decencia, que estimábase en mucho. Era el tipo del vicio elegante, perfumado, espiritual.

Rodeóse poco á poco de todos los vividores de la ciudad. No recibía más que á personas ricas, ganando mucho y gastando más aun.

Las personas cuerdas la miraban como á una verdadera plaga, un abismo sin fondo donde desaparecían los capitales de los jóvenes comerciantes marseleses. Las mujeres entretenidas; sus rivales, se ensañaban con ella, la acusaban de intrigas vergonzosas; ridiculizaban su rostro delgado, sus precoces arrugas; decían que era fea, lo cual era casi verdad, y declaraban que no entendían el fanatismo que ciertos hombres imbéciles tenían por aquella criatura. Armanda las dejaba hablar y reinaba tranquilamente.

Durante varios años las dominó por su talento, su lujo, y su ciencia de mujer elegante y refinada.

A su casa iban de frac y corbata blanca.

Después, sin causa aparente, bajó su crédito. Llegaron los apuros y produjeron huecos en su lujo. Debía haber pasado la moda, faltaban los amantes rumbosos. Cayó en los terrores de la miseria que viste seda y anda sobre alfombras.

Como sentía que iba á caer en el arroyo si no hacía esfuerzos para conservar su tren de gran señora, luchó desesperadamente contra la mala suerte. Comprendía que su prestigio era debido únicamente á su aparente riqueza, á

sus trajes, al dinero, que la permitía representar holgadamente el papel de duquesa fuera de su clase. El día en que faltase la seda y cerrase su salón, llegaría á ser una infeliz muchacha, fea, marchita, de quien nadie se ocuparía. Desplegó pues una febril energía para encontrar amantes, para proporcionarse dinero por cualquier medio.

En aquella época conoció á la señora Mercier, la cual le adelantó algunos fondos á un interés exorbitante. Como había engañado á tantos jóvenes imbéciles dejóse engañar también sin quejarse mucho. Esperaba hacer pagar capital é intereses al primer hombre rico del cual fuese querida. Ricos no se presentaron: su zozobra creció de punto.

Armanda, impelida por la necesidad, sintiendo que su belleza, único recurso para ella, se desvanecía al par de su lujo, llegó al delito. Para calmar las exigencias de sus acreedores, ya había debido vender espejos, otros muebles, porcelanas; iba vaciándose su casa, se desnudaban las paredes, y ella pensaba con espanto en el día en que iba á encontrarse, cansada y vieja, entre cuatro paredes, sin mueble alguno. Los tapiceros, las modistas, todos los proveedores á los cuales debía, se ponían más insistentes oliendo la próxima ruina de su cliente; sabían que escaseaban los amantes, exigían el inmediato reembolso de sus créditos. Algunos hablaron de embargo. Armanda comprendió que estaba perdida si no acuñaba moneda desde luego, de cualquier modo.

Acudió á un medio extremo. Imitó la letra de tres ó cuatro amantes que tenía, y suscribió á la orden de sí misma unas letras, que firmó con los nombres de aquellas personas. Luego, no atreviéndose á presentarse á un banquero se dirigió á la señora Mercier, que consintió en descontar varias de aquellas letras. Es creíble que no ignorase la fiadora el origen de tales documentos y hasta que especulara sobre él. Teniendo á la joven en sus garras, pudiendo á todas horas lanzar una queja al procurador del rey, contando además con los supuestos subscriptores, los cuales habrían tenido interés en evitar un escándalo, consideraba las falsificaciones que tenía en sus manos como garantía, preferibles á letras legítimas. Fundaba un capital en complacencias, exigiendo enormes intereses, embrollando más y más los negocios de la cortesana, representando un papel de amiga.

Durante dos años, Armanda fué viviendo bien ó mal, sin

inquietudes. Había puesto á su domicilio las letras pagaderas y, á cada vencimiento, de cualquier modo formaba la cantidad, sacando cien francos al primer hombre que encontraba, vendiendo algo, tomando prestado, haciendo nuevas letras falsas. La Mercier seguía mostrándose humilde y servicial; quería tener la presa estrechamente agarrada, antes de enseñar los dientes y morder.

Llegó el instante en que Armanda de ninguna manera pudo reembolsar las letras. En vano echábase al arroyo. Iba al Castillo de las Flores, como una ramera; ya no llegaba á ganar la cantidad precisa para sostener su casa. Entonces fué cuando conoció á Sauvaire. Por él soltó á un conde, que había arruinado, creyendo que el mozo de cordel sería rico y generoso. En otros tiempos, cuando era la reina de Marsella y ostentaba insolentemente su terciopelo y sus encajes, habría mirado á Sauvaire de arriba abajo. Ahora no desdénaba ninguna presa; atacaba á la multitud, y habría de buena gana tomado dinero aun de las más sucias manos.

El antiguo obrero creyó ternura lo que era necesidad. Al cabo de algunos meses tuvo que reconocer con terror que su nuevo amante tenía la prudente economía de los enriquecidos y que, como egoísta, á sí mismo aplicaba todo el dinero que gastaba. Dos ó tres letras falsas no fueron pagadas, y la señora Mercier empezó á enojarse.

Así estaban las cosas cuando Mario fué á casa de la cortesana. Creía encontrar aún en el salón una parte de la rica y numerosa sociedad, á la cual su hermano le había presentado. Pensaba vagamente en intimar con algún joven comerciante que le ayudase; algún tanto contaba con Sauvaire, cuya cortesía había voluntariamente exagerado Josefina.

Muy asombrado quedó encontrando la sala vacía. Una sola lámpara iluminaba aquella amplia habitación, que le pareció muy desnuda. Sauvaire estaba medio acostado en un diván, ocupado en desabrocharse el chaleco.

En la mano tenía un mondadientes. Sentada á su lado, Armanda leía «Graziella», apoyando su frente pensativa en la mano izquierda. Una perrita, que ella llamaba Djali, acostada á sus pies, apoyaba la cabeza en las chinelas de terciopelo de su ama.

Uno de los medios de seducción empleados por Arman-

da en leer á sus apasionados las obras de los grandes poetas modernos. Tenía una pequeña biblioteca, en que se encontraban las obras de Chateaubriand, de Víctor Hugo, de Lamartine, de Musset.

De noche, á la pálida claridad de la lámpara, momentos en que aun era hermosa, leía lánguidamente páginas de versos ó prosa poética. Esto rodeaba con una aureola su cabeza. Los amantes creían habérselas con una muchacha ignorante, y se encontraban con una señora instruída, casi una literata, la cual leía unos libros, que ellos mismos nunca había tenido ni tiempo ni valor de hojear siquiera. Sauvaire sobre todo se sintió anonadado, dominado, el día en que su querida tomó una colección de versos, y púsose á hojearla tranquilamente en su presencia. Apenas el obrero, de vez en cuando pasaba la vista por un periódico. Una mujer que leía poesías le pareció un sér superior. Siempre que Armanda leía en alta voz, se recogía mostrándose grave y embelesado. Parecíale que él mismo se elevaba.

Mario sonrió levemente al ver la actitud sentimental de Armanda, que fingía extasiarse, y la postura de Sauvaire.

La cortesana acogió á Mario con gracia risueña. Con Felipe había tenido relaciones más ó menos íntimas, y trataba á Mario como á un antiguo conocido.

Le invitó á tomar asiento y le reconvino con amabilidad por escasear tanto sus visitas.

—Sé,—añadió,—que habéis tenido muchos disgustos en estos últimos tiempos. ¡Pobre Felipe! ¡A veces me lo figuro, encerrado en un húmedo calabozo, él, tan aficionado al lujo y á los placeres! Aprenderá á colocar mejor su ternura.

Sauvaire se había incorporado. Tenía la buena cualidad de no ser celoso; al contrario, envanecíase por los amantes que había tenido su querida, y los antiguos amores de Armanda doblaban para él el valor de su conquista.

Además, Mario parecióle tan insignificante, que gozábale comparando su robusta postura con la de aquel hombre pequeño y delgado.

La joven presentó uno á otro.

—Nos conocemos,—dijo el maestro ganapán con risa de hombre feliz.—Conozco también al señor Felipe Cayol. ¡Qué mozo aquél!

Complacíase Sauvaire en que le encontraran al lado de Armanda. Empezó á tutearla, haciendo alusiones á los placeres de que juntos disfrutaban. Después continuó hablando de Felipe, dirigiéndose á su querida:

—Venía á verte á menudo, ¿no es cierto? No digas que no: os habéis amado... A veces le encontraba en el Castillo de las Flores... ayer estuvimos allí. ¡Cuánta gente, qué trajes más bonitos!

Luego dijo á Mario:

—Por la noche hemos cenado en el «restaurant»... muy caro es. No todos pueden hacer tales gastos.

Armanda parecía padecer: conservaba aún ciertas delicadezas. Miraba á Mario encogiéndose levemente de hombros lanzándole miradas de inteligencia. Sauvaire nada notaba.

Mario adivinó entonces los apuros y los tormentos de la cortesana. Casi le tuvo lástima considerando aquella sala decierta, comprendiendo por qué espantosa pendiente estaba rodando aquella mujer, que había conocido descuidada y feliz. Sintió haber subido á verla.

Hacia las diez, quedó solo con Sauvaire, el cual púsole á contarle su suerte y la alegre vida que llevaba. Una criada había venido á decir en voz baja á Armanda que la señora Mercier estaba en la antecámara y parecía muy encolerizada.

### III

#### En que la señora Mercier enseña las uñas

La señora Mercier era una viejecita de cincuenta años, regordeta, quejándose sin cesar de los malos tiempos que corrían.

Llevaba un vestido de indiana desteñida, colgando del brazo un capacho de paja, que le servía de caja, y andaba á pasos menuditos, con aires solapados de gata. Hacíase humilde y miserable, fingía gran tristeza para inspirar lástima á la gente. Su cara frescota, donde las arrugas parecían dobleces de grasa, protestaba contra las lágrimas que aquella mujer á cada paso derramaba.

La fiadora representó admirablemente su papel con Armanda. Primero se hizo la bonachona: apoderóse de ella con arte infernal, mostrándose por turno servicial y egoísta, embrollando las cuentas, dejando crecer los intereses, colocándola á su deudora en la imposibilidad de sacar nada en limpio. Así, llegando el vencimiento de una letra, y Armanda no teniendo fondos, desesperábase la señora Mercier, luego prometía pedir prestado el dinero, pues declaraba que ella no tenía la cantidad necesaria. Adelantaba el dinero, hacíasele reembolsar inmediatamente por la cortesana, que por consiguiente tenía que pagar otro interés. En estas idas y venidas de letras, en el continuo aumento de intereses, ya ignoraba Armanda á cuánto subía su ~~venta~~, lo que tenía pagado y lo que debía. Aumentaba la

deuda, sin que la usurera hiciese nuevos préstamos, y cuanto más vieja era la deuda más crecida era. La joven sentíase perdida en un caos.

—Nunca hubo una acreedora como yo,—decía la señora Mercier,—pido prestado el dinero para vos.

—Pero no: para vos lo pedís, puesto que os lo doy,—replicaba la deudora.

—Nada de eso: lo hago para prestaros un servicio.

Otra clase de explotación había inventado la usurera. Llegaba á casa de Armanda llorando, decía que no tenía para comer, pedía azúcar, café, aguardiente.

Todo se lo daba Armanda, no atreviéndose á rehusárselo. Si declaraba que no tenía dinero, la vieja respondía:

—¡Bueno! presentaré á vuestro amante la letra, que me habéis remitido...

Armanda, ni concluir la dejaba. Enviaba á vender alguna cosa, y compraba lo que pedía la fiadora.

El dinero que había prestado ya, le producía 250 por 100: si el capital estaba comprometido, los intereses subían dos ó tres veces la cantidad. Comprendió la vieja que debía mudar de táctica: quedábale arriesgar el todo por el todo, exigiendo á la cortesana el pago inmediato.

Nunca había mostrado abrigar sospechas acerca de las letras falsas. Resolvió ir á casa de Armanda para infundirle un miedo cerval. Si estaba allí uno de sus amantes, á él se dirigiría, armaría un escándalo y, de una manera ó de otra, recobraría su dinero.

La víspera había vencido una letra de mil francos, que Armanda firmó con el nombre de Sauvairé. Tenía la vieja un pretexto y no quiso esperar más. Presentóse en el momento en que allí estaban Mario y el ganapán enriquecido.

Muy turbada estaba Armanda aproximándose á la usurera.

Llevóla á un gabinetito separado del salón tan sólo por un delgado tabique. Le presentó un asiento.

Rehusó la Mercier, gritando:

—¿Pensáis burlaros de mí, mi buena señora?... ¡Otra letra que vuelve sin ser pagada!... ya estoy harta, ya no puedo más.

—¡No tan alto, os suplico!—dijo Armanda.—Concededme unos días. Hay gente,

—¿Y á mí, qué? Quiero que me paguéis en el acto, exijo mi dinero, ó iréis conmigo á donde no os convenga. Ya sabéis donde.

—No comprendo.

—¿No comprendéis? Sois una ladrona, una estafadora.

—¡Fuera de mi casa! ¡Fuera al instantel!

—No me iré: quiero que me paguéis.

—No tengo dinero.

—¡Bueno! ¡venga el mobiliario, vengan los vestidos! Pero no: más vale hacerlos encerrar en una cárcel. Os acusaré de falsi... vamos á ver si entre los carceleros encontraréis amantes que os paguen trajes de seda y comidas regaladas. Tengo en mi poder más de diez letras con firmas falsas, firmas imitadas de vuestros queridos. Iré á ver á esos caballeros, y les diré la buena pieza que sois. Moriréis en el arroyo.

Respiró con fuerza, pues le faltaba el aliento, mientras la joven pensaba en ahogarla para hacerla callar.

—¡Mira! en efecto,—prosiguió,—tenéis visitas, tal vez en el salón haya uno de esos señores, de cuyo nombre os habéis valido para acuñar moneda... Voy á ver. Es preciso que yo sepa... Dejadme pasar.

Se dirigió hacia la puerta, Armanda la cerró el paso, alargando los brazos, preparada á pegarla si avanzaba.

—Queréis pegarme á mí, que os he alimentado, que os he prestado mi pobre dinero,—baluceó la fiadora ahogada de cólera.

Retrocedió gritando:

—¡Socorro! ¡socorro!

Volvióse Armanda con rapidez para dar una vuelta á la llave, pero era tarde. La puerta acababa de abrirse, y se encontró frente á Mario y á Sauvairé, que miraban la escena, inquietos y curiosos.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE BUENOS AIRES  
FACULTAD DE CIENCIAS EXACTAS Y NATURALES  
INSTITUTO DE INVESTIGACIONES EN FÍSICA  
ALERE FLAMMAM  
VERITATIS  
IV

**En que pruébase que el oficio de cortesana tiene sus pequeños inconvenientes**

Sauvaire y Mario habían quedado casi media hora solos en el salón. Hubiese querido el joven retirarse, pero creyó faltar marchándose sin despedirse de la dueña de la casa. Fingía escuchar las historias del maestro ganapán.

No tardaron en oír voces. Poco á poco, creció tanto el ruido, que los dos escucharon, pues era imposible hacerse los sordos. Entonces el grito: ¡Socorro! ¡socorro! les hizo ponerse en pie y abrir la puerta, que daba al gabinete.

Aguardábase un extraño espectáculo. A su aparición, Armanda retrocedió vacilando y cayó en un diván. Con la cabeza entre las manos prorrumplía en sollozos, anonadada, sin querer levantar la frente ni pronunciar una palabra. La fiadora, enojada, con el rostro inflamado, acercóse á los dos hombres, y púsose á hablarles con rabiosa volubilidad. Interrumplase de vez en cuando para volverse y enseñar el puño cerrado á Armanda, la cual parecía no oírla siquiera, convulsa por la desesperación que sacudía todo su cuerpo.

—¿Lo habéis visto?—repetía la vieja.—Quería pegarme, me ha levantado la mano. ¡Canalla!... Figuráos, mis buenos señores, que he dado todo mi dinero á esta mala mujer, porque me gusta hacer favores. Me hizo descontar letras firmadas por personas honradas; creía estar segura

de no perder nada, y hoy me entero de que las letras son falsas y que fui indignamente robada. ¿Qué habrías hecho en mi lugar? La reconvine por su indigna conducta. Entonces me amenazó.

Sauvaire abrió unos ojos tamaños. Ora miraba á Armanda abatida, ora á la usurera irritada.

Acercóse á la joven, diciendo:

—Vamos, querida, defiéndete. Esa mujer miente, ¿no es cierto? No has hecho tales necedades... ¡Habla pues! Armanda no se movió y siguió sollozando.

—¡No hablará, no; no se defenderá! Sabe que tengo las pruebas. Mañana escribiré al procurador del rey.

Mario miraba á Armanda con compasión.

—¿Por qué queréis perderla?—preguntó á la vieja.—No por eso cobraréis más pronto. Deberíais abrirle camino para que pudiese reembolsaros lo vuestro.

—¡No, no!—respondió.—¡A la cárcel! Demasiado esperé. Ayer mismo no pagó una letra de mil francos, pagaderos en su domicilio. Firmó con el nombre de Sauvaire, sin duda un amante suyo.

El maestro, al oírse nombrar, dió un brinco.

—¿Decís que tenéis una letra de mil francos firmada por Sauvaire?—preguntó.

—Sí, señor.

—Haced el favor de enseñármela.

Así lo hizo, y Sauvaire la volvió y revolvió, examinó la letra y quedó confundido.

—¡Caramba!—exclamó;—muy bien imitada.

Luego dijo á Armanda secamente:

—¡Nada de tonterías, querida! Yo no pagaré nunca eso, ¿sabéis? Si fuesen cien francos os los daría, pero mil, es demasiado.

—Tengo otras,—dijo la Mercier;—firmadas con diferentes nombres... Sin embargo, si me pagaran ésta, callaría... Esperaría aún.

Las sensatas palabras de Mario le habían hecho comprender que más valía no dirigirse á la autoridad. Esperaba hacer pagar á Sauvaire, y cambió repentinamente de tono, tratando de excusar á Armanda.

—No sé,—dijo,—á punto fijo si las otras letras son fal-

sas también. Se ha encontrado en grandes apuros, pero, en el fondo, es una buena persona.

Se echó á llorar.

Mario sonrió.

Sauvaire recorría el gabinete agitado, refunfuñando. En él combatían el egoísmo y la generosidad,

Venció el primero.

—No,—dijo,—no puedo dar nada.

Mario intervino.

—Señor,—dijo,—es preciso salvar á esa mujer desesperada. Vos la amábais: no la abandonaréis en un trance tan cruel.

—Sí, la amaba,—replicó Sauvaire;—bastante lo he probado en estos tres meses. ¿Sabéis que con ella he gastado más de mil francos? Ya no quiero dar más. Que se arregle como pueda. Serían mil francos tirados á la calle. ¿Qué voy á sacar si le doy ese dinero?

—Habréis hecho una buena acción. Creo adivinar la causa que la obligó á cometer esa vergonzosa acción, y pudiera defender su causa.

—Todo eso para mí es música celestial. No quiero tomar parte alguna en este enojoso asunto.

Recordó Mario lo que había dicho Josefina acerca de la vanidad del maestro, y prosiguió:

—No hablemos más. Os he dicho tales cosas porque sabía que sois muy rico y generoso... Algún día se sabrá vuestra bella acción, y más de mil francos hubieran valido los elogios que os habrían tributado.

—¿Lo creéis así?—preguntó Sauvaire vacilando.

—Estoy seguro de ello. Pocos hombres serían capaces de tal desprendimiento: sería épico salvar á esa pobre mujer... Pero no insisto más.

Detúvose Sauvaire en su paseo, y se puso á reflexionar.

—¡Bueno!—dijo,—mañana por la noche os traeré los mil francos. Retiráos ahora, señora.

La fiadora se fué con aire humilde, cerrando las puertas sin ruido.

Cuando estuvieron solos, Armanda trató de arrodillarse delante de los dos hombres.

La detuvo el joven y Sauvaire le decía:

—¡Vamos, queridal esto se acabó. Admito vuestro agru-

decimiento y deseo que mi beneficio os sea provechoso.

Sauvaire, sin embargo, había renunciado á la cortesana: desvanecida la ilusión, resolvió dirigirse desde entonces á las modistillas.

Sauvaire, la noche siguiente, fué á buscar á Mario para ir con él á casa de la Mercier. Subieron al tercer piso y llamaron inútilmente. Salió una vecina y les dijo que la malvada vieja había sido arrestada por la mañana.

—Hacia ya días,—prosiguió la mujer,—que la policía la vigilaba. Parece ser que fué presentada una queja. Todos los inquilinos estamos satisfechos con que la hayan enclaustrado. Apenas tuvo tiempo de quemar los papeles que la comprometían.

Mario comprendió que la suerte acababa de librar á Armanda. Interrogó á los vecinos y adquirió la seguridad de que la fiadora había quemado las letras suscritas por Armanda, para que no constituyeran un cargo contra ella, pues no dudaba que la cortesana, viéndose comprometida, daría pormenores funestos.

Mucho se alegró Sauvaire. Había podido ostentar generosidad sin soltar un cuarto: todo era beneficio.

—Sois testigo de que iba á dar el dinero,—dijo á Mario.

Este corrió á casa de Armanda para participarle la noticia. Al saber que ya nada había que temer de la mala bruja, Armanda quedó transfigurada. Juró que la lección sería provechosa y que iba á mudar de vida.

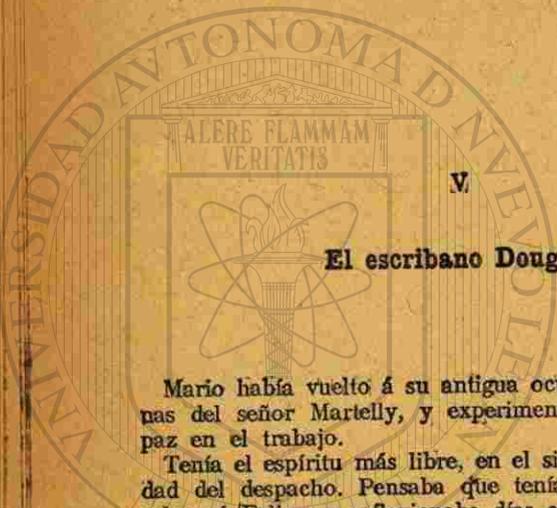
—Trabajaré,—dijo;—seré una mujer honrada... Entonces quiero que me devolváis vuestra amistad, y sólo entonces... ¡Adiós! ¡hasta más ver!

Mario la dejó conmovida. Estando ya solo, sintió remordimiento, porque en dos días no se había ocupado de su hermano.

No se atrevió á referir á Josefina las tristes escenas que había presenciado; díjole únicamente que no había que pensar en pedir préstamos á Sauvaire y que Armanda ya no recibía visitas.

—¿A qué puerta vais á llamar, pues?—preguntó la ramilitera.

—No sé, pero tengo un proyecto que voy á realizar.



### El escribano Douglas

Mario había vuelto á su antigua ocupación, en las oficinas del señor Martelly, y experimentaba una especie de paz en el trabajo.

Tenía el espíritu más libre, en el silencio y la tranquilidad del despacho. Pensaba que tenía cuatro meses para salvar á Felipe, y reflexionaba días enteros en los medios que debía emplear para ello.

Martelly lo trataba siempre como á un hijo. A veces pensaba el joven decirselo todo y pedirle los 15,000 francos.

Luego temía, le embargaba la timidez; temía la autoridad republicana de su patrón. Resolvió luchar aún, agotar todos los medios posibles antes de dirigirse á él. Más tarde, después de llamar inútilmente á todas las puertas, se resolvería á confiarle sus apuros ó implorar su benevolencia.

Mientras tanto decidió que no obraría como un joven sencillo y que no daría un solo paso inútil. Pensó en ganar él mismo la cantidad necesaria. Espantábase considerando la cifra de 15,000 francos y veía la imposibilidad de hacer semejante ahorro en cuatro meses. No le faltaba por eso el valor que remueve las montañas.

Recordó que el escribano Douglas, cuyo apoyo había en vano solicitado el señor Martelly en favor de Felipe, le

ofreció desde algunos meses emplazarle como procurador. El escribano y el armador estaban unidos por cuestiones de interés, y muchas veces Martelly enviaba á Mario al despacho de Douglas para arreglar ciertas cuentas. Un día, en que iba con el mismo objeto, el joven se decidió á aceptar sus ofrecimientos: si los beneficios eran mezquinos, tal vez pudiera ensayar si lograba un préstamo, una vez conocido.

El escribano vivía en una casa de apariencia sencilla y austera.

Ocupaban los despachos todo el primer piso; allí había multitud de empleados, en vastas habitaciones, grandes y desnudas, colocados á lo largo de mesas de pino pintadas de negro. No había penetrado el lujo en aquel despacho, donde dominaba una extraordinaria actividad y una suerte de ruda urbanidad. Comprendíase que allí no moraba un hombre sumergido en los goces de la existencia.

Hacía diez años, Douglas era el sucesor de un tal Imbert, cuyo dependiente había sido más de doce años. Era entonces un joven inteligente y activo, el cual era aficionadísimo á los negocios, soñando especulaciones coloradas, la calentura de la industria, que sacudía la Francia entera, quemábale la sangre, dándole una extraña ambición: hubiese querido ganar mucho dinero, no para vivir en la riqueza, sino porque gozaba extremadamente en desenvolver cuestiones de interés y dar crédito feliz á las empresas.

Desde los primeros días, encontrábase molesto en su cargo de escribano. Había nacido banquero. El notariado, con sus operaciones tranquilas, su carácter casi paterno y sagrado, era incompatible con su carácter de especulador. Sus instintos le impulsaban á hacer producir al dinero que en su despacho depositaban. No pudo conformarse con el papel de intermediario, y calenturiento, lanzóse en los negocios, que más tarde le arrastraron á delinquir.

En pocos meses pagó su cargo, sin que se pudiera saber á punto fijo de dónde había sacado el dinero necesario.

Desplegó una febril actividad. En poco tiempo, adquirió su despacho una considerable extensión. Colocóse á la cabeza del notariado de Marsella, abriendo sus puertas de

par en par y formándose una clientela, que cada día iba aumentando. Muy sencillo era su procedimiento: nunca despedía á un cliente, á todos respondía: siempre encontraba dinero para los que deseaban tomar un préstamo y siempre tenía manera de emplear ventajosamente los valores que á él se confiaban. Así establecióse un importante giro de fondos en su despacho.

En un principio algunos se asombraron algún tanto de los rápidos éxitos de Douglas, pero éste calmó los temores del público por la sencillez de su vida. Vestía con modestia, no tenía lujo, no entregábase á placeres. Era sóbrio, alimentábase frugalmente y era muy devoto, daba muchas limosnas, frecuentaba la iglesia y permanecía de rodillas durante la celebración de la misa.

Así adquirió una reputación de hombre honrado, que consolidábase más y más de día en día. Acabó por ser citado como modelo de honor, de santidad, fué respetado y amado.

En seis años llegó á este resultado.

A todas horas, le encontraban en su gabinete, frío y pobremente amueblado. En la antecámara, siempre había algún sacerdote, alguna religiosa.

Mario, que le estimaba mucho, después de haberle hablado del negocio por el cual Martelly le había enviado, le dijo con alguna vacilación:

—Quédame, señor, que molestaros para hablaros de una cuestión personal mía... Temo ser importuno...

—¡Cómo, querido amigo!—respondió el escribano.—Estoy á vuestra disposición... ya os he ofrecido apoyo...

—Recuerdo vuestros cortesces ofrecimientos, y quisiera ahora aceptarlos.

—Ya os he dicho que en mi casa podríais ganar algún dinero. Tendría mucha satisfacción en poner á prueba vuestra buena voluntad, vuestro valor, en favoreceros. Repito hoy lo que ya os he dicho.

—Os lo agradezco muchísimo.

—Sentáos y hablaremos. He aquí de qué se trata. Como mis clientes no residen todos en Marsella, he debido buscar un medio para facilitar las transacciones. Tengo bajo mis órdenes á varios procuradores, los cuales representan á las personas ausentes, y que son gerentes de sus haciendas.

quando uno de mis clientes, por cualquier causa, no puede ocuparse de sus negocios, me deja unos poderes en blanco, confiándome el cuidado de encontrar á una persona honrada y leal, que cumpla su mandato.

Yo sé que sois activo y honrado, y os ofrezco representar á dos ó tres propietarios, cuyos poderes tengo. Con poner vuestro nombre es cosa hecha, y cobraréis el 50 por 100 sobre todas las transacciones que efectuéis.

Asustóse Mario por la responsabilidad de tal encargo, pero como tenía perfecta rectitud, no vaciló en aceptar.

—Estoy á vuestras órdenes,—dijo.—Vos me guiaréis, me aconsejaréis. Sé que nada he de temer obedeciéndoos. Levantóse el escribano.

—Para no cargaros demasiado,—dijo,—desde un principio, os confiaré por ahora los poderes de dos clientes solamente. Pondremos vuestro nombre en seguida.

Sacó un legajo, volvió á sentarse, y leyó los poderes después de intercalado el nombre de Mario.

Estos poderes conferían derechos ilimitados al mandatario; de vender y de comprar, de hipotecar y de pleitear ante los tribunales.

Terminada la lectura de las dos piezas, el escribano añadió:

—Ahora es preciso que os dé algunos informes acerca de las personas que vais á representar.

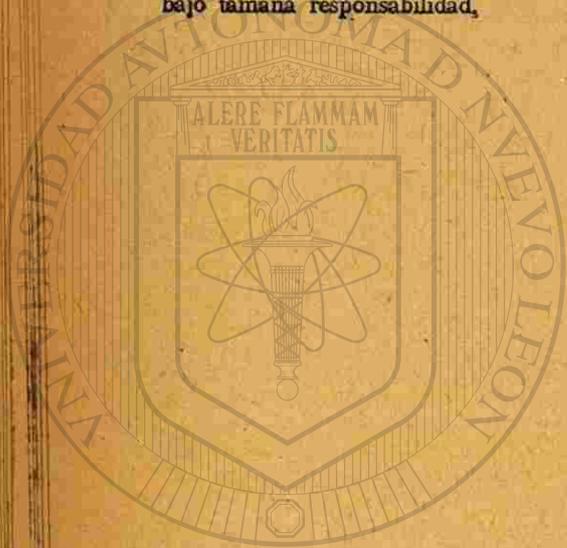
Mostró á Mario los poderes de uno de sus clientes.

—He aquí,—continuó,—los poderes del señor Autlecier, de Lambesc. En este momento está en Cherbourg y marchará próximamente para New-York, donde recogerá una considerable herencia... Compró en Marsella, antes de su partida, un inmueble en la calle de Roma. La administrareis durante su ausencia. Además, mañana tiene que enviarme sus instrucciones, que os remitiré.

Luego cogió los otros papeles, y continuando:

—Estos son los poderes del señor Moutel, antiguo comerciante de Tolón, que me ha confiado unos fondos, encargándome tomar hipotecas sobre una casa de campo en el barrio de San Justo. Moutel acaba de enviarme otros fondos, que desea colocar; como la gota lo tiene clavado en su sillón, me ha rogado le encuentre un procurador, el cual pueda firmar en su lugar... Volved mañana, y nos entenderemos definitivamente acerca de los negocios.

Douglas se levantó para despedir á Mario. En el umbral se estrechó la mano con cordialidad. El joven se retiró un poco aturdido por la rapidez de los hechos que acababan de pasar. Sorprendíase de la facilidad con que el escribano le había encargado tales intereses. No se sentía tranquilo bajo tamaña responsabilidad.



## VI

**En el cual Mario busca inútilmente una casa  
y un hombre**

Al día siguiente, Mario fué al despacho del señor Douglas, para recibir las últimas instrucciones.

—Vamos, sois puntual,—dijo el escribano sonriendo.—Ya veréis qué buenos negocios haremos. Os quiero enriquecer. Sentaos: esperad un momento.

Douglas se desayunaba en un rincón del escritorio. Comía pan y nueces y bebía agua. Esta frugalidad conmovió á Mario y dispó su malestar de la víspera. Un hombre tan parco no podía mezclarle en negocios sucios; era por cierto un corazón recto, un alma leal, un espíritu piadoso y sincero, que se había conagrado á su tarea como un sacerdote se consagra á Dios.

Cuando el escribano hubo concluído sus nueces, dijo: —Hablemos ahora. He recibido una carta del señor Authier. Quiero hipotecar sus inmuebles, pues necesita dinero para su viaje. He aquí la carta.

Mario tomó el papel, y como buscaba maquinalmente los sellos del correo, el escribano observó:

—Esta carta me fué dirigida en un sobre grande, que contenía varias piezas.

El joven se ruborizó, temiendo haberle ofendido. Entendióse de la carta en la cual, efectivamente, pedía el señor

Authier que hiciese un préstamo sobre la casa de la calle de Roma. Rogaba á Douglas hiciera uso de los poderes y le enviase el dinero lo más pronto posible. Cuando Mario hubo concluido su lectura:

—A tiempo llega la petición,—dijo el escribano,—pues el señor Moullet solicita encontrarle un modo seguro y ventajoso de colocar sus fondos. Como sois el procurador de ambos clientes, podéis satisfacerlos desde luego. Trátese sencillamente de darme vuestra firma, y enviaré al señor Authier los fondos que el señor Moullet me ha hecho remitir.

Mario advirtió que Douglas iba muy aprisa. Hubiese querido ver el inmueble, cambiar á lo menos una carta con las personas que debía representar. No dudaba de la buena fe del escribano, pero experimentaba un vago temor. Volvía á acometerle el malestar de la víspera.

Preparaba el escribano los papeles en los que Mario debía poner su firma. Detúvose de pronto, exclamando:

—¡Diablol nos falta una pieza. Enviaré á un dependiente para que la busque en la oficina de las hipotecas.

Douglas parecía disgustado. Mario, cediendo al involuntario temor que de él se había enseñoreado se levantó:

—No puedo aguardar,—dijo,—ya debería estar en mi despacho. Aplazaremos, si os agrada, la firma para el lunes, pasado mañana.

—Como queráis,—dijo el escribano vacilando.—Hubiese preferido que terminásemos el negocio hoy mismo. Habéis visto la prisa que tiene el señor Authier... En fin, venid pasado mañana.

Ya en la calle, Mario respiró. Sin embargo, tenía vergüenza de sentir tan infundados temores, y se encogía de hombros como un niño, que se espanta de su propia sombra.

En la tarde del mismo día, recibió, estando en el despacho, una visita, que le agradó: era el señor de Girousse.

—Querido amigo,—dijo al empleado,—os envidio la necesidad en que os encontráis de trabajar para vivir; no podéis figuraros cuanto me fastidio yo no haciendo nada... casi diría que preferiría estar encerrado en lugar de vuestro hermano. La causa de Felipe me ayudó á vivir durante

un mes. Nunca he asistido á tan extraño espectáculo de la necesidad y la miseria humana. Ganas tuve de levantarme y decir todo lo que pensaba al tribunal. Me habrían sin duda tratado de loco... ya es imposible vivir en Lambesc.

Mario, desde el instante en que llegó el señor Girousse, pensaba en pedirle informes acerca el señor Authier, pues, según dijo Douglas, moraba en la misma pequeña ciudad donde vivía Girousse. Observó con fingida indiferencia:

—Sin embargo, en Lambesc hay gente rica: pudierais frecuentar esas personas y aburriros menos. ¿Conocéis al señor Authier, propietario, que es, según creo, vuestro vecino?

—Authier... Authier... no recuerdo á nadie que se llame así en Lambesc. ¿Decís que es propietario?

—Sí... acaba de comprar una casa en Marsella. Tiene una gran propiedad próxima á vuestro castillo.

—Os equivocáis. Yo no conozco al señor Authier, y estoy seguro de que ningún propietario de Lambesc lleva ese nombre.

—Entendámonos. Trátase de un tal Authier, que acaba de heredar; se encuentra ahora en Cherbourg, y partirá para New-York, donde murió el pariente, que le legó toda su hacienda.

El conde soltó una carcajada.

—¿Qué historia me estáis contando?—dijo.—Si tal cosa sucediera en Lambesc, si un vecino mío heredase de un tío de América, ¿os figuráis que yo lo ignoraría? Os repito que en Lambesc nunca hubo ningún señor Authier, y que nadie cobró la novelesca herencia de que me estáis hablando.

Mario quedó anonadado. Era cierto que Douglas había mentido.

—¿Y qué os importa el fantástico señor Authier?—preguntó Girousse.

—Nada; un amigo me habló de tal propietario y tal vez haya oído mal el nombre de la ciudad.

Girousse se despidió invitándolo á inaugurar la caza en su compañía.

El día siguiente, domingo, Mario estaba libre. Por la mañana, fué á la calle de Roma para buscar el inmueble

comprado por Authier. Consistía en una casa muy grande y hermosa, alquilada á varios inquilinos.

Provisto de sus poderes de procurador, Mario interrogó hábilmente á cada uno de ellos, y no tardó en adquirir la cereza de que ninguno conocía al señor Authier ni lo había visto siquiera, y que todos, hasta entonces, habían tratado directamente con el escribano Douglas.

Confirmábanse las sospechas del joven, que quiso tentar una última prueba. Fué á ver al antiguo propietario de la casa, cuyas señas le dió un inquilino.

Llamábase Landrot y vivía en una calle próxima.

—Señor,—le dijo Mario,—estoy encargado por el señor Authier de administrar la casa que le habéis vendido y os ruego me facilitéis algunos informes acerca de los anteriores alquileres.

De buena gana lo satisfizo Landrot. Mario usaba prudencia. Hablando de otras cosas, llegó al verdadero objeto de su visita.

—Os ruego me dispenséis,—dijo,—pues temo haber abusado ya de vuestra paciencia. Mi excusa consiste en que, estando ausente el señor Authier, no he podido verle... Pensé que, como habéis tratado con él directamente, pudierais darme noticias acerca de su persona y hacerme conocer sus intenciones.

—Pero no he tratado con él. Nunca he visto á tal caballero,—respondió Landrot.—Todo fué hecho por el señor Douglas, que ha dado las firmas necesarias.

—Yo creía que el señor Authier hubiese visitado el inmueble, como es costumbre.

—Nada de eso. ¿Ignoráis tal vez que hace seis meses está en América? El escribano visitó el inmueble y lo adquirió con el nombre de su cliente, cuyas instrucciones había recibido.

Mario se mordió los labios, pues casi se le escapó su terrible secreto. Por cierto el tal Authier tampoco estaba en América y era un personaje puramente imaginario. Evidentemente todo era mentira, y los poderes, que él tenía, constituían una falsedad, penable con trabajos forzados. Ruborizóse como si él fuera el falsario, y dió las gracias al señor Landrot, el cual le miraba con curiosidad, sorprendido de que fuera tan mal informado acerca de la persona que representaba.

Sospechó Mario que también el señor Moullet fuera otro personaje fantástico. Interrogó á un amigo, que había morado mucho tiempo en Tolón, y supo que existía realmente. Quiso ver entonces la propiedad sobre la cual Moullet poseía hipotecas.

Criado en el barrio de San Justo, Mario conocía todas las fincas de aquella parte del litoral. La propiedad citada por Douglas pertenecía á un tal Giraud, en cuya casa Mario iba á jugar siendo niño. Allí se fué, como un amigo que iba á estrechar la mano del dueño.

Giraud le recibió como al hijo pródigo y le dijo:

—Ya no es posible veros: ¿por qué no venís aquí á consolaros de vez en cuando de vuestros pesares? Aquí tenéis un amigo de veras. Ya veis: aquí vivimos felices. No somos ricos, pero esta propiedad nos proporciona cuanto necesitamos para vivir.

—Yo,—dijo Mario, satisfecho viendo que su interlocutor le abría el camino,—os creía en apuros. Las cosechas fueron malas.

Giraud lo miró asombrado.

—¿En apuros?—dijo,—no tal... ¿Por qué me decís eso?

—Dispensad: temo pareceros indiscreto,—respondió Mario confuso;—me han asegurado que, á consecuencia de las últimas malas cosechas, os habíais visto precisado á hipotecar esta finca.

Giraud echóse á reír alegremente, y contestó:

—Decid á esos sabihondos que se han equivocado: la finca no está grabada con hipoteca alguna.

Mario quiso insistir.

—Citaron al escribano Douglas, que debía haber tomado tales hipotecas.

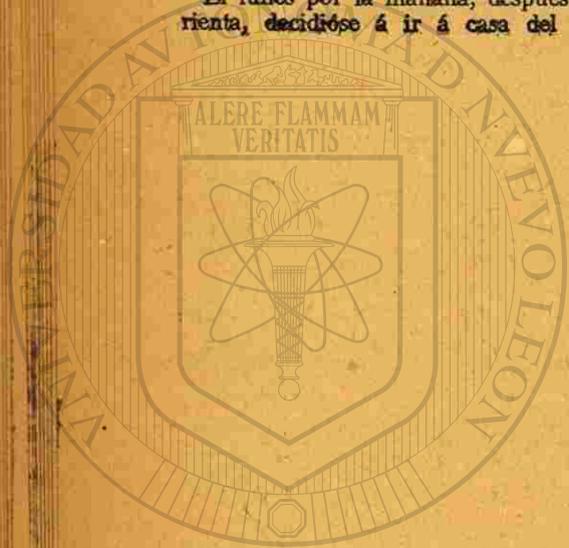
Giraud seguía riéndose más y más.

—El señor Douglas,—dijo,—es persona merecedora de todo respeto, pero si hipotecó alguna finca, no fué ciertamente la mía.

La víspera, Mario había visto el acta en la cual se indicaba claramente la propiedad del señor Giraud, y en ella estaba también la firma del propietario. El escribano pues había cometido otra falsedad, y esta no se podía explicar tan fácilmente. Evidentemente había puesto en su bolsillo el dinero de Moullet, destinado al que necesitaba el préstamo.

Retiróse Mario, queriendo reflexionar antes de denunciarlo todo. Authier no existía, y la casa sobre la cual Moullet tenía hipotecas tampoco, puesto que Giraud declaraba que no era la suya. En todo ello había abismos á los que el joven bajaba estremeciéndose.

El lunes por la mañana, después de una noche calenturienta, decidióse á ir á casa del escribano,



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

### En que se ve que el hábito no hace al monje

Mario, entrando en el despacho de Douglas, se sorprendió contemplando la calma religiosa de aquellas grandes habitaciones frías, donde sabía que habitaba el delito. No podía acostumbrarse á tanta hipocresía; hubiese querido que las paredes gritasen la infamia del escribano. La silenciosa actividad de los dependientes, la honrada apariencia de la casa le exasperaban y le sumergían en penosas dudas.

Pálido, emocionado, había tomado asiento en la antecámara, cuando Douglas notó su presencia desde la puerta del gabinete que estaba abierta.

—Entrad, entrad,—le gritó;—no me molestáis para nada... Estoy á vuestra disposición dentro de un momento.

Mario entró. En el despacho particular estaban cinco ó seis sacerdotes, entre ellos el padre Donadei, el cual, acababa de solicitar limosnas del escribano.

—Sois uno de nuestros amigos,—le decía;—y á vos nos dirigimos siempre que las cajas de los pobres están vacías en nuestras parroquias.

—Y hacéis muy bien,—respondió Douglas levantándose. Tomó algunas monedas de oro de un cajón.

—¿Cuánto necesitáis?—preguntó al sacerdote.

—Creo que nos bastarán quinientos francos... Gran ne-

cesidad tenemos del socorro de las personas piadosas y honradas...

Douglas le interrumpió y dijo:

—Aquí tenéis quinientos francos.

Y añadió con voz temblorosa:

—Padre mío, rogad por mí.

Entonces se levantaron los curas, rodeando al escribano, dándole las gracias, llamando sobre su cabeza las bendiciones del cielo. Douglas, de pie, recibía sus votos, pálido, desencajado, y Mario creyó notar en sus labios y en sus párpados, un breve temblor nervioso. Donadei era inagotable en sus elogios y protestas.

—Dios os pagará lo que nos dáis,—decía.—Ya os lo paga haciendo prosperar vuestra casa y otorgándoos la paz de los justos... ¡Ah, señor! sois un luminoso ejemplo en esta ciudad corrompida por el materialismo moderno. Bueno sería que os imitasen nuestros comerciantes en la sencillez de vuestra vida, en vuestra piedad y en vuestra bondad. No tendríamos que presenciar el horrible espectáculo que presenta la sociedad de Marsella.

Douglas parecía impacientarse por los elogios del sacerdote. Volvió á interrumpirle y le dijo, empujándole hacia la puerta:

—No, no; no soy ningún santo... Todos necesitamos de la misericordia de Dios. Si creéis deberme algún agradecimiento, rogad por mí.

Le saludaron los curas, hicieron una última cortesía, y, por fin, se retiraron.

Mario, en un rincón, había asistido á esta escena silenciosamente. Enojábase por la comedia que allí se representaba. Tal vez Douglas figurábase comprar el perdón del cielo y pagarlo con el dinero robado. Así, aquel santo varón que socorría á los desgraciados, aquel cristiano devoto frecuentador de iglesias, no era otra cosa que un hipócrita ladrón.

Cuando estuvieron solos, adelantóse el escribano á su encuentro, sonriente, alargándole la mano. Mario retrocedió, mirándole con fijeza. Luego dijo:

—Cerrad esa puerta.

Asombrado Douglas y como dominado, fué á cerrarla.

—Corred el cerrojo,—prosiguió Mario.—Tenemos que hablar los dos.

Así lo hizo el escribano y volvió con expresión asombrada y descontenta.

—¿Qué pasa, querido amigo?—preguntó.—Por lo demás, razón tenéis, más vale estar solos para hablar de negocios... ¡Bueno! ¿estáis preparado? Tengo el papel que nos hacía falta, y con vuestra firma es bastante para hacer la hipoteca sobre la casa de Authier, en nombre de Moullet. Sabéis que la cosa va deprisa; recibí otra carta esta mañana de mi cliente, el cual, me suplica le envíe el dinero á la mayor brevedad.

Douglas preparó los papeles y mojando una pluma en la tinta, se la presentó á Mario, diciéndole:

—Firmad.

Mario, sin tomar la pluma, dijo tranquilamente:

—Ayer visité el inmueble de la calle de Roma. He hablado con los inquilinos y el antiguo propietario, los cuales, me dijeron que no conocían al señor Authier.

Palideció el escribano, dejó la pluma y se sentó balbuceando:

—Me sorprende mucho.

—Anteayer,—prosiguió Mario,—recibí la visita del señor Girousse, rico propietario de Lambesc, y me afirmó que ninguno entre sus vecinos se llamaba Authier, y que no existía tal persona... Hoy estoy seguro de que no se engañaba... ¿Qué he de creer?

Callaba Douglas, buscando en su imaginación el modo de salir de aquel mal paso. Mario prosiguió:

—Luego fuí al barrio de San Justo. La casa que me indicasteis estar gravada con una hipoteca, á nombre de vuestro cliente Moullet, es propiedad de un antiguo amigo de mi madre, del señor Giraud, el cual, me afirmó que sus bienes no tenían gravamen alguno. Vuelvo á preguntar: ¿qué he de creer?

El escribano callaba siempre. Entonces, Mario, dijo con enojo:

—¡Bueno! ya que no respondéis, os diré lo que creo y lo que es realmente... Nunca ha existido el señor Authier: es un fantasma que habéis creado para hacer con mayor comodidad algún tráfico vergonzoso. Por otra parte, no habéis tomado hipoteca, no hay tales carneros, y en vuestro bolsillo habéis colocado el dinero de Moullet. Para llegar á

tan bello resultado, habéis cometido varias falsedades, y hoy os preparáis á cometer otras, para proporcionaros más fondos.

Parecía que Mario hablara á una estatua. La calma de Douglas aumentó su cólera.

—Yo no tengo que juzgar vuestros delitos,—continuó en voz más alta,—pero os pido cuenta de vuestra indigna conducta para conmigo. ¡Cómo! queríais mezclarme en vuestros sucios negocios; ibais á comprometerme, aparentando querer ayudarme. Tengo, pues, el derecho de deciros que sois un canalla.

Y Douglas, impasible, como si tal cosa.

—Ahora mismo,—continuó Mario;—estaban aquí unos sacerdotes que os llenaban de bendiciones... ¡Ah! habéis representado vuestro papel con ciencia perfecta. Yo sólo, en Marsella, sé lo que sois, y si en alta voz relatara vuestra hazaña, tal vez me apedrearían, tan hábilmente habéis engañado al público. ¿Cómo es posible creer que el escribano Douglas, varón por todos estimado, hombre frugal y religioso, trabaje vergonzosamente en la sombra para arruinar á su numerosa clientela?... Yo mismo dudaría, si pudiera dudar, viéndoos tan tranquilo, con esa actitud de fraile cartujo. ¡Hablad, defendéos, si podéis!

Douglas había cogido un corta-papel, lo revolvía entre sus dedos, como indiferente á lo que decía Mario.

Por fin habló.

—¿Qué queréis que os diga? Me juzgáis como niño que sois. Yo os dejo gritar. Tal vez luego me escucharéis con calma.

## VIII

## Las especulaciones del escribano Douglas

Mario viendo el cinismo de Douglas, se rebeló é iba á abrir la boca para decirle que le juzgaba un hombre honrado. Aquel falsario encontraba pueril su acusación, y tomaba actitudes de hombre superior, que los necios no entienden.

El joven iba á levantar de nuevo la voz, pero el escribano le interrumpió con ademán impaciente.

—Si habláis siempre,—dijo,—siempre tendréis razón. Os he dejado insultarme á vuestro sabor. Ahora, dejad que me defienda tranquilamente... Hubiese preferido que no conocieráis mi sistema, pero, ya que habéis descubierto una parte de la verdad, vale más que os lo diga todo. Sois inteligente, por lo tanto, me comprenderéis mejor que otro cualquiera... Además, estoy cansado, no he salido bien en la aplicación de mi teoría, y sé que para mí no hay salvación. Por eso voy á revelároslo absolutamente todo. Veréis que mi objeto no fué la ruina de nadie, y que obraba de buena fe ofreciéndoois amistosamente ganar dinero. En fin, juzgaréis, y espero que luego me consideraréis únicamente como lo que soy: un especulador desgraciado... Escuchad.

Mario creía soñar. Miraba á Douglas, como se miraría á un loco que discurriera rectamente. El tono pacífico de aquel hombre, su falta de remordimiento y sus adema-

nes, le daban gran parecido á un inventor sincero, que explicáse tristemente, pero sin rubor, el por qué su invento no tuvo éxito.

—No entremos en pormenores,—continuó,—dejemos á un lado los asuntos Authier y Moullet, que tienen poca importancia. Lo que se ha de ver y juzgar, es el conjunto de la vasta y complicada combinación que yo había llegado á establecer... Os asombra mi complacencia. Os repito que estoy perdido: puedo hablar sin compromisos. Hasta encuentro cierta satisfacción explicándoos mi invento. Prestadme atención: Como escribano, no soy un criminal, pero soy un especulador. Cuando he sucedido á mi antiguo principal, el despacho tenía escasa clientela, y mis esfuerzos se dirigieron á transformarlo en agencia de negocios. Tuve que satisfacer á todas las demandas, prestar al que necesitaba dinero, tomarlo del que lo quería colocar, vender al que quería comprar, y comprar al que quería vender. He imitado á los cazadores, los cuales, se rodean de pájaros enjaulados para llamar á los pájaros libres; he creado unos cuarenta personajes imaginarios, bajo cuyos nombres, he podido hacer transacciones de todas clases. Authier es uno de ellos, lo confieso. Así he podido comprar muchos inmuebles, que pagué con dinero tomado á préstamo por adquirentes ficticios, é hipotecando aquellos inmuebles... he formado una suerte de capital, un giro de fondos, una numerosa clientela, que sirvió de base á mi crédito.

Calló un rato, luego prosiguió:

—Debéis saberlo, especulando con dinero, á veces uno se encuentra con terribles exigencias. A la fuerza debía detenerme desde mis primeras especulaciones sí, estando gravados mis inmuebles, no hubiese podido proporcionarme de cualquier manera los fondos necesarios para otras operaciones que proyectaba. Empleé el medio, que me pareció más sencillo y cómodo. Absorbido el valor de los inmuebles por las hipotecas, devolvía los bienes libres con carta de pago falsa, y luego los ofrecía como garantía para nuevos préstamos.

—¡Pero lo que me decís es infame!—exclamó Mario.

—Os he rogado que no me interrumpáis,—dijo Douglas secamente.—Pronto me defenderé; ahora refiero hechos... Tuve que ampliar mi sistema; ya no bastaban los cuaren-

ta personajes ficticios. Acudí á otro medio extremo, cuya audacia salió á las mil maravillas. Hice contraer préstamos á propietarios, á comerciantes conocidos, cuyos bienes gravé y cuya firma falsifiqué: á raíz de cada nueva hipoteca, operaba una irradiación, por medio de una carta de pago falsa, lo que me amparaba contra toda zozobra... ¿Comprendéis? es muy sencillo.

—Sí, sí, comprendo,—murmuró Mario, el cual acababa por creer que el escribano estuviese loco.

—Además,—continuó Douglas,—yo amontoné dinero de cualquier modo siempre que fué preciso. Quería ir recto á mi objeto sin preocuparme los obstáculos, aceptando todas las consecuencias de mi teoría... Así he creado á veces el deudor y el inmueble; tomé hipotecas sobre propiedades que no existían ó que no pertenecían á los pretendidos personajes que habían tomado el dinero á préstamo... otras veces, por urgentes necesidades, he creado, bajo los nombres de los principales comerciantes de Marsella, letras, que emití con pérdida, después de haberlas endosado yo mismo... Ya véis que nada os oculto, que estoy acusándome á mí mismo. Falta ahora justificarme.

Mario estaba espantado. Creía sufrir una pesadilla escuchando aquella extraña confesión.

—Así,—dijo Douglas,—me habéis comprendido. En principio, he querido ser banquero, hacer valer los fondos, que pasaban por mis manos. Por mi propia cuenta he comprado inmuebles que pensé revender con beneficio. Mi teoría de nombres supuestos, satisfacía todas las exigencias; con tales nombres, nunca rechacé las demandas de los que á mí se dirigían: he sido, según se ofrecía la ocasión prestamista, busqué préstamos, compré, vendí. Cuando los fondos que me proporcionaba mi crédito personal, ó el que había logrado dar á nombres imaginarios, no me han bastado, me proporcioné otros gravando con préstamos fingidos cualquier persona que se ofreciera, pariente, amigo ó cliente, con la reserva de liberar más tarde los bienes de esa persona del mismo modo que los había hipotecado, ignorando ella ambas operaciones. En una palabra, mi despacho ha llegado á ser una casa de banca.

—¡Casa de robos!—gritó Mario,—¡fábrica de falsificaciones!

Douglas se encogió de hombros.

—Deberíais haberme comprendido,—dijo,—y ver que nunca traté de perjudicar á uno solo de mis clientes... Espero que no tardaréis en juzgar con justicia. Réstame sólo hablaros de mi más ingenioso invento. Para administrar los inmuebles adquiridos y hacer valer las cantidades tomadas á préstamo, imaginé establecer procuradores, que habitualmente representarían á mis cuarenta personajes imaginarios; y elegí á jóvenes honrados, de los cuales, hice cómplices inconscientes. Tenía fe en mi sistema, habría sido enriquecido á los que me ayudaban, si funestas circunstancias no me hubiesen impedido lograr mi objeto. Ofreciéndolos representar al señor Authier, quería únicamente ayudarlos y hacerlos participar en las ganancias de una especulación que creía excelente.

—Os escuché con paciencia,—dijo Mario estremeciéndose de cólera.—Las canalladas que acabáis de contarme, me prueban que sois un imbécil ó un bellaco.

—¡No!—gritó el notario, dando un golpe sobre el escritorio con el puño cerrado. No me habéis comprendido: soy un banquero. El ladrón se apodera de lo ajeno y huye: hace seis años que aplico mi sistema, y soy más pobre que el primer día; mis operaciones no han salido bien; hasta he perdido algunos miles de francos que me pertenecían. He comido pan y bebido agua; he llevado una vida de trabajador; vida de privaciones. Mi único lujo ha sido hacer limosnas. ¡Original ladrón, que vive como un anacoreta y maneja enormes cantidades sin valerse de un cuarto! Lo que os choca y os irrita, es mi sistema. Fracasó, y seré un gran criminal; si hubiese tenido éxito feliz, me habría hecho rico sin perjudicar á nadie.

Asombróse Mario al oír al escribano hablar de las falsificaciones que había cometido. Indudablemente debía estar trastornada su inteligencia y Mario casi le tenía lástima.

Después de haber seguido desarrollando lo que él llamaba su sistema, Douglas dijo con abatimiento:

—Todo se acabó. Iréis á denunciarme á la justicia. Más vale así, ya no puedo sostenerme más. Razón tenéis; soy un pillo y debo ser castigado.

Mario no se movió: no sabía qué hacer. Deteniale el temor de ser mezclado en aquel feo asunto, de ser llamado

como testigo y perder un tiempo precioso; debía consagrarse á la difícil empresa de salvar á su hermano.

Se levantó y rompió los poderes en los que constaba su nombre, y luego dijo:

—Mi opinión es la misma; pero yo no necesito ayudar á la justicia.

Y salió.

Al día siguiente, Douglas desapareció. En Marsella cundió un verdadero pánico. Muchas haciendas estaban comprometidas, y era imposible medir la extensión del desastre.

Aquella fué una calamidad pública, y al espanto de los interesados mezclábase el estupor de la gente honrada.

Douglas fué alcanzado y juzgado en Aix, en medio de una irritación terrible. Aceptó su papel friamente, y explicó lo que los jueces no lograban desembrollar. El tribunal tenía que juzgar novecientos actos de todo género de falsificaciones. Tantas eran las víctimas, que era imposible llevar la luz á aquellas tinieblas, sin la ayuda del mismo Douglas.

Rechazó siempre enérgicamente la acusación de robo; repitió que era un especulador desgraciado, que si la justicia y las circunstancias lo hubiesen permitido, habría restaurado sus negocios y los de sus clientes. Pareció acusar al tribunal de atarle las manos é impedirle remediar el perjuicio que había causado.

Fué sentenciado á cadena perpétua y exposición pública.

### Cómo un hombre feo puede llegar á ser hermoso

Hacia más de dos meses que Mario y Josefina estaban de vuelta en Marsella. El joven, al salir del despacho de Douglas, debió confesarse á sí mismo que todavía no había logrado encontrar el primer franco de los 15,000 necesarios para salvar á Felipe. Decididamente, nada sabía más que amar y sacrificarse; su alma era demasiado recta y leal para proporcionarse en pocas semanas la importante cantidad que con tanto afán buscaba. Los deplorables incidentes en los cuales acababa de encontrarse mezclado, los amores de Armanda y Sauvare, la hipocresía y las falsificaciones de Douglas le revelaban la vida bajo un aspecto aterrador, que le desalentaba. Retrocedía en lugar de avanzar; recelaba, haciendo una nueva tentativa, fracasar y hasta comprometerse, cayendo otra vez entre pillos que le explotarian.

El mes de Diciembre iba aproximándose; era preciso apresurarse; ya no era posible esperar aplazamientos, y el condenado sería atado al infame poste. Ante tales pensamientos, Mario lloraba de impotencia. Hubiese querido liberar á su hermano con un trabajo de gigante, horadar el muro del calabozo, desmenuzar la piedra con los dedos, pero el pensamiento de los 15,000 francos le espantaba; tratándose de dinero, humillaciones, tráficos más ó menos dudosos, perdía la cabeza.

Sin embargo, toda esperanza no había muerto en él; siempre confiaba en la simpatía de algún corazón generoso. Habría enfermado en tales angustias si no hubiese tenido á su lado á una consoladora, que le sonreía en las horas más malas.

Mario deseaba diariamente que llegase la noche para encontrarse en el reducido cuarto de Josefina. Si tenía una esperanza, acudía á dar parte á su amiga, y si sufría un desengaño, iba en su busca para contárselo.

Josefina iba los domingos á ver á Blanca. La pobre joven, que iba á ser madre, le inspiraba una amistad compasiva. Presenciaba sus remordimientos, sus lágrimas, y trataba de desvanecer su perenne tristeza. Al anoecer, encontraba á Mario, que le esperaba á la orilla del mar, y los dos volvían á Marsella á pie, dándose el brazo como dos recién casados.

Un domingo, Mario llegó temprano. Un pensamiento de delicadeza le impedía entrar en casa de Blanca. Permaneció sumergido casi dos horas en una vaga meditación de ternura y de dicha.

La ramilletera llegó y sentóse al lado del joven, que le tomó la mano sin hablar. Luego, en voz baja, sin tener conciencia de ello, formuló el pensamiento que le oprimía el corazón:

—¡No, no! Soy demasiado feo.

—¡Cómo demasiado feo!—replicó Josefina.—¡Si sois hermoso, Mario!

El joven volvió la cabeza, y juntando sus manos, la miró ansioso.

Comprendió la ramilletera que, sin quererlo, acababa de descubrir un secreto. Permaneció muda por algunos instantes, pero no era muchacha para hacer mucha comedia, y dijo resueltamente:

—Escuchad, amigo: quiero ser franca; hace seis meses, os creía feo, tal vez porque no os había mirado... ahora, no sé la razón, pero es lo cierto que os encuentro hermoso.

Mario callaba, no atreviéndose á disipar tal vez una dulce ilusión.

—¿No me creéis?—interrogó Josefina.

—Sí, os creo,—replicó Mario;—necesito creerlos. Además, las olas me han dicho que os amo y que me amáis también.

—¡Bueno!—dijo alegremente la ramilifeira.—Las oías no han mentido, pero son muy charlatanas.

Mario estaba fuera de sí: en aquel momento, su alegría era tan grande, que casi llegó á olvidar su continua preocupación. Josefina le dijo:

—¿Qué te parece? Nos casaremos cuando Felipe esté libre.

—Sí, en él debemos pensar. Pero, dime la verdad: ¿amas todavía á mi hermano?

—¡Tonto! Aquello pasó. Ya ves: si te amo á tí, no puedo amar á otro.

Mario no insistió más. Ahora no experimentaba otra cosa que remordimiento, y añadió:

—Nosotros somos dichosos y egoístas. Mientras respiramos el aire libre, mientras gozamos de la vista del cielo y del mar, nuestro hermano se ahoga en una cárcel... ¡Ay! no sabemos trabajar para su liberación.

—Sí, sabemos; ¡ya verás!—respondió Josefina.—Amando y siendo amado, crece el valor.

Quedaron silenciosos, sin soltarse las manos. Mecía el mar aquel amor con su voz monótona. Entraron en Marsella á la claridad de las estrellas, llenos de esperanza y de ternura.

## X

## En que se reanudan las hostilidades

Blanca llevaba una vida de lágrimas. El otoño hacía padecer los melancólicos horizontes, la estación poníase fría y triste. Fuertes estremecimientos sacudían el mar cuya voz gemía, mientras los árboles dejaban caer al suelo sus hojas. Bajo la triste desnudez del cielo ensanchábase la desnudez de las aguas y de la orilla. Esa melancolía, esa despedida del verano rodeaban á Blanca con el desconuelo que llenaba su corazón.

Vivía retirada en la casita de la costa. Aquella morada, sita á pocos minutos de la aldea de San Enrique, encontrábase aislada sobre un acantilado, y dominaba el mar, que chocaba contra las peñas bajo sus ventanas. Permanecía Blanca días enteros mirando y escuchando las olas, cuyos regulares ruidos adormecían sus sufrimientos. Aquella era su única diversión; seguía con la mirada los amplios lienzos de espuma, que se rompían y saltaban hacia arriba; todo su sér dolorido calmábase frente á la dulce y monótona inmensidad.

Salía á veces, al anochecer, acompañada por el aya.

Bajaba á la orilla del mar y se sentaba sobre un pedrusco. El viento fresco de la noche templaba la calentura, que la encendía. Allí permanecía, olvidándolo todo, sumergida en las tinieblas, ensordecida por el ruido de las

aguas, y volvía á su casa sólo cuando el frío la estremecía completamente.

Atormentábala siempre el mismo pensamiento: Felipe y el niño.

Josefina era su mejor consuelo si no hubiese consentido en pasar las tardes de los domingos en su compañía, la infeliz habría muerto desesperada.

—¡Cuán pesada es la vida!—decía Blanca.—Todo el día estuve pensando en las horas que pasé con Felipe. Más habría valido que hubiese muerto entonces.

—¿Por qué llorar siempre, siempre afligirse?—decía Josefina con dulzura.—Ya no sois una niña, tenéis deberes que cumplir: tenéis que pensar en el presente, pues el pasado no tiene remedio. Si enfermáis, matáis al niño.

—¡Yo matarlo! ¡No digáis eso! Tiene que vivir para rescatar mi culpa y lograr mi perdón, Felipe lo ha dicho: soy suya para siempre: en vano renegué de él, en vano quise olvidarlo: ha crecido mi amor con el remordimiento.

Un día Blanca miró fijamente á su compañera y le dijo:

—Debéis casaros con él, ¿no es cierto?

Josefina no comprendió en seguida.

—Nada me ocultéis,—continuó Blanca:—prefiero saberlo todo. Más vale que se case con vos, porque sois buena y lo haréis dichoso. Cuando habré muerto, decidle que siempre le amé.

—Nunca me casaré con Felipe: tal vez llegue á ser su cuñada.

—¡Su cuñada! ¡Dios os haga felices como merecís serlo!

El padre Chastanier iba con frecuencia á ver á Blanca; un día permaneció hasta la noche y se fué con Josefina. Debía comunicar malas noticias á la ramillettera, y no quería hablar delante de Blanca. En la costa encontró á Mario, el cual esperaba á su amiga.

—Hijo mío,—le dijo,—vuestrs pesares van á empezar de nuevo. El señor de Cazalis me escribió ayer. Mucho le sorprende que la sentencia pronunciada contra vuestro hermano no se haya cumplido aún. Dice que trabaja para apresurar la hora de la exposición pública. ¿Creéis libertar pronto al prisionero?

—¡Ay no!—respondió Mario con dolor,—estoy como el primer día... Creía que faltasen todavía seis semanas,

—No creo que el señor de Cazalis pueda hacer resolver al presidente á faltar á su palabra,—dijo Chastanier.

—Además, el paso que hemos dado quedó oculto, y esto me hace suponer que el aplazamiento durará hasta fines de Diciembre, como han prometido. Pero os aconsejo ir aprisa... No se sabe lo que puede suceder, me importaba avisaros.

Consternados estaban Josefina y Mario. Entraron en Marsella con el cura, silenciosos, otra vez abismados en sus primeras angustias. Durante una semana, su amor casi los había cegado, y ahora encontraban el mismo precipicio bajo sus pies.

### Una exposición pública en Marsella

Pocos días después, una mañana, mientras Mario iba á su despacho, hacia las nueve, encontró la calle del Paraíso atestada de una ruidosa multitud, que bajaba hacia la Cannebière. Detúvose en la esquina de la calle de la Darse, y poniéndose de puntillas, vió la plaza Real llena de gente. Aquello parecía un mar de cabezas. En su derredor, la ola de gente, continuaba bajando con sordos zumbidos.

Apoderóse poco á poco de Mario la ardiente curiosidad que impelia al pueblo. Ciertas palabras sueltas, que llegaron á sus oídos, le inspiraban una vaga ansiedad; quiso ver él también: dejóse arrastrar por la multitud, que llenaba la calle como un torrente. Llegó con bastante facilidad á la plaza. Pero allí, la marea de los curiosos, que salía de la calle del Paraíso rompíase contra la masa compacta de la gente estacionada. Cada cual poníase de puntillas, mirando hacia la Cannebière.

El joven vió vagamente soldados á caballo: no distinguía otra cosa, no adivinaba qué espeluznante espectáculo podía hacer acudir á los habitantes de la ciudad.

En torno suyo la multitud murmuraba en son de amenaza. Oíanse á veces palabras sueltas resaltar en medio de aquel murmullo profundo. Algunas llegaban á sus oídos:

—Llegó de Aix esta noche.

—Sí, y mañana partirá para Tolón.

—Quisiera ver la cara que pone.

—Dicen que se puso á sollozar cuando vió al verdugo que traía las cuerdas.

—¡No, no! Mostró mucho valor. Es un gallardo mozo, que no llora como una mujer.

—¡Canalla! El pueblo debería matarle á pedradas.

—Haré todo lo posible para aproximarme.

—Esperadme. Allí deben silbarle... Quiero hacer lo mismo.

Tales palabras, interrumpidas por fisgas, acompañadas de ademanes arrebatados, resonaban cruelmente en los oídos de Mario. Apoderóse de él un verdadero espanto; un frío sudor le inundaba la frente. Tenía miedo, ya no discurría. Preguntábase con angustia quién podía ser el hombre que la multitud corría á insultar.

Siempre más y más agolpábase la gente; y convenciése de que no era posible abrirse paso. Resolvió volver á la plaza Real. Bajó lentamente la calle Vacón, tomó la de Beureau, desembocó en la Cannebière. Allí le aguardaba un extraño espectáculo.

La Cannebière, en toda su longitud, desde el puerto hasta el «cours» Belzance, estaba llena de una barahunda inmensa, que á cada minuto aumentaba. De cada calle, bajaban oleadas de pueblo. De vez en cuando, soplos de cólera corrían entre la multitud, y entonces levantábase gritos, que resonaban lejos, semejantes á los profundos mugidos del mar.

Las ventanas llenábanse de espectadores; unos pilluelos habían trepado á los faroles. Toda Marsella estaba allí, y los curiosos todos dirigían la vista codiciosa al mismo punto.

En la Cannebière había más de 60,000 personas, que miraban y vociferaban.

Cuando Mario logró aproximarse, comprendió por fin cual era el espectáculo, que atría á la multitud. En el centro de la Cannebière, frente á la plaza Real, elevábase un tablado. Encima, un hombre estaba atado á un poste.

Dos compañías de infantería, un piquete de gendarmes y cazadores á caballo rodeaban la plataforma y defendían al condenado contra la creciente irritación del pueblo.

Mario, en un principio, no vió más que al desgraciado

atado al poste, el cual dominaba la multitud. Una terrible ansiedad le hizo tratar de ver el rostro de aquel hombre.

Era Felipe tal vez; Cazalis había quizás logrado adelantar la hora de la exposición.

El condenado llevaba pantalón y chaqueta de lienzo gris; y cubría su cabeza con una gorra cuya visera le cubría los ojos. Tenía constantemente la cabeza baja, ocultando sus facciones á los curiosos, la cara vuelta al puerto, pero ni una sola vez levantó la frente para mirar el mar, que extendíase libre y tranquilo.

Calmóse el terror de Mario notando que el hombre era mucho más grueso que su hermano, y como conocía el carácter de Felipe, estaba seguro que no hubiese bajado la cabeza, que habría devuelto desprecio por desprecio. Sin embargo, no estaba satisfecho aún: habría querido ver claramente al condenado.

Seguía vociferando el pueblo.

—¡Levanta la cabeza, pillol! ¡Enseña la cara!

—¡No lo hará! Tiene miedo.

—Por fin tiene atadas las manos: ya no podrá robar.

—¡Lo creéis así? Estuvo á punto de robar el indulto.

—Sí, sí. Unos señores muy ricos, unas personas piadosas trataron de librarlo del poste.

—No habría encontrado un pobre diablo tales valedores.

—El Rey, no cedió sin embargo: ha dicho que igual debía ser el castigo para los criminales de todas las clases sociales.

—Es buena persona el Rey.

—¡Douglas, pillol, gazmoño, ladrón, hipócrita, no harás más comedias, no irás á las iglesias pidiendo á Dios que ampare tus falsedades!

Entonces respiró Mario. Aquellos gritos le explicaron que tratábase del escribano falsario. Seguían vociferando:

—Arruinó más de cincuenta familias: poca pena es la cadena perpétua.

—Otra debía presenciar Marsella.

—Cuando pase lo cogemos y lo mataremos.

—Mirad que bien está allá arriba.

—El verdugo va á desatarlo... ¡Corramos!

Efectivamente, Douglas bajaba de la plataforma. Subió en una carreta descubierta, de un solo caballo, la cual debía conducirle nuevamente á la cárcel.

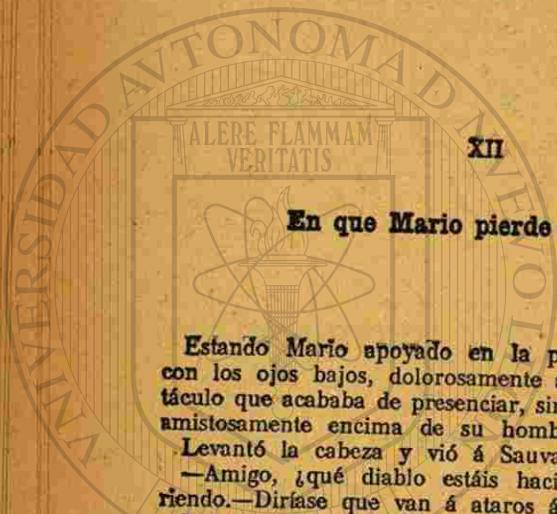
Un gran movimiento se produjo. Todos se lanzaron á injuriar, tal vez á matar al desgraciado, pero los soldados rodeaban la carreta y los gendarmes galopando apartaban á los alborotadores.

Mario miró á Douglas con lástima. Era muy culpable, pero su ignominioso calvario excitaba más compasión que cólera. Oyó Mario á dos obreros que decían al pasar:

—Volveremos de aquí á un mes. Habrá la exposición del mozo que robó á una muchacha... más bonito será aquello.

—¡Ah, sí, Felipe Cayoll... le he conocido: es un joven alto... Será preciso saber exactamente el día... habrá alboroto.

Alejáronse los obreros. Mario, quedó pálido, consternado. Aquellos hombres tenían razón: dentro de un mes llegaría el turno á su hermano. Decíase á sí mismo que la casualidad acababa de hacerle asistir á toda la vergüenza que Felipe sobrellevaría. Sabía ahora qué sufrimientos le esperaban, colocábalo en el lugar de Douglas é imaginaba la terrible escena que tendría lugar. La angustia le hizo cerrar los ojos un largo rato, zumbábanle los oídos: veía á Felipe en la plataforma, oía la multitud reír é insultarle.



### En que Mario pierde la cabeza

Estando Mario apoyado en la puerta de una tienda, con los ojos bajos, dolorosamente afectado por el espectáculo que acababa de presenciar, sintió una mano posarse amistosamente encima de su hombro.

Levantó la cabeza y vió á Sauvaire.

—Amigo, ¿qué diablo estáis haciendo aquí?— exclamó riendo.—Diríase que van á ataros á ese poste.

E indicaba la plataforma. Estaba elegantemente vestido: llevaba pantalón y levita de paño fino, y su chaleco medio abotonado, dejaba ver una camisa blanca como el ampo de la nieve. Enseñaba con complacencia una gruesa cadena de reloj con macizos dijes. Eran las diez y el maestro se paseaba en chinelas, con el sombrero de fieltro blanco inclinado sobre la oreja, y la bella pipa de espuma de mar entre los dientes. Parecía que la acera de la Cannebière fuese suya; allí estaba como en su casa, ocupando todo el sitio que podía, mirando á los transeuntes con aire familiar y protector. Tenía ambas manos en los bolsillos, ensanchando los pantalones, apartando las piernas, y miraba á Mario con superioridad y condescendencia.

—Parecís triste, enfermo,—añadió.—Haced lo que hago yo: estad bueno, comed y bebed bien, llevad vida alegre. Yo ignoro lo que es sufrir. Soy fuerte, tengo buen estómago, puedo gastar cien francos cuando quiero... Ya

sé que es preciso ser rico para hacer lo que yo. Todos no son ricos...

Miraba á Mario con lástima, le encontraba tan delgado, tan pálido, que gozaba porque él era gordo y tenía buen color. En aquel momento, de buena gana habría prestado mil francos al joven.

Mario no escuchaba aquella charla. Habíale estrechado la mano distraído, recayendo luego en sus negros pensamientos.

Sauvaire, no recibiendo respuesta alguna, seguía:

—¡Diablo! un joven tiene que divertirse. Vos, pobrecito, no os divertís bastante y trabajáis demasiado, amigo mío... se necesita mucho dinero, las diversiones son caras. En cuanto á mí hay semanas en las que gasto mucho... no podéis divertirlos del mismo modo, esto es imposible; pero algo es algo. ¿Tenéis algún dinero? ¡Mirad! si queréis, os llevaré alguna noche, á sitios en los que no os fastidiaréis.

Viendo siempre á Mario cabizbajo, le tomó el brazo con tono de autoridad y le arrastró á la acera.

—De vos me encargo,—dijo.—Yo os lanzaré. En ocho días estaréis casi tan alegre como yo. ¿Sabéis dónde pasé la noche? En el círculo Corneille, donde jugaban como desesperados... Allí había dos criaturas arrebataadoras, que lucían trajes de terciopelo, joyas, encajes, cosas tan caras que parecen decir: mírame, pero no me toques... Clairon, una morenita, ganó más de cinco mil francos.

Mario levantó la cabeza.

—¡Ah!—dijo con voz extraña.—¿se pueden ganar mil francos en una noche.

Sauvaire soltó una carcajada.

—¡Qué sencillez!—exclamó.—Más he visto ganar yo. Hay gente que tiene suerte... El año último, he conocido á un joven, el cual en dos noches, ganó dieciséis mil francos... Entró conmigo en un círculo sin un cuarto... le presté cinco francos, y dos días después ya poseía dieciséis mil... Los hemos gastado juntos.

—¿Es preciso ser socio de algún círculo para jugar?—preguntó Mario.

—Sí, pero es lo cierto que más jugadores hay alrededor de la mesa, que no son socios, que jugadores legítimamente autorizados para jugar. ¿Comprendéis?

Mario entonces fué el que cogió el brazo de Sauvaire. Dieron algunos pasos, luego el joven preguntó á su compañero con voz ahogada:

—¿Podéis llevarme esta noche al círculo Corneille?

—¡Así me gusta! Nos divertiremos mucho. Queda dicho os llevaré esta noche, y os haré conocer á la Clairon.  
\*¿Qué importaba la Clairon á Mario? lo que quería era ganar los dieciseis mil francos, el rescate de Felipe.

—¿Dónde os encontraré esta noche?—preguntó Sauvaire.

—Aquí mismo, á las diez.

Á las ocho, Mario fué á ver á Josefina. La joven sintió que sus manos ardían.

—¿Qué tenéis?—preguntó inquieta.

—No me interroguéis,—respondió.—Felipe quedará libre y nosotros seremos dichosos.

Fué á su casa, tomó cien francos, que había ahorrado con gran trabajo, y fué á reunirse con Sauvaire. A las diez, entraban juntos en el círculo Corneille.

## XIII

## Los garitos de Marsella

Antes de referir el nuevo episodio de este drama, antes de mostrar á Mario sufriendo todas las angustias del juego, es preciso explicar las causas que han multiplicado los garitos en Marsella. El que escribe estas líneas quisiera poder enseñar, en toda su repugnante desnudez, la llaga devoradora que fôe una de las más ricas y animadas ciudades de Francia. Perdonada le será la corta digresión que se vé obligado á hacer, pensando en la utilidad del objeto que se propone.

Es de notar que la pasión del juego invade sobre todo á los grandes centros comerciales. Cuando una población entera se entrega á especulaciones desenfrenadas, cuando todas las clases de la sociedad trafican desde la mañana á la noche, es casi imposible que ese pueblo de comerciantes no se arroje á las ardientes emociones del juego. El juego entonces es otra especulación más; especúlase sobre la casualidad, y de noche prosiguese el trabajo del día; de día, han tratado los traficantes de aumentar su caudal vendiendo cualquier cosa; de noche hacen lo mismo arriesgándolo en la mesa de juego. Si es verdad que el comercio es con frecuencia un juego, pueden figurarse los comerciantes que se encuentran en el mismo ambiente pasando del despacho al garito.

Además, la fiebre comercial es contagiosa. En Marsella,

presenciando ciertas grandes riquezas ganadas en pocos años, no hay joven que no sueñe con suerte semejante. Todos quieren entrar en el tráfico, la ciudad entera es una banca enorme en la que todos viven para ganar dinero. Idos al puerto, á todas partes á donde va la multitud: no oiréis hablar más que de dinero, os imaginareis estar en un inmenso despacho donde todas las conversaciones están erizadas de números. Lo importante es, con diez francos en el bolsillo, ganar veinte, treinta, cuarenta. Los que poseen grandes capitales juegan á la Bolsa, compran y venden. Los pobres, que tienen solo algunos francos, tienen el recurso del juego; como no poseen bastante para tentar vastas empresas, acuden á la casualidad; es un medio de enriquecerse ó arruinarse, al alcance de todos, medio fácil y rápido, tráfico extraño lleno de ardientes emociones. El jugador es un especulador, el cual vive en una sola noche toda una existencia llena de alternativas terribles, que experimenta las ansiedades, las esperanzas y los desfallecimientos del agio. En una ciudad como Marsella, donde el dinero es el soberano, donde la población está sacudida por una violenta calentura comercial, el juego llega á ser una necesidad, una banca abierta para todos, donde el rico puede arriesgar su oro, el pobre su calderilla.

A esto añadid que los ricos, los que remueven el oro paletadas, los que ganan en un día enormes cantidades, no tienen mucho apego al oro, que tan fácilmente amontonan. Un obrero mira con respeto la moneda que le entregan por la noche; ha sudado sangre y agua para ganarla, representa para él un trabajo casi inaguantable, largas horas de fatiga, y ha de vivir con aquel dinero. Un comerciante, un especulador, que, sentado en su despacho, encuéntrase por la noche con una ganancia de varios centenares de francos, no teme dejar caer algunas monedas de veinte francos cuando pone en el bolsillo lo que ha ganado. Sabe que, sin duda, al día siguiente ganará otro tanto; es joven todavía, quiere gozar de la vida; como estuvo encerrado durante varias horas, necesita por la noche placeres ruidosos, emociones fuertes. Entonces tira su dinero en los «restaurants», en los cafés, en los garitos: gasta aquel dinero tan fácilmente como lo ha ganado.

Una ciudad comercial es, pues, forzosamente jugadora y

licenciosa. Entre aquel gran río de riqueza, entre aquel ardiente soplo del tráfico que penetra en todas las casas, hay horas de locura, necesidad imperiosa de goces. Entonces ese pueblo está cegado por el brillo del oro: lánzase al libertinaje lo mismo que se había lanzado á los negocios. La calentura sacude á toda la ciudad, á pequeños y grandes, á ricos y pobres: todos ansían ganar ó perder, hasta el millón ó hasta la ruina.

Compréndase por qué existen garitos en Marsella, y casi decía que son necesarios. Ultimamente se contaban más de ciento, y su número va siempre en aumento. Derrotada queda la policía por el furor de los jugadores. Descubierta y cerrada una casa de juego, otras dos se abren al lado. Para cortar el mal de raíz, preciso sería cortar la calentura que agita á toda la población. Según mi modo de ver, el mal no tiene remedio: se puede matar al hombre, pero no se matan sus pasiones.

La policía, que tiene acción directa sobre los garitos, cierra los que puede descubrir, pero su acción es más difícil en los círculos, que á veces se transforman en verdaderas casas de juego. Tienen los jugadores espíritu inventivo para satisfacer su pasión; tratan de poner la ley de su parte. Yo no quiero atacar á ciertos honrados círculos de Marsella; quiero solamente hacerme historiógrafo de algunos círculos vergonzosos, frecuentados por fulleros, horriblemente manchados á veces por la sangre de un suicidio.

He aquí como se funda un círculo. Algunas personas piden autorización para reunirse, por la noche, en determinado local, para conversar, beber y aún jugar á los lícitos.

Cada socio ha de contribuir con una cuota, y está vedado introducir á extraños, es decir tener mesa de juego abierta á cualquiera que se presente. Ahora, he aquí lo que sucede. Al cabo de algunos meses, ni hablan, ni beben los socios, pero pasan noches enteras jugando; las apuestas, reducidas en un principio, ha subido poco á poco, de manera que es fácil arruinarse en pocas noches; se ha rebajado la disciplina, entre el que quiere, hay más extraños en el círculo que socios; las mujeres mismas son admitidas, los fulleros no tardan en presentarse para despojar á los jugadores novicios, y esto sigue hasta que la policía cierra

el círculo. Dos meses después, vuelve á abrirse, empieza nuevamente la farsa y tiene el mismo desenlace.

Esta es una de las llagas vivas de Marsella, llaga que va siempre ensanchándose más: los círculos tienden á ser garitos, abismos donde desaparecen la hacienda y el honor de los imprudentes. Una vez probadas las punzantes alegrías del juego, los demás placeres parecen insípidos. Cada semana ocurre un nuevo suceso, una queja se presenta á la autoridad.

Son comerciantes que se arruinan y luego comprometen los capitales confiados á su probidad; suspenden los pagos, se declaran en quiebra, y arrastran consigo en la ruina, á los que han tenido fe en su honradez.

Modestos empleados, los cuales tienen apetitos de lujo y libertinaje, que sus honorarios no pueden satisfacer. En su derredor ven á gente rica revolcarse en los goces, tener queridas, trenes, agotar los ruidosos placeres de la vida; despiértase su envidia, quieren llevar la misma existencia. Primero juegan los pocos cuartos que les pertenecen, y si la suerte no les favorece roban á sus principales. Contaban últimamente una historia característica. Un empleado, al cual su principal entregó algunos miles de francos para pagar en la aduana los derechos de ciertas mercancías, fué por la noche á un círculo y perdió el dinero que le habían confiado. Aquello fué la locura de un instante, pues el empleado era un buen muchacho que había tenido una tentación. El patrono le amenazó con denunciarlo todo. A tal noticia, los socios del círculo se reunieron y devolvieron la cantidad robada. Habiéndose efectuado el pago, el empleado firmó una letra á la orden del cajero del círculo, y éste nunca persiguió al pobre empleado, el cual jamás pudo pagar.

¿Esta benevolencia de los jugadores no es una confesión?

Comprendieron que todos eran solidarios del abuso cometido, y echaron tierra al asunto para que la justicia no fuera á estorbarles en la satisfacción de sus pasiones.

En ese mundo de locura, entre aquellos apasionados jugadores, introdujo Sauvairé á Mario.

## XIV.

## En que Mario gana 10.000 francos

El círculo Corneille era uno de esos garitos autorizados, de los cuales fué hecha mención en el capítulo precedente. En principio, debía estar únicamente compuesto de socios admitidos por mayoría de votos, que pagaban una cuota de 25 francos, pero, en realidad, todos podían entrar y jugar. Para salvar las apariencias, al principio, fijaban en un espejo los nombres de los recién llegados, ó exigían á los extraños una tarjeta de presentación, procedente de alguno de los socios. Luego fueron descuidadas tales precauciones y entraba cualquiera.

El maestro, sin duda, era un hombre honrado, incapaz de cometer una bajeza, pero la costumbre de los placeres le había hecho contraer peligrosas amistades. Decía francamente que le agradaba más vivir con pillos que con gente honrada, pues los hombres honrados le aburrían, mientras los pillos le hacían reír. Buscaba instintivamente las malas compañías, donde podía desahogarse á su sabor, divertirse como él lo entendía, es decir, armando un escándalo de todos los diablos. Bajo su aire bonachón, ocultaba una astucia y una prudencia raras: nunca se comprometía, jugando poco, alejándose tan pronto como corría un peligro cualquiera. No ignoraba la indignidad de la mayoría de los frequentadores del círculo Corneille; iba allí porque encontraba á mujeres fáciles y podía satisfacer sus apetitos de plebeyo enriquecido,

el círculo. Dos meses después, vuelve á abrirse, empieza nuevamente la farsa y tiene el mismo desenlace.

Esta es una de las llagas vivas de Marsella, llaga que va siempre ensanchándose más: los círculos tienden á ser garitos, abismos donde desaparecen la hacienda y el honor de los imprudentes. Una vez probadas las punzantes alegrías del juego, los demás placeres parecen insípidos. Cada semana ocurre un nuevo suceso, una queja se presenta á la autoridad.

Son comerciantes que se arruinan y luego comprometen los capitales confiados á su probidad; suspenden los pagos, se declaran en quiebra, y arrastran consigo en la ruina, á los que han tenido fe en su honradez.

Modestos empleados, los cuales tienen apetitos de lujo y libertinaje, que sus honorarios no pueden satisfacer. En su derredor ven á gente rica revolcarse en los goces, tener queridas, trenes, agotar los ruidosos placeres de la vida; despiértase su envidia, quieren llevar la misma existencia. Primero juegan los pocos cuartos que les pertenecen, y si la suerte no les favorece roban á sus principales. Contaban últimamente una historia característica. Un empleado, al cual su principal entregó algunos miles de francos para pagar en la aduana los derechos de ciertas mercancías, fué por la noche á un círculo y perdió el dinero que le habían confiado. Aquello fué la locura de un instante, pues el empleado era un buen muchacho que había tenido una tentación. El patrono le amenazó con denunciarlo todo. A tal noticia, los socios del círculo se reunieron y devolvieron la cantidad robada. Habiéndose efectuado el pago, el empleado firmó una letra á la orden del cajero del círculo, y éste nunca persiguió al pobre empleado, el cual jamás pudo pagar.

¿Esta benevolencia de los jugadores no es una confesión?

Comprendieron que todos eran solidarios del abuso cometido, y echaron tierra al asunto para que la justicia no fuera á estorbarles en la satisfacción de sus pasiones.

En ese mundo de locura, entre aquellos apasionados jugadores, introdujo Sauvairé á Mario.

## XIV.

## En que Mario gana 10.000 francos

El círculo Corneille era uno de esos garitos autorizados, de los cuales fué hecha mención en el capítulo precedente. En principio, debía estar únicamente compuesto de socios admitidos por mayoría de votos, que pagaban una cuota de 25 francos, pero, en realidad, todos podían entrar y jugar. Para salvar las apariencias, al principio, fijaban en un espejo los nombres de los recién llegados, ó exigían á los extraños una tarjeta de presentación, procedente de alguno de los socios. Luego fueron descuidadas tales precauciones y entraba cualquiera.

El maestro, sin duda, era un hombre honrado, incapaz de cometer una bajeza, pero la costumbre de los placeres le había hecho contraer peligrosas amistades. Decía francamente que le agradaba más vivir con pillos que con gente honrada, pues los hombres honrados le aburrían, mientras los pillos le hacían reír. Buscaba instintivamente las malas compañías, donde podía desahogarse á su sabor, divertirse como él lo entendía, es decir, armando un escándalo de todos los diablos. Bajo su aire bonachón, ocultaba una astucia y una prudencia raras: nunca se comprometía, jugando poco, alejándose tan pronto como corría un peligro cualquiera. No ignoraba la indignidad de la mayoría de los frequentadores del círculo Corneille; iba allí porque encontraba á mujeres fáciles y podía satisfacer sus apetitos de plebeyo enriquecido,

Sauvaire y Mario, después de subida una estrecha escara, llegaron al primer piso, á una espaciosa sala donde había una veintena de mesitas de mármol. A lo largo de las paredes, encontrábanse divanes de terciopelo encarnado y, en el medio, algunas sillas de victoria; parecía una sala de café. En el fondo veíase una gran mesa, cubierta de paño verde, y encima unos galones encarnados formaban dos cuadros; entre ellos estaba un cestito, en que se echaban los naipes que habían servido. Aquella era la mesa de juego rodeada de asientos. Mario, al entrar, echó una mirada de asombro á la sala. Ahogábase como un hombre que acaba de caer al agua. Parecía que entrase en una caverna, donde unas fieras iban á devorarle. Latíale el corazón con gran fuerza, sudaba frío. Una timidez, mezclada de repugnancia, obligábale á quedarse inmóvil, torpe, cortado.

En aquel momento no había casi nadie: algunos hombres bebían, dos mujeres hablaban con animación en voz baja. Todavía no estaban encendidas las luces de gas, destinadas á alumbrar la mesa de juego.

—¿Qué queréis tomar?—preguntó Sauvaire á Mario.

—Lo que queráis,—respondió maquinalmente el joven, mirando la mesa de juego con curiosidad medrosa.

El maestro mandó traer cerveza. Se acomodó en un diván y encendió un cigarro.

—Allí está Clairon y su amiga Isnarda,—exclamó de pronto notando á las dos rameras que hablaban en un rincón, y añadió:—Mirad que amorcillos de mujeres: si quisierais una tan bonita para consolaros de vuestros pecares...

Mario las miró. Clairon llevaba un traje viejo de terciopelo negro, manchado y gastado: era pequeña, morena, marchita; su rostro pálido, sembrado de pecas amarillas, tenía una expresión de cansancio que daba pena. Isnarda, alta, seca, parecía aún más vieja y gastada; su cuerpo, semejante á un esqueleto, amenazaba horadar en los hombros el traje de seda desteñida que llevaba. Mario no concebía la apasionada admiración de Sauvaire por aquellas criaturas; volvió la cabeza con disgusto. Se le representaba en la imaginación el fresco rostro de Josefina, y avergonzábale de encontrarse en semejante lugar.

Las mozas, cuya atención había llamado la voz de Sauvaire, se echaron á reír.

—Son muchachas avispidas,—murmuró el maestro:—imposible fastidiarse con ellas... ¿Queréis que esta noche nos las llevemos?

—¿Pero no hay juego?—preguntó Mario con impaciencia.

—¡Ay! ¡Y qué prisa tenéis! Habrá juego por cierto, y hasta mañana, si queréis.

Llegaron poco á poco los habituales concurrentes. Un mozo encendió el gas, y varios hombres fueron á sentarse á la mesa de juego. Las rameras se pusieron á recorrer la sala, dirigiendo sonrisas á los hombres que conocían; acabaron por sentarse cerca del banquero que tenía la baraja, esperando, sin duda, espigar algunas piezas de veinte francos.

Sauvaire aproximóse á los jugadores.

Mario quedó un instante de pie, estudiando el juego. Inclínóse luego hacia su compañero y le dijo:

—Explicadme, por favor, cómo se hace eso.

Rióse mucho el maestro por la sencillez del joven, y respondió:

—Amigo, es muy fácil. Sentáos, colocad vuestra apuesta en uno de esos cuadros. Mirad ahora: el banquero se vale de dos barajas de diferentes colores, cada una de cincuenta y dos naipes; dá dos á cada cuadro y guarda dos para sí. Los dieces y las figuras no valen; el punto más elevado es el nueve, y todo consiste en acercarse cuanto sea posible á ese punto... Si tenéis más que el banquero, habéis ganado; si tenéis menos, habéis perdido... He aquí todo.

—Pero,—dijo Mario,—veo jugadores que piden un naipe.

—Sí, es lícito pedir un naipe para arreglar el juego... á veces sale peor... Yo os aconsejo quedaros siempre en el seis: es punto bonito.

—¿No jugáis vos?

—Yo, no, á fe; prefiero reír con Clairon. Y se fué á rondar cerca de la morena.

—Señores, haced juego,—dijo el banquero.

Mario colocó estremeciéndose, cincuenta francos en la mesa. Había rasuelto arriesgar sus cien francos en dos golpes.

—No va más,—dijo el banquero.

Dió los naipes. Mario debía levantarlos. Así lo hizo con aire atontado y miró: tenía cinco. Descubrieron el juego. El banquero tenía tres. Un murmullo de asombro corrió en derredor de la mesa. Mario había ganado.

Desde aquel momento el joven vivió como en sueños. Durante más de cinco horas quedó allí, abatido, aplastado, dormecido por la monotonía del juego, ganando casi siempre, y perdiendo sólo para ganar más. Jugaba con un atrevimiento que hacía temblar á todos, y ganaba contra todas las probabilidades.

A su lado estaba un hombre anciano, el cual lo miraba con envidia y estupefacción. Acabó por preguntarle en voz muy baja:

—Señor, ¿queréis hacerme el obsequio de decirme cual es vuestra mascota?

Mario no entendió. Mascota, entre los jugadores provenzales, es una especie de talismán contra la mala suerte. Pareció ofendido el viejo por el silencio de Mario.

—No creo haber sido indiscreto,—continuó,—tenía curiosidad de saber lo que os proporciona tal vena, yo no hago misterio de ello: he aquí mi mascota.

Enseñó el interior de su sombrero, donde había una imagen de la Virgen.

Sauvaire, maravillado por la suerte de su compañero, se colocó detrás de su silla. Clairon é Isnarda le habían seguido y se apoyaban familiarmente en el respaldo de la silla de Mario. Como las aves de rapiña, acudieron al olor del oro.

Dieron las cinco. Los jugadores habían ido retirándose unos tras otros. Mario acabó por encontrarse solo. Tenía delante su ganancia: 10,000 francos.

Habría jugado más, pues faltaban 5,000 francos á la cantidad necesaria, pero no había nadie. Sin embargo, á su lado, sentado delante de una mesita, descubrió á un hombre, que toda la noche había mirado el juego sin jugar.

—Señor,—dijo á Mario el desconocido,—¿queréis jugar conmigo una partida de descarte?

Mario iba á aceptar, pero Sauvaire, que no le había abandonado, le cogió por el brazo y le dijo en voz baja:

—No juguéis.

Interrogó el joven al maestro con la mirada.

—No juguéis,—repitió,—si queréis guardar lo que habéis ganado. Por el cielo, rehusad y veníos aprisa... luego me daréis las gracias.

Como Mario vacilase, el maestro respondió en su nombre:

—No, señor Félix; mi amigo está muy cansado... Hasta la vista, señor.

Muy disgustado pareció Félix: miró á Sauvaire como si dijera:—¿En qué os metéis?

El maestro no había soltado al joven. Cuando estuvo en la calle, éste preguntó:

—¿Por qué no me habéis dejado jugar?

—Porque no quise que aquel caballero os quitase los diez mil francos que habéis ganado.

—¿Es un fullero, pues?

—Eso no.

—Habría ganado entonces.

—Nada de eso: habríais perdido... Los cálculos del señor Félix son ciertos... He aquí su procedimiento. No juega en toda la noche. A última hora, cuando los jugadores están rendidos, calenturientos, convida á uno de ellos á una partida de descarte. Es un juego en que se necesita inteligencia, sangre fría. Félix es prudente, tiene la cabeza descansada; su adversario está ofuscado, ni ve los naipes, y en pocos golpes está despojado.

—Comprendo, y os doy las gracias.

—El tal Félix ha ganado mucho dinero con su sistema, que practica todas las noches.

Iba á alejarse Mario, cuando sintió un brazo, que se apoyaba en el suyo. Volvióse y reconoció á Isnarda. Clairon acababa de tomar el brazo de Sauvaire. Las dos mujeres les habían seguido, esperando atrapar algo de la importante cantidad que llevaba Mario. Les parecía un necio, fácil de engañar.

Isnarda dijo como mofándose:

—Señores, ¿os váis á acostar ya?

Mario retiró el brazo con una repugnancia que no trató de ocultar.

—¿Queréis que os pague el desayuno, hermosa?—preguntó Sauvaire,—no tengo inconveniente, pero con tal que seáis muy divertidas. ¿Os venís con nosotros, Mario?

—No puede ser.

—No quiere,—dijo Clairon.—Es lástima: nos habría pagado el champagne: es un deber.

Mario sacó algunas monedas de oro, que partió entre Clairon é Isnarda; luego dijo:

—Hasta la noche, Sauvaire.

El maestro respondió:

—Hasta la noche.

El joven fué en seguida á su casa, se acostó y durmió de un tirón hasta las dos de la tarde.

Abriendo los ojos, vió encima de la cómoda el dinero, y se asustó. Tuvo miedo de haberse vuelto jugador, pues su primer pensamiento, al despertar, fué volver al garito. Iba repitiendo:

—No es cierto: no puedo ser presa de esa horrible pasión, no puedo haber llegado á ser jugador de la noche á la mañana; juego para Felipe, no juego para mí. No se atrevió á dirigirse más preguntas.

Luego le vino al pensamiento Josefina. Tuvo que hacer un esfuerzo para no romper en sollozos. Pensó que como tenía ya 10,000 francos, no era necesario volver al garito; fácilmente encontraría otros 5,000 y no arriesgaría perder lo que había ganado.

Se vistió y bajó á la calle. Su cabeza estallaba. Tampoco pensó ir á su despacho, entró en un restaurant y no pudo comer. Todo daba vueltas á su alrededor, y á veces se sentía ahogar, como si de improviso le hubiese faltado el aire. Cuando llegó la noche, maquinalmente, paso á paso, dirigióse al círculo Corneille.

### Como Mario tuvo sangre en sus manos

Entrando en la sala, Mario vió sentado en una mesa á Sauvaire, entre Clairon é Isnarda. El maestro no se había separado de las dos rameras desde por la mañana. Levantóse y fué á estrechar la mano al joven.

—Amigo,—le dijo,—mucho habéis perdido no viniéndoos con nosotros... nos hemos divertido como locos. ¡Esas muchachas tienen una chispa! Harían reír á las piedras... así me gustan á mí las mujeres.

Arrastró á Mario á la mesa donde Clairon é Isnarda bebieron cerveza. El joven se sentó á regañadientes.

—Señor,—dijo Isnarda,—¿queréis que me asocie con vos esta noche?

—No,—respondió secamente.

—Hace bien rehusando,—gritó Sauvaire.—Quieres hacerle perder, querida... ya conoces el refrán: «Dichoso en amor, desgraciado en el juego».

Y añadió en voz baja, dirigiéndose á su compañero:

—¿Por qué no la tomáis por querida? ¿No veis cómo os mira?

Mario, sin responder, se levantó y fué á sentarse ante la mesa de juego. Organizábase una partida, y él ansiaba experimentar las emociones de la vispera.

Quiso seguir la misma táctica. Puso cincuenta francos en la mesa y perdió; puso cincuenta más y los perdió también.

Perdió cinco veces seguidas. Sauvaire, que seguía el juego, le dijo en voz baja:

—No juguéis esta noche; perderéis todo lo ganado ayer. El joven no escuchó aquel consejo. En un ahora, había perdido 4,000 francos.

Sauvaire, que no le perdía de vista, le dijo:

—El banquero se retira. Tomad su sitio; tal vez cambie la suerte.

Así lo hizo Mario, y la partida se reanudó.

El joven perdió dos veces seguidas. El maestro le dijo en voz baja:

—Os están robando.

—¿Cómo?

—Levantáis los naipes al darlos; los que juegan los ven pasar y conocen vuestro juego.

En efecto, teniendo esto en cuenta, ganó una bonita cantidad, luego volvió á perder. Establecióse entonces una suerte de equilibrio entre ganancias y pérdidas.

Sauvaire rondaba próximo á la mesa para que su amigo fuese robado lo menos posible. Este tenía delante á un muchacho muy joven, que jugaba poco, y que sin embargo debía haber ya ganado una cierta cantidad; siempre que perdía, ponía delante solamente una pieza de cinco francos, pagaba en sueltos y guardaba la pieza, pues decía que era una mascota.

El maestro le miraba con desconfianza. Observó por fin que escondía una pieza de oro de veinte francos bajo la de cinco, que era de plata; cuando ganaba, enseñaba las dos y guardaba los veinticinco francos; cuando perdía, dejaba la pieza de oro oculta bajo la de plata y á Mario daba sólo cinco francos. Muy frecuente es, en los garitos de Marsella, este procedimiento.

—Espera, espera,—murmuró Sauvaire,—ahora te cogeré.

Al siguiente golpe, Mario ganó. El fullero preparábase á darle cinco francos sueltos, pero Sauvaire, alargando el brazo, separó la pieza de cinco francos y descubrió la de oro que ocultaba.

—Señor,—le dijo,—hacéis trampas. ¡Fuera de aquí! No se inmutó el fullero.

—¿En qué os metéis?—dijo con insolencia.

Dejó en la mesa los veinticinco francos, se levantó, dió

una vuelta y se retiró muy tranquilo. Los jugadores se contentaron con refunfuñar.

Mario palideció. Tan bajo pues había caído, que jugaba con ladrones. Desde aquel momento no hizo más que cometer faltas enormes: perdió, y casi estaba satisfecho de perder. El dinero le quemaba las manos; deseaba concluir y marcharse con los bolsillos vacíos.

Ya no tenía más que dos ó trescientos francos delante. A su lado estaba un joven, el cual, perdiendo, poníase siempre más pálido y hosco. Delante tenía al principio una regular cantidad, y con la vista seguía desesperado cada pieza de oro, que del montón se separaba.

Mario le había oído, varias veces, pronunciar palabras de angustia, y comprendía que tratábase de algún drama espantoso.

Un último golpe acabó de despojar á su vecino, el cual quedó inmóvil, con el rostro contraído. Luego sacó del bolsillo una pistola, púsose el cañón en la boca y tiró. Oyóse el golpe, saltó la sangre, y unas anchas gotas salpicaron las manos de Mario.

Todos los jugadores se habían levantado despavoridos. El cadáver cayó sobre la mesa, con los brazos doblados, la cabeza colgando.

Después de haber atravesado el cuello, la bala había salido á la derecha, debajo de la oreja; allí veíase un agujero del cual salía un chorro de sangre. Formóse una charca en el tapete verde, y en ella se mojaban los naipes abandonados.

—¿Conocéis á ese desgraciado?—preguntaba un jugador.

—Según creo, era un dependiente cobrador de la casa Lambert y C.<sup>a</sup>

—Su familia es honrada. No hace seis meses, su hermano compró un bufete de procurador.

—Se habrá apropiado una cantidad importante, y he aquí porqué se mató, después de haberla perdido.

—De todos modos, podía haberse matado en otra parte. En veinte minutos llegará la policía y cerrará el círculo.

—Esas gentes que tienen la manía de matarse, son terribles. Aquí estábamos bien, jugábamos sin molestias. Ahora, es preciso mudarnos.

—¿Han ido á avisar al comisario?

—Sí.

—Yo me escurro.

La fuga fué general. Los jugadores tomaron sus sombreros y se deslizaron prudentemente por la escalera.

Mario había quedado al lado del cadáver. Erizábanse sus cabellos, aparecía la locura en su mirada. En la mano tenía aún la baraja. De improviso la tiró, sacudió sus manos teñidas de la sangre del suicida y huyó precipitadamente lanzando un ronco grito.

Tampoco recogió los pocos centenaes de francos que aun le quedaban.

En la sala estaban únicamente las dos rameras con el muerto. Sauvaire había sido uno de los primeros en escabullirse.

Estando ya solas las dos, Isnarda dijo, aludiendo al dinero abandonado:

—Partamos.

—Sí, desde luego; ¿para qué ha de coger este dinero la policía?

Las monedas manchadas de sangre desaparecieron en sus bolsillos. Secáronse los dedos con sus pañuelos, y escaparon á todo correr.

Mario atravesaba las calles silenciosas y desiertas como un demente. Figurábasele que la sangre, que había salpicado sus manos, le quemaba, y experimentaba un verdadero dolor físico. Quiso sumergirlas en el mar, pues así esperaba aliviar aquel sufrimiento.

Otras veces se le ocurría que él mismo había matado al desgraciado suicida para quitarle los 15,000 francos del rescate, parecía oír los pasos de los gendarmes, que le perseguían.

Así llegó á la plaza de los Huevos. Entonces pensó en Josefina que era muy madrugadora y podía estar ya en su puesto. ¿Qué pensaría al verle manchado de sangre? Le interrogaría á él no acertaría siquiera á contestar, pues las ideas confundíanse en su cabeza. Lo único cierto era que le quemaban las manos.

Bajó por las calles estrechas y rápidas que conducían al puerto.

Por fin vió las negras masas de los barcos. Corrió por los lisos y blancos adoquines, y no encontrando un bote,

tuvo la delirante idea de echarse al agua para calmar el dolor de sus imaginarias quemaduras.

Pero acabó por descubrir un barquichuelo amarrado al muelle. Saltó dentro, púsose de bruces, sumergió las manos y los brazos en el agua.

Escapósele un profundo suspiro de alivio. La frescura del agua calmaba su calentura, las olas lavaban las manchas de sangre que tan dolorosamente le mordían.

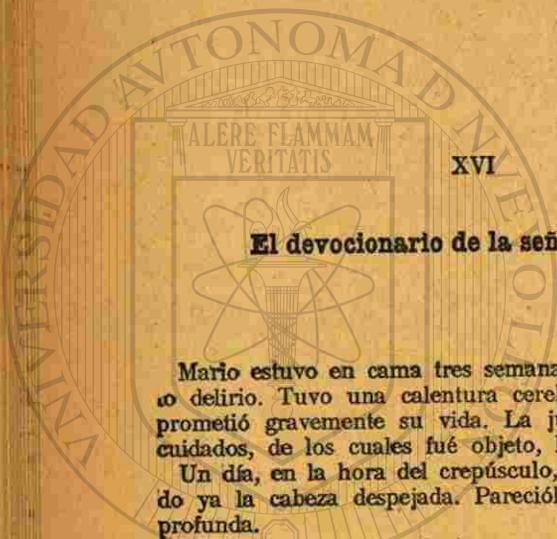
Así permaneció un largo rato, olvidándolo todo, ignorando por qué estaba allí. A veces, sacaba del agua sus brazos y frotábase las manos con furor, las miraba y las volvía á frotar. Seguía creyendo ver en la piel anchas manchas rojas. Luego volvía á sumergir los brazos, agitando blandamente el agua, gozando con el frío que le penetraba y sacudía con estremecimientos.

Pasó una hora, y aun estaba allí, pensando que nunca había bastante agua en el mar para lavar sus manos.

Sin embargo, poco á poco calmáronse sus atropelladas ideas, experimentó pesadez en la cabeza. Parecióle que su cráneo estaba vacío. Corrían por su miembros unos fríos estremecimientos. Maquinalmente, paso tras paso, llegó á la calle Santa, sin pensar en nada. Ya no sabía ni de donde venía ni lo que había hecho. Acostóse y fué atacado por una terrible calentura.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN  
DE BIBLIOTECA

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO



### El devocionario de la señorita Clara

Mario estuvo en cama tres semanas presa de un violento delirio. Tuvo una calentura cerebral aguda, que comprometió gravemente su vida. La juventud y los tiernos cuidados, de los cuales fué objeto, le salvaron.

Un día, en la hora del crepúsculo, abrió los ojos teniendo ya la cabeza despejada. Parecióle salir de una noche profunda.

No sentía su cuerpo, tanta era su debilidad; pero había desaparecido la calentura, despertábase su pensamiento, aunque algo vacilante.

Las cortinas de la cama estaban corridas. Una blanda luz pasaba á través del blanco lienzo. El cuarto silencioso estaba ligeramente perfumado. Se incorporó y vió deslizarse una sombra detrás de las cortinas.

—¿Quién está ahí?—dijo con voz sumamente débil.

Una mano apartó las cortinas con lentitud, y Josefina, viendo á Mario incorporado, exclamó con alegría:

—¡Alabado sea Dios! Amigo mío, estáis salvado.

Y se puso á llorar. El enfermo todo lo comprendió. Alargó sus manos enflaquecidas á la joven.

—Gracias,—la dijo.—Yo comprendía que estabais ahí... Creo haber tenido un horrible sueño; ahora lo recuerdo, en medio de ese sueño os veía inclinada, mirándome como un<sup>ra</sup> madre. ¿He estado muy enfermo? ¿no es cierto?

—Ya se acabó: no pensemos más en cosas tristes,—dijo la ramillettera.—¿A dónde habíais ido, amigo mío? las mangas de vuestra levita estaban todas mojadas.

Mario se pasó la mano por la frente.

—¡Ya recuerdo!—exclamó.—Es una cosa horrible.

Refirió entonces á Josefina la historia de las dos noches de juego, y concluyó diciendo:

—Recibí una lección terrible, que me curó para siempre de tan repugnante pasión, pues temí ser jugador.

Detúvose y preguntó inquieto:

—¿Cuánto tiempo he estado enfermo?

—Unas tres semanas,—respondió.

—¡Ay! ¡tres semanas perdidas! ya no faltan más que veinte días.

—No tengáis miedo: pensad en recobrar las fuerzas.

—¿Ha pedido noticias más el señor Martelly?

—He ido yo á verle: todo está arreglado. Ahora no queda más remedio que pedir el dinero prestado al señor Martelly: por ahí debíamos haber empezado... Todo irá bien... Dormid ahora, y basta de hablar, el doctor lo ha prohibido.

La convalecencia adelantaba rápidamente.

Al cabo de ocho días, Mario dió un paseito con Josefina por el Paseo Bonaparte.

Al día siguiente, Mario quería ir á su despacho, y Josefina tuvo que enfadarse para que descansara aún dos días. Ansiaba ver al armador, sondear el terreno.

Pasaron pues los dos días, Mario volvió á su obligación, y Martelly le recibió con paternal cariño. El joven se avergonzaba pensando que muy próximamente le iba á pedir un préstamo importante. Mirábale el buen armador sonriendo.

—He visto á la señorita Josefina,—le dijo;—es una persona muy simpática, un buen corazón... Debéis quererla mucho, amigo mío.

El cuarto en que trabajaba Mario estaba frente á las habitaciones del armador. A veces los visitantes se engañaban y llamaban á su puerta. Aquella mañana misma, oyó dos golpecitos y gritó:

—¡Adelante!

Un hombre cubierto con un gran levitón negro, se pre-

sentó. Tenía el rostro rasurado, movíase con lentitud y tenía unos ademanes humildes y recelosos.

—¿La señorita Clara?—preguntó.

Mario, ocupado en examinarle, no respondía; pensaba en dónde había podido ver á aquel devoto personaje.

El hombre, vacilando, acabó por sacar de uno de sus bolsillos un devocionario encerrado en un estuche.

—La traigo,—dijo con voz de flauta,—un devocionario que olvidó ayer noche, en mi confesionario

Mario seguía preguntándose á sí mismo:

—¿Dónde he visto yo esa cara de gazmoño?

El hombre adivinó el pensamiento del joven y dijo:

—Soy macero en la iglesia de San Víctor.

Estas palabras fueron un rayo de luz para el joven. Recordó haber visto al individuo en la sacristía, un día que fué á buscar al padre Chastanier. Un extraño presentimiento le hizo preguntar:

—¿Es el señor Donadei quien os envía?

—Sí, señor.

—¡Bueno! yo mismo entregaré el devocionario á la señorita Clara.

—Es que el padre me encargó expresamente remitirlo á la misma señorita.

—Muy pronto le será remitido. Tal vez no esté levantada aún, y le molestaríais.

—¿Prometéis, pues, entregarlo puntualmente?

—Sí, por cierto.

—Decid á la señorita que ayer el padre Donadei encontró este devocionario en su confesionario y que me encargó devolvérselo... El padre ofrece sus respetos á la señorita.

—Todo se lo diré, perded cuidado.

El macero depositó el libro encima del escritorio y se retiró después de hacer una profunda cortesía. En la puerta ya, parecía vacilar aún.

Cuando se hubo marchado, Mario pensó con sorpresa en el empeño de aquel hombre de llegar á la señorita Clara. Recordó los elogios de Donadei á la joven hermana de Martelly. Miraba el devocionario reflexionando.

Con movimiento casi involuntario sacó el libro de su estuche. Era uno de esos tomos casi cuadrados, montado en plata. En la tapa estaban las iniciales de la joven.

Contemplaba Mario el libro, revolviéndolo entre sus ma-

nos, y de pronto vió un delgado papelito, que salía de entre las apretadas hojas. Abrió el devocionario y encontró, desde luego, una hoja doblada en cuatro.

Aquel papel era de color de rosa, y de él se desprendía un vago olor á incienso. Mario iba á colocarlo donde antes estaba, pero la inicial D y una cruz en relieve le llamó la atención. Lo desplegó y leyó lo siguiente.

«Alma querida, vos, cuya salvación me ha confiado el Señor, escuchad, os ruego, el proyecto que he formado por vuestra eterna ventura. No me atreví comunicaros ese proyecto de viva voz, temiendo ceder demasiado á las emociones dulcísimas que en mí despierta vuestra santidad.

No podéis permanecer en la casa de vuestro hermano: es un lugar de perdición, Martelly está entregado al culto abominable de los ídolos modernos. Venid, venid conmigo. Iremos á una soledad, y os entregaré en las manos de Dios.

Tal vez mis lágrimas, mis estremecimientos os han revelado el secreto de mi corazón. Os amo como la Santa Iglesia, nuestra madre, ama á las almas cándidas que á ella se entregan. Cada noche sueño con vos, nos veo enlazados en abrazo celestial, y los dos subimos al Cielo cambiando besos angelicales.

No resistáis al llamamiento de Dios. Venid, venid. Hay una religión superior, que nosotros no revelamos al vulgo, esta religión encadena á las criaturas por parejas; hace esposos y no mártires.

Acordáos de nuestras conversaciones, pensad que os amo y venid. Os aguardo en mi casa: una silla de postas estará prevenida en una calle próxima.»

Mario quedó aturdido después de tal lectura. El padre Donadei proponía á la señorita Clara nada menos que robarla. Cierto es que su carta dominaba una niebla de incienso, un misticismo libertino y nebuloso, que ocultaba el sentido brutal del pensamiento bajo la dulzura devota de las palabras; la idea estaba parafraseada, diluida en ese estilo barroco de que se valen algunos; pero Donadei no había podido sin duda encontrar un velo religioso para hablar de la silla de postas, y su hipócrita epístola terminaba vulgarmente con un ofrecimiento chabacano, sobre el cual no era posible engañarse. Ciertamente un deseo vio-

lento había debido arrebatarse al elegante cura y hacerle olvidar la recelosa prudencia que le guiaba en todos sus actos.

El empleado leyó y releyó la cartita, reflexionando en lo que debía hacer. Estaba escandalizado, enojado.

Ignoraba el mal que podía haber sido cometido, no sabía lo que pensaba la señorita Clara y temía que Donadei, en la misteriosa sombra del confesonario, hubiese ya logrado turbar el corazón de la joven. Quería saber, antes de herir al cura, si tal vez perjudicaría á la víctima. Por nada en el mundo habríase arriesgado á provocar un escándalo, que habría sin duda alguna matado al señor Martelly.

Resolvió castigar al padre de un modo original, si era él sólo quien mereciese castigo. Tomó el devocionario y se dirigió al cuarto de la señorita Clara, temblando de sorprender en su rostro una emoción acusadora.

## XVII

**En que Sauvair se propone reír con su dinero**

señorita Clara Martelly era una joven alta y hermosa, de veintitres años, que las circunstancias habían llevado á la devoción. Debió casarse con un primo suyo, que se había desgraciadamente ahogado en Eudoume, en una partida de campo. La desesperación la aproximó á Dios, y poco á poco había gozado tales dulzuras frecuentando las iglesias, que su dolor se había adormecido.

No era absolutamente su alma devota, era un alma dulce y contemplativa, que la religión había consolado y que mostrábase á ella agradecida. Tal vez algún día fuera posible que volviese á las alegrías del mundo; mientras tanto vivía casi como reclusa, serena, disfrutando de placeres tranquilos. Su hermano, librepensador y republicano, le dejaba practicar á su manera: empleaba su autoridad de jefe de familia únicamente en velar por sus intereses y asegurarla una posición independiente.

Mario la encontró en una sala donde habitualmente trabajaba, haciendo ropitas para niños, que solía regalar á mujeres pobres. La joven conocía á Mario y le trataba afectuosamente, como á un amigo de la familia. Con frecuencia Martelly le había llevado á una finca que poseía por el lado de Estaque, y allí mismo Mario y Clara habían llegado á ser buenos amigos.

La bella devota, viendo entrar al empleado, se levantó ofreciéndole la mano,

—¿Sois vos, Mario?—dijo ategrementé.—Estáis curado: el cielo ha oído mis plegarias.

El joven conmovióse ante tan amistoso acogimiento. Miró á Clara y la expresión virginal de sus ojos dispó todas sus dudas.

—Os doy las más rendidas gracias,—respondió,—pero vengo también para devolveros un devocionario que, según parece, habéis olvidado ayer en la iglesia de San Víctor.

—Es cierto,—dijo la joven;—iba á enviar á buscarlo. ¿Y cómo fué á parar á vuestras manos?

—Un macero acaba de traerlo, de parte del padre Donadei.

Clara tomó tranquilamente el libro y lo puso encima de un mueble, sin mostrar emoción alguna. Luego se sentó y dijo:

—A propósito de sacerdotes, vos conocéis, creo, al señor Chastanier.

—Sí,—respondió Mario sorprendido.

—Es un hombre excelente, ¿no es cierto?

—Un noble corazón, un espíritu profundamente piadoso y honrado.

—Mi hermano me hizo de él un gran elogio; pero sabéis que, en achaques de religión, no tengo en mi hermano ilimitada confianza. Con vos es diferente; comprendo que el padre Chastanier es un santo, y desde mañana será mi director espiritual.

—¿Dejáis al padre Donadei?

—Sí le dejo. Es muy joven y tiene un espíritu novelesco... luego he sabido ciertas cosas muy feas.

Clara seguía tranquilamente su labor, y Mario se retiró, convencido de que castigando á Donadei, no perjudicaba á nadie más.

Había guardado la cartita de marras, que habría podido enseñar al señor obispo, pero no lo hizo así: más le agradaba mofarse en persona del padre, que le había cruelmente engañado cuando trató de recomendar á Felipe á su benevolencia. Su plan estaba formado, pero para realizarle necesitaba la ayuda de Sauvaire.

No volvió al despacho después del almuerzo, y fué á buscar al maestro en todos los cafés. Como no le encon-

tró decidióse á preguntar á Cadet donde se escondía su patrón.

—No se esconde, ni acostumbra á hacerlo,—dijo riendo Cadet.—Debe estar en un restaurant de la «Réserve», y apuesto que hace lo posible para que lo vea todo Marsella.

Mario tomó un pequeño bote de paseo, y al llegar á la proximidad de la orilla ya se oían las carcajadas de Sauvaire, sentado á la mesa, en el terrado de un restaurant. Aunque no se le viera, Sauvaire nada omitía para ser oído.

Mario, pues, le encontró en seguida. Allí estaba el maestro con Clairon é Isnarda, sus inseparables compañeras; figurábase parecer más rico arrastrando á dos mujeres consigo. Entonces estaba algo animado por el alcohol, aunque no estuviese del todo borracho.

Vió á Mario y gritó:

—¡Adelante, adelante! Volveremos á empezar el almuerzo. Aquí se está muy bien... es caro, pero todo es bueno y elegante... ¿Qué queréis comer?

—Ya he almorzado hace rato,—respondió el joven— y ahora ya son las tres.

—No importa: siempre se puede comer... Clairon, hija mía, te emborracharás si sigues bebiendo champagne.

Ya no habla que temer: era cosa hecha.

Prosiguió Sauvaire:

—Son muy divertidas estas muchachas: he gastado con ellas un caudal, pero no lo siento.

Mario le dijo en voz baja:

—¿Queréis divertirlos mañana por la noche?

—Ya lo creo.

—Gastaréis algunos lises.

—¡Diablo!... ¿y será eso muy divertido?

—Mucho. Gastaréis bien el dinero.

—Aceptado pues.

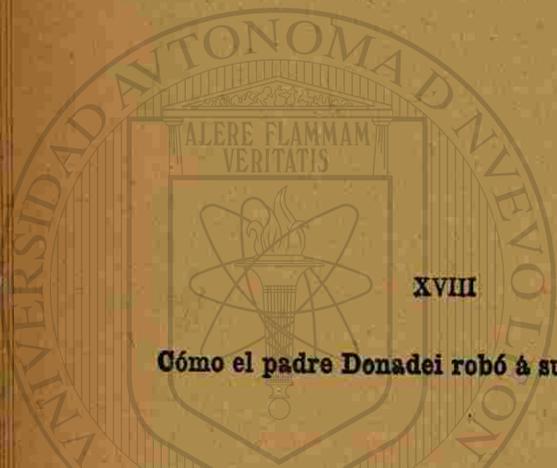
—Toda Marsella conocerá el lance, y hablarán de vos una semana entera.

—Aceptado, aceptado.

—¡Bueno! Escuchad.

Y le habló al oído, explicando el plan. Un momento después, el maestro se echó á reír tan ruidosamente, que parecía ahogarse. Encontraba muy chistosa la broma.

—Convenido,—dijo cuando Mario hubo concluido su explicación.—Mañana por la noche estaré con Clairon en el baluarte de la Cordelería, á las diez. ¡Será gracioso el sainete!



### Cómo el padre Donadei robó á su alma gemela

Donadei habíase dejado dominar por uno de esos violentos deseos, que se manifiestan á veces en las naturalezas astutas y recelosas. El, tan hábil y prudente como era, acababa de cometer una torpeza. Tuvo conciencia de ello cuando el macero se hubo ya marchado, llevándose el devocionario y la carta amorosa. Desde entonces, vióse obligado á admitir todas las consecuencias de su audacia. Clara le había despertado apetitos, que quería satisfacer, costase lo que costase. Estaba muy por encima de los sagrados deberes de su carácter: pero desde otro punto de vista miraba las cosas humanas. Había tomado parte en tráficos más ó menos honrosos, y no vacilaba en cometer una seducción. Esto para él era lo de menos, lo que le preocupaban eran las consecuencias de la seducción.

Hacía dos meses que había tratado de atraer á su casa á la joven. Luego, cuando ella iba, muy inocentemente, á satisfacer su deseo, había renunciado á tal medio, comprendiendo que semejante intriga no podía llevarse á cabo en el centro de Marsella. Así, poco á poco, llegó á que-

rer arriesgarlo todo, como atrevido jugador; aumentaba su pasión, que no le dejaba sosegar, consentía en cambiar su posición influyente por el libre y entero culto de una mujer; prefería robar á Clara y huir con ella á Italia.

Demasiado astuto ó inteligente era Donadei para no reservarse la retirada. Si la joven hubiese acabado por estorbarlo, la habría arrojado á un convento, recobrando la gracia del cardenal su tío. Todo bien calculado y examinado, un rapto le pareció lo más cómodo, el mejor medio, y el que menos peligros ofrecía.

Una sola cosa temía: que Clara no acudiese á la cita, que rehusara fugarse con él. Entonces la carita era un arma terrible: no tenía á la mujer y podía perder su posición. Pero cegábale el deseo, no veía el tranquilo candor de su hija de confesión, tomaba la adoración que á Dios dirigía por muchas confesiones de amor.

Sin embargo, no le faltaban temores, arrepentíase de haber adelantado hasta el punto que era imposible retroceder. Despertábase su prudencia, su cobardía. Esperó impaciente la vuelta del macero.

—¿Qué hay?—preguntó.

—He entregado el libro.

—¿A la señorita?

—A la señorita.

El macero respondió así sin vacilar. Por el camino sintió haber dado el devocionario á Mario, comprendió que no había cumplido como debía y, para no perder el favor del cura, resolvió mentir.

Esto tranquilizó algún tanto á Donadei. Pensaba que, si la lectura de la carta acaso enojara á la joven, la quemaría. Una simple casualidad, un olvido, había apresurado un desenlace que buscaba desde mucho tiempo. Ahora no quedaba otra cosa que esperar.

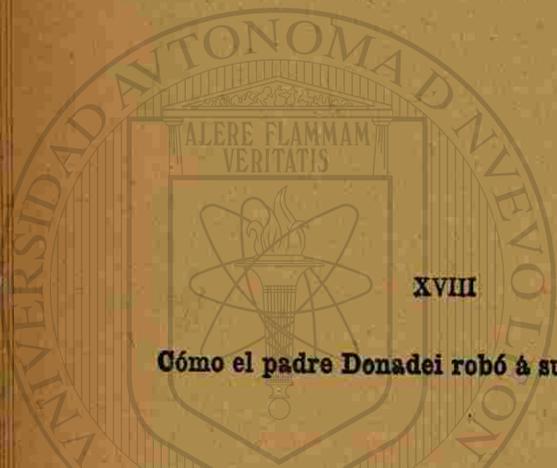
La mañana siguiente, recibió la visita de una dama tapada, cuyo rostro no pudo distinguir. La dama le entregó una carta, en la que no había más que tres palabras: «Sí, esta noche». Donadei enloqueció de alegría é hizo los preparativos del viaje. La dama era Clairon.

Cuando fué á reunirse con el maestro, dijo:

—Es guapo ese cura.

—Mejor—replicó Sauvaire.—Pero no hagas locuras, hija mía; piensa que vas á ganar el paraíso.

—Convenido,—dijo cuando Mario hubo concluido su explicación.—Mañana por la noche estaré con Clairon en el baluarte de la Cordelería, á las diez. ¡Será gracioso el sainete!



### Cómo el padre Donadei robó á su alma gemela

Donadei habíase dejado dominar por uno de esos violentos deseos, que se manifiestan á veces en las naturalezas astutas y recelosas. El, tan hábil y prudente como era, acababa de cometer una torpeza. Tuvo conciencia de ello cuando el macero se hubo ya marchado, llevándose el devocionario y la carta amorosa. Desde entonces, vióse obligado á admitir todas las consecuencias de su audacia. Clara le había despertado apetitos, que quería satisfacer, costase lo que costase. Estaba muy por encima de los sagrados deberes de su carácter: pero desde otro punto de vista miraba las cosas humanas. Había tomado parte en tráficos más ó menos honrosos, y no vacilaba en cometer una seducción. Esto para él era lo de menos, lo que le preocupaban eran las consecuencias de la seducción.

Hacia dos meses que había tratado de atraer á su casa á la joven. Luego, cuando ella iba, muy inocentemente, á satisfacer su deseo, había renunciado á tal medio, comprendiendo que semejante intriga no podía llevarse á cabo en el centro de Marsella. Así, poco á poco, llegó á que-

rer arriesgarlo todo, como atrevido jugador; aumentaba su pasión, que no le dejaba sosegar, consentía en cambiar su posición influyente por el libre y entero culto de una mujer; prefería robar á Clara y huir con ella á Italia.

Demasiado astuto ó inteligente era Donadei para no reservarse la retirada. Si la joven hubiese acabado por estorbarlo, la habría arrojado á un convento, recobrando la gracia del cardenal su tío. Todo bien calculado y examinado, un rapto le pareció lo más cómodo, el mejor medio, y el que menos peligros ofrecía.

Una sola cosa temía: que Clara no acudiese á la cita, que rehusara fugarse con él. Entonces la carita era un arma terrible: no tenía á la mujer y podía perder su posición. Pero cegábale el deseo, no veía el tranquilo candor de su hija de confesión, tomaba la adoración que á Dios dirigía por muchas confesiones de amor.

Sin embargo, no le faltaban temores, arrepentíase de haber adelantado hasta el punto que era imposible retroceder. Despertábase su prudencia, su cobardía. Esperó impaciente la vuelta del macero.

—¿Qué hay?—preguntó.

—He entregado el libro.

—¿A la señorita?

—A la señorita.

El macero respondió así sin vacilar. Por el camino sintió haber dado el devocionario á Mario, comprendió que no había cumplido como debía y, para no perder el favor del cura, resolvió mentir.

Esto tranquilizó algún tanto á Donadei. Pensaba que, si la lectura de la carta acaso enojara á la joven, la quemaría. Una simple casualidad, un olvido, había apresurado un desenlace que buscaba desde mucho tiempo. Ahora no quedaba otra cosa que esperar.

La mañana siguiente, recibió la visita de una dama tapada, cuyo rostro no pudo distinguir. La dama le entregó una carta, en la que no había más que tres palabras: «Sí, esta noche». Donadei enloqueció de alegría é hizo los preparativos del viaje. La dama era Clairon.

Cuando fué á reunirse con el maestro, dijo:

—Es guapo ese cura.

—Mejor—replicó Sauvaire.—Pero no hagas locuras, hija mía; piensa que vas á ganar el paraíso.

A las nueve y media, Clairon y Sauvaire ya estaban en la calle del Pequeño Taller. Andaban despacio, deteniéndose á cada paso, como esperando.

Clairon, con un vestido negro, de lana estaba completamente tapada. Sauvaire estaba disfrazado de mozo de cordel.

Dijo de pronto:

—He aquí á Mario.

—¿Estáis listos? ¿sabéis vuestros papeles?—preguntó el joven.

—¡Por supuesto!—respondió Sauvaire.—Ya veréis como representaremos la comedia... ¡Buena es la broma! Tendrá para reir seis meses.

—¡A casa del cura! aquí os esperamos. ¡Prudencia! Sauvaire fué á llamar al domicilio de Donadei, el cual abrió en persona, ya vestido de viaje.

—¿Qué queréis?—preguntó el cura, viendo á un hombre.

—Aquí vengo acompañando á una señorita,—respondió el fingido mozo de cordel.

—¡Bueno! ¡que entre en seguida!

—No quiso llegar hasta la puerta.

—¡Ah!

—Me ha dicho: Diréis á ese caballero que prefiero subir desde luego al coche.

—Aguardad: tengo que llevarme alguna cosa.

—La señorita tiene miedo, está sola esperando.

—Entonces corred, decidle que si la silla está en la esquina de la calle de los Tiranos... Que suba. Allí estaré en cinco minutos.

Donadei cerró aprisa, y Sauvaire púsose á reir para sus adentros. Encontraba el lance chistosísimo.

Volvió á la calle del Pequeño Taller, donde le esperaban Clairon y Mario.

—Todo va bien,—dijo,—el cura cae en el garlito con admirable inocencia... Sé donde está la silla.

—La ví cuando llegué,—dijo Mario.

—El padre estará aquí en cinco minutos: no hay tiempo que perder.

Los tres se deslizaron á lo largo de las casas, bajaron por la calle de la Cordelería hasta llegar á la de los Tiranos. Distinguieron en la sombra, la silla de posta

enganchada, cargada, pronta á marchar al primer chasquido del látigo. Mario y Sauvaire fueron á ocultarse en el hueco de una puerta. Clairon permaneció en la calzada, delante de ellos.

Esperando al cura, Clairon y Sauvaire bromeaban en voz baja.

—No me querrá,—decía la moza;—me soltará á la primera parada.

—¿Quién sabe?

—Es guapo. Yo me temía que fuese un viejo.

—¿Qué, te has enamorado del cura?... yo no soy celoso, pero si te marchas con él tan á gusto, tendrías que devolverme los mil francos que te dí para representar el sainete.

—¡Los mil francos! y si me deja, ¿no tendré que pagar el viaje de vuelta?

—Lo he dicho por broma, querida; nunca pido la devolución de lo que le he dado. Además, me divierto con mi dinero.

Intervino Mario. Repitió sus instrucciones á Clairon.

—Haced lo que os he recomendado,—dijo.—Haced lo posible para que no descubra el engaño hasta á algunas leguas de Marsella. No habléis, representad el papel como artista... Tan pronto como todo lo haya descubierto, obrad con franqueza, decidle que tengo su cartita en mi poder y que estoy decidido á llevarla al señor obispo si os sucediera el menor mal ó si él volviese á parecer por aquí... Aconsejadle que busque fortuna en otra parte.

—¿Podré volver en seguida á Marsella?—preguntó Clairon.

—Sí, por cierto. Lo que quiero es que se vaya de la ciudad, poniéndole en ridículo para siempre. Habría podido hacerle echar de la iglesia por sus superiores: más me agrada esta venganza.

Sauvaire reía como un loco, pensando en la escena que tendría lugar entre Donadei y Clairon.

—Querida, dile que estás casada, y que sin duda tu marido te busca por todas partes para entablar causa de adulterio... ¿Quieres que corra tras de vosotros para darle un susto atroz?

—¡Silencio!—dijo Mario.—Creo que ya viene. Vuestro

papel, Clairon. Colocáos delante de la portezuela del coche.

Sauvaire y Mario desaparecieron totalmente en su escondite. Clairon, tapada, vestida de negro, púsose en la sombra que proyectaba la silla.

Era en efecto Donadei, que llegaba jadeante. Vestía de paisano muy elegantemente.

—Querida, oh querida Clara!—dijo besando emocionado la mano de Clairon,—¡cuán buena habéis sido!

—Clara, Clairon, casi es lo mismo,—murmuró Sauvaire. —Dios os ha aconsejado,—segua el cura, empujando suavemente á la moza hacia el coche.

Subió tras ella, diciendo:

—¡Vamos al cielo!

El postillón hizo chasquear el látigo y la silla de posta comenzó á rodar con estruendo.

Salieron Sauvaire y Mario, que no podían tenerse de risa. Mario, dijo:

—El cura se lleva la pareja digna de él.

—¡Buen viaje, padre!—exclamó Sauvaire.

Cuando hubo desaparecido la silla de posta, el maestro y el joven empleado bajaron lentamente por la calle de la Cordelería, departiendo alegremente. Sauvaire, dijo:

—Aquí para entre nosotros: Clairon es fea; lo menos tiene cuarenta años.

Tenía prisa para llegar á la Cannebière y contárselo todo á sus amigos. Mario, más serio, pensaba que el cura no merecía otra cosa.

A las doce, todos sabían en Marsella que el padre Donadei acababa de robar, en una silla de posta, á Clairon, ramera que, hacia quince años, arrastrábase por todas las orgías de la ciudad.

Repetían con fruición la frase del cura al subir al coche:

¡Vamos al cielo! Sabían que había besado la mano de la muchacha.

Tampoco Sauvaire, sin embargo, conocía los hechos en su origen, y comprendiendo que sería más sabroso el sainete si el padre aparecía enamorado de Clairon, vieja, arrugada, amarillenta, gastada, sin vergüenza, y de todos conocida. El asombro fué general, atroz el ridículo.

Sauvaire había sido el último amante de Clairon; á él, pues, se la había robado Donadei. Todo el día siguiente á

la noche del rapto, paseábase Sauvaire por la Cannebière, recibiendo con cómica gravedad los pésames de sus amigos. No le pesaba haber gastado mil francos por tal divertimento.

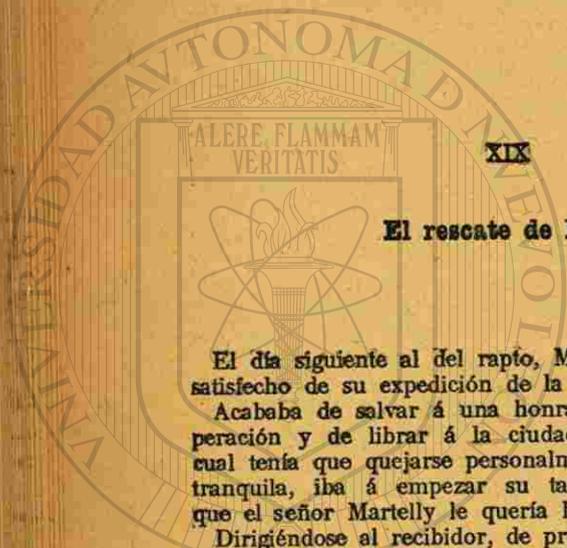
El escándalo espantoso fué cuando, dos días después, vieron volver á Clairon. Sauvaire le compró un traje de seda y la hizo pasear una semana entera por Marsella, en coche abierto. Todos los miraban al pasar, acudían las mujeres á la puerta de su casa para verlos.

Había ido la muchacha hasta Tolón. Donadei no tardó en ver á la mujer que robaba; habíale acometido una rabia terrible y había querido arrojar á la ramera al camino, á la una de la madrugada, lejos de toda habitación.

Pero Clairon no se turbaba fácilmente. Había hablado muy alto amenazando al cura, empleando las armas que Mario poseía. Donadei, temblando de cólera, obligado á obedecer, había debido llevarse á su compañera á Tolón, donde se separaron, ella para volver á Marsella, el cura en dirección á la frontera.

Sauvaire, tanto hizo pasear á su querida y levantó tal polvareda, que se alarmó la autoridad y por influencias del señor obispo, enviaron á Clairon á ejercitar el poder de sus atractivos á otra parte.

Desde entonces el maestro, en sus momentos de desahogo, es decir, diez ó doce veces cada día, iba diciendo á los que querían escucharle: ¡Si supiérais qué preciosa mujer he tenido por querida!... ¡los curas me la han quitado!



### El rescate de Felipe

El día siguiente al del rapto, Mario fué á su despacho satisfecho de su expedición de la víspera.

Acababa de salvar á una honrada familia de la desesperación y de librar á la ciudad de un intrigante, del cual tenía que quejarse personalmente. Con la conciencia tranquila, iba á empezar su tarea, cuando le dijeron que el señor Martelly le quería hablar.

Dirigiéndose al recibidor, de pronto decidióse á pedir á su patrón el rescate de Felipe. Tal decisión le hizo temblar. Sentía que nunca daría tal paso sino en una especie de arrebató. Ya que iba á ver al señor Martelly, era inútil esperar más, mejor era arriesgarse en seguida.

Encontró en el recibidor al señor Martelly y al padre Chastaneir. El armador, estaba pálido, la cólera pintábase en sus ojos.

Dirigióse apresuradamente al empleado, y le dijo:

—Sois un muchacho valiente y honrado, y no he querido obrar, en una grave circunstancia, sin pedir vuestro consejo.

Chastaneir parecía avergonzado y triste.

Martelly dijo á Mario, indicándole al sacerdote:

—Acabo de saber por el señor una innoble tentativa que me saca de mis casillas.

—Calmáos, por favor, — interrumpió el cura, — no me

hagáis arrepentir de haber cumplido con mi deber de hombre honrado avisándoos... Espero haberme alarmado sin razón.

—No estaríais aquí, señor, si vuestras sospechas fuesen infundadas. Os agradezco el paso que habéis dado, comprendo los sentimientos de dignidad que os han traído á mi casa, y concibo también el último esfuerzo que hacéis para defender al infame...

Volvióse el armador á Mario, y prosiguió con tono áspero:

—Figuráos que en este momento un cura trata de deshonrarme... El señor acaba de aconsejarme que vigile á Clara. Me dijo con mil reticencias que el cura Donadei ejercita sobre ella un poder peligroso y que temía... ¡Ay! si el canalla empañó la pureza de la niña, le mataré como á un perro.

Chastaneir bajó la cabeza. No se arrepentía por lo que había hecho: era un deber; pero quedaba anonadado ante la explosión de la cólera del señor Martelly. Fué calmándose poco á poco el armador. Después de un breve rato de silencio, continuó:

—Antes de obrar quise consultar á un hombre sereno y cuerdo y os he llamado, Mario... En el primer momento, tuve ganas de ir á casa del tal cura y abofetearle. Tal vez puédesse hacer algo mejor. Vamos á ver: ¿qué haríais en mi lugar?

—Haría lo que ya he hecho,—respondió Mario sonriendo, y refirió el rapto de Clairon.

Desde las primeras palabras, hablando el joven de la conversación que había tenido con Clara á propósito del devocionario, Martelly le estrechó la mano con transporte. La certeza de que su hermana había atravesado el peligro sin conocerlo siquiera, le llenó de alegría. Regocijóse con el lance de Clairon, y el mismo Chastaneir no pudo reprimir una sonrisa.

—Mi agradecimiento es inmenso y ansío probároslo de alguna manera.

Llevó á Mario aparte y le miró fijamente como para alentarle.

—¿No tenéis algún secreto que confiarme?—le preguntó en voz baja.

Mario se turbó.

—Sois un niño,—continuó Martelly,—pero Josefina me lo ha dicho todo. Esperad: voy á firmar un talón de quince mil francos, que podéis cobrar en seguida en la caja.

Mario, al oír aquellas palabras, quedó como atontado. Palideció, las lágrimas se le saltaron de los ojos.

¡Cómo! sin que lo pidiera, le ofrecían la cantidad que con tanto afán buscaba, la cantidad que era su continua pesadilla: creía soñar.

Escribiendo el talón, Martelly levantó la cabeza y preguntó:

—¿Es eso? ¿son quince mil francos los que necesitáis?

Mario salió de su estupor, juntó las manos y dijo con voz temblorosa:

—¿Cómo sabéis mis secretos pensamientos? ¿Qué he hecho yo para merecer tamaño beneficio?

—No os diré: Me lo ha dicho el dedo meñique... pero, la verdad, he recibido la visita de una hada. Ya os he dicho que la señorita Josefina vino á verme.

El joven lo comprendió todo y en su corazón agradeció ardientemente al buen ángel, no tan sólo por haberle salvado la vida, sino también por haber trabajado para devolverle la tranquilidad.

No sabía si echarse á los pies de Martelly ó correr á echarse á los de Josefina.

—Pero,—exclamó Mario,—no sé cuando podré reembolsaros tan crecida cantidad.

—No corre prisa,—respondió el armador.—Me habéis prestado grandes servicios, tal vez acabáis de salvarme el honor. Entre nosotros no debe tener lugar la fea palabra de deuda y esto no impide que mi agradecimiento no tenga límites. En esta ocasión los quince mil francos son una prima, una parte que os debo en los beneficios realizados con vuestro concurso.

—¿Sabéis en qué emplearé este dinero?—preguntó Mario.

—Tal vez lo sepa, pero sois enteramente dueño de emplearlo como os parezca conveniente.

Chastanier intervino, y dijo:

—No rehuséis, amigo. Yo conozco vuestros proyectos y afirmo que son loables.

—Aquí está,—dijo el armador:—os aconsejo cobrar en seguida.

El joven, después de haberle dado las más calurosas gracias, iba á retirarse, cuando Martelly le dijo:

—Todavía no estáis muy bueno: descansad una semana. Trabajaréis después mejor.

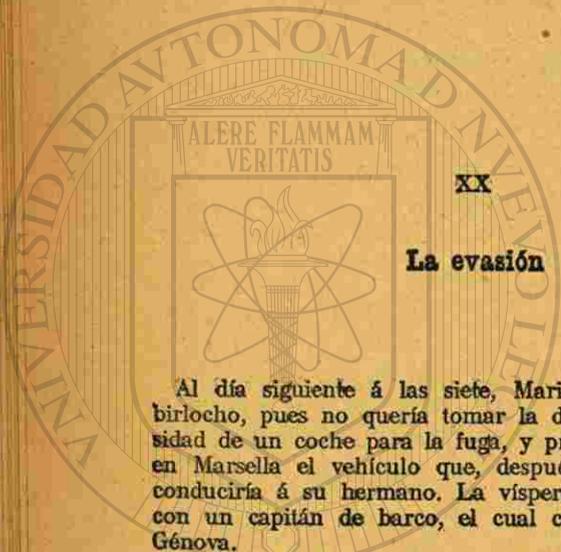
Quería darle el tiempo de partir á Aix. Mario lo adivinó, corrió á la caja. Con los quince mil francos en el bolsillo, bajó rápidamente la escalera, y después echó á correr como un loco. Iba á casa de Josefina.

La ramilitera estaba en su cuartito de la plaza de los Huevos. Mario entró riendo y bailando: abrazó á la joven sin miramiento alguno. Luego depositó en la mesa los quince billetes de banco. Josefina, asombrada, casi asustada por la manera extraña, como se había presentado el joven, se echó á reír y comenzó á palmotear.

Entonces tuvo lugar entre los dos amantes una encantadora escena de ternura, agradecimiento y efusión. Mario gritaba que era un imbécil y que sólo ella lo había salvado todo. La besaba las manos, se ponía de rodillas, mirándola enternecido. Josefina, ruborizándose, se defendía calurosamente, queriendo probar que no merecía si quiera que le diesen las gracias.

Durante casi seis meses, habíanse entregado ambos á una tarea penosa, en vano habían llamado á todas las puertas. Ahora el rescate de Felipe estaba conseguido: olvidaban sus miserias y sus terrores, las vergüenzas y las villanías con que habían tropezado. En su corazón no había ahora más que dicha y gozo sin nubes.

Antes de separarse fijaron para la mañana siguiente su viaje á Aix.



### La evasión

Al día siguiente á las siete, Mario fué á alquilar un birlocho, pues no quería tomar la diligencia. Tenía necesidad de un coche para la fuga, y prefería proporcionarse en Marsella el vehículo que, después de llevarle á Aix, conduciría á su hermano. La víspera se había entendido con un capitán de barco, el cual conduciría á Felipe á Génova.

Mario y Josefina partieron á las nueve. El joven guiaba, siendo aquello una verdadera fiesta para los dos amantes. A la subida de la Viste, se apearon y corrieron por la carretera como niños, dejando al caballo andar libremente. Almorzaron en Septèmes, en un cuartito de posada, y á los postres formaron mil proyectos para el porvenir. Como Felipe iba á ser libre, podían pensar en su matrimonio. Se enternecían; veían llegar la hora en que se amarían en paz.

No menos alegre fué el resto del viaje. Hacia las doce, pasaron por delante de la finca de Albertas, deteniéndose nuevamente para dejar descansar el caballo, y al mismo tiempo descansar ellos debajo de los árboles, á la derecha del camino. Entraron en Aix á las tres, pero era demasiado temprano: para no despertar sospechas, querían ir á la cárcel al anochecer. El joven dejó el birlocho al cuidado

de su compañera; en una calle desierta, yendo después á llamar á la puerta de su pariente Ismard. Este hizo colocar el coche en el almacén, prometiendo conducirlo á media noche á lo alto de la subida del Arco. Los dos jóvenes, una vez tomadas todas las precauciones, se escondieron hasta la noche. Mientras Mario volvía con Josefina á la tienda de Ismard, donde debían esperar la noche, casi tropezó con el señor Cazalis, en la esquina de una calle. Bajó la cabeza y anduvo rápidamente: el diputado no le vió, pero el joven se desesperaba por aquel encuentro; fué acometido de zozobra; temió que alguna nueva desdicha impidiera, en el último momento, el feliz éxito de su tarea.

Sin duda, el señor Cazalis estaba en Aix para apresurar su venganza, y tal vez se había salido con la suya.

Hasta la noche Mario estuvo calenturiento, ocurriéndosele las más extrañas ideas: ahora que tenía el dinero, recelaba otros obstáculos. Por fin, llegaron á la cárcel. Eran las nueve. Llamaron á la maciza puerta, un paso recio se aproximó y una voz gangosa les preguntó qué deseaban.

—Somos nosotros, tío,—dijo Josefina.—Abridnos.

—Abridnos pronto, señor Revertégat,—murmuró Mario. La voz contestó:

—El señor Revertégat no está aquí; se encuentra enfermo.

Cerróse el ventanillo; Mario y Josefina quedaron mudos y aterrados ante aquella puerta cerrada.

La primera en reanimarse fué Josefina.

—Vamos á ver á mi tío,—dijo.—Debe de estar en casa de una de sus primas, en la calle de Nevara.

—¿Para qué?—dijo Mario.—Todo está perdido.

—No, no; vamos allá.

El la siguió, descorazonado; ella andaba animada: no creía posible que fuera tan cruel la casualidad.

Revertégat estaba, efectivamente, en casa de su prima. Guardaba cama desde hacía quince días. Cuando vió entrar á los dos jóvenes, comprendió á lo que iban. Se incorporó, besó á su sobrina en la frente y dijo sonriendo.

—¿Ha llegado ya la hora?

—Fuimos á la cárcel,—dijo la joven,—y nos han dicho que estabais enfermo.

—¡Ay! ¿por qué no habéis avisado?—dijo Mario con dolor.—Nos habríamos apresurado.

—¿Cómo lo haremos ahora que no sois el carcelero?—preguntó Josefina.

Revertégat les miraba sorprendido.

—¿Por qué afligiros tanto?—dijo por fin.—Es cierto que estoy delicado; solicité una licencia, pero no por eso perdí el empleo: estaré á vuestra disposición mañana por la noche, si queréis.

Mario y Josefina sonrieron de júbilo.

—El hombre que os respondió,—continuó Revertégat,—ha sido encargado de reemplazarme durante algunos días. Mañana por la mañana volveré á ocupar mi puesto: ya puedo salir á la calle sin peligro. Además, corre prisa.

—¡Ya sabía yo que no debíamos desesperarnos!—exclamó la ramilleteira.

Mario temblaba de emoción.

—Fué acertado venir hoy á verme,—dijo el carcelero.—Supe esta mañana que el señor Cazalis está en Aix y que hace esfuerzos para apresurar el día de la exposición pública... Dicen que logró que tuviera lugar dentro de tres días. Si el señor Felipe no huye mañana por la noche, yo no podré ya serviros, pues, pasado mañana, el prisionero será trasladado á la cárcel de Marsella.

Mario se estremeció. Había llegado á tiempo. Se citaron para el día siguiente, por la noche. Después corrió á avisar á Ismard, diciéndole que la evasión estaba aplazada para el día siguiente.

Los dos jóvenes permanecieron ocultos hasta las diez de la noche: á las once se efectuaría la evasión. En seguida se dirigieron á la cárcel: Revertégat les abrió sigilosamente y les hizo entrar.

—Todo está listo,—dijo.

—¿Está prevenido mi hermano?—preguntó Mario.

—Sí... Tuve que tomar precauciones. Para atenuar mi responsabilidad, ha de parecer que el prisionero se ha fugado por la ventana.

—Bien pensado,—dijo Josefina.

—He aquí cómo. Por la tarde, entré en la celda del señor Felipe y aserré uno de los barrotes.

—¿Es preciso que mi hermano salga por la ventana?—preguntó Mario inquieto.

—Nada de eso; vamos á buscarle. Saldrá con nosotros por la puerta... Yo sacaré el barrote y ataré á la reja un pedazo de cuerda. Mañana creerán que se fugó por allí el prisionero... Yo pediré mi dimisión, es cierto, pero me evitaré grandes molestias.

Revertégat encendió un farol de ronda, y los tres fueron á la celda de Felipe. Le encontraron en pie, pronto á marchar. Mario apenas pudo reconocerle, tanto había enflaquecido y perdido el color. Se abrazaron en silencio para evitar el menor ruido. Dirigióse á la ventana el carcelero, separó el barrote y anudó la cuerda. Josefina había quedado en el pasillo para vigilar. Volvieron los cuatro por los estrechos corredores, deslizándose á lo largo de los muros, temiendo tropezar en la sombra.

Mario no había soltado la mano de Felipe. Ya cerca de la salida, echó á su hermano un gabán de marinero sobre los hombros, ocultándole la cabeza con la capucha, y quiso alejarse en seguida. Ahora, sin embargo, temía fracasar. Estremecíase al menor ruido. Mucho le costó á Revertégat hacerle soportar con paciencia una espera de diez minutos, pues temía que el ruido de sus pasos hubiese dado el alarmá, y no quería abrir sino con entera seguridad. En la cárcel reinaba el más profundo silencio. Entonces se decidió á descorrer los cerrojos.

Los dos hermanos salieron apresuradamente, dirigiendo sus pasos á la plaza de los Predicadores. Josefina quedóse atrás un momento, para entregar el dinero á su tío. Reunióse con sus compañeros en el instante en que entraban en la callejuela de San Juan.

Tomaron luego el boulevard, andando entre la sombra de los árboles. Quedábales un solo temor: era preciso salir de la ciudad, cuyas puertas estaban custodiadas por guardas encargados de abrir á los que llegaban tarde, y temían ser descubiertos y detenidos.

Andando, miraban recelosos á su alrededor, desconfiando de los pocos transeúntes que á su paso encontraban.

Cerca de la calle de las Carmelitas, notaron que un hombre seguía sus pasos.

Les alcanzó, y dió un amistoso golpecito en el hombro de Mario.

—No me equivoco, sois vos, mi joven amigo. ¿Qué diablo hacéis á estas horas en el Cours?

Mario, acometido por una sorda cólera, ya cerraba los puños, cuando reconoció la voz del señor Girousse.

—Me estoy paseando...—respondió con acento inseguro.

—¡Vamos! os paseáis...

Miró á Josefina, pero más se fijó en Felipe, envuelto en el gabán.

—Yo conozco á ese,—murmuró.

Y añadió:

—¿Queréis que os acompañe? Parece que deseáis salir de Aix, y las puertas no se abren para todos. Yo conozco á un guarda. Vamos.

Mario aceptó agradecido. El señor Girousse hizo abrir la puerta sin dificultad. No dirigió ni una palabra á los jóvenes. Cuando estuvieron en la plaza de la Rotonda, estrechó la mano de Mario.

—Volveré á entrar por la puerta de Orbitelle,—dijo.— ¡Buen viaje!

Y murmuró para sus adentros:

—Mañana será cosa de ver la cara que pondrá Cazalis.

Mario miró con emoción alejarse aquel hombre generoso, que ocultaba su bondadoso corazón bajo formas ásperas y desabridas.

Ismard esperaba á los fugitivos en el birlocho. Felipe quiso conducirlo, para que le diese de lleno el aire de la noche. Sentía un goce particular experimentando el movimiento del ligero vehículo entre la sombra. La rápida carrera le hacía disfrutar mejor las delicias de su libertad.

Llegaron después las efusiones, las confidencias. Josefina y Mario confesaron su amor á Felipe, y cuando hablaron de su próximo enlace, entristeciése éste, pensando en Blanca.

Mario lo adivinó; le dió noticias de Blanca, y prometió velar por ella durante su ausencia. Iba, además, á ocuparse activamente en alcanzar su gracia. Ni él, ni Josefina, dejarían de pensar en el desterrado.

Al día siguiente, Felipe, apoyado en la banda del barco que le conducía á Génova, tenía fijos los ojos en la costa de San Enrique. Más allá de las azules olas, veíase como una mancha gris: era la casa donde la desgraciada Blanca lloraba su triste suerte.

## TERCERA PARTE

### I

#### El complot

Cerca de dos meses después de la evasión de Felipe, en una tranquila tarde de Febrero, Blanca se paseaba lentamente. Iba á anochecer. El mar estaba apenas agitado por el viento de la noche ya próxima. Lo templado de la vecina primavera percibiase en el aire límpido.

Bajo el cielo azul del mediodía hay tardes de invierno casi tan calurosas como las de verano.

Andaba la joven á lo largo del acantilado, mirando cómo la noche crecía, tñiendo las aguas de azul casi negro, cuyos quejidos iban dulcificándose.

Estaba muy cambiada. Apenas tenía diecisiete años, y la terrible fatalidad la doblegaba, la hacía palidecer como una difunta. El vigor, la vida ligera y descuidada habían desaparecido en un mar de lágrimas. Aproximábase la época en la cual iba á ser madre, y andaba débil, vacilando, oprimida por su desesperación más que por el peso del niño.

A algunos pasos de distancia, la seguía una mujer seca y tiesa, como un guardián sigue á un galeote. No la perdía de vista, vigilaba todos sus movimientos. Aquella mujer era una nueva aya, que el señor Cazalis había dado á su sobrina hacía pocas semanas. El diputado estaba entonces en Marsella, á donde había acudido al saber que se aproxi-

—No me equivoco, sois vos, mi joven amigo. ¿Qué diablo hacéis á estas horas en el Cours?

Mario, acometido por una sorda cólera, ya cerraba los puños, cuando reconoció la voz del señor Girousse.

—Me estoy paseando...—respondió con acento inseguro.

—¡Vamos! os paseáis...

Miró á Josefina, pero más se fijó en Felipe, envuelto en el gabán.

—Yo conozco á ese,—murmuró.

Y añadió:

—¿Queréis que os acompañe? Parece que deseáis salir de Aix, y las puertas no se abren para todos. Yo conozco á un guarda. Vamos.

Mario aceptó agradecido. El señor Girousse hizo abrir la puerta sin dificultad. No dirigió ni una palabra á los jóvenes. Cuando estuvieron en la plaza de la Rotonda, estrechó la mano de Mario.

—Volveré á entrar por la puerta de Orbitelle,—dijo.— ¡Buen viaje!

Y murmuró para sus adentros:

—Mañana será cosa de ver la cara que pondrá Cazalis.

Mario miró con emoción alejarse aquel hombre generoso, que ocultaba su bondadoso corazón bajo formas ásperas y desabridas.

Ismard esperaba á los fugitivos en el birlocho. Felipe quiso conducirlo, para que le diese de lleno el aire de la noche. Sentía un goce particular experimentando el movimiento del ligero vehículo entre la sombra. La rápida carrera le hacía disfrutar mejor las delicias de su libertad.

Llegaron después las efusiones, las confidencias. Josefina y Mario confesaron su amor á Felipe, y cuando hablaron de su próximo enlace, entristeciése éste, pensando en Blanca.

Mario lo adivinó; le dió noticias de Blanca, y prometió velar por ella durante su ausencia. Iba, además, á ocuparse activamente en alcanzar su gracia. Ni él, ni Josefina, dejarían de pensar en el desterrado.

Al día siguiente, Felipe, apoyado en la banda del barco que le conducía á Génova, tenía fijos los ojos en la costa de San Enrique. Más allá de las azules olas, veíase como una mancha gris: era la casa donde la desgraciada Blanca lloraba su triste suerte.

## TERCERA PARTE

### I

#### El complot

Cerca de dos meses después de la evasión de Felipe, en una tranquila tarde de Febrero, Blanca se paseaba lentamente. Iba á anochecer. El mar estaba apenas agitado por el viento de la noche ya próxima. Lo templado de la vecina primavera percibiase en el aire límpido.

Bajo el cielo azul del mediodía hay tardes de invierno casi tan calurosas como las de verano.

Andaba la joven á lo largo del acantilado, mirando cómo la noche crecía, tñiendo las aguas de azul casi negro, cuyos quejidos iban dulcificándose.

Estaba muy cambiada. Apenas tenía diecisiete años, y la terrible fatalidad la doblegaba, la hacía palidecer como una difunta. El vigor, la vida ligera y descuidada habían desaparecido en un mar de lágrimas. Aproximábase la época en la cual iba á ser madre, y andaba débil, vacilando, oprimida por su desesperación más que por el peso del niño.

A algunos pasos de distancia, la seguía una mujer seca y tiesa, como un guardián sigue á un galeote. No la perdía de vista, vigilaba todos sus movimientos. Aquella mujer era una nueva aya, que el señor Cazalis había dado á su sobrina hacía pocas semanas. El diputado estaba entonces en Marsella, á donde había acudido al saber que se aproxi-

maba el alumbramiento. Quería encontrarse allí para vigilar. Irritábase aquel bastardo, que iba á entrar en su familia. Ya había echado sus cálculos, deseaba tan sólo ejecutar el plan formado desde mucho tiempo.

Lograda una licencia, cuando pudo ir secretamente á la casita de San Enrique, juzgó que su sobrina no estaba bastante segura. Si quería realizar sus proyectos, era preciso que fuese enclaustrada. El aya primera que había elegido, le pareció demasiado débil, harto complaciente. Llegó á saber que una joven iba casi todos los días á conversar con Blanca, y esto le inspiró gran temor. Entonces confió la vigilancia de la casita á una carcelera, que á nadie dejaría entrar y le daría cuenta fiel de los más nimios incidentes.

La señora Lambert, el guarda femenino, era muy á propósito para tal papel. Solterona, devota sin caridad, tenía la rudeza de los corazones mezquinos, la sorda maldad de los que nunca amaron. Sabía que Blanca había cometido una falta de amor, y esto la volvía cruel, implacable, pues los hombres todos la despreciaban. Cumplió con todo rigor el mandato del señor Cazalis, vigiló á la prisionera con astucia diabólica, produjo en su derredor una completa soledad, despidiendo á los que se le aproximaban.

La ramilleteira, por supuesto, tuvo que renunciar á sus visitas.

Una sola persona era admitida, el padre Chastanier, pero la carcelera arreglábase de modo que oía todo lo que el sacerdote decía á Blanca.

Aquella noche, logró la joven la gracia de dar un corto paseo á la orilla del mar. Su alumbramiento estaba próximo y le producía mareos y vahidos que calmaban el aire libre.

De pronto, cuando iban á volver, vieron en el estrecho sendero una silueta negra, que hacia ellas venía.

La señora Lambert sintió un miedo atroz, pero no tardó en reconocer al padre Chastanier.

—Vamos pronto adentro,—dijo la carcelera.—Mejor estaréis para hablar en el recibidor. El aire ya empieza á refrescar demasiado.

—Aquí estamos bien,—murmuró Blanca.—Unos momentos más.

Y dió un leve codazo al padre para que apoyara su deseo.

—Es cierto,—dijo él,—la noche es muy templada,

Tomó el brazo de la joven y añadió:

—Pasaremos un rato como dos amantes... Señora Lambert, si teméis resfriaros, podéis entrar en la casa... pronto iremos también nosotros.

La carcelera no chistó, pero continuó vigilando á su prisionera: veinte resfriados habría sufrido antes que perderla de vista un instante. Lo que la molestaba mucho era el ruido de las olas, que le impedía oír lo que decían Blanca y el cura. La primera decía:

—Cuántas gracias os debo por haberme facilitado este instante, en que me es dable hablaros con libertad. Mi encarcelamiento se va estrechando más y más.

—Esperad, hija mía,—respondió Chastanier,—pronto estaréis libre y podréis obrar según vuestra conciencia y vuestro corazón.

—En mí no pienso, he renunciado á todas las alegrías, tiemblo sólo por la criatura que voy á tener muy en breve.

—¿Y qué podéis temer?

—¿Qué se yo? Algo debe de maquinárseme para esclavizarme así.

—Exageráis tal vez.

—No: sabéis que digo la verdad. No me engaño: una desgracia amenaza á mi hijo. ¿Queréis ayudarme á salvarle?

—Calmáos. Ya sabéis que os soy enteramente adicto.

—Para mí ya nada me importa, pero quiero que mi hijo sea feliz.

—¿Qué puedo hacer yo?

La señora Lambert habíase poco á poco aproximado. Blanca oyó sus pasos y dijo en voz sumamente baja:

—Rogad á Josefina que venga aquí mañana á las seis y pase á mi lado sin que la pueda reconocer la señora Lambert.

Al día siguiente, Blanca y su guardiana paseaban á lo largo del acantilado, á la puesta del sol. Durante la mañana y por la tarde, la joven se había quejado de fuertes dolores de cabeza, estando encerrada en su habitación.

Más tarde, fingió vahidos y mareos, con el objeto de salir á tomar el aire en la costa.

La señora Lambert, desconfiada, estaba cerca de ella, proponiéndose no ser víctima de la jugarreta de la vispera. Blanca, de vez en cuando, miraba ansiosa el camino de Marsella.

Al anoecer, vió desde lejos, en ese camino, á una mujer envuelta en un mantón provenzal, cuyo rostro ocultaba un ancho pañuelo de indiana. Por su andar vivo y ligero, adivinó que era la persona que esperaba.

Adelantábase rápidamente la mujer. Al pasar, tropezó con Blanca, la cual, le entregó una carta, murmurando:

—Os suplico cumplir.

El dulce rostro de Josefina apareció un instante bajo el pañuelo con sonrisa consoladora, llena de promesas de desprendimiento. Después, alejóse la ramillettera con su paso ligero, como había venido.

La señora Lambert nada había visto, nada había comprendido.

## II

## El plan del señor Cazalis

Como decía Blanca, si su tío no hubiese tenido algún proyecto, no la habría enclaustrado de aquella manera.

El deseo de ocultar el embarazo de la joven, no justificaba el exceso de precauciones tomadas por el señor Cazalis para aislarla y tenerla completamente en su poder. El papel odioso de la señora Lambert, la actitud grave y severa del diputado, la vida solitaria que le hacía llevar, todo decía á la desgraciada que tramábase en la sombra algún cruel acontecimiento que la amenazaba. El instinto materno la prevenía que ella no debía ser la víctima, sino la criatura, que aún llevaba en las entrañas. Esperaban, sin duda, que el pobre pequeño viera la luz, y entonces pasaría algo terrible, que no podía preveer, pero cuyo pensamiento la hacía temblar.

Exagerados eran los temores de Blanca: la soledad en que vivía exaltaba sus ideas y levantaba en su imaginación visiones horribles. Cazalis no era hombre para comprometerse inmolando á un niño: deseaba sencillamente, que desapareciera lo más pronto posible, el heredero de Blanca. He aquí el plan que había formado y las razones que le impelían á emplear tales medios.

Blanca, á la muerte de su padre, se había encontrado en posesión de varios centenares de miles de francos. Entonces tenía diez años.

Retiróse en casa de su tío, el cual, fué nombrado tutor, y administró su hacienda. No la perjudicó mucho, pero al ver tanto oro en su poder, perdió la cabeza, desplegó gran lujo y derrochó casi enteramente lo que él mismo poseía. Cuando la fuga de su sobrina con Felipe, tuvo un miedo atroz de verse obligado á dar cuentas de la tutela, pues habría caído en la miseria si le quitaban aquel dinero de entre las manos. Hacía varios meses que pagaba todos sus gastos con las rentas de la sobrina. Mientras la tuvo en su poder, no experimentó temor alguno, pero cuando la fuga de los dos amantes, lo que más le aterró fué el pensamiento de un matrimonio entre Blanca y Felipe: conocía el carácter del muchacho, el cual, le obligaría á devolver hasta la última moneda de oro.

Hete aquí que su sobrina se encuentra embarazada. Sus cálculos fracasaban. El heredero de Blanca sería más exigente que su madre. Cazalis empleó todos sus esfuerzos para arrastrar á Felipe al poste de la infamia; habría querido poder privar á su hijo, antes que naciera, de los derechos civiles. Cuando supo que Felipe se había fugado, su inquietud se cambió en terror: era un hombre arruinado.

Tales eran los temores que le habían persuadido á encerrar á Blanca en la casita de la costa. Quería aislarla de los Cayol, encontrarse presente al nacimiento del pequeño y apoderarse de él.

Alguna vez casi sentía una satisfacción porque su sobrina había cometido una falta irremediable. Si se casaba, habría debido dar cuentas de tutela: ya no podía casarse, entraría en un convento para llorar su vergüenza. Toleraba las visitas de Chastanier porque esperaba que eso mismo le aconsejaría el viejo sacerdote.

Una vez la madre en el convento, Cazalis se encargaría del niño, lo haría criar de manera que también abrazara el estado religioso.

Conocido el plan de Cazalis, todo se comprende fácilmente.

Iba cada día con un facultativo para hacerse cargo del estado de Blanca. Cuando se atrevía ésta á formular alguna tímida queja por el modo con que estaba encerrada, el tío se arrebatada, hablaba del honor de la familia, la hacía ruborizar gritando que debía sepultarse en una tumba para ocultar á todos su deshonra. Deseaba concluir, tenía

prisa de volver á París á donde lo llamaban los trabajos de la Cámara, que estaba en plena sesión, pero no quería alejarse hasta haber entregado en manos seguras al recién nacido.

Cada día, la señora Lambert le daba cuenta exacta de lo que había pasado durante su ausencia. El preguntaba sobre todo si no había visto á nadie rondar en derredor de la casa.

El aya asegurábale que no, y empezaba á creer que no le disputarían el niño.

Gran alegría experimentó cuando una mañana le anunciaron que su sobrina, daría á luz en aquella misma noche.

Blanca oyó tales palabras, aunque fueron pronunciadas en voz muy baja. Al salir su tío y el médico de la habitación, arrastróse hasta llegar á la ventana, y entonces sueltó al postigo un trapo blanco.

### III En que se ven los efectos producidos por un trapó blanco

Es preciso, para la inteligencia de los acontecimientos que iban á sucederse describir en pocas palabras la casita de la costa. Ofrecía una singularidad de construcción bastante extraña; tenía dos puertas una en la fachada principal, que llevaba á pie llano á las habitaciones del piso superior. Apoyábase la casa en una peña, de manera que el primer piso, visto desde el interior de las tierras, parecía un cuarto bajo.

La habitación de Blanca, cuyas ventanas daban al mar, estaba en lo alto, á la izquierda de la escalera.

Contigua había otra más reducida, que servía de tocador, en la que se abría la puerta trasera. Una mohosa cerradura aseguraba la puerta, que tal vez no había sido abierta hacia veinte años. Perdióse la llave, por allí nadie pasaba. Cazalis, cuando compró la casa, no se ocupó de aquella salida.

Algunas semanas antes de su alumbramiento, Blanca, buscando en el suelo un alfiler que se le había caído, encontró en una rendija, entre el entarimado y la pared, una llave, que despertó su curiosidad. Lo que primero se le ocurrió, fué, que aquella llave debía ser la de la puerta cerrada desde tantos años, y no se equivocaba: la llave abrió y Blanca, empujando la puerta, pudo echar una mira

á la campiña. Ocultó su hallazgo, no habló á nadie de tal cosa, pues un misterioso instinto la avisaba que ya tenía en sus manos un medio de salvación.

El día en que debía dar á luz, después de haber atado un trapo blanco al postigo de la ventana, sacó la llave del cajón en que la había ocultado, luego volvió á acostarse y la deslizó debajo de la almohada.

Tan pronto como Cazalis supo que el alumbramiento tendría lugar aquella misma noche, resolvió establecerse en la casa y no abandonarla hasta haberse hecho cargo de la criatura. Obligó al doctor á permanecer también, hizo venir á la comadrona, envió á Marsella á buscar á una ama de cría, comprometida desde mucho tiempo; era una persona que le pertenecía, en cuya fidelidad podía descansar.

Llegó la noche. Cazalis fué á sentarse á orillas del mar, mirando las sombras, que iban y venían, á través de los cristales iluminados de la casita.

Blanca sufría mucho. Por un momento, el médico y la comadrona creyeron que iba á sucumbir. Los pesares habíanla debilitado al punto que la sacudida del parto estuvo á punto de matarla. Por fin dió á luz un hijo, y no oyó su primer vagido: desvanecida, parecía muerta. Colocaron al niño á su lado, no había llegado aún la nodriza, y la señora Lambert corrió á avisar á Cazalis que todo estaba concluído y que su sobrina iba á morir.

Llegó apresuradamente el diputado, y le supo muy mal que no estuviera allí la nodriza. Contúvose, sin embargo: no quería que notaran su ansiedad el facultativo y la comadrona. En el fondo, poco le importaban los sufrimientos de su sobrina, pero debió mostrarse afligido y cariñoso al verla en aquel estado. Preguntó al doctor si aun había peligro.

—No creo,—respondió,—y me parece que puedo retirarme. La presencia de la señora bastará.

Indicaba á la comadrona.

Llegó la nodriza, excusándose por haber tardado, y el diputado le dió sus últimas instrucciones.

Luego entró en el dormitorio para coger al niño, pero vió que Blanca había recobrado el sentido y le miraba fijamente. Sin embargo alargó la mano

Incorporóse la joven y estrechó á su hijo contra su pecho.

—¿Qué queréis?—preguntó al diputado con voz ahogada.

—Ha llegado la nodriza,—respondió.—Ya sabéis lo convenido.

Pocos días antes del alumbramiento, Cazalis le había dicho que, por el honor de la familia, era necesario alejar al hijo de Felipe desde su nacimiento. Como siempre, había consentido, pero esperaba que podría guardar al recién nacido á lo menos veinticuatro horas, y en eso fundábase su plan para salvarlo. Oyendo, pues, á Cazalis, exigir que en el acto le entregara al niño, todo lo creyó perdido.

—¡Por favor,—gritó,—dejádmelo hasta mañana!

—Me pedís un imposible,—replicó Cazalis, tratando de hablar bastante bajo para que no le oyera la comadrona.

—Mañana os lo entregaré.

—Más vale acabar en seguida. Dadle un beso y entregadle á la nodriza.

—No, se quedará conmigo me estáis matando, señor.

Intervino la comadrona, diciéndole, que en efecto, iba á matarla si persistía. La mujer lo había oído todo.

—¡Bueno!—exclamó el tío enojado.—Mañana lo entregaréis á la nodriza.

Blanca colocó al niño á su lado, feliz por la victoria alcanzada. Apoyó la cabeza en la almohada y cerró los párpados, fingiendo dormir.

Poco después, se retiraron la comadrona y la señora Lambert para ir á descansar. Un instante más permaneció Cazalis, y mirando á la criaturita, pensaba que aquel diminuto sér era su peor enemigo.

Salió por fin del dormitorio.

Sola ya, incorporóse Blanca, cogió la llave de debajo de la almohada y arrastróse vacilando, apoyándose en los muebles, hasta la puerta, que abría paso á la parte trasera de la casa. Introdujo la llave en la cerradura y abrió. Entró Josefina.

La carta que le había entregado contenía estas líneas: «Necesito vuestro desinteresado cariño. Cuando sea necesario que os llame en mi socorro, colgaré un trapo blanco al postigo de mi ventana. Os espero hacia la una de la madrugada, la noche siguiente á mi alumbramiento. Colo-

caos en la puerta falsa detrás de la casa. Me habréis salvado.»

Josefina comprendió en seguida que se trataba del hijo de Felipe. Mario le aconsejó obedecer puntualmente.

Desde el día siguiente, la ramilletera, apostó á un muchacho en la playa, á cien metros de la casita, el cual, tenía mandado avisar tan pronto como viera la señal.

Pasaron ocho días: por fin apareció el trapo, y el niño corrió en seguida á Marsella.

Por la noche, Josefina y Mario llegaron en un birlocho á San Enrique. Lo dejaron en la aldea y adelantaron á pie hacia las peñas, en cuyo centro estaba la casita. El permaneció oculto á pocos pasos de la puerta consabida y Josefina se colocó delante esperando.

Una vez abierta la puerta, Blanca cayó desmayada en sus brazos. Llevóla la ramilletera á la cama, cubriendo sus miembros ateridos. Corrió luego el cerrojo de la puerta, que daba á la escalera, para que nadie pudiera sorprenderlas.

Blanca, no tardó en volver de su desmayo. Abriendo los ojos, vió á Josefina, y la abrazó con júbilo.

Después la ramilletera vió al niño, le cogió en sus brazos y le besó con ternura.

—¿Le queréis mucho?—preguntó Blanca.

—Muchísimo, como si fuera mío.

—Escuchad. Poco tiempo tenemos. Pueden subir, sorprendernos. En pocos días, una vez restablecida, abrazaré la vida religiosa. Os dejo lo que más aprecio en el mundo. Os amo como á una hermana; ¿queréis ser la madre de este angelito?

—Yo sí: con alma y vida.

—Ocultadle bien, en un sitio ignorado por todos.

—¿Que teméis alguna asechanza contra él?

—Creo que mi tío aborrece á este inocente.

—Permitidme que os haga una pregunta: ¿es cierto que poseéis una importante hacienda, administrada por el señor Cazalis?

—Cierto, pero nunca he pensado en ello.

—Mientras vuestro hijo esté con nosotros, nada le faltará, pero no queráis privarle de su herencia, la cual, puede serle muy útil en el porvenir.

—¿Qué he de hacer?

—Antes de entrar en un convento, pedid cuentas al señor Cazalis.

—Nunca me atreveré.

—Los intereses de vuestro hijo exigen este sacrificio.

—No podré; me faltará valor.

—Ya que vos no podéis, dejad á otros este cuidado, pero guardáos muy mucho de firmar acta alguna de venta de vuestras propiedades... cuando os restablezcáis, me entregaráis los papeles necesarios para probar la identidad de vuestro hijo... Así, llegando la hora, podremos hablar muy alto.

Blanca parecía oprimida por tales cuestiones de interés. Viéndola triste, desalentada, Josefina dijo:

—Si hablo de esto, es porque hay un hombre que tiene derecho sobre este niño. Un día velará él mismo por sus intereses... Quiero darle cuenta de mi misión y medios para cumplir la suya.

Blanca rompió á sollozar.

—Decid á Felipe que siempre lo amé,—dijo,—que por su amor voy á encerrarme en un convento, joven como soy, decidle que trabaje para la dicha de nuestro hijo.

Josefina oyó pasos en la escalera. Envolvióse en el mantón y cogió al niño. Blanca fué tras ella, costándole un esfuerzo terrible separarse de su hijo, pero el miedo triunfó. Abrió la puerta y volvió á cerrarla cuando Josefina hubo salido.

Apenas tuvo tiempo para descorrer el cerrojo de la otra puerta y acostarse de nuevo. Su tío entró de puntillas.

## IV

### Cómo el señor de Cazalis estuvo á punto de perder la cabeza perdiendo al hijo de su sobrina

Habíase amodorrado Cazalis en el cuarto bajo, en una sala debajo del dormitorio de Blanca. Medio dormido, parecióle varias veces que anduviesen en el piso de arriba. Un ruido más distinto le despertó por completo. Levantóse lleno de sospechas, y quiso asegurarse de si soñaba ó lo que había oído era realidad.

Temía tan sólo que Blanca se hubiera levantado para escribir una carta y avisar á los amigos que tenía fuera de la casa.

No se le ocurrió que alguno podía haber entrado en la casa, pues había vigilado la puerta como un perro de guarda.

Subió para espiar á su sobrina. Como no oyó nada, empujó levemente la puerta y echó una mirada al interior. A la pálida luz de la lamparilla de noche, vió á Blanca, con los ojos cerrados, que parecía dormir profundamente. Alentado por el silencio que allí reinaba, quiso tranquilizarse haciendo una minuciosa visita; primero registró el tocador, y nada vió sospechoso; volvió al dormitorio y miró inútilmente. Ya sonreía de sus pueriles temores cuando un pensamiento le hirió el cerebro. Refrenó un grito. No había visto al niño.

Aunque había mirado en todos los rincones, púsose nuevamente á buscar. Sacudió la cama brutalmente sin que Blanca abriese los ojos. Tampoco, por este detalle, comprendió que la recién parida fingía dormir. Una angustia terrible turbaba su espíritu, y, desesperado, acabó por dar vueltas como una fiera, ocupado por un sólo pensamiento: el de no encontrar al niño.

Inclinábase, miraba debajo de los muebles, imaginaba que su sobrina hubiese escondido á la criatura para volverle loco.

Durante un cuarto de hora, fué revolviéndolo todo con rabia, buscando diez veces en el mismo punto, no pudiendo dar fe á la terrible verdad.

Cansado al fin, adquirida la certeza de que el niño no estaba ni en la habitación ni en el tocador, colocóse delante de la cama donde Blanca yacía sin hacer movimiento alguno. Contempló con aire estúpido el sitio en que se había encontrado el pequeñuelo, cuando se separó de su sobrina. Y repetía maquinalmente:—Estaba allí, estaba allí, y ahora ya no está.—Este pensamiento resonaba en su cabeza como un eco doloroso.

No buscó explicación de aquel hecho incomprensible, y el miedo le hizo ver, como á la luz de un relámpago, todas las consecuencias del hecho.

Sin embargo comprendió que su sobrina debía haber prestado su concurso al robo del niño, y estuvo á punto de pegarla.

—¿Qué habéis hecho del niño?—preguntó con voz sorda.

Abrió los ojos Blanca, pero tal era su espanto que no pudo responder.

—¿Qué habéis hecho del niño?—repitió Cazalis con voz aun más ahogada.

Balbuocé, todavía no pudo hablar la joven. Entonces su tío la acusó é injurió brutalmente.

—No sois de mi sangre,—gritó;—os maldigo. Debía dejaros entre las manos de aquel galopín, que os había robado. Erais su digna compañera... ¡Cómo! ¡conspiráis con nuestros enemigos, receláis de mí y preferís confiar vuestro hijo á esa familia de descamisados! ¡No lo neguéis! todo lo adivino... Sois una mala hembra. Después de haber deshonorado nuestro nombre, no teméis entregarnos á

vuestro amante. Me he equivocado: debía ver que tenéis un corazón de sierva, y no mezclarme en esos sucios negocios... Deseo que hagan un pillo de vuestro hijo, un canalla como ellos, un pordiosero, el cual algún día vendrá á nuestra puerta y que yo echaré.

Así continuó hablando un cuarto de hora y fué tan grosero, que Blanca replicó:

—Habéis adivinado, señor; he entregado á mi hijo á las personas á quienes pertenece. No tengo que explicar mi conducta, y ahora vais más allá de los derechos que podéis tener sobre mí... Además, mi resolución está tomada: tan pronto como me restablezca, entraré en un convento para profesar, y seremos extraños el uno para el otro. Dejad pues de injuriarme.

—¿Por qué no me habéis dejado al niño, que habría amado como á un hijo mío?—replicó Cazalis.

—He obrado según mi corazón,—continuó ella,—no me interroguéis, no puedo contestar... Consiento en olvidar vuestras injurias, y os doy las gracias por haber cuidado mi infancia: más no puedo hacer... Me habéis casi matado, señor. Dejadme.

El tío comprendió que había ido demasiado lejos. Tuvo miedo de que su sobrina adivinara los motivos de su cólera. Le dirigió una pregunta peligrosa.

—Hay entre nosotros,—balbuocé,—cuentas que arreglar.

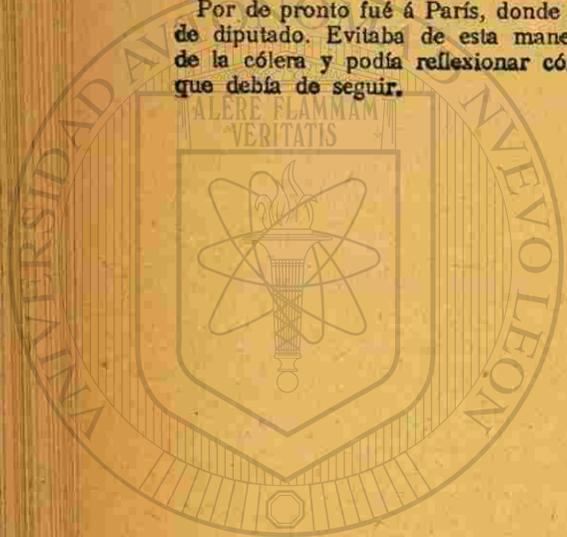
—No hablemos de tal cosa,—respondió Blanca.—No tengo ni fuerza ni voluntad para ocuparme de eso... Ya lo he dicho, yo he muerto y nada necesito. Por lo que toca á mi hijo, más tarde hará valer sus derechos, si así lo desea. He entregado sus intereses á manos honradas... Os prevengo solamente, que aquellos á los cuales acabáis de hablar tan brutalmente, están decididos á resistir si os opusierais á mi voluntad... Ahora, por favor, dejadme.

Blanca, satisfecha por haber triunfado, se durmió tranquilamente.

Cazalis estuvo vacilante un instante; luego, no encontrando nada que añadir, se retiró. La desgracia que acababa de sucederle no tenía remedio. Sin embargo, aun prefería un peligro lejano á uno inmediato: los niños no crecen en un día, y pensaba que tendría tiempo para ampararse contra revelaciones: valía más callar y esperar.

Más tarde, habiendo ya profesado la madre, podría buscar al hijo y apoderarse de él. No ignoraba que Felipe había huido á Italia, y sacaba la consecuencia que el recién nacido había sido entregado al hermano del fugitivo: en derredor de Mario dirigiría pues sus pesquisas.

Por de pronto fué á París, donde le llamaba su mandato de diputado. Evitaba de esta manera los malos consejos de la cólera y podía reflexionar cómodamente en el plan que debía de seguir.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE INVESTIGACIONES CIENTÍFICAS

## V

### En que Blanca se despide del mundo

Tres semanas quedó en cama la recién parida, entre la vida y la muerte. Las profundas emociones experimentadas en la noche de su alumbramiento, determinaron una terrible calentura, á la cual poco faltó para que no sucumbiera. Durante aquellas tres semanas de agonía, nunca se separaron de ella Josefina y Chastanier. Cazalis, antes de partir, había despedido á la señora Lambert, inútil ya, y la puerta de la casita quedó abierta para la ramillitera. Ninguna enfermera cuidaba á Blanca, su tío habíase contentado con entregar á su sobrina en manos del viejo sacerdote, seguro que al volver á Marsella, la encontraría sepultada en algún convento.

Poco á poco Blanca se restableció; los tiernos cuidados que recibía, los saludables aires del mar que penetraban libremente por las ventanas, la obligaron á vivir á pesar suyo. Anunciándole el médico que estaba salvada, dirigió á Josefina una triste sonrisa.

—Mejor me habría encontrado en la huesa,—dijo.—Es preciso pues sufrir aún.

—¿Queréis callar?—exclamó la joven.—Los muertos tienen frío. Amad, haced el bien y tendréis una vida feliz.

—Razón tenéis; olvidábame que puedo aliviar las miserias de los desgraciados y encontrar así yo misma algún consuelo.

Llegó el día en que Blanca habló claramente á Chastanier de la firme voluntad de entrar en un monasterio.

—Hija mía,—respondió el sacerdote;—tal decisión es grave. Antes de dejaros sujetar con lazos eternos, tengo que recordaros los bienes que abandonáis...

—Todo es inútil,—interrumpió la joven;—mi resolución es irrevocable. A todo renuncio de buena gana. Ayudadme más bien en el deseo que experimento de consagrarme á Dios.

—Ya pensé en la elección que pudiérais hacer, y lo mejor me parece la orden de las Carmelitas.

—¿Están enclaustradas?

—Sí, llevan vida contemplativa.

—Tal vez sería cobarde buscando así la calma sin trabajar en pro de los desgraciados. No pudiendo cuidar de mi hijo, cuidaré de los hijos de los pobres. Padre mío, quiero ser hermana de San Vicente de Paul.

Chastanier quiso oponerse, pensando que Blanca era demasiado delicada para sobrellevar las fatigas que aquellas santas mujeres toleran en los hospitales y en las casas de huérfanos, pero tuvo que ceder.

Prometió dar los pasos necesarios, y pocos días después anunció á Blanca que sus votos iban á ser cumplidos.

La víspera del día en el cual abandonaría la casita, manifestó llorando el deseo de ver á su hijo.

Chastanier, le respondió:

—Muy legítimo es tal deseo. Josefina os llevará á San Bernabé, á la casa de Ayasse.

Llegaron á la puerta las dos jóvenes, y como Blanca vacilase, la ramilleteira dijo:

—Entrad: allí está vuestro hijo.

Tan pronto como hubo dado tres pasos en la primera habitación, se encontró delante de una cuna. El niño dormía, y su madre estuvo contemplándole largo rato sin despertarlo.

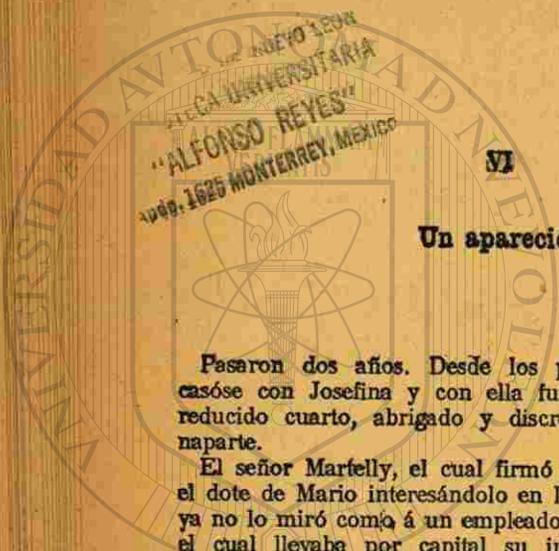
Ya anochece. Blanca depositó un beso en la frente de su hijo.

Lloraba, y sus lágrimas ardientes despertaron á la criatura, que alargó sus bracitos quejándose. ¿No era el deber de una madre quedarse á su lado? ¿Tenía derecho á refugiarse en el seno de Dios? Tuvo miedo de ceder á ocultos deseos, á esperanzas locas. Pensó que había pecado, qu

era preciso sufrir el castigo; creyó oír una voz, que le gritaba:—Tu castigo será verte privada de las caricias de tu hijo.—Y huyó sollozando, después de haber dado mil besos á la dulce prenda, que se condenaba á no volver á ver jamás.

Desde entonces murió la joven á todos los amores, acababa de romper el último lazo que al mundo la sujetaba. Esta suprema crisis la libró de la carne: quedó toda espíritu.

Volviendo á Marsella, entregó á Josefina los papeles, que probaban la identidad de su hijo. Al día siguiente, partió para una pequeña ciudad del distrito del Var, donde entró en un asilo de huérfanos, como había deseado.



### VI Un aparecido

Pasaron dos años. Desde los primeros meses, Mario casóse con Josefina y con ella fué á establecerse en un reducido cuarto, abrigado y discreto, del boulevard Bonaparte.

El señor Martelly, el cual firmó el contrato, proporcionó el dote de Mario interesándolo en los negocios de su casa; ya no lo miró como á un empleado, sino como á un socio, el cual llevaba por capital su inteligencia y su actividad. Por su parte, Josefina abandonó el kiosco del cours de San Luis, para consagrarse por completo á las faenas domésticas; pero, como quería seguir ganándose la vida, hizo, en sus ratos libres, flores artificiales, á las que sabía dar la gracia y la frescura de las naturales. A veces, cuando elogiaban su habilidad, suspiraba, pensaba con melancolía en sus ramos frescos y perfumados del pasado y decía:

—¡Si viérais las rosas del Señor!

Fueron aquellos dos años de tranquila felicidad. El joven matrimonio vivió como en un nido de musgo tibio y oculto.

Sucedíanse los días todos igualmente dichosos, llenos de una dulce monotonía. Hubiesen querido los dos esposos que así se les alargara delante la eternidad, llevando á cada hora los mismos besos y las mismas alegrías.

Por la mañana, Mario iba á su oficina; Josefina colocábase delante de su mesita, redondeando tallos, estampando pétalos, creando con sus ligeros dedos delicadas flores de muselina.

Por la noche, se iban los dos por las calles ruidosas, y llegaban á orillas del mar, por el lado de Endoume.

Pasaban los domingos en el campo. Iban á ver al niño de Felipe. Eran los padrinos y le habían puesto el nombre de José.

El niño llamaba mamá á Josefina.

Ya andaba solo y empezaba á hablar la graciosa media lengua propia de su edad.

No echaban en olvido al fugitivo ausente: ocupábase Mario con actividad para alcanzarle el indulto. Experimentaba en sus esfuerzos una sorda resistencia, pero no renunciaba á la esperanza.

Cambiaba cartas con Felipe, exhortábalo á tener valor y sobre todo á no arriesgarse á volver á Francia.

Un domingo, de noche, volviendo Mario y Josefina de San Bernabé, unos vecinos les dijeron que un hombre había ido varias veces á preguntar por ellos.

Ya iban á acostarse, después de haber tratado en vano de adivinar quién podía ser, llamaron levemente á su puerta.

Mario fué á abrir y quedó estupefacto.

—¡Tú!—exclamó con voz de espanto.

Acudió Josefina y reconoció á Felipe que la abrazó, después de haber abrazado á su hermano.

—Soy yo,—respondió,—me habría muerto si no vuelvo.

—¡Ay, qué locura!—exclamó Mario.

—Me esconderé mientras sea necesario.

—¿Por qué no avisar? Habría tomado precauciones.

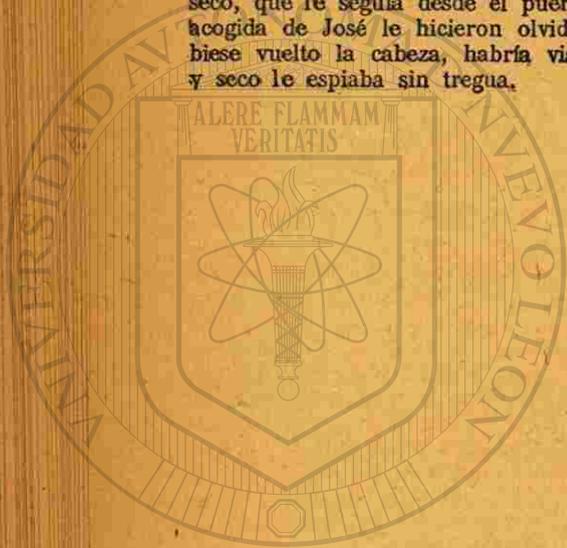
—No me habrías dejado volver. ¿Y José?

Mario, conmovido le dió amplias y satisfactorias noticias. Luego meditó el modo de ocultarlo en Marsella para que pudiese esperar el indulto al lado de su hijo.

Lo primero fué que se afeitara, lo que produjo notable cambio en su fisonomía. Le hizo poner un traje de artesano, y le colocó de mozo de almacén en casa de Cadet, sucesor de Sauvairé. Ya se entiende que no le cargaría trabajo alguno, dejándole pasearse por el puerto.

Pero, ya al segundo día, Felipe quiso trabajar, y se encargó de dirigir ciertas faenas y vigilar las operaciones de embarque de mercancías.

Pasó un año, y una noche, llegando á casa del jardinero Ayasse, creyó ver detrás de sí á un hombre alto y seco, que le seguía desde el puerto. Las alegres risas de acogida de José le hicieron olvidar tal incidente. Si hubiese vuelto la cabeza, habría visto que el hombre alto y seco le espía sin tregua.



## VII

**En que el señor Cazalis quiere abrazar  
á su sobrinito**

En los tres años que habían transcurrido desde que nació el hijo de Felipe y Blanca, habían tenido lugar importantes cambios en la existencia del señor Cazalis. No había sido reelegido en las últimas elecciones, y habíase fijado en Marsella. Este fracaso, debido á la impopularidad ocasionada por la causa Cayol, no pareció entristecerle mucho. La verdad, prefería velar por sus asuntos que por los del país; bastantes cuidados tenía para los golpes que le amenazaban sin encargarse de un mandato, que le obligaba á permanecer en París varios meses del año.

Instalóse en su palacio del cours Bonaparte é hizo de modo que le olvidara la ciudad entera.

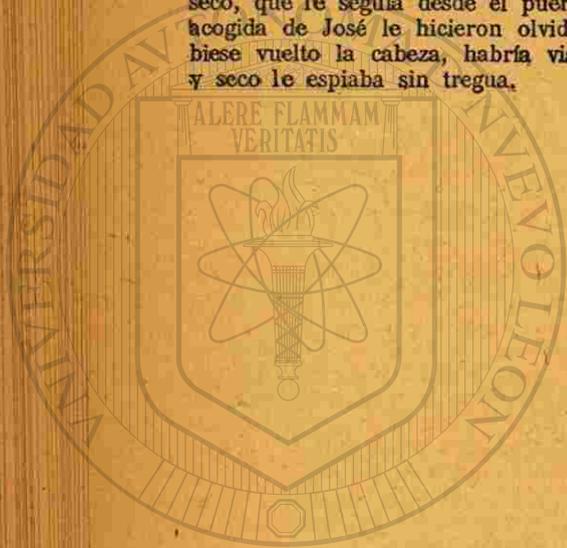
Dejó de salir en coche, de salpicar á los pacíficos comerciantes; hizo todo lo posible para pasar inadvertido, y logró en algún tiempo llegar á ser un desconocido para la mayoría. Su sueño dorado era asegurar á la mayor brevedad su sosiego, y luego irse á París y derrochar la hacienda de su sobrina.

Conformábase con aquella vida oculta y triste por prudencia. Debía estudiar su posición y buscar la impunidad antes de derrochar los bienes que no le pertenecían.

Estaba poseído de un delirante deseo de satisfacerse des-

Pero, ya al segundo día, Felipe quiso trabajar, y se encargó de dirigir ciertas faenas y vigilar las operaciones de embarque de mercancías.

Pasó un año, y una noche, llegando á casa del jardinero Ayasse, creyó ver detrás de sí á un hombre alto y seco, que le seguía desde el puerto. Las alegres risas de acogida de José le hicieron olvidar tal incidente. Si hubiese vuelto la cabeza, habría visto que el hombre alto y seco le espía sin tregua.



## VII

**En que el señor Cazalis quiere abrazar  
á su sobrinito**

En los tres años que habían transcurrido desde que nació el hijo de Felipe y Blanca, habían tenido lugar importantes cambios en la existencia del señor Cazalis. No había sido reelegido en las últimas elecciones, y habíase fijado en Marsella. Este fracaso, debido á la impopularidad ocasionada por la causa Cayol, no pareció entristecerle mucho. La verdad, prefería velar por sus asuntos que por los del país; bastantes cuidados tenía para los golpes que le amenazaban sin encargarse de un mandato, que le obligaba á permanecer en París varios meses del año.

Instalóse en su palacio del cours Bonaparte é hizo de modo que le olvidara la ciudad entera.

Dejó de salir en coche, de salpicar á los pacíficos comerciantes; hizo todo lo posible para pasar inadvertido, y logró en algún tiempo llegar á ser un desconocido para la mayoría. Su sueño dorado era asegurar á la mayor brevedad su sosiego, y luego irse á París y derrochar la hacienda de su sobrina.

Conformábase con aquella vida oculta y triste por prudencia. Debía estudiar su posición y buscar la impunidad antes de derrochar los bienes que no le pertenecían.

Estaba poseído de un delirante deseo de satisfacerse des-

*Misterios de Marsella.*—13

de luego, pero acometíale el miedo. Robar á Blanca era lo de menos, pero no quería que nadie pudiera llamarle ladrón.

Todo estribaba en encontrar al niño y apoderarse de él. Por tres años nada hizo, y Mario se tranquilizó.

El peligro mayor era la vuelta de Felipe. Pero Cazalis deseaba que cometiese la imprudencia de volver sin autorización para hacerle arrestar.

Encargó á un pillo, que le era adicto, llamado Mateo, ir á Italia, seguir los pasos del joven y volver con él en caso que se embarcase. El espía desempeñó fielmente su mandato. En Génova encontró á Felipe y no lo perdió de vista. Cuando éste regresó á Marsella, volvió en el mismo barco pero lo perdió en el desembarque, y lo único que pudo decir fué que Felipe estaba en la ciudad pero ignoraba dónde.

A esta noticia Cazalis experimentó una gran inquietud. Vivió un año entero en continuas zozobras; por más que encargase á Mateo vigilar á Mario, no pudo llegar hasta Felipe, pues los dos hermanos habían convenido entre ellos que renunciarían á verse mientras no fuese otorgado el indulto.

Un día, el señor Cazalis, pasando por el puerto, se reunió á un grupo de gente, que habíase formado en derredor de un herido. Era un cargador del muelle cuyo pie acababa de ser aplastado bajo una enorme caja de mercancías. Aproximándose vió al lado del pobre diablo á un mozo que daba órdenes, cuya voz y cuyos ademanes le causaron una profunda emoción; desde luego reconoció á Felipe.

Corrió á su palacio é hizo llamar á Mateo, al cual dió instrucciones. Debía asegurarse de la identidad del mozo y seguirle por dos ó tres días para conocer los sitios que frecuentaba.

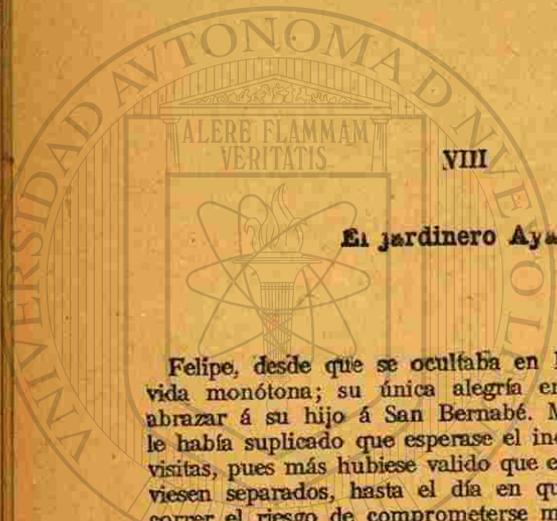
El plan era sencillo y astuto. Se valdría del padre para descubrir y robar al hijo. De esta manera conseguía dos objetos á la vez: hacer prender á su enemigo y apoderarse del heredero de Blanca.

Dos días después Mateo anunció á su dueño que el tal mozo era verdaderamente Felipe Cayol, que todas las noches iba á San Bernabé á casa de un jardinero llamado Ayasse, el cual guardaba á un niño. El exdiputado lo comprendió todo.

—¿A qué hora va ese hombre á San Bernabé?—preguntó á Mateo.

—A las seis de la tarde,—respondió éste,—y allí se queda hasta las ocho ó las nueve.

—¡Bueno! Vuelve mañana á las seis: te daré órdenes. Al día siguiente habló un corto rato con Mateo. Después marcharon á San Bernabé, llegando á las siete. Dos gendarmes los acompañaban.



### El jardinero Ayasse

Felipe, desde que se ocultaba en Marsella, llevaba una vida monótona; su única alegría era ir, cada noche, á abrazar á su hijo á San Bernabé. Mario, por prudencia, le había suplicado que esperase el indulto para hacer tales visitas, pues más hubiese valido que el padre y el hijo estuviesen separados, hasta el día en que pudieran verse sin correr el riesgo de comprometerse mutuamente. Tuvo, sin embargo, que ceder á los ruegos de su hermano; para tranquilizarse, pensaba que el señor Cazalis ignoraba la presencia de Felipe y del niño en Marsella.

El fingido mozo de almacén, el cual no veía á nadie, ni á Mario siquiera, iba pues cada día al anochecer á casa de Ayasse, y allí disfrutaba las pocas horas felices de su vida. Comunmente, así que llegaba, el jardinero y su mujer aprovechaban su presencia para ausentarse, llevando á Marsella las legumbres y frutas que cosechaban. Quedaba solo Felipe en la habitación, corría los cerrojos y jugaba con José como un verdadero niño. Una calma profunda producíase en su corazón, olvidaba el pasado y el presente, soñando un porvenir de felicidad. Encerrado en aquella vieja y tranquila morada, no recordaba que estaba expuesto á que un gendarme le sujetase las manos con esposas y le llevase á la ciudad; se imaginaba ser un labrador, un hombre que, después de haber cultivado la tierra todo el día, al llegar la noche descansaba. Aquellas horas ser-

nas le daban nuevas fuerzas y calmaban las tristes ideas que á veces le asaltaban.

La noche en que Cazalis, Mateo y los dos gendarmes iban á San Bernabé, Felipe, como de costumbre, había llegado á las seis. El jardinero y su mujer le esperaban para conducir á Marsella una carreta de uvas. Así que hubieron salido, Felipe se encerró. José no tenía ganas de jugar; había corrido todo el día por la viña, y dormía profundamente, acostado en un viejo canapé. Felipe, andaba de puntillas y acabó por sentarse, contemplando al niño.

De improviso llamaron á la puerta. Felipe estaba resuelto á no abrir, pero oyó una voz de mujer, que balbuceaba con espanto:

—¡Abrid pronto, por el amor de Dios!

Le pareció conocer la voz y recorrió los cerrojos.

Josefina entró jadeante, volviendo á cerrar en seguida.

—¿Qué sucede?—preguntó Felipe.

Josefina respondió:

—Ahí están, los he visto en el camino y eché á correr á campo traviesa para llegar antes que ellos.

—¿De quién habláis?

—Es verdad que no lo sabéis... He venido para deciros que esta noche han de prenderos.

—¡Prendermel!

—Por la tarde Mario ha sabido, por una casualidad providencial, que el señor Cazalis requirió á dos gendarmes para efectuar un arresto en San Bernabé.

—Siempre aquel hombre.

—Mario, que ha vuelto á casa como un loco, me encargó acudir aquí; tomar el niño y obligaros á escapar.

Felipe dió un paso hacia la puerta.

—Es demasiado tarde; no he llegado á tiempo,—exclamó la joven desesperada.

Felipe daba vueltas por la sala, buscando una salida. Por fin, dijo:

—Prefiero arriesgarlo todo. ¡Venga el niño!

Inclinábase para coger á José, pero la ramilleteira le detuvo con ademán enérgico, invitándole á callar y escuchar.

Sonaron pasos, llamaron con la culata del fusil y una voz ruda gritó:

—¡Abrid, en nombre de la ley!

—¡Todo está perdido!—murmuró Felipe.  
 —No abráis,—dijo Josefina en voz baja.—Mario me ha recomendado, en el caso de que no pudierais huir, poner trabas al arresto, para ganar tiempo.  
 —¿Por qué no ha venido él mismo?  
 —No sé; se ha marchado corriendo, mientras yo subía al coche para venir aquí.

En aquel momento llamaron con mayor violencia... y otra vez resonó el grito aterrador.

—¡Abrid, en nombre de la ley!  
 Josefina volvió á recomendar un silencio absoluto. Habían transcurrido cinco minutos desde que los gendarmes llamaban y gritaban. Uno de ellos acabó por declarar á Cazalis que la casa parecía desocupada y que no tenían poderes para derribar la puerta.

—Si estuviésemos seguros de que él está,—añadió,—haríamos saltar la cerradura, pero no podemos arriesgarnos á hacerlo inútilmente.

—Allí está,—gritó Mateo;—le he visto entrar.  
 —Cargo con la responsabilidad,—dijo Cazalis. Sacudieron la cabeza los gendarmes, no ignorando que sólo ellos serían castigados si violaban un domicilio.

El exdiputado desesperábase, viéndoles vacilar y casi decididos á abandonar la empresa, cuando oyeron ruido en el interior de la casa.

José se había despertado, y asustado por la obscuridad y las voces que oía, se puso á llorar. Josefina no lograba acallarle: el hijo entregaba al padre.

Volvieron á llamar los gendarmes, gritando:  
 —Si no abrís, echaremos la puerta abajo.  
 Felipe entonces encendió la lámpara, dió un beso al niño y se dirigió á la puerta.

—¿Vais á abrir?—preguntó Josefina angustiada.  
 —Sí,—respondió;—la fuga es ya imposible.  
 —¡Esperad, esperad! Ganemos tiempo.  
 —¿Para qué? Todo está perdido.

—No; en Mario confío. Me recomendó poner trabas al arresto: de ello depende la salvación.  
 —Caro tendré que pagar cada minuto de resistencia.  
 —¿Y José? ¿se lo llevarán?  
 —Razón tenéis. Todo lo comprendo. Han venido para robarme á mi hijo.

En aquel momento dieron un golpe tan violento, que la puerta crujió.

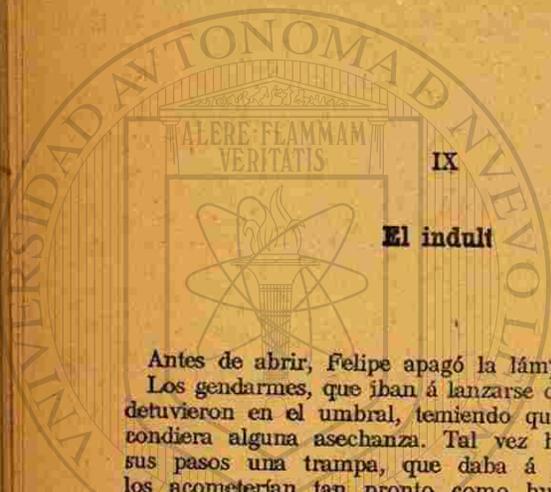
Entonces dijo Felipe:

—Tomad el niño, subid al granero y ocultáos lo mejor posible. Yo ya me arreglaré para dar largas á las formalidades de mi arresto y dejar tiempo á mi hermano de acudir en nuestro socorro.

—¿Y si os prenden en seguida, quedando yo aquí con el niño, sin defensa alguna?

—Entonces será la voluntad del cielo, la que habrá decretado nuestra pérdida... Aquí no hay que discurrir, pues no tenemos más que un camino. ¿Lo oís? cruje la puerta... ¡Por amor de Dios, subid aprisa, ocultáos bien!

Empujó á Josefina hacia la escalera; luego, cuando hubo desaparecido en la sombra, fué á descorrer los cerrojos.



### IX El indult

Antes de abrir, Felipe apagó la lámpara.

Los gendarmes, que iban á lanzarse dentro de la casa, se detuvieron en el umbral, temiendo que la oscuridad escondiera alguna asechanza. Tal vez habían abierto ante sus pasos una trampa, que daba á la bodega, tal vez los acometerían tan pronto como hubiesen entrado. El negro abismo les asustaba.

—Sería preciso traer luz,—murmuró uno de ellos.—No podemos buscar y encontrar á un hombre en medio de esas tinieblas.

El otro dijo:

—No tengo cerillas.

Desesperábase Cazalis: no había previsto aquel obstáculo. Las tinieblas, como una muralla impenetrable, le separaban aún de Felipe.

—¿Tenéis miedo?—gritó.

Y, en un arrebato de cólera, empujó á los gendarmes, que así dieron dos ó tres pasos en la sala.

Felipe, que se había colocado contra el muro de la entrada, dió algunos pasos y se lanzó fuera, después de haber derribado casi á Mateo.

Este vociferó:

—¡Socorro! ¡socorro! ¡alguien se escapa!

Volviéronse rápidamente los gendarmes. El joven se ha-

bía detenido delante de la casa, á algunos metros de distancia. Hubiera podido huir, pero no pensaba más que en el niño. Si había apagado la luz, si había fingido huir, fué sólo para ganar tiempo. Con los brazos cruzados y tono desdeñoso, dijo:

—¿Qué quieren de mí? ¿Por qué me habéis obligado á abrir esa puerta?

Lanzáronse sobre él los dos gendarmes, cogiéndole por las muñecas.

—Soltadme,—dijo con energía.—Veis como me entrego voluntariamente. Ya estaría lejos si hubiese querido fugarme... ¡Hablad! ¿qué queréis?

—Tenemos orden de arrestaros.

—Iré con vosotros tan pronto como me hayáis enseñado el mandamiento de prisión. Entremos.

Volvió á la sala, fingiendo que no veía ni á Mateo ni á Cazalis. Una vez encendida la lámpara, presentándose el exdiputado y su corchete, volvióse á los gendarmes y dijo en son de mofa:

—¿Pertenece á la policía esos señores?

El hidalgo creyó recibir un latigazo, y gritó enfurecido:

—¿Qué decís? Poned una mordaza á ese canalla, atadle. Te encuentro por fin, bellaco, y esta vez no te escaparás.

Felipe lefa despacio el mandamiento, buscando algún medio para aplazar aún su ejecución.

Mateo había desaparecido. Encendió una larga cerilla enroscada, que llevaba, y subió cautelosamente la escalera. Iba á cumplir las órdenes de Cazalis, el cual le había prometido una crecida recompensa si robaba á José en medio de la confusión que debía producir el arresto de Felipe.

No encontrando al niño en el piso, subió al granero.

La puerta estaba cerrada sólo con picaporte. La empujó Mateo y dió algunos pasos en la paja; levantaba la cerilla y miraba á los rincones desde lejos, pues no se atrevía á aproximarse demasiado temiendo pegar fuego á la paja. Nada descubrió.

Volvió al piso y registró minuciosamente, abriendo los muebles, levantando las cortinas, y no encontró nada.

—Debe de estar en el granero;—reflexionaba Mateo,—habré buscado mal.

Subió nuevamente, y colocó la cerilla encima de una regadera, para evitar el peligro de incendiar la casa.

Púsose á registrar entre la paja. La cerilla despedía una luz amarilla y dudosa, que le alumbraba mal en sus pesquisas. Llegando al fondo del granero, detúvose escuchando; había oído una respiración oprimida, que procedía de una especie de esconce formado por unos haces de heno, amontonados á alguna distancia del muro. De allí salió de improviso Josefina con José en los brazos. El niño había vuelto á dormirse.

Mateo, pasado el primer momento de estupor, encontrando á una mujer desconocida, iba á lanzarse sobre ella y á arrancarla el niño.

En aquel momento de peligro inminente, un ruido que iba siempre aumentando, subió desde la sala donde Felipe se encontraba todavía, y una voz muy querida y conocida gritó:

—¡El indulto! ¡El indulto!

Irguióse Josefina y dijo:

—¿Lo oís? El cielo ha llegado en nuestro socorro. Para vos, canalla, han traído las esposas los gendarmes.

Aterrado Mateo, ya no pensó más que en poner tierra por medio.

Felipe entretanto, para ganar tiempo, había dicho á los gendarmes que no tenía inconveniente en irse con ellos, pero que antes era preciso dejar algunas líneas al jardinero Ayasse, para explicar su ausencia.

Los gendarmes consintieron. Después ordenaron que ya era preciso marchar.

Cazalis gozaba insultando á su víctima.

Un gendarme puso las esposas á Cayol.

Resonó un grito de alegría cerca de la casa, y un hombre entró como un torbellino, clamando:

—¡El indulto! ¡El indulto!

Era Mario, el cual, como no encontró ningún coche, llegaba de Marsella corriendo. Sacó un pliego del bolsillo y lo presentó á los gendarmes. En él anunciábase el perdón otorgado por el rey á Felipe. Un mes hacía que se lo estaban prometiendo á su hermano, y quiso una feliz ca-

sualidad que llegara en la misma hora en que Cazalis empleaba su influencia para acabar de perder á Cayol.

Mario no acudió en seguida á San Bernabé porque quiso ver si el perdón había por fin llegado.

Se enteraron los gendarmes y se inclinaron. Su misión había concluido; quitaron en seguida las esposas á Felipe, felicitándole y ofreciéndole sus excusas.

Cazalis les miró alejarse con rabia diabólica.

Mario estrechaba á Felipe entre sus brazos, gritando:

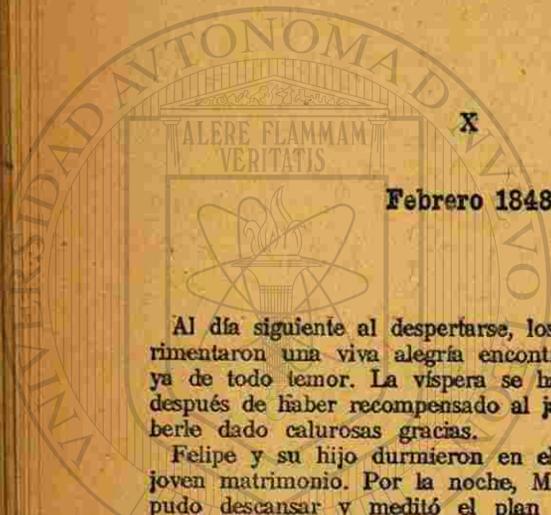
—¡Alabado sea Dios! he llegado á tiempo. ¡Estás libre!

Felipe quedó un momento inmóvil, conmovido, no atreviéndose á creer lo que oía. Luego lanzóse á la escalera. Se acordó del hombre que había visto subir para robarle á su hijo.

Mateo le oyó. Espantado, comprendiendo que un gran peligro le amenazaba, buscó con la mirada una salida. Delante de la ventana del granero colgaba una cuerda de una garrucha. Cogió la cuerda, con riesgo de caer y se deslizó. Bajó casi encima de la cabeza de Cazalis, que se retiraba, vomitando injurias, con el corazón lleno de furor. El exdiputado, viendo á Mateo sin el niño, estuvo á punto de pegarle. Había fracasado completamente, no había cogido ni al padre ni al hijo.

Josefina, salvada de las garras de Mateo, volvió á bajar con Felipe á la sala del piso inferior. Allí los dos hermanos y la joven besaron á José locos de contento.

—Ahora somos fuertes,—exclamó Mario.—Ya no pesa sobre nosotros una infame condena, podemos trabajar abiertamente para la dicha de este niño.



X

Febrero 1848

Al día siguiente al despertarse, los dos hermanos experimentaron una viva alegría encontrándose juntos, libres ya de todo temor. La víspera se habían llevado á José, después de haber recompensado al jardinero Ayasse y haberle dado calurosas gracias.

Felipe y su hijo durmieron en el reducido cuarto del joven matrimonio. Por la noche, Mario, aun agitado, no pudo descansar y meditó el plan de una nueva vida.

Reunida la familia en derredor de la mesa en que Josefina acababa de colocar el desayuno, decidióse á exponer sus proyectos.

—Vamos á ver,—dijo,—hablemos de cosas serias. Trátese de saber lo que haremos con este niño y lo que hará el mismo Felipe.

Felipe se puso grave y atento. Con frecuencia había pensado en la vida que llevaría cuando le fuera dable vivir sin ocultarse; debía trabajar para su hijo, renunciando á sus locas y ambiciosas aspiraciones.

—El niño,—prosiguió Mario, mirando á Josefina,—fácilmente encontrará una madre.

—Ya está encontrada,—exclamó la ramillera.—A mí me fué confiado y conmigo quedará siempre.

—Está colocado el niño, y me encargo de colocar al padre,—dijo Mario riendo.—Pero tú, Felipe, has de decir qué proyectos has formado.

—Trabajar.

—¿Consientes, pues, en ser un pobre diablo como yo?

—Cierto que sí.

—Te conviene pues un modesto empleo, que te dará para vivir sin depender de nadie.

—Todo lo acepto de antemano.

—¡Bueno! En seguida voy á instalarte en los despachos de mi principal. Hace seis meses que guardo para ti una colocación de mil ochocientos francos.

Los dos hermanos se dirigieron á casa del armador, el cual acogió muy bien á Felipe y declaró que estaba satisfecho de poder serle útil empleándole en su casa.

Mario encargó á Felipe parte de la correspondencia, que era importante.

Josefina alquiló una habitación en el cuarto piso, y la arregló para Felipe, el cual comía con el matrimonio y disfrutaba sin zozobra la felicidad de pasar horas enteras con su hijo.

La única nube que empañaba la serenidad de Felipe era el recuerdo de Cazalis. Una noche dijo á Mario:

—Somos cobardes. Yo debería ir á abofetear á ese hombre y reclamar de él la hacienda de mi hijo.

—¡Valiente medio!—respondió;—te haría encarcelar; he aquí todo.

—Pero si es un ladrón. Guarda un dinero que no es suyo, tal vez lo está derrochando.

—No cometas más locuras, hermano.

—¿Quieres que renuncie á la herencia de mi hijo?

—Contentémonos con defendernos: si atacamos, quedaremos derrotados al primer choque. Y luego un escándalo mataría á Blanca.

Llegaron los primeros días de Febrero, y Felipe empezó á ausentarse de la oficina durante muchas horas.

Mario siguió á su hermano para ver á donde iba, y llegó á saber que era miembro de una sociedad secreta que, bajo el impulso de París, trabajaba activamente para la propaganda de las ideas republicanas. Habló á su hermano, suplicándole que no se comprometiera.

—Escuchad,—replicó Felipe;—ha llegado la hora del pueblo: yo también trabajaré en favor de la justicia. Yo no tendré ya más que una querida: la libertad

El viernes 25 de Febrero, un rayo estalló sobre Marsella; la proclamación de la República en París.

Tal noticia consternó á la ciudad. Aquel pueblo de comerciantes era enteramente adicto á la dinastía de los Orleans, los cuales, durante dieciocho años, habían favorecido el amplio desarrollo del comercio y de la industria.

Engañábase mucho Felipe al creer que podría sembrar las ideas republicanas entre sus conciudadanos.

No había pues en Marsella verdadero partido republicano: los pocos que por todas partes soltaban frases retumbantes, no se hacían cargo del espíritu moderno de las sociedades; eran charlatanes que buscaban el medio de brillar en el nuevo estado de cosas.

Frente á estos elementos republicanos, débiles y discordes, se encontraban dos campos poderosos: los legitimistas, satisfechos por la caída de Luis Felipe, y los conservadores, la multitud de los comerciantes, que reclamaban la paz á todo trance. Estos últimos no aspiraban más que á una libertad: la libertad de ganar millones.

Había momentos en que Felipe desconfiaba. Por algún tiempo acudió á la prensa para la propaganda, pero no tardó en comprender que sus calurosos sueltos no eran leídos, que su entusiasmo no producía impresión alguna; juzgó pues que más valía obrar que escribir.

Lo que peor le supo fué la creación de la guardia de ciudadanos, evidentemente destinada á refrenar al pueblo. La guardia nacional estaba únicamente formada de gente rica, y Felipe hubiese querido que se admitieran también á los pobres, para que la ciudad fuese confiada á una tropa liberal.

Aquello fué preparar una guerra civil.

Únicamente la corporación de los cargadores fué admitida y armada, porque sus miembros, vendidos de alguna manera á los comerciantes que les empleaban, consentirían en combatir á los demás trabajadores.

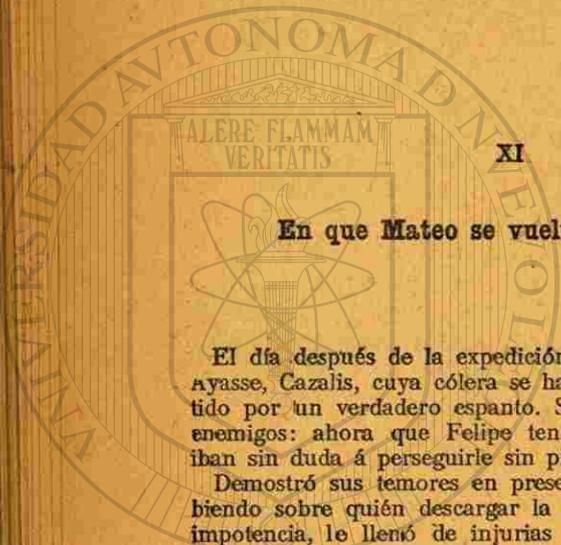
Felipe rehusó enérgicamente formar parte de la guardia nacional.

—Con el pueblo me quedo,—dijo en la plaza pública.—no respetasen sus derechos, le aconsejaré armarse combatiré con él.

Desde el viernes 25 al martes 29, Marsella no proclamó la república. Las autoridades quedaron en su puesto, la

ciudad entera estaba ansiosa y malhumorada. El gobernador y el alcalde afirmaban que carecían de noticias de París. Comprendiendo el peligro que había en dejar el poder entre las manos de los antiguos servidores del rey, los republicanos hicieron varias manifestaciones, las cuales no tuvieron resultado alguno. Ya empezaba la reacción, los conservadores no querían abandonar su sitio antes de estar muy seguros de que todo estaba perdido. Al anochecer del lunes, los obreros, reunidos en la Cannebière, debían dirigirse, en masa, con hachas encendidas y una bandera á la cabeza, á las Casas Consistoriales, para alcanzar la promesa formal de que el nuevo gobierno sería públicamente proclamado á la mañana siguiente.

En aquellos cinco días de angustia continua, Felipe estuvo calenturiento. Ya no iba á su oficina, volvía tarde á casa, agitado por las violentas emociones del día. Traía por la noche al joven matrimonio, triste y desolado, palabras de cólera y de amenaza. Josefina y Mario le miraban con desesperación, comprendiendo que se perdía, no pudiendo detenerle en la orilla del abismo.



### En que Mateo se vuelve republicano

El día después de la expedición á la casa del jardinero ayasse, Cazalis, cuya cólera se habia calmado, fué acometido por un verdadero espanto. Sentíase en poder de sus enemigos: ahora que Felipe tenia el indulto, los Cayol iban sin duda á perseguirle sin piedad.

Demostró sus temores en presencia de Mateo, y no sabiendo sobre quién descargar la rabia que le causaba su impotencia, le llenó de injurias y le dijo que no habia robado á José porque estaba vendido á Mario.

Mateo se encogió filosóficamente de hombros, y dijo con desverguenza:

—Vamos, continuad, si esto puede aliviarnos: en el fondo sabéis que os soy adicto, pues me pagáis mejor de lo que pudieran hacer los descamisados Cayol... En lugar de arrebatarnos, más cuerdo sería discurrir y pensar en el remedio.

La sangre fría de aquel pillo calmó á Cazalis: confesó á su cómplice que tenia ganas de huir á Italia ó Inglaterra, pues no irían por cierto á reclamarle cuentas de su tutela al extranjero.

No le convenia á Mateo aquel proyecto, más necesitaba ganar, especulando con el miedo de Cazalis. Replicó, pues, con calor.

—¿Por qué huir? ¿ya no queréis vengaros? Vuestros

enemigos nunca se atreverán á atacaros de frente. Yo, en vuestro lugar, volvería á tomar la ofensiva. Aquellos imbéciles cometerán alguna falta; todo lo aprovecharemos, llegará el momento en que les tendremos otra vez en nuestras garras.

Tanto supo decir aquel pillo que acabó por persuadir á Cazalis á quedarse y continuar la lucha.

Antes de todo, Cazalis mandó á Mateo que fuese á ver á Blanca, para que firmase varios papeles, que despojaban á su hijo de gran parte de la herencia.

El mensajero partió, decidido á no hacer firmar nada. Obró de manera que Blanca rehusó con tesón la firma pedida.

Sulfuróse Cazalis al saberlo, y no pensó más que en vengarse.

Mateo alcanzó de él plenos poderes, le suplicó no mezclarse en nada para no comprometerse. Cada noche le refería, con más ó menos verdad, lo que hacían sus enemigos, prometiendo siempre una pronta victoria.

Cazalis empezaba á impacientarse, porque en dos meses nada notable habia sucedido, cuando una noche se le presentó Mateo con aire de triunfador.

—¿Qué hay de nuevo?—preguntó Cazalis.

—Poca cosa: han proclamado la república.

—Nada de bromas.

—No son bromas: uno de estos días haremos tal vez harricadas. Yo soy miembro del Club de los Trabajadores.

—¿Y á mí qué me importa todo eso?

—Olvidábase referiros otra novedad: el señor Felipe Cayol es mi colega en el mismo Club.

—¿Por fin!

—Sí, el señor Felipe es, puede decirse, un corifeo republicano. Si la patria necesita ser salvada, ese joven la salvará.

—¿Qué necio! ¿Ha intervenido en el movimiento liberal?

—Los obreros le adoran.

—Se compromete: ¿es nuestro!

—Yo no le perdí de vista: como él, me hice miembro de una sociedad secreta, con él entré en el Club de los Trabajadores.

—Comprendo, comprendo. ¡Gracias, Mateo! Yo te haré rico.

—Confío llevarte á cometer alguna extravagancia, y cara ha de pagarla.

—¿No te ha reconocido?

—No; una sola vez me ha visto en San Bernabé. Además, ahora llevo peluca rubia.

—¿Y si llevara la victoria el partido liberal?

—¿Creeis tal vez que aquí, en Marsella, quieren la república? En esta ciudad los liberales quedarán siempre derrotados.

Recordó el exdiputado las maniobras de su elección, y no pudo disimular una sonrisa. Tenía razón su acólito; donde reina el dinero, no medran las ideas republicanas.

—No necesito, — prosiguió Mateo, — exponeros todo mi plan. Perded cuidado; os entregaré al padre y al hijo.

Empezaremos otra vez la expedición de San Bernabé, pero de manera más inteligente.

Y mientras Cazalis volvía á darle las gracias, prosiguió con tono brutal:

—Supongo que no me haréis prender comp á los otros republicanos, para quitaros un estorbo de encima, pero como yo me comprometo, exijo garantías. Escribidme una carta, en la que me encargaréis vigilar á Felipe Cayol. De este modo, seréis mi cómplice. Os devolveré esa carta contra una cantidad, que fijaremos como retribución de mis servicios.

En todo consintió Cazalis: no podía rehusar. Además, estaba seguro de sujetar siempre á Mateo por medio del dinero. Este le recomendó quedarse tranquilamente en su palacio. Quería obrar solo.

## XII

## La república en Marsella

La república por fin fué solemnemente proclamada el martes, 29 de Febrero, en la Cannebière, una mañana sombría y lluviosa. En el momento en que las antiguas autoridades disponían sus poderes, el comisario provisional que París enviaba á Marsella, bajaba la calle de Aix en coche de posta. Una extraña casualidad colocó así frente á frente, durante el desfile de la tropa y de la guardia nacional, á los representantes del regio poder caído y á los de la joven república.

Solemne y grande fué aquel día para Felipe. Estaban realizadas sus más ardientes esperanzas. Temió un instante que á la madrugada sucediera una regencia. La lentitud del gobernador y del alcalde en reconocer la revolución, le hacían sospechar que la lucha, en París, no había sido decisiva. Ganaban tiempo, operaban sin duda una reacción que no se produjo. Cuando oyó proclamar públicamente el nuevo gobierno, imaginó que el pueblo acababa de obtener una victoria suprema, creyó de todas veras que la hora de la gran causa democrática había llegado.

No tardó en desengañarse: los conservadores, los mismos legitimistas, quedaron dueños de Marsella.

Las elecciones debían tener lugar el 23 de Abril.

Felipe se había encargado de sondear á ciertos hombres que los republicanos querían elegir por sus representantes; entre ellos Martelly,

Una mañana le pidió un instante de audiencia, y el armador accedió inmediatamente.

Después de algunas frases insignificantes, Felipe dijo:

—Hace tiempo que no os veo en el Club de los Trabajadores. ¿Sois miembro del Club?

—Sí, pero voy allí raras veces; no creo que tales reuniones favorezcan mucho los planes del liberalismo.

—Todos sienten vuestra ausencia. Los hombres como vos, son preciosos. Estamos dispuestos á apoyar vuestra candidatura.

—Amigo, seguro estoy de que no sería elegido. No dudaréis de mis convicciones, pero aquí es inútil sacrificarse.

Marsella dista mucho de ser republicana; yo pensé ir á París y ofrecer mis servicios al nuevo gobierno.

Aquí nada haré, y os aconsejo abandonar la empresa. Creedme, corréis á vuestra ruina.

—¿Estáis seguro de que triunfará la reacción?

—Sí. Si las ciudades de provincia se parecen todas á Marsella, á lo más la república durará dos ó tres años, y luego tendremos un dictador.

—Tal vez tengáis razón... ¿Rehusáis, pues?

—Eso no... si el pueblo cree necesitarme, acudiré al llamamiento, suceda lo que suceda.

—En tal caso, todo irá bien. Desde hoy, vuestro nombre estará en las listas preparatorias, y por cierto saldréis elegido.

—La libertad está enferma, hijo mío. Se me ocurre que asistiremos á su entierro.

—Si la matan, nosotros mataremos á sus asesinos. Será la guerra civil; las barricadas, sangre, muertes.

—¡Nada de violencias! No es lícito derramar sangre en nombre de la fraternidad.

Martelly fué profeta: no tuvo lugar su elección y además había vencido el partido reaccionario. De diez diputados elegidos, siete eran conservadores ó legitimistas, y sólo tres republicanos.

Pasaron dos meses, y llegó el de Junio.

Un día Mario encontró á Sauvairé en la Cannebière, vestido con el uniforme de capitán de la guardia nacional, del cual se envanecía mucho, aunque le molestara algún tanto, sobre todo la espada.

—¡He aquí mi joven amigo!—exclamó.

Mario le estrechó la mano sin responder, y Sauvairé le cogió por el brazo y púsose á pasear con él muy ufano por su traje militar y, sobre todo, por sus charreteras. Prosiguió diciendo:

—¿Qué os parece? ¿Os asombráis de que yo haya entrado en la guardia nacional? ¿Qué queréis? En estos tiempos difíciles, los buenos ciudadanos tienen deberes que cumplir.

—Efectivamente, son tiempos difíciles.

—¿Qué os parece mi uniforme? Mucho dinero han costado las charreteras.

—Estáis muy bien. ¿Y cuáles son vuestras opiniones?

—Creo que la república sea una cosa muy buena, pero ha de haber orden. Para mantener el orden fué creada la guardia nacional. A propósito... Decid á vuestro hermano que se está comprometiendo con esa multitud de descamisados, que le siguen por todas partes.

Si puedo seros útil en cualquier sarracina, estoy á vuestra disposición, ¿comprendéis?

Mario le dió las gracias, y se separaron.

Por la noche, el joven habló á Josefina y á su hermano del encuentro: les hizo reír, describiendo el continente triunfador del antiguo maestro.

Pero Felipe acabó por enojarse.

—¡Y á tales hombres está confiado el sosiego, la paz de la ciudad!—exclamó.—Esos señores llevan bonitos trajes y hacen papel de soldados. ¡Cuidado! tal vez se vean obligados á tomar el juego en serio. El pueblo es cansado de su vanidosa necedad.

—¡Calla!—dijo severamente Mario.—Aquellos hombres pueden parecer ridículos, pero matar á sus paisanos es un gran crimen.

Levantóse Felipe y dijo con mayor violencia.

—No son franceses tales muñecos. Los obreros, los trabajadores, consituyen la patria... el estado llano tiene armas, el pueblo no las tiene. El pueblo es custodiado á mano armada, como una fiera. Algún día la fiera enseñará los colmillos y devorará á sus guardas. He aquí todo.

Y subió apresuradamente á su habitación.

### La estrategia de Mateo

Mateo, era pues, un republicano puro, un radical con el cual no había que gastar bromas. Con la frente medio cubierta por la peluca rubia, meneaba la cabeza animadamente en los clubs, como una hacha de rojiza luz. Siempre era partidario de los procedimientos radicales y apoyaba todas las proposiciones que podían producir desórdenes en la ciudad. Concluyeron por tenerle respeto y temor, y escuchaban sus consejos con medrosa admiración. El día que siguió á las elecciones, no habló ni más ni menos que de incendiar á Marsella. Esto le dió gran popularidad entre los liberales exaltados.

Con frecuencia se tropezaba con Felipe, pero evitaba intimar con él; contentábase con vigilarle desde lejos y tomar nota de las calurosas palabras que á veces soltaba. Hubiese querido verle mezclado en alguna conspiración. Mientras el joven limitábase á declamar en los clubs y á asistir á los banquetes, á las manifestaciones populares, nada podía contra él. Por esto impelía á la guerra, á las barricadas.

Esperaba que, al primer fusilazo, Felipe bajaría á la calle, se batiría y que le condenarían como rebelde.

Además, la guerra civil entraba en los cálculos de Mateo: en una insurrección, mientras mataban ó apresaban á Felipe, era fácil apoderarse del niño, y así habría cumplido su promesa.

Tres meses habían transcurrido, y Cazalis se impacientaba.

Una noche Mateo entró en el gabinete del exdiputado, y dijo:

—Me parece que mañana nos batiremos. Tal vez los marseleses no se hubieran nunca atrevido, pero la visita de algunos parisinos les animó.

—¿Y qué quieren los obreros?

Mateo entonces le explicó la situación, que era gravísima. El mayor peligro procedía de los obreros de los talleres nacionales, cuya creación, en Marsella, debía acarrear desgracias sin remedio. Después del decreto del gobierno provisional, los únicos trabajos que se pudieron confiar al pueblo, fueron los de terraplenes necesarios para el canal, entonces en construcción, el cual lleva hoy día las aguas de la «Durance» á la ciudad. Allí había una multitud de trabajadores, empleados indistintamente en una tarea diferente de sus especiales oficios, que maldecían casi todos el pan que ganaban, manteniendo así un foco eterno de rebelión.

El día 20 de Junio, víspera de aquel en que Mateo refería lo dicho á su amo, se habían reunido los delegados de las corporaciones para discutir acerca de la oportunidad de una gran manifestación.

—Los delegados,—dijo Mateo,—me parecen prudentes, pero los obreros están demasiado irritados para no escucharles. Ya veréis cómo estallará la insurrección.

—¿Has tomado bien tus medidas?—preguntó Cazalis.—¿Estás seguro de que Cayol se comprometerá y podrás apoderarte del niño?

—Estoy seguro: nada temáis.

Mateo se retiró y fué recorriendo las calles para escuchar lo que decían. Una voz que iba cundiendo, le turbó: decían que el comisario del gobierno no parecía hostil á la manifestación, que no le desagradaba que á ella acudiese el pueblo.

Mateo se acostó desesperado.

Levantóse temprano, y fué á rondar cerca del palacio del gobernador. Era el 22. Vefase el edificio rodeado de tropas.

Mateo se alegró y dijo para sí:

—En seguida voy á buscar á los obreros.

Corrió al baluarte Chave, donde debía celebrarse otra reunión de delegados. Algunos declararon que los obreros por ellos representados habían ido al trabajo, como de costumbre. Mientras se retiraban aquellos hombres pacíficos, los que á todo trance querían la manifestación, excitados por Mateo, arrastraron á sus compañeros.

Formóse un núcleo, que fué siempre creciendo y acabó por ser una muchedumbre. El pueblo estaba lanzado, y no podía ya detenerse.

Quiso dar noticias á Cazalis como se lo había prometido. Tenía que pasar delante la casa de los Cayol, y vió salir, apresuradamente, á Josefina, llevando en brazos á José, los trajes de hombre, á los que el pueblo parecía obedecer. Púsose á seguir á la joven.

Ella bajó por la calle Breteuil, subió por la Cannebière hasta la plaza Real y se metió por las callejuelas de la ciudad antigua.

Mateo iba siempre detrás. Llegaron á la plaza de los Huevos. Allí desapareció Josefina en una casa, y Mateo quedó perplejo, tratando aprovechar de algún modo la precaución tomada por los Cayol.

Desde la víspera, Mario, avisado por su hermano de los desórdenes que podían ocurrir en las cercanías del palacio del gobernador, había resuelto no dejar á José en la casa de la calle Bonaparte. Tenía vagos temores, no bien determinados.

Los dos cónyuges eligieron, para refugio del niño, el antiguo y reducido domicilio de la ramilletera, en la plaza de los Huevos, ocupado aún por su hermano Cadet.

Mateo, después de dar dos ó tres vueltas debajo de los árboles, acercóse á un puesto de guardias nacionales, que estaba en un rincón de la plaza. Aquellos hombres pertenecían á una compañía republicana. El espía lo vió en seguida.

—Van á batirse, creo, delante de Gobernación,—dijo al teniente.

El teniente hizo como si nada hubiese oído.

—Este sería buen sitio para hacer barricadas,—continuó.

El teniente miró á su alrededor con complacencia, y acabó por hablar.

—Sí, sí,—dijo,—no habría más que tapar algunas calle-

juelas. Los obreros son nuestros hermanos, y contra ellos no lucharemos.

Mateo, al cual el teniente tomaba por trabajador de terraplenes, le estrechó la mano con fuerza y se alejó corriendo. La casualidad servía sus proyectos: ya tenía todo el plan formado. Llegó jadeante á casa de Cazalis.

—Todo va bien,—gritó,—respondo del triunfo.

Notó que el exdiputado llevaba puesto un uniforme de guardia nacional.

—¿Por qué ese disfraz?—preguntó con sorpresa.—Iba á aconsejaros no salir á la calle.

—No puedo quedarme inactivo,—respondió Cazalis;—estoy demasiado impaciente, quiero ver por mí mismo... Bajemos.

Bajaron, y Mateo refirió lo que había sucedido en la mañana. Acercándose á la Gobernación, oyeron un ruido sordo y terrible, el rugido naciente del motín.

## XIV.

## El motín

Mientras Mateo seguía á Josefina é iba á avisar al señor Cazalis, la columna de obreros bajaba hacia la Cannebière. Esta columna, procedente de la estación del ferrocarril, estaba compuesta á lo más de algunos centenares de trabajadores; pero avanzando, reclutaba al pueblo que encontraba á su paso. Hombres y mujeres, la población flotante de las calles, iba arrastrada por aquel torrente, que se precipitaba desde las alturas de Marsella. Desembocando la manifestación desde la calle Nuailles, extendióse por el Corso como una ola aterradora. Allí había millares de cabezas que se agitaban con ancho balanceo, semejantes á un océano humano.

Un ruido sordo, confuso, parecido á la ruda voz del mar, corría por entre las filas de aquella multitud. Además, tenía una calma espantosa. Adelantábase, sin levantar un grito, sin cometer un desperfecto, muda y sombría. Caía, rodaba sobre Marsella, parecía no tener conciencia de sus actos y obedecer á las leyes físicas de caída precipitada. Una peña enorme, lanzada desde la llanura, así habría rodado hasta el puerto.

En las filas dominaban las blusas blancas y azules. Había también faldas de mujer de vivos colores. De trecho en trecho, aparecían las manchas negras de las levitas, de los trajes de hombre, á los que el pueblo parecía obedecer. Y la multitud descendía la Cannebière, corriendo en-

tre las casas como agua viviente, llena de reflejos de varios colores, con rugido amenazador.

En la primera fila, en el centro de un grupo de obreros, andaba Felipe con la cabeza erguida, y la mirada resuelta.

Al entrar la columna en la calle de San Ferreol, hubo un ligero tumulto; se detuvo uno ó dos minutos, y luego volvió á reanudar la marcha.

En la esquina de una callejuela lateral, los obreros del primer grupo vieron á un hombre pequeño y delgado, el cual esperaba á la columna. Era Mario. Colocóse al lado de Felipe y siguió andando con los amotinados. Los dos hermanos cambiaron una expresiva mirada y nada más.

La ola humana siguió hasta la plaza de San Ferreol. A algunos metros de la plaza, un cordón de tropa cerraba la calle. La multitud carecía de armas y las bayonetas relucían al sol.

Murmullos de cólera y de sorpresa corrieron entre los primeros grupos, extendiéndose hasta el extremo de la columna, que estaba en la Cannebière.

Los obreros decían que pretendían degollarlos, que la manifestación había sido autorizada para matarlos á todos con más facilidad.

Mientras estos murmullos iban creciendo, cuatro delegados salieron de los grupos, pidiendo ser introducidos á la presencia del comisario del Gobierno, como había sido concertado la víspera. Acababan de desaparecer detrás de la línea de los soldados, cuando se produjo un hecho que tuvo sangrientas consecuencias.

El extremo de la columna, oyendo hablar de tropa armada, de bayonetas, y de matanza, imaginó que los obreros del primer grupo estuvieran degollados. Obedeciendo al movimiento irresistible de aquella masa de hombres, el grupo que rodeaba á Felipe tuvo que avanzar algunos pasos. Con los brazos cruzados sobre el pecho, para demostrar que no tenían pensamiento hostil, los obreros llegaron delante de los soldados. Viéndoles aproximarse, un oficial perdió la cabeza y mandó cruzar bayonetas.

Hubo un tentativa desesperada para retroceder, pero inútil: forzosamente los obreros fueron impedidos contra las puntas de las bayonetas.

El general que mandaba las tropas, hizo un ademán de

desesperación y dió la orden de levantar las armas: en aquel momento cuentan que una voz gritaba desde la plaza de San Ferreol:

—¡Pinchad, pinchad á esos canallas!

Desde las ventanas de un círculo aristocrático, unos caballeros aplaudían, viendo correr la sangre del pueblo.

A la orden del general, los soldados levantaron las bayonetas, retrocediendo lentamente. La multitud se detuvo, viéndose sin armas. De un extremo á otro, un estremecimiento sacudía la columna, que, fraccionándose, se dirigió á las calles laterales gritando:

—¡Venganza, venganza! ¡asesinan á nuestros hermanos!

Los obreros se alejaban buscando armas, sembrando el espanto y la cólera.

Cazalis y Mateo bajaban por la calle Bonaparte. El espía detuvo á un transeunte y le preguntó qué era lo que pasaba. El hombre contestó:

—Señor, se están matando; los soldados arrollaron al pueblo... ahora el pueblo pegará fuego á la ciudad: esto es casi seguro.

Y se fué corriendo.

—¿Qué os decía?—dijo Mateo á Cazalis.—Las circunstancias nos favorecen.

—¿Qué harás ahora?—preguntó el exdiputado.

—Muy sencillo. El pueblo está loco y se batirá donde yo quiera. Me falta tiempo para explicar el medio de que me valdré para satisfaceros. Ya que estáis disfrazado de guardia nacional, mezclaos con la tropa, que atacará una barricada donde yo sé.

—¿Para qué?

—Para verme trabajar. Si veis á Felipe á vuestro alcance, matadle en seguida.

Mateo se alejó rápidamente. En la calle Grignan, notó en la acera á los hermanos Cayol, que hablaban con animación. Mario decía:

—Ya ves: la insurrección que se prepara va á fracasar; un buen patricio debe evitar el derramamiento de sangre, sobre todo, siendo contrario al bien general. Mejor sirvo á la patria predicando la paz.

Felipe respondió:

—Han querido asesinar á nuestros hermanos y, queremos vengarnos. No me digas nada. Es inútil.

Se oyeron resonar tiros hacia el extremo de la calle San Ferreol.

—¿Oyes? allá voy. Si me matan, te recomiendo á José. ¡Adiós!

—Voy contigo,—dijo Mario tranquilamente. Cuando los dos jóvenes llegaron á la calle de Roma, la lucha estaba en su apogeo.

Mateo había llevado á los obreros hacia aquella calle. Pasaban tres carretas vacías. A pesar de los gritos del carretero, Mateo, el jefe improvisado del motín, mandó desenganchar y dijo:

—Llévate los caballos... el pueblo necesita las carretas.

Luego, dirigiéndose á los obreros y enseñándoles la calle de la Salud, que estaba enfrente, añadió:

—¡Pronto, derribad esas carretas y colocadlas á través de la calle!... Buscad en las tiendas vecinas, á ver si encontráis algo para reforzar la barricada.

En cinco minutos fué levantada. Componfase únicamente de las tres carretas y de algunos toneles vacíos.

Un silencio de muerte reinó luego: los obreros, de bruce en el suelo, esperaban. De pronto oyeron los pasos de una compañía, que apareció en la esquina de la calle de Roma. El capitán Sauvare que iba á la cabeza, se detuvo delante de la barricada. Una granizada de piedras cayó sobre los guardias: algunos quedaron magullados.

La compañía retrocedió. Un comisario salió de los grupos é hizo las intimaciones legales, en medio de un profundo silencio. Los insurrectos, agotada su provisión de guijarros, arrancaban los adoquines, preparándose á la lucha, sin escuchar las intimaciones.

Mientras se levantaban, el comisario se retiró, los fusiles se bajaron y una lluvia de balas pasó por encima de la barricada, pero no quedó nadie herido.

Mateo no estaba exento de terror. Mejor que cualquier otro, sabía que la barricada sería tomada tan pronto como quisiesen los guardias nacionales. Si caía en sus manos, todo estaba perdido.

Durante cinco minutos quedó inmóvil en su escondite. Continuaban los tiros. Sin embargo, uno de los obreros se decidió á arriesgarse al centro de la calle, para renovar la provisión de piedras.

Escurrióse detrás de la barricada, aprovechando todo lo que podía ampararle.

—Si aquel hombre,—pensaba Mateo,—pasa por delante de la brecha que le he dejado abierta, será cadáver en el acto: esto necesito yo.

El obrero, muy tranquilo, arrancaba los adoquines. Mateo le llamó con ademanes enérgicos. El hombre, sin desconfianza, creyendo que el jefe tenía algo importante que comunicarle, volvió á deslizarse á lo largo de la barricada. Llegó el momento fatal; encontróse frente el agujero. Ocho ó diez balas penetraron en su cuerpo, lanzándole al suelo. Retorciéndose atrozmente, quedó luego inmóvil.

Mateo entonces levantó un grito terrible, y los insurrectos, furiosos, se echaron al centro de la calle.

Cesó el fuego, pues los gendarmes creyeron que se rendían. El espía aprovechó la ocasión para apoderarse del muerto. Llamó á los obreros, cargóle sobre sus hombros y, poniéndose á la cabeza, gritó:

—¡Venganza! ¡La guardia dispara sobre hombres desarmados!

El grupo que conducía el cadáver, huyó por la calle de la Salud. Entonces llegaron los Cayol, encontrándose con la compañía de la guardia, que se estacionó entre los destrozados de las tres carretas.

Mario, reconociendo á Sauvairé, se le acercó para pedirle informes. Este le respondió:

—¿Comprendéis? unos canallas que nos atacan á pedradas. Ni fusiles tienen esos imbéciles.

—¿Pero qué ha pasado?

—Hemos matado á uno. Detrás de esas carretas había dos ó tres centenares de hombres, mil tal vez. Hemos vencido, después de una encarnizada lucha que duró una hora.

Mario fué á reunirse con su hermano.

—¿Qué ha pasado?—preguntó Felipe.

No respondió en seguida. No podía ocultar la muerte del desgraciado trabajador y vacilaba, previendo un terrible arrebato. Dieron algunos pasos en silencio.

—No respondes,—dijo Felipe sombríamente.—Detrás de las carretas hubo cadáveres, ¿no es cierto?

—Un obrero murió, uno solo.

—¿Qué importa el número?—interrumpió con violencia

el republicano.—Ahora está trazado mi deber... la lucha es inevitable... No exigirás que me quede tranquilamente en casa: sería un cobarde si tal hiciera... Demasiado vacilé; voy á reunirme con los que he jurado defender, si les atacaban.

Los dos hermanos, hablando, habían llegado á la calle San Luis. Una inmensa multitud los detuvo; allí resonaba el trueno del motín.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
TAMAYO MONTERREY, MEXICO

XV

### En que Mateo concluye de echarlo todo á perder

Los delegados, que habían logrado penetrar hasta el comisario del Gobierno, no pudieron alcanzar de él más que una carta en que daba satisfacción al deseo de los obreros de no trabajar más que diez horas cada día, pero llegaba tarde. Por más que los delegados la enseñaran á los grupos que encontraron, la palabra venganza sonaba en todos los labios, el pueblo declaraba que la sangre pedía sangre.

Además, como generalmente acontece, el mayor número ignoraba las causas de la lucha que se preparaba. Nada sabía gran parte de la población acerca del objeto del motín; en la atmósfera flotaba rabia y terror, y esto era todo. Mientras tocaban la llamada en las calles y los guardias nacionales se apresuraban á ocupar sus respectivos puestos, cada cual se interrogaba á sí mismo no sabiendo cual era el enemigo contra el cual se armaba. Una compañía

compuesta de mozos de carga, rehusó ponerse en marcha, habiendo oído decir que el enemigo era el pueblo; á pesar de las esperanzas, que tal vez se habían concebido, esos obreros no querían tirar sobre sus iguales.

Rebelábase el pueblo: he aquí la única certidumbre que cundía entre la multitud. ¿Por qué se rebelaba, qué quería? Nadie hubiera podido responder. Ya los mismos obreros no obedecían á los motivos que les habían llevado delante la Gobernación, dejábanse arrastrar por la cólera.

La plaza Real, que desde Febrero llamábase plaza de la Revolución, llegó á ser el centro del movimiento.

Algunas compañías republicanas tenían allí su plaza de armas. Tan pronto como la noticia del combate, que acababa de tener lugar en la barricada de la calle de la Paz hubo cundido entre los grupos estacionados en la calle y la Cannebière, se dirigieron los obreros en tropel hacia aquellas compañías republicanas y preguntaron si iban también á marchar contra ellos.

El general de la guardia hizo una tentativa. Metióse entre los obreros agolpados, con el objeto de apaciguar los ánimos por medio de palabras conciliadoras. Tan pronto como apareció lo rodearon grupos irritados, injuriándole y acusándole de todas las desgracias de aquella mañana. No se inmutó ni trató de defenderse: limitóse á prometer todas las posibles satisfacciones, suplicando al pueblo que no causara desgracias mayores.

Pero fué preciso que las compañías republicanas acudiesen en su ayuda.

Luego apareció un oficial de policía é intimó á la muchedumbre á dispersarse. Una compañía cerró la Cannebière en toda su anchura, otra se colocó en la acera izquierda. El movimiento nada provechoso produjo.

Los hombres que llevaban el cadáver del obrero muerto en la barricada, con Mateo á la cabeza, acababan de desembarcar de la calle de Aubagne. Todos los que seguían gritaban desaforadamente:

—¡Venganza, venganza!

Aquel espectáculo hizo enfurecer á la multitud. Sabía Mateo que en la calle y la Cannebière debían estar atestados de gente, y por esto guió allá el fúnebre acompaña-

miento. Atravesó la línea de los guardias nacionales, entrando en la plaza de la República.

Más terrible aun fué allí el efecto que produjo.

Entonces Mateo dejó perderse la comitiva en la ciudad antigua y volvió rápidamente hacia la calle de San Luis.

Atravesando esa calle, había notado en un café algunos guardias que allí se habían refugiado para no ser acuchillados por el populacho.

Ya suelto en la calle, mezclóse con los grupos irritados por la vista del fúnebre acompañamiento y dijo señalando á los guardias:

—Son nuestros enemigos. ¡Muera la guardia nacional! El grito fué repetido entre la multitud que se lanzó al café. Mateo gritaba:

—Necesitamos fusiles ¡tomémoslos!

Hacia un cuarto de hora que Felipe y Mario se encontraban á la entrada de la calle de Roma.

—¡Mira!—exclamó Felipe viendo que pasaban el muerto.

Cuando los guardias prepararon armas, desde el café, contra el pueblo, Cayol, sin hablar, corrió con el populacho á asaltar el café.

El, y Mario que no le había abandonado nunca entró también, casi al propio tiempo que Mateo. Las salas de arriba quedaron invadidas en un instante.

Los guardias no opusieron resistencia: los primeros que entraron les quitaron las armas.

Felipe habíase apoderado de dos fusiles: ofreció uno á su hermano.

Este rehusó, diciendo:

—Yo no peleo contra franceses.

Los insurrectos que se habían provisto de fusiles desarmando á los guardias, corrieron á mezclarse con las compañías republicanas. Detúvose Felipe delante de la Tondal de los Emperadores, á pocos pasos de Mateo.

En aquel momento el general hacía la tentativa de conciliación. El pueblo, engañado, veía en él la causa de todas las desgracias. Mientras pasaba delante de la fonda de los Emperadores, unos hombres cogieron su caballo, un grupo se formó en su alrededor, insultándole y amenazándole. Algunos guardias trataron inútilmente de abrirle paso:

Mateo miraba si el fusil que había tomado estaba cargado.

Ocultóse detrás de la multitud y tiró sobre el general: Levantóse un clamoreo. La bala le había tan sólo rozado la mejilla.

Otros tiros sonaron y cundió el pánico. Los insurrectos se alejaron gritando:

—¡A las barricadas! ¡a las barricadas!

Dispersáronse las compañías entre el torrente que las arrastraba. En menos de dos minutos la Cannebière y el Corso estaban desiertos.

Retiróse el general pálido y triste. Mateo había desaparecido como por encantamiento. Felipe, enojado, en vano había acudido al punto donde una ligera nubecilla de humo delataba la presencia del asesino: no había podido distinguir más que una forma vaga, que se inclinaba y huía.

Ya vacía la encrucijada, y tocándose la llamada en medio de las calles, Mario arrastró á su hermano por el lado de la plaza de los Huevos. Allí ocultábase su dicha. Entrando en la calle Mayor, vieron unos grupos de obreros que ocupaban la plaza y levantaban barricadas. Mario ahogó un grito de angustia.

Eran cerca de las doce del día.

## XVI

## Las barricadas de la plaza de los Huevos

Mientras un loco terror llevaba y dispersaba á la multitud, Felipe y Mario habían quedado algunos instantes cerca de la fonda de los Emperadores, amparados por el hueco de una puerta, para no ser arrastrados por la ola de los fugitivos.

Felipe sentía rebelarse en su pecho todos los sentimientos de lealtad recordando el cobarde asesinato, que acababan de intentar en la persona del general, y su hermano, que en su rostro leía la indignación, prometiase aprovechar tal circunstancia para ensayar, por última vez, de arrancarlo á la guerra civil.

Estando solos, preguntó:

—¿Sigues queriendo hacer causa común con esos traidores?

—En todos los partidos hay canallas,—contestó Felipe con voz sorda.

—Lo sé, pero una insurrección es fatalmente condenada, cuando empieza bajo tan tristes auspicios. Te lo suplico, vente conmigo, no te comprometas más. Josefina y el niño están refugiados cerca de aquí; vamos á reunirnos con ellos.

Y echaba á andar. Felipe lo seguía callando.

Llegaron los hermanos á la calle Mayor y, en la plaza de los Huevos, vieron á una multitud de obreros, que formaban apresuradamente barricadas.

Detúvose Mario desesperado. Josefina y el niño iban á encontrarse en medio de la insurrección, y Felipe, sin duda alguna, se batiría.

Este le dijo:

—¿Ves? la casualidad me lleva hacia los que habfa jurado defender... me batiré por la libertad y velaré por mi hijo.

Pasó por encima de los primeros obstáculos y se encontró en medio de los obreros, que le estrecharon calurosamente la mano. Mario subió corriendo á la habitación donde estaba su esposa con el niño.

El puesto de guardias nacionales ya se había retirado en silencio, pues ni querían asistir á la erección de las barricadas ni pelear contra los obreros.

Ya era suya la plaza, pero les faltaban materiales para levantar una barricada alta y sólida.

Mateo buscaba con la vista á Felipe y á Mario.

—Ya caeréis en la ratonera,—pensaba el bribón.

Los vió entrar pues en la plaza, á Mario subir á casa de Josefina, y á Felipe mezclarse entre los obreros.

Púsose á rondar próximo á Felipe.

Poco á poco, los insurrectos habían amontonado en la plaza bastante cantidad de materiales.

Las dos barricadas principales fueron construídas á la entrada de la calle Mayor, por el lado del Corso, y á la de la calle de Requis-Novis. Cuatro barricadas menos importantes fueron construídas á través de las calles Vieja de los Cueros, Luna Blanca, Vieja Ceca y Luna de Oro. Una sola quedó libre, la de las Marquesas, para dejar á los insurrectos un pasaje necesario á la calle Belzance, plaza de los Predicadores, y las callejuelas estrechas y torcidas de los antiguos barrios, por donde esperaban huir en caso de derrota.

Mientras Felipe trabajaba con los otros, oyó una voz, que le preguntaba con acento irónico:

—¿Queréis que os ayude, amigo?

Levantó la cabeza y reconoció á Giroussa.

Aquel hidalgo original, de corazón democrático, no vela con desagrado el movimiento popular; una sola cosa le chocó: el disparo contra el general.

Felipe lo miraba asombrado. Llevaba el conde debajo del brazo un enorme sable mohoso,

—¿Qué, sois de los nuestros?—preguntó el joven.

—Este sable me ha sido confiado para defender la libertad,—dijo el conde.—El que me lo dió me ha hecho jurar clavarlo en el cuerpo de los enemigos de la patria. Creo que no cumpliré el juramento, pero me sienta bien esta arma debajo del brazo.

—Aquí no estáis bien, conde,—replicó Felipe.—Se me ocurre que presenciáis la erección de las barricadas como los patricios romanos presenciaban en el Circo la muerte de sus esclavos.

—Tal vez estéis en un error.

Luego volvió á la plaza y encontró á Mario.

—Vuestro hermano,—le dijo riendo,—me aconseja refiarme. Tiene razón. Escondedme en alguna parte.

Mario lo hizo subir á la casa donde estaba Josefina y el niño.

Colocóse el conde en el descansillo del tercer piso, delante de una ventana que daba á la plaza.

Mario había bajado para suplicar á Felipe que subiese un momento á fin de dar valor á su esposa y al niño, que se morían de miedo.

Felipe se lo prometió.

Concluídas las barricadas, recomendó á los obreros hãcer ocupar las casas más próximas. Esperaba que retrocederían los sitiadores, si se podían abrumar con una lluvia de proyectiles desde las ventanas y los tejados.

Asegurándose Felipe que habían tomado tales disposiciones, fué á reunirse con su hermano. Logró dirigir él mismo á los hombres, que ocuparían la casa de Cadet.

Esta casa formaba la esquina de la calle Mayor y de la plaza de los Huevos, á la derecha, entrando por el Corso.

Preveía Felipe que la barricada atacada con más vigor sería la de la calle Mayor, y recelaba los peligros que correrían las personas allí refugiadas, durante la lucha.

Allí no dió entrada más que á hombres enteramente adictos, y les hizo jurar defender la puerta hasta el último respiro.

Después de haberlos colocado sobre el tejado y en las ventanas, volvió al descansillo, donde encontró al señor Giroussa, el cual le indicó una puerta.

—Os aguardan,—le dijo.

Mientras Felipe tomaba esas disposiciones, Mateo había

vuelto á subir á la escalinata, que estaba en el otro lado de la plaza.

Había visto al republicano asomado á las ventanas, y su silenciosa sonrisa de pillo reapareció como una mueca en sus labios.

**Lo que el previsor Mateo no había previsto**

Poco hablaron; pero estaban muy conmovidos todos. Felipe cogió á José y lo sentó en sus rodillas. Experimentó entonces un imprevisto enternecimiento.

—Os lo confío,—dijo á Josefina y á Mario.—Tal vez no vuelva á verlo, pero sé que tendrá padre y madre.

Mario calló. Comprendía que su hermano imaginaba cumplir un deber, y nada le dijo ya para detenerlo.

Josefina lloraba á lágrima viva.

Pareció Felipe hacer un esfuerzo para arrancarse de aquella estancia, donde cerníase una muda desesperación. Quiso huir de la tierna cobardía que de él se apoderaba: dió un último beso á su hijo y volvió á colocarlo en las rodillas de Josefina. Luego, andando con paso febril, como para sacudir sus pensamientos, se dirigió á la ventana que daba á la calle Mayor.

Entonces volvióse hacia la joven; después de haber mirado afuera.

—No debéis quedar en aquella silla,—dijo.—Colocáos al otro lado, lejos de la ventana. Aquí pueden penetrar las balas.

Detúvose y no pudo refrenar un gríto:

—¡La guerra es maldita! ¡Con ansia la llamé, y ahora hace peligrar á los que amo tanto!

Apretábase la frente con desolación. Iba á estallar en nerviosos sollozos, y dijo con voz bronca, andando hacia la puerta:

—¿Vienes, Mario?

Estando en el umbral, echó una última mirada á Josefina y al niño.

En el descansillo encontraron al señor Girousse, el cual parecía ocultarse mirando afuera.

—¿Conocéis á ese feo pajarraco?—preguntó indicando á Mateo.

Luego continuó:

—Hace media hora que estoy observando sus movimientos. No aparta la vista de esta casa: malas intenciones debe llevar.

—¿Es el hombre de pelo rubio?—preguntó Mario.

—Ese mismo,—replicó el conde.—Yo tengo un olfato especial para adivinar á los pillos.

—Yo conozco á ese individuo,—dijo Felipe.—Es un republicano exaltado. Le he oído decir cosas incendiarias... Confieso que siempre me ha sido antipático... Es cierto, está mirando todavía hacia este lado.

Una vaga desconfianza se apoderó del joven. Sospechó que Mateo sería tal vez un agente provocador, que impondría á los obreros á resoluciones extremas para entregarlos después á la policía.

Otros temores tenía Mario, pero no se atrevía á formularlos.

—Bajemos,—dijo á Felipe.—Es preciso saber por qué está mirando esta casa.

Se pasearon en la plaza por diez minutos, vigilando á Mateo y fingiendo ocuparse de otra cosa.

Cuando Mateo vió á los dos hermanos, abandonó la escalinata, aparentando un aire bonachón.

Tenía ganas de subir en seguida, poner una mordaza á Josefina y llevarse al niño. Lo que le apuraba era su peluca rubia, que le quitaba la libertad de acción; con aquel disfraz era imposible llevarse á un niño en los brazos. Felipe y Mario, viéndolo mirar en su alrededor recelosamente, adquirieron la certeza de que el señor Girousse no se

había engañado. Lo vieron entrar en una casa, y poco después salió de la misma Mateo, pero sin peluca.

Felipe lo reconoció en el acto.

—¡Canalla! es el espía, el mandatario, el corchete de Cazalis, el que trató robar á José en la casa de Ayasse.

—Los minutos son preciosos,—dijo Mario.—Cazalis no debe estar lejos. No podemos hacer arrestar á ese hombre acusándolo de un rapto, que todavía no ha cometido.

—Espera,—dijo el republicano:—tengo una idea.

Felipe corrió hacia un grupo de obreros, que le eran enteramente adictos. Les habló en voz baja y volvió á reunirse con Mario.

—Mira,—dijo;—está ya cogido.

Los obreros empezaron por dispersarse, y después, uno tras otro, rodearon á Mateo. Este, muy descuidado, los miraba tranquilamente.

Uno de los obreros, dijo:

—Este ciudadano no me es desconocido.

Otro, preguntó:

—¿Qué habéis hecho de vuestra peluca?

Todo el grupo aulló:

—¡Es un falso hermano, es un traidor!

Este grito cundió en la plaza, aumentándose rápidamente el grupo que rodeaba á Mateo. Uno de los insurrectos lo registró, encontrando la peluca rubia. Todos gritaron que era un agente provocador, que era preciso colgarle.

Mateo temblaba como un azogado. Felipe intervino, diciendo:

—Amigos, no lo matéis: basta con guardarlo de vista, tal vez nos sea útil más tarde... Pero, si trata de huir, metedle una bala en la cabeza.

Los obreros se apoderaron de Mateo y lo encerraron en un tenducho; uno de ellos quedó en la puerta con el fusil preparado.

Las reflexiones del prisionero eran bastante tristes, pero como ignoraba que Felipe lo había reconocido, no se desesperaba del todo. En el ataque de las barricadas, pensaba, que ya encontraría el modo de escapar.

Después del arresto de Mateo, reinó un silencio profundo.

De improviso, los que guardaban la barricada de la ca-

lle Mayor, vieron avanzar á dos personas, que penetraron en la plaza. Eran Martelly y el padre Chastanier. El armador corrió al encuentro de Felipe, y le dijo:

—¡Por compasión, si alguna influencia tenéis sobre esos hombres, apartadlos de una lucha fratricida!

—Hijo mío,—murmuró el sacerdote,—os suplico evitar el derramamiento de sangre.

—Ya no está en mi poder hacerlo,—respondió Felipe.—Están irritados, me escuchan solamente si les hablo de venganza. Ensayad vos mismo.

Poco á poco los obreros se habían aproximado. A ellos se dirigió Martelly, diciendo:

—Amigos, estoy encargado de anunciaros que serán cumplidos vuestros deseos: acabo de ver al comisario del gobierno.

Resonaron estas palabras en medio de un silencio aterrador. Después de un minuto, toda aquella multitud, como un solo hombre, gritó:

—¡Es demasiado tarde!

El padre Chastanier agotó en vano toda su elocuencia, y lo mismo pasó al armador.

Los dos volvieron desesperados al lado de Felipe, el cual hubiese deseado verles alcanzar su objeto, pero no se atrevía á secundarlos.

—Os había avisado,—dijo—que toda tentativa pacífica es inútil. El pueblo quiere batirse y se batirá. Dejados plir con nuestro deber.

Detúvose escuchando. Un ruido sordo, un chis-chas de armas lejano procedía de la calle Mayor.

—He aquí la tropa y la guardia nacional,—dijo con tono grave.

Alejóse aprisa, después de haber estrechado la mano de Mario, el cual volvió á subir al lado de Josefina. Martelly y el padre Chastanier se dirigieron á la barricada de la calle Mayor; detrás de ella colocóse Felipe.

Otra vez prodújose el silencio, y en medio de ese fúnebre silencio, oíanse los pasos pesados de los soldados. Los insurrectos, agachados, ocultos, esperaban,

## XVIII

## El ataque

Debido á su uniforme de guardia nacional, Cazalis pudo seguir todas las fases del motín. Desde la mañana, cuando Mateo se había separado de él delante la Gobernación, habíase escurrido entre las filas de la primera compañía que había encontrado. Era la de Sauvaire, y así el exdiputado presenció la pelea de la calle de la Salud.

Vagamente conocía los planes de Mateo. La curiosidad le hizo seguir todas sus maniobras. Después de la toma de la barricada, con la compañía de Sauvaire llegó á la Cannebière y fué testigo de los desgraciados acontecimientos que allí tuvieron lugar. Cuando vió pasar al fúnebre acompañamiento, conducido por el espía, comprendió que la lucha llegaba á ser inevitable, y recordó la cita que le había dado su mandatario.

Peró quedó sumamente perplejo cuando el pánico hubo dispersado la multitud. Aconsejábale la prudencia no separarse de sus nuevos compañeros de armas. Durante casi dos horas, quedó en la plaza de la Revolución con la compañía, que esperaba órdenes para marchar.

Un hombre á caballo trajo una orden, que Sauvaire comunicó á los guardias en estos términos:

—Amigos, la patria os necesita. ¡En marcha!

Asombróse Cazalis viendo que la compañía daba la vuelta á la izquierda, en lugar de dirigirse á la calle de Roma, pero llegando á la altura de la calle Mayor, vió la

barricada. Esto le bastó: era puntual á la cita. Esperó los acontecimientos. El curso Belzance estaba lleno de tropas. Al llegar Sauvaire, el comandante, que había recibido la orden de atacar la barricada, conferenció brevemente con el capitán.

—Os he esperado,—dijo á Sauvaire;—tengo orden de obrar con el mayor miramiento, y recelé que la vista de la infantería irritara más á los obreros. Vale más que la guardia nacional se presente primero y ensaye un último esfuerzo para la conciliación. Hablad á los insurrectos como paisano suyo.

Imaginó entonces Sauvaire que la suerte de Francia estaba en sus manos.

Formó la compañía en columna y penetró resueltamente en la calle Mayor.

A cincuenta pasos de la barricada, gritó:

—¡Alto!—y se adelantó solo.

Al grito se mostraron unos quince insurrectos. El antiguo maestro tuvo miedo viendo relucir los fusiles, pero su vanidad triunfó y dijo con voz bastante firme:

—¡Diablo! no tiréis; yo soy un amigo... Todos somos marseleses, y no es posible que nos degollemos en familia. ¿No sois todos unos buenos muchachos? Deponed las armas y vámonos luego á nuestros quehaceres.

—¡Es demasiado tarde!—fué el grito unánime.

—Nunca es tarde para obrar con cordura,—replicó Sauvaire.—Yo, en vuestro lugar, volvería al deber. Ya os habrán dicho que el comisario promete daros plena satisfacción. ¿Qué queréis más?

—¡Queremos sangre! ¡Retiraos!—gritaron los insurrectos. Sauvaire seguía atentamente los movimientos de los obreros. Una voz fuerte gritó desde la barricada:

—¡Cuidado! ¡agarraos!

Sauvaire y los guardias siguieron el consejo.

Una descarga, procedente de la barricada y de las casas próximas, pasó por encima de los sitiadores con terrible estruendo.

Sauvaire fué á reunirse con la compañía, que se formó cien pasos más lejos.

Martelly era el que había avisado oportunamente á los soldados. Los obreros, viendo inutilizado el fuego, lo rodeaban con furor, pero Felipe lo salvó, mandando á dos

insurrectos apoderarse de su persona y de Chastanier, y guardarlos de vista. Fueron llevados al tenducho donde ya estaba Mateo.

Avanzaban las tropas. El comandante había dado la orden á la infantería de tomar la barricada por asalto. Con los militares iban mezclados algunos guardias nacionales; entre ellos Cazalis. Como vió á Felipe en lo alto de la barricada misma, esperó matarlo.

Mientras iba á lanzarse la nueva columna, rechazó una descarga, que resultó mucho más fatal que la primera. Más de treinta hombres quedaron fuera de combate.

El comandante mandó entonces echarse á los lados, á lo largo de la calle Mayor. Los fusilazos se sucedían irregularmente.

Sauvaire habíase refugiado en el hueco de una puerta. Ya empezaba á desagradarle el oficio. Sentía compasión por los que veía caer en su derredor, y miedo por sí mismo.

En el mismo sitio habíase amparado Cazalis. Reconoció el capitán, estaba enterado del odio que el exdiputado profesaba á los Cayol, y viendo á Felipe en la barricada, todo lo comprendió y púsose á vigilarlo.

Irguióse el republicano para recargar, el legitimista tiró, pero Sauvaire, fingiendo dar un traspies lo empujó y la bala fué á aplastarse en la fachada de una casa.

No se atrevió á injurarlo Cazalis, pues voluntariamente se había colocado bajo sus órdenes. Puso otro cartucho en el fusil.

Así continuó la lucha media hora, y podía durar hasta la noche. Aquel fuego de escaramuza era más fatal que un ataque decisivo.

Mario bajó á la calle al primer tiro.

No habiendo podido impedir la lucha, quería de alguna manera ser útil á los combatientes. Cuidóse de establecer una suerte de hospital militar, y ocupóse activamente en el transporte de los heridos.

De pronto oyó un gran ruido por el lado de la calle de la Luna de Oro y de la antigua Ceca. Vió á los soldados y guardias nacionales desembocar por dichas calles é invadir la plaza.

Mario, á la vista de los uniformes, comprendió que su

hermano estaba perdido, si no lo salvaba en el acto de ser arrestado.

Corrió á la barricada. Felipe ni siquiera notó que la tropa había penetrado por otro lado. Dirigiéndose los dos hermanos á la casa de Cadet, pero como vieron que les faltaría el tiempo para llegar, echáronse en una casa de enfrente. Allí encerrados, no se atrevían á comunicarse sus temores por el niño y la esposa de Mario.

En la plaza reinaba un espantoso tumulto. Los insurrectos, imitando á Felipe y á Mario, se refugiaron en las casas.

Las columnas que atacaban las barricadas de la calle Mayor y de la calle Requis-Novis, se sorprendieron al ver suspendido el fuego. Luego, comprendiendo lo que pasaba, habían abandonado las barricadas abandonadas, y fueron á reunirse con los vencedores. Así la plaza estaba llena de tropas, que se preparaban á sitiar las casas, en medio de un ensordecedor estruendo.

Entonces, el insurrecto que guardaba á los tres prisioneros en el tenducho, huyó. Mateo escurrióse entre la multitud y desapareció; mientras Martelly y Chastanier, tristes, inmóviles, estaban en el umbral, recelando terribles represalias. Y de vez en cuando, la cabeza curiosa de Girousse mostrábase en la ventana, que no había dejado desde el principio de la acción.

### En que Mateo coge por fin á José en brazos

Sauvaire había perdido de vista á Cazalis, penetrando en la plaza. Enfurecíase por no saber donde podía estar, después de haberlo vigilado una hora entera en el hueco de una puerta. Ya no pensaba el buen hombre en que era capitán: una idea fija tenía, la de acudir en socorro del hermano de Mario.

Daba vueltas por la plaza, inquieto, cuando de pronto se le ocurrió que Felipe debía haberse escondido en la antigua morada de Josefina. Miró la casa y vió la cabeza del señor Girousse.

—¡Bajad pronto!—gritó el anciano conde;—¡bajad á abrir la puerta!

Girousse estaba muy inquieto por la suerte de Felipe. Resolvió bajar, pues sabía que los dos hermanos se habían refugiado en la casa de enfrente, y esperaba poderlos ayudar de alguna manera. Pero abajo, en el pasillo, tropezó con unos insurrectos, que no le dejaron salir, habiendo corrido los terrojos. Logró en fin que entornasen la puerta. Echáronle afuera y se encerraron de nuevo.

Sauvaire y Girousse se encontraron cara á cara.

—¡Diablo!—exclamó el exmaestro,—debíais dejar la puerta abierta. Os haré arrestar.

El hidalgo miraba al capitán con curiosidad.

—¿Queréis hacerme arrestar?—preguntó.—¡Bueno! arres-

tadme vos mismo y llevadme al lado de las personas que están allí.

Indicaba á Martelly y al sacerdote. Sauvaire le acompañó y ofreció sus excusas cuando supo que había puesto la mano encima de un conde, de un rico propietario.

Luego Girousse, hablando en voz baja, explicó la situación al armador y al cura.

—Nada hemos visto,—dijo Martelly.—Nos habían encerrado con un hombre de muy mala facha. ¿Decís que los hermanos están en aquella casa?

—Sí. Lo peor es que en esa otra han dejado á la mujer de Mario y al niño.

Fué dada en aquel momento la orden de tomar por asalto todas las casas cerradas. Se adelantaron unos zapadores, que atacaron las puertas á hachazos.

Sauvaire, que quería alejar á los soldados de la casa donde suponía estuviese escondido Felipe, reunió á sus hombres, colocándolos en el lado opuesto de la plaza, y les hizo registrar otras moradas. Tuvo el valor de ver partir un fusilazo de la casa que quería proteger. Quedó herido un teniente, y la tropa se abalanzó hacia aquella puerta.

—¡Imbéciles!—murmuró Sauvaire.

Mientras esto estaba pasando, Cazalis y Mateo hablaban con animación en la plaza.

—¿A dónde llevaste al niño?—preguntó Cazalis.

—Vais muy deprisa... No tardaré mucho en entregároslo... allí está, en aquella casa, cuya puerta están haciendo pedazos. Conmigo han encerrado, no sé por qué, á dos amigos de Cayol. Mirad, allí están. Temo que nos estorben.

Cazalis reconoció á Martelly y al cura. No vió á Girousse, pues le daba la espalda.

—Creo que no estén aquí por nosotros. ¡Mano á la obra, Mateo! Doblaré tu recompensa.

—Nada temáis.

—¿Y Felipe dónde está?

—Ya lo habrán arrestado. De todos modos, no se escapará, pues en la casa debe estar, si no lo han cogido. Pero ya cede la puerta. Voy allá. Como tenga el niño, seguidme rápidamente.

Era cierto que la puerta cedía, pero resistían aún los cerros y los cerrojos.

Sauvaire miraba ansioso. Quería reunir á sus hombres y entrar antes de todos. Una mano le tocó el brazo. Era Cadet.

—¿Qué sucede?—preguntó con voz ahogada.—¿Habéis visto á mi hermana? Desde esta mañana, yo y mis hombres estuvimos consignados. Ahora solamente he podido escaparme. Acudí á la casa de mi hermano político: no hay nadie.

—Pues toda la familia estará en esa casa.

—¿Lo creéis así?

—No sé. Otra cosa: el enemigo ronda en la plaza.

—¿Qué enemigo?

—Cazalis, disfrazado de guardia nacional.

Cadet se estremeció. Vió que la puerta estaba forzada.

—¡Corramos!—exclamó.

Una multitud de soldados penetró en la casa. Desde la escalera partieron tres ó cuatro tiros, y los sitiadores retrocedieron en desorden.

Los insurrectos, después de quemados sus últimos cartuchos, subieron al tejado.

Pasado el primer pánico, los soldados avanzaron, y no encontrando resistencia, invadieron la casa, registrando todos los rincones.

Ni Sauvaire ni Cadet lograron pasar en un principio. Con gran dificultad llegaron al tercer piso y allí fueron cogidos por un hombre que se escapaba. Llevaba un niño en brazos. Ellos lo creyeron un inquilino medroso, que huía llevándose á su hijo. Con tal rapidez marchaba, ocultando á medias á José bajo la levita, que Cadet no pudo ver su rostro; volvióse el joven, avisado por un vago presentimiento, pero el individuo había bajado ya cinco ó seis escalones.

El hermano de Josefina, empujado por Sauvaire, que nada había visto, continuó subiendo y pronto se encontró delante de la puerta del reducido domicilio.

Estaba abierta de par en par. En medio de la primera pieza yacía Josefina desmayada. José había desaparecido.

## XX

### Cómo el insurrecto Felipe disparó un último tiro

Terribles habían sido las angustias de Josefina durante la lucha. Cada fusilazo la hacía estremecerse, pensando con espanto que la bala tal vez había matado á uno de los suyos. Hubiera querido estar en la calle, participando de los peligros de Mario y de Felipe. Pero la presencia de José la obligaba á estar encerrada en aquella habitación, donde se moría de inquietud.

El pobre niño estaba pálido y apretaba los dientes, no pudiendo llorar. Con el rostro en las faldas de la joven, estrechándole el talle con sus bracitos, permanecía inmóvil.

Varias veces entraron por la ventana las balas, causando desperfectos en los muebles, hundiéndose en las paredes. Josefina miraba, como atontada, los agujeros que producían, se hacía pequeñita, apretaba más estrechamente á José en sus brazos.

Más de una hora duró aquel suplicio. Por el tumulto que venía de la plaza, conjeturó que las barricadas acababan de ser tomadas.

Como el fuego había cesado, arriesgóse á asomarse á la ventana. Mientras miraba á la plaza, vió á los soldados lanzarse á la casa. Resonaron los hachazos. José se puso á llorar; su espanto, mudo hasta entonces, estallaba en gritos.

La joven perdió la cabeza: corrió á la escalera para reunirse con Mario y Felipe, pero no había llegado al segundo piso cuando oyó que caía la puerta hecha pedazos. Quedó vacilante; no tardaron en acercarse los sitiadores. Mateo subió el primero, ella pensó en huir, entró en la habitación, pero antes que pudiese encerrarse, el bandido le arrancó á José. La infeliz, viéndose arrebatada al niño cayó desvanecida.

La casa, en la cual, Mario y Felipe se habían refugiado, por una dichosa casualidad, no había sido invadida por los insurrectos. Tan pronto como entraron, corrieron los cerrojos.

Felipe dijo:

—¡Escucha! derriban una puerta. Subamos al primer piso.

Llegando, se asomaron á la ventana del descansillo y vieron con angustia que la casa sitiada era la de enfrente.

Seguían con la vista el trabajo de los zapadores, y Felipe exhaló un grito de furor, descubriendo á Mateo á la cabeza de los sitiadores.

—¡Allí está,—gritó,—para robar á José!

Mientras se volvía, otro grito se le escapó de los labios. Indicó á Mario á un guardia nacional, medio oculto detrás de un árbol. No pudo más que pronunciar este nombre con voz ahogada:

—¡Cazalis!

Preparó el fusil, pero Mario se lo arrancó de las manos, y exclamó:

—¡Sería un asesinato! Subamos más arriba.

Llegaron al tercer piso y desde allí presenciaron el rapto. Entonces Mario devolvió el fusil á Felipe.

Cuando Mateo pasó delante de la casa, sonó un fusilazo. El ruido del golpe hizo levantar la cabeza á Sauvaire y á Cadet, que socorrían á Josefina. Vieron entonces á los dos hermanos asomados á la ventana, y el capitán dejó escapar una exclamación de alegría: sabía ahora donde estaban los que él quería proteger. Cadet tuvo la revelación de lo que había pasado; bajó precipitadamente y encontró á Mateo con la cabeza destrozada. Se apresuró á recoger al niño. Ya había subido algunos escalones, cuando se le ocurrió una idea repentina. Bajó nuevamente y registró al cadáver. Apoderóse de todos los papeles que llevaba encima,

pues podían servir de mucho. Subió después aprisa, y entrando en su cuarto, vió á Sauvaire muy apurado, pues no sabía qué hacer para devolver á la joven el conocimiento.

El buen hombre habíase contentado con acostarla en su cama; Cadet puso á José al lado de su hermana. El niño la colmó de caricias, y Josefina abrió los ojos. Creyó salir de una pesadilla cuando vió á José, pero volvió á palidecer, preguntando:

—¿Dónde están Mario y Felipe?

Cadet le indicó á los dos hermanos, todavía asomados á la ventana.

Martelly, Chastanier y Girousse, subieron para proteger á la joven.

El último exclamó:

—Cazalis es un canalla: de él me encargo yo... Pero antes de todo, preciso es pensar en salvar á Mario y á Felipe de las pesquisas de la tropa.

—Sólo hay un medio de salvación,—dijo Martelly;—huir por los tejados.

—Imposible,—respondió desolado Cadet.—La casa es mucho más alta que las próximas... Están perdidos.

Girousse preguntó á Sauvaire, que Cadet le había presentado como amigo:

—¿No podéis detener á vuestros hombres?

—Eso no,—dijo el capitán,—pero tengo una idea. Cadet, vente conmigo.

Los dos bajaron aprisa. Al cabo de cinco minutos, volvieron cargados con dos fardos de ropa.

Cadet, hizo una seña á Mario y á Felipe para que abriesen la ventana, detrás de la cual, se ocultaban á medias. Cuando estuvo abierta, el joven les lanzó los dos fardos con fuerza y destreza raras. Los soldados, ocupados en mirar si la puerta cedía, no notaron aquellos bultos negros que pasaban sobre sus cabezas.

Sauvaire y Cadet habían ido á un hospital de sangre, donde habían llevado á unos doce guardias heridos, y se apoderaron tranquilamente de dos uniformes completos, en medio del tumulto ocasionado por la asistencia y las amputaciones.

Felipe y Mario se apresuraron á ponerse los disfraces. Apenas hubieron arrojado sus propias prendas por una ventana que daba á un patio, oyeron crujir la puerta de

la calle. Mezcláronse entre la multitud de los sitiadores, que entraban en tropel. Fingieron por algunos minutos, ayudarles en su registro que, naturalmente, resultó inútil; luego, sin mostrar apresuramiento, salieron á la calle.

Allí encontraron á Girousse y á Sauvaire. Un poco más lejos, en la plaza, estaban Cadet, Josefina, Martelly y el padre Chastanier. La joven, llevando á José en los brazos, quería volver en seguida á su casa de la calle Bonaparte. Alejóse tan pronto como vió á Mario y Felipe.

Girousse se había encargado de llevar á los dos hermanos.

Felipe y Mario estrecharon con fuerza la mano del capitán, sin poder formular una frase de agradecimiento.

—Es un deber servir á los amigos,—dijo el buen hombre.

Girousse y los hermanos se alejaron en seguida.

Sauvaire, mientras trataba de reunir á sus hombres, descubrió á Cazalis. Fingió no haberlo visto y vigiló sus movimientos.

El exdiputado acercóse cautelosamente al cadáver de Mateo, registró sus bolsillos, y al ver que estaban vacíos, hizo un ademán de rabia y alejóse con rapidez.

Eran las cuatro de la tarde. Muchos obreros fueron arrestados.

Registradas las casas, destruídas las seis barricadas, la fuerza armada ocupó militarmente la plaza de los Huevos.

Por la noche, Girousse fué á casa de los Cayol, donde la familia estaba reunida, y ofreció llevarse á Felipe á Lambesc, y ocultarlo en una finca suya, lo que fué aceptado con agradecimiento. Hasta al día siguiente, el republicano, quedaría en casa de Martelly.

Cuando ya no estuvo allí, Girousse tuvo una larga conferencia con Mario acerca de Cazalis. Cadet había entregado á su hermano político los papeles de Mateo, y entre ellos, la carta que el espía había exigido al exdiputado, en la cual, le prometía una cierta cantidad por el rapto de José. Aquel documento era un arma terrible.

Al día siguiente, Girousse, fué á casa de Cazalis, y con él quedó encerrado dos horas. Los criados oyeron voces irritadas, pero nunca fué sabido lo que hablaron los dos hidalgos. Es probable que Girousse reconviniere cruelmente á Cazalis por su indignidad, para alcanzar de él solemnes promesas de no perseguir nunca más á los Cayol.

En ese negocio, la nobleza ocultó sus vergüenzas en familia.

Al retirarse Girousse, notaron los criados que su amo le acompañaba humildemente, con los labios apretados y sumamente pálido.

Una hora después, el anciano conde y Felipe, en un birlocho, iban camino de Lambesc

## XXI

## El duelo

Un año después de los sangrientos acontecimientos que acabamos de relatar, un nuevo soplo de muerte pasó sobre Marsella. El azote acudía por todas partes.

Ya no se trataba de algunas docenas de heridos: los hombres caían á centenares. El cólera había llegado en pos de la guerra civil.

Dolorosa historia sería la de las numerosas y terribles epidemias que han asolado á Marsella. La situación de aquella ciudad en un clima caluroso, sus continuas relaciones con el Asia, la suciedad de sus antiguas calles, todo parece fatalmente señalarla como un foco de infección, donde las enfermedades contagiosas cunden con espantosa rapidez. Tan pronto como llega el verano, está amenazada. Por la menor negligencia, si queda abierta la entrada al contagio, pronto invade todo el litoral, y, desde allá, la Francia entera.

La epidemia de 1849, fué relativamente benigna. Preten-

ñeron que aumentó por el desembarque de un convoy de soldados enfermos, procedentes de Roma y de Argel.

Las pasiones políticas peusaron al gobierno republicano por un decreto fechado en 10 de Agosto, que autorizaba á los barcos procedentes del Levante á entrar inmediatamente en el puerto, por la declaración de los médicos de á bordo.

El pánico fué general; los que pudieron, todos abandonaron la ciudad. Llenáronse las próximas campiñas de fugitivos. Marsella quedó casi desierta.

Unicamente los valerosos, que combatían ó despreciaban la epidemia, quedaron en la ciudad, y los pobres diablos, obligados á permanecer en sus puestos, á pesar del miedo que experimentaban.

Mario hubiera querido ayudar de alguna manera á sus paisanos desamparados, pero los ruegos, las lágrimas de su esposa le obligaron á alejarse de Marsella.

La familia refugióse en el barrio de San Justo, en una quinta que alquiló próxima á la antigua morada de los Cayol.

Tan pronto como Felipe supo que su hermano, con Josefina y el niño estaban en el rastro de Marsella, despidióse afectuosamente de Girousse y acudió para abrazar á su hijo. Quedó con la familia, pues el cólera había echado al olvido la insurrección, nadie pensaría en arrestarle, á tal distancia de Marsella.

Empezó entonces para todos, una vida tranquila y feliz.

Salían muy poco, y las dos primeras semanas transcurrieron en una paz profunda.

Una mañana, Felipe, el cual, toda la noche, había soñado el pasado, dijo que quería dar un paseo.

Llegando al bosquecillo de pinos, pensó en aquel día del mes de Mayo, en aquella tarde fatal, que arrojó á Blanca en sus brazos y fué causa de tantas desgracias.

De pronto, vió en medio del sendero, á Cazalis, el cual, fijaba en él miradas llenas de odio y amenaza.

Fué uno de los primeros en abandonar la ciudad. Vivía ahora en su finca del barrio de San José.

Después de su conferencia con Girousse, quedó sumergido en tétrica melancolía, untrumpida de vez en cuando por aterradores accesos de cólera.

Miráronse aquellos dos hombres unos instantes mutuamente:

—Es preciso que desaparezca uno de los dos.

—Lo mismo pienso yo,—respondió Felipe.

—Tengo armas en aquella casa. Esperadme. Vuelvo en pocos minutos.

—De esta manera no podemos batirnos. Necesitamos testigos.

—¿Dónde queréis tomarlos?

—En dos horas, cada uno de nosotros podemos estar de vuelta de Marsella con dos amigos.

—Está bien. La cita será á las doce, en este mismo sitio.

—En este mismo sitio.

Felipe corrió á Marsella. En el Boulevard encontró á Sauvaire, el cual, andaba á grandes pasos.

—No me detengáis,—dijo á Felipe.—Vuelvo aprisa á las «Aygaldes»... aquí los hombres caen muertos como moscas. Ayer hubo ochenta.

Felipe, sin escucharle, le dijo que iba á batirse con Cazalis y que necesitaba fuera uno de los testigos.

—¡Cazalis!—exclamó Sauvaire.—Con mil amores.

Fueron juntos á casa del señor Martelly, cuya valerosa conducta, excitaba en Marsella la admiración general. El armador, una vez enterado, opinó el duelo necesario... Triste y necia preocupación, de la que tampoco están exentas las almas más rectas y bondadosas.

—Estoy á vuestra disposición,—dijo.

Los tres hombres subieron á un coche de alquiler, y, pocos minutos antes de las doce, entraron en el bosquecillo de los pinos, donde esperaron á Cazalis.

Llegó por fin. No encontrando á ninguno de sus amigos, entró en un cuartel, donde dos sargentos consintieron en acompañarle al terreno.

Los pasos fueron contados, las armas cargadas, sin que los testigos intervinieran para evitar el combate.

Colocados frente el uno del otro, Felipe, que la suerte había favorecido, levantó el arma, pero el recuerdo de Blanca le causó tal emoción, que descargó con mano temblorosa.

La bala, mal dirigida fué á romper la rama de un pino.

Cazalis, con ojos llameantes, disparó á su vez.

—¿Dónde estáis herido?—preguntó Sauvaire afligido.

—Muerto estoy,—respondió Felipe.—Este sitio debía serme fatal.

Y perdió el sentido. Consultáronse los testigos. En su apresuramiento, no habían pensado en traer un médico. Era necesario transportar al herido á Marsella, lo más pronto posible.

—Le colocaremos en el coche,—dijo Martelly;—yo le conduciré al hospital, pues allí tendrán los más inmediatos socorros. Corred mientras tanto para avisar á su hermano. Haced de manera que Josefina ni el niño se enteren.

Así se hizo. El armador recomendó al cochero que fuera despacio. Había colocado un pañuelo en la herida, pero temía que Felipe sucumbiese antes de llegar.

Llegaron por fin. Allí, estando casi completamente llenas las salas, opusieron dificultades para recibir al herido, aunque acabaron por admitirle. Pero, como por la razón dicha, faltaba sitio, le colocaron en una sala de enfermos atacados de cólera. El médico, que le visitó á su ingreso, sacudió la cabeza diciendo:

—Ya pueden colocarle donde quieran: lo mismo da.

Martelly no quiso separarse de él hasta ver llegar á Mario. Unas religiosas andaban entre las camas ayudando á los facultativos.

Martelly sentóse al lado del colchón, sobre el cual, habían acostado á Felipe.

Una de las religiosas, á pocos pasos de distancia, consolaba, con tiernas palabras, los últimos instantes de un anciano. Como no era nuevo aquel rostro para él, aunque contraído por la agonía, se aproximó y no tardó en reconocer al cura Chastanier. El sacerdote moría, víctima de su ardiente caridad. Asistía á los enfermos pobres, no tomaba el necesario reposo, vendió cuanto poseía para socorrer á los desamparados, y, cuando nada tuvo, púsose á mendigar la caridad de los ricos para sus desvalidos hermanos.

Bajando de una casa de la ciudad vieja, un terrible ataque de cólera le había acometido en la calle. Le llevaron al hospital. Sufría con resignación y serenidad.

Reconoció al armador. Levantó una mano, señalando el cielo.

Murió en aquel momento, y Martelly le contemplaba en silencio. Luego volvió á sentarse al lado de Felipe.

La hermana, después de breve oración, arrodillada cerca del muerto, se levantó y acercóse para ver si podía hacer algo en socorro del herido.

Apenas hubo echado una mirada á Felipe, quedó oprimida por dolorosa emoción. No apartaba la vista de aquel rostro, que parecía el de un cadáver.

Mario y Sauvaire entraban en la sala.

El primero, sollozando, imploró al médico que salvase su hermano.

Aquel llamamiento, lleno de dolor, de violencia, persuadió al facultativo, á examinar otra vez la herida. El moribundo gritó, estremeciéndose la hermana y aproximóse á la cama.

Mario la vió.

—¿Qué hacéis aquí?—preguntó con indignación;—vuestro maldito amor, vuestra traición han sido la causa de todas las desgracias de mi hermano. Sois la digna sobrina de vuestro infame tío.

La religiosa miraba á Mario con ademán de humilde súplica, pero ni siquiera pudo decir una palabra.

—Perdonadme,—dijo él en seguida;—el dolor me enloquece. Pero apartaos, la emoción le haría daño.

Retrocedió Blanca, obedeciendo á la indicación de Mario, y el cirujano terminaba la cura.

Felipe abrió los ojos y vió á su hermano.

—No veo á José,—dijo.—¿Dónde está?

—Ya vendrá luego,—respondió Mario.

—Quiero verle... en seguida.

Cerró otra vez los ojos.

—¿Queréis que vaya á traer al niño?—preguntó Sauvaire, el cual no se encontraba á gusto entre tantos enfermos de cólera, pero no se atrevía á marcharse.

Mario admitió el ofrecimiento con premura y el exmaestro partió corriendo.

Sin duda Felipe le había oído. Volvió á abrir los ojos y dirigió á su hermano una mirada de agradecimiento. Luego miró al otro lado, y su rostro se animó con expresión de dichoso éxtasis: acababa de ver á Blanca, que se había aproximado oyendo su voz.

—¿He muerto ya?—murmuró.—¡Querida, amable visión! Y se desmayó por segunda vez.

## XXII

## El castigo

Estando ya lejos el coche que llevaba á Felipe, Cazalis dió las más expresivas gracias á los sargentos que le habían servido de testigo.

—Señores,—dijo,—perdonad la molestia que os he causado y permitidme que os lleva de nuevo á Marsella.

Los sargentos rehusaron cortesmente, dijeron que muy bien podían volver solos á la ciudad, pero Cazalis insistió. La verdad, quería saber si Felipe había muerto. No osaba alegrarse mientras su enemigo no estuviera clavado en el ataúd.

Desembocando el coche que conducía al exdiputado, y á sus testigos en la calle de Aix, fué detenido por la procesión, que volvía la imagen de nuestra Señora de la Guardia patrona de Marsella á su iglesia.

En las calamidades públicas, los habitantes la llevan por las calles, póstranse á sus pies, la suplican que implore por ellos la clemencia divina.

Irritóse Cazalis por aquel obstáculo. Allí debió quedar parado más de un cuarto de hora. En su interior maldecía la procesión, pues tenía prisa por saber noticias de Felipe.

Pero en el punto en que la Virgen pasaba delante de él, sintió de pronto un frío mortal que le helaba las entrañas. Apoyóse en el hombro de uno de los sargentos, palideció de una manera horrorosa y se reclinó en el fondo del coche gimiendo sordamente.

Un ataque terrible acababa de acometerle. Habíase escapado de las manos de Felipe, pero el cólera encargábase del castigo.

Se apearon los sargentos. La multitud, al saber que en el carruaje venía un enfermo de cólera, se alejó aterrada.

—¡En seguida conducido al hospital!—gritó uno de los sargentos al cochero.

En la sala donde asistían á los atacados de la epidemia había una sola cama libre, y estaba al lado de la de Felipe.

Cuando acostaron al exdiputado, que ya estaba negro, Mario y Martelly, al reconocerlo, retrocedieron espantados ante aquel castigo de la Providencia.

No pudo notar en seguida Cazalis, quién era su vecino. Estaba perdido sin remedio. En una convulsión se irguió y vió por fin á Felipe que todavía estaba desvanecido. Tuvo una risa diabólica, pero reflexionó que iba á morir también, que no tendría vida bastante para disfrutar su venganza. Entonces recayó en la cama, exhalando aullidos de rabia.

—¡Salvadme, quiero vivir!—gritaba.—Soy rico, os pagaré.

La ronca voz de su enemigo sacó á Felipe de su desmayo. Levantó la cabeza y miró á Cazalis como en sueños.

El otro lo vió y exclamó aterrizado:

—¡No ha muerto! Ese canalla vivirá y yo me muero.

En medio de aquel lúgubre silencio, oyeron los dos enemigos una voz angelical que decía:

—Estrechaos la mano, yo lo quiero. No es lícito llevar rencores á la eternidad.

La que había hablado así era Blanca. Estaba á la cabeza de Felipe.

Enfurecióse más Cazalis á su vista. Exclamó:

—¡Quién te ha traído aquí? Sabías que yo iba á morir, y has acudido para gozarte en el espectáculo de mi muerte.

—Escuchad,—dijo Blanca.—Dios os juzgará pronto. No queráis presentaros delante de él con el alma ennegrecida por el odio... Estrechad la mano de Felipe.

—¡No, mil veces no!—gritó el empedernido pecador.—Prefiero condenarme... Morirá: no esperes salvarlo.

Ya sentía el frío de la muerte, y sin embargo seguía maldiciendo y blasfemando.

Blanca inclinóse hacia el herido y le dijo con dulce acento:

—Felipe, ¿queréis perdonar á ese hombre?

—Sí,—respondió Felipe,—yo le perdono y deseo que me perdone también. ¿Rogará á Dios para que me reciba en el paraíso?

—Con toda el alma,—replicó la religiosa.

En aquel momento, una terrible convulsión agitó el cuerpo de Cazalis y cayó muerto sobre las almohadas.

Blanca, espantada, había vuelto la cabeza. Mirando á Felipe, vió que estaba expirando. Le estrechaba levemente la mano. Una triste sonrisa apareció en sus labios. Ya creía estar muerto, no pensaba ni en su hermano que estaba allí, ni en su hijo, que había pedido le llevaran. Murmuró:

—Me llevas contigo, ¿no es cierto?

Y murió.

Entraron Josefina y el niño. Mario cerró los ojos de su hermano. El niño, no comprendiendo aún lo que pasaba, viendo llorar á Josefina, lloraba también.

Desde que su hijo había entrado en la sala, Blanca lo miraba con embeleso. Dejó la mano de Felipe, que había guardado en la suya, y pensando en el peligro que estaba amenazado el niño, lo cogió en sus brazos y se lo llevó corriendo.

Preciso fué que Martelly arrancase á Mario y á Josefina de la cama del muerto. Ya el hermano de Felipe iba á salir, cuando oyó la voz de una mujer moribunda, que llamaba.

—No me reconocéis,—dijo.—¿Os habéis olvidado de la desgraciada Armanda? Había jurado no volveros á ver antes de alcanzar mi perdón. Quise ser enfermera en un hospital, y aquí muero. ¿Me perdonáis?

Mario no se hizo de rogar. Notó sólo entonces el triste lugar donde estaba. Absorto en su dolor, ni una mirada había echado á la sala. Martelly le enseñó el cadáver de Chastanier. Entonces, se le ocurrió ver á la misma muerte, alargando sus descarnados brazos. Empujó á Josefina hacia la salida, y salió tras ella presa de vértigo.

Estando en la escalera, notaron que José había desaparecido.

Preguntaron por él, en todas partes lo buscaron, y acabaron por descubrirlo en el fondo de un patio interior. Una hermana de San Vicente de Paul lo tenía entre sus brazos y lo besaba con pasión.

El día siguiente, volviendo del entierro de su hermano, Mario supo que la hermana Blanca había sucumbido aquella la noche, víctima del cólera.

## EPÍLOGO

Han pasado diez años.

Martelly se había retirado á una quinta que hizo construir en las peñas de Eudoume. Vive en aquel retiro con su hermana. Su única tristeza es ver que la libertad es una planta que no medra en Francia, y sabe que morirá sin haber asistido al triunfo de la democracia.

Le ha sucedido Mario, en las oficinas de la calle de la Darse. Debido á la herencia recogida por José á la muerte de su madre y del señor Cazalis, ha podido dar á sus negocios una considerable extensión. Los armadores Cayol tienen, á la hora presente, una de las mayores casas de Marsella.

Envejeció el matrimonio en su amor y en su dicha tanto tiempo esperada. Josefina derrama en su derredor su tierna y alegre serenidad.

Su hermano Cadet es uno de los más activos socios de la casa.

José es ahora un mozo de diecinueve años, el cual po-

see la delicada hermosura de Blanca y la apasionada energía de Felipe. Acaba de concluir sus estudios y cuenta trabajar con su tío, al cual confió el cuidado de administrar su hacienda.

A veces, por la noche, estando reunida la familia háblase del pasado. Los amados fantasmas de Blanca y Felipe son evocados; pero las lágrimas, que entonces se derraman, no son amargas. Ha llegado la paz, y los recuerdos toman la dulzura de un canto triste y lejano.

José cada año marcha á Lambesc para abrir la caza con el señor Girousse. Muy viejo es el conde, pero no ha perdido el espíritu despierto y original de su juventud. Además, ya no se fastidia, porque quiere crear un gran taller.

—¡Ay!—dice con frecuencia al joven.—¡Si oyérais hablar de mí á la nobleza del distrito! Dicen que soy un jacobino, que me he rebajado casándome con la industria... Mirad, siento no haber nacido obrero, pues no habría pasado cincuenta años de mi vida arrastrando una existencia vacía é inútil en un rincón de Francia.

Pero el gran amigo de José es el digno Sauvairé

El exmaestro de mozos de carga, perdido de reumas, ha guardado su continente de triunfador. Los días de sol, se pasea con su vanidad acostumbrada por la Cannebière; y cree de buena fe que todas las muchachas que transitan se enamoran de él. José le parece un mozo muy serio.

—Mirad,—le dice apoyándose en su brazo;—en esta vida conviene divertirse. En mis buenos tiempos, relamos desde la mañana hasta la noche. ¡Cuántas francachelas he corrido! He tenido por queridas á todas las mujeres bonitas de la ciudad. Preguntad á vuestro tío; habladle de Clairon: una mujer que me ha costado un dineral.

Y añade, en voz más baja, esta frase que goza repetir: —¡Los curas me la quitaron!

